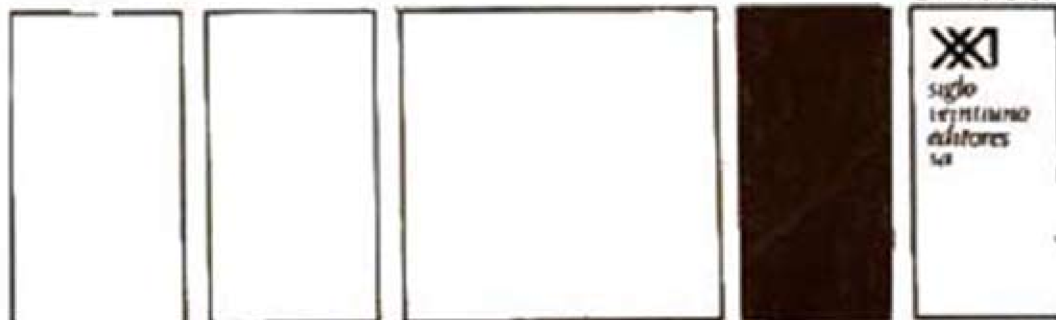
ENTRE MARX Y UNA MUJER DESNUDA

JORGE ENRIQUE ADOUM

2ª edición



Nadie que lea **Entre Marx y una mujer desnuda** (el desgarramiento del hombre contemporáneo entre su sociedad y su individualismo) es capaz de permanecer indiferente. Apasionante y exasperante por la violencia de su lenguaje, por el cuestionamiento de nuestros valores culturales y por su desafío a las formas literarias tradicionales, este libro que se critica y se niega a sí mismo sorprende a cada página. Desmonta el argumento en múltiples relatos y reflexiones que a su vez contienen otros (con algo del suspenso de una novela policial pues nada indica cómo ni dónde van a continuar o concluir), sugiere diferentes posibilidades de solución y provoca al lector a participar en su escritura. Obra totalizadora y a la vez abierta, verdadero laboratorio de literatura, este **texto con personajes,** imposible de resumir, podría ser el balance o el testamento de una generación. Por la diversidad de sus personajes vistos desde dentro y desde fuera de su propia cultura, por la multiplicidad de técnicas, por la invención de lenguajes y estilos diversos, por el ordenado desorden de sus capítulos, el lector se ve atrapado en el libro y al salir habrá dejado en él una parte de sí mismo. Escrito con ternura, con humor y con rabia, pero sobre todo con una lucidez y una honestidad que irritan o asustan, esta obra del ecuatoriano Jorge Enrique Adoum —uno de los poetas representativos de América Latina— debe ser leída y "comprobada" desde todos sus niveles y todos sus ángulos, puesto que lo que el autor propone es "una novela más cerca de la escultura que de la pintura".



siglo veintiuno editores
méxico españa argentina

creación
literaria

Jorge Enrique Adoum

*

ENTRE MARX y UNA MUJER DESNUDA

texto con personajes



Si el hombre estuviera completamente desprovisto de la facultad de soñar, si no pudiera de tiempo en tiempo adelantarse al presente y contemplar con su imaginación el cuadro coherente y enteramente terminado de la obra que se esboza apenas entre sus manos, decididamente no podría imaginar qué motivo haría emprender al hombre y llevar a término los grandes y fatigantes trabajos del arte, la ciencia y la vida práctica. . . El desacuerdo entre el sueño y la realidad no tiene nada de nocivo, siempre que el hombre que sueña crea seriamente en su sueño, que observe atentamente la vida, compare sus observaciones con sus castillos en el aire y, de una manera general, trabaje a conciencia por la realización de su sueño. . .

V. I. LENIN

Las palabras del año pasado corresponden al año pasado, y las del año que viene esperan otra voz.

T. S. ELIOT

o sea que las cosas no han sido todavía sino que van a ser, no pasaron así sino que van a suceder ahora, en estas páginas, nadie sabe cómo, no tienen un principio ni un orden otro que el que tú les des, e incluso la sucesión de renglones, de párrafos, de páginas puede ser alterada porque, aunque inflexible en su estructura, es deliciosamente arbitraria. Por eso sacas de la máquina el papel en que habías escrito

Un ladrimugidolúgubre que venía de la cala

un poco por divertirte, mientras aun es tiempo, imaginando el gozo de los leídos de tu paisito que podrían ahorrarse, después de esa frase, el resto del libro y decir cuando se ofrezca, en caso de que llegara a ofrecerse: Sí, pero tiene influencia de Joyce, tal como se ahorraron el resto de Joyce, y porque cuando se hallan frente a un relato respetuoso del orden cronológico o lógico o gramatical, o sea respetuoso del orden a secas, jamás se les ocurre decir: Influencia de Zola o de Gorki –que no lo fueron en su época–, y haces una pelota que va a parar a un rincón del piso, a un canasto, a la chimenea y, como si ya entraras a padecer de veras, colocas otra hoja y creyendo que ése será el comienzo, comienzas

¿Irá a venir Juanmanuel?

sonriendo, pensando en los perspicaces que se lanzan sobre el libro como gallinazos sobre la carroña: Igualito que Rayuela comienza con una pregunta, como si *Rayuela* comenzara en algún sitio, y hubieran olvidado que la primera huevada que leímos en la escuela empezaba precisamente con "¿Decidme, hijo, hay Dios?". Por eso, "Sí, padre, Dios hay", haces otra pelotita, tomas otra hoja y nuevamente estás frente a la página en blanco, ¿o es ella la que se pone frente a ti y te provoca?, y tratas de extraerte de adentro-ísimo la primera frase, sabiendo que esa superficie vacía es el lugar donde te encuentras contigo, te desafías y te desafían las palabras: la página es tu redondel y no conoces aun el toro que te va a salir, y allí también la hora de la verdad es la hora de la soledad, cuando estás sin cuadrilla ni nada, sin mujer ni nadie, y te juegas íntegro tu destino en cada palabra de donde puede venirte la cornada, y no existe en la

tierra una sola persona, dictador o amigo, capaz de impedirlo o de ayudarte. Pero el público de las corridas, instalado en los tendidos, mascando chicles, comiendo papas fritas o maní tostado, tomando vino o cerveza, sabe mucho, demasiado, sobre lo que debiste haber hecho o debieras hacer en adelante, y exige al hombre que está frente a los cuernos de la bestia, lo empuja al peligro, le provoca, y te arriesgas porque sin él no existes: la muerte, en fin de cuentas, es la sanción por la belleza del estilo, por haber llamado la atención hacia tu combate individual y además con un traje diferente. Pero sabes que la barata pedrería puede ser remplazada por tu sangre y que ninguno de los espectadores se ha visto nunca frente a un toro. Qué puede importarte, entonces, el público con sus gritos que, con el derecho adquirido por el precio del boleto de entrada o del libro, adjudica honores, el rabo, las orejas, o que silba y arroja cáscaras de naranja o papeles de sánduches a quien no resultó triunfador en el combate.* De modo que el único que parece ignorarlo todo de tu oficio eres tú, tú que te has pasado la vida especializándote en dudas, planteándote-le a la página, igual a ese muro que está frente a tu ventana, tus interrogaciones: tú, el pobre inútil, porque para qué sirves, después de todo. Cuando tienes que buscar trabajo, un empleo cualquiera, ya que con esto ni siquiera comes, "Mi pluma no es cuchara" que diz que dijo el patriarca ambateño, y te preguntan qué sabes hacer, jamás responderías Escribir, porque incluso en este país todo el mundo sabe escribir –y tú, tú, ¿sabes realmente?–, y harías reír con tu respuesta a los ciudadanos útiles a la sociedad o causarías asombro en los seres puros que no son ciudadanos. (Juanmanuel vino a verme, dijo Gálvez, y me hablaba de los problemas de la tierra y la sequía, torturando su sombrero entre sus manos

* Todo depende de que el lector tenga por lo menos dos dedos de frente, porque la imagen corre el mismo riesgo que la mala palabra, contra cuyo empleo nos prevenía Sartre, puesto que jamás se sabe si el lector la recibirá con la misma intención con que la utilizó el autor, lo cual, dicho sea de paso y con permiso del maestro, ocurre no sólo con las palabrotas en ese "medio de comunicación" que es el lenguaje. La lidia de toros puede ser la forma más lograda del enfrentamiento dramático de la belleza con la fuerza, de la inteligencia con el instinto, del hombre con la bestia, de la gloria fugaz con la muerte duradera y hasta se ha visto en ella el triunfo de la línea vertical sobre la horizontal y otras connotaciones esotéricas. El Dr. Zuzuki encontraba que la corrida de toros era la expresión de la actividad humana donde están reunidos los principios básicos del zen y, por ello, en la que podía llegarse al *enlightment* casi inalcanzable que es su finalidad: ese estado permanente de alerta de todos los sentidos y de la inteligencia en que nada puede tomar desprevenido al hombre, porque su comportamiento se basa exclusivamente en la meditación y la experiencia propia, desembarazado ya de los prejuicios e ideas recibidas y

cuarteadas por la sequía, manos de Guayasamín, hechas con lodo, y señalando con un índice agrícola de siglos mi mesa, los papeles, los libros, me dijo: ¿Y a vos te pagan por estar sentado ahí escribiendo? Es la única vez que he tenido vergüenza de este oficio). (Cuando, obligado por Gálvez, el Fakir se resignó a ir al hospital por una inflamación de la pleura que venía tratándose desde hacía algunas semanas con quemados de aguardiente, uno de los empleados, al inscribirlo, le preguntó su profesión. Poeta, dijo naturalmente orgullosamente porque ésa fue su única ocupación en la tierra. No es eso lo que le pregunto, dijo el empleado, sino en qué trabaja. En la poesía, dijo el Fakir. Otro empleado, el inteligente, dijo a su colega: Pon periodista nomás. Lo peor, hermanito, contaba el Fakir, fue cuando el domingo de mañana pregunté si podían darme comprando el periódico. Por qué no lee más bien el de ayer que tenemos, me dijo el interno. Porque hoy me iban a publicar un poema, le dije, por lo menos el Llerenita me ofreció. Cuando pasó el médico, porque de veras pasaba de largo por las camas de los enfermos sin mirarlos siquiera, el interno le dijo señalándome por sobre el hombro, como si le indicara Accidente de tránsito

sin dejar nada al azar, previéndolo todo de antemano. Michel Leiris escribió un dolorosamente corto ensayo sobre la literatura considerada como una tauromaquia. Pero hay otros, bienaventurados los simples de espíritu, no lectores, no escritores, no zen, que pueden adueñarse a su antojo (con el mismo derecho que tú, supongo) de la imagen para sus propios asuntos:

El día 29 de Diciembre, en casa de Margarita Arosemena, con permiso de doña Genoveva y si el tiempo lo permite, se lidiarán ocho horas de Orquesta de la ganadería "Los Latinos", a cargo de los espadas Black & White, Old Par, y Presidente.

LOCALIDADES: $. 170 Tendido de Sombra (Dos asientos)

$. 85 Barrera de Sol (Un asiento)

Vestuario Indispensable: ESPAÑOL

Nota Importante: Favor presentar esta Invitación a la Entrada.

---

o 39 de temperatura: Delirio de grandeza.) Entonces te vuelves, porque te vuelven, mozo de salón, empleado de ferrocarril, funcionario municipal, profesor, para merecer vivir entre tus desemejantes, y tienes que aceptarlo para poder escribir después de haber comido, como esas mujeres que se casan con Pedro para que las mantenga pero buscan a Pablo para amar. De modo que ésta es tu pasión pero no es tu oficio, o es tu oficio pero no tu profesión. Por eso Gálvez nos proponía la creación de un taller literario, empresa rentable en un país de analfabetos cultos, donde pudiéramos escribir declaraciones de amor y de desamor, cartas de pésame y de felicitación, acrósticos, tarjetas postales, estampas de primera comunión, discursos para el Día de la Raza o el aniversario de la provincia, mensajes de las Reinas de las Flores y las Frutas, informes ministeriales, aclaraciones por la prensa de esas tituladas "Por mi honor hecho pedazos", claro que es una lástima, decía, que no se pueda contar con la clientela más segura y numerosa, los diputados. ¿Sabías que el Reglamento del Congreso de la República prohíbe que los parlamentarios lean sus discursos? Seguramente es para que no se note cuáles son los Padres de la Patria que no saben leer. Aunque, pensándolo bien, decía, dudo que seamos capaces de escribir maravillas diariamente folklóricas como ésta:

SIEMPREVIVAS

Aquí una foto de soltera

SRA. MARINA PAULINA RUIZ A. DE REYES MIRANDA

Hoy se cumple un mes en que partiste hacia la eternidad, en donde todo es dicha, pero dejaste en nosotros un vacío al que lloramos desde entonces.

Desde que fuiste llamada por Dios, fuiste esposa abnegada, madre ejemplar, abuelita cariñosa, dulzura, respeto, cariño, merecían tus miradas las que apagaron por toda una eternidad.

¿Por qué te fuiste en este mundo tenías una misión el de cuidarnos y querernos? ¡Ya no estás qué dolor! tan grande sentimos lloramos tu ausencia, nuestros corazones deshechos quedaron por la pena que causaste con tu partida. Tu alma nos acompañará por toda una eternidad en este mundo.

Paz en tu tumba Madre Idolatrada.

Recuerdo de tu esposo, hijos y nietos.

Y nuevamente sigues comenzando otra vez, como si siempre se tratara de tu primera obra, de tu primera o peor aún, de la última. Entonces, de pronto, te decides:

Quizá sea mejor así, no hay más remedio: aunque es algo insólito no puedo negarme a recibir el regalo con que el pobre quiere demostrarme su gratitud. Claro que, por otro lado, tengo la vaga certeza de que esto es también una recaída en mi pasado, una reincidencia en ciertos sentimientos del siglo XIX que para hacerlos parecer nobles los cursis suelen escribirlos con mayúscula. Me fastidia la apariencia de impúdica curiosidad que tiene mi aceptación y entonces quisiera que no venga el indio, como me sucedía hace mucho cuando esperaba a alguna mujer nueva, pero eso eran restos del permanente sentimiento cristiano de culpa ante otro cuerpo, y poder decir, es decir, decirme que no faltó por mí e incluso resentirme cobardemente porque no vino. Es cierto que no se habló de una hora precisa, para qué. Ahí he de estar tardecito. No le pregunté a qué hora es tardecito, porque no pensé venir, porque estaba un poco borracho, porque además cómo calcula un indio cuándo son las cinco o las seis o las cinco y media si no tiene reloj ni sabe qué edad tiene. Tardecito acaso sea también el momento de esa angustia pequeñita del atardecer. Pero si la angustia, igual que el pesimismo, es una actividad puramente intelectual –porque el famoso presentimiento de animal en el crepúsculo no es sino una patraña literaria– quién sabe si puedan sentirla los indios. Cuando me alce del trabajo, dijo. Pero después de trabajar en los campos de la hacienda tiene que trasubir hasta las lomas áridas y pedregosas, llegar como después de un viaje, a donde vive o, más bien, a donde remuere cada día.

Débil como comienzo, pero te inquieta más otra cosa, la de siempre: todo este trabajo que tienes por delante, ¿para qué? Sabes que los libros no cambiarán el mundo (*El Manifiesto Comunista* lo ha cambiado bastante, les dijo Gálvez a los jóvenes que afirmaban que la cultura es un inútil pasatiempo burgués), sabes de memoria, sabes por corazón como dicen los ingleses y los franceses, que la literatura no resolverá uno solo de los problemas viscerales de la tierra, pero te respondes, acaso para justificar tu delito de tener los pies planos y de no ser un hombre de acción, que nadie tiene por qué exigirles a los

escritores que remedien lo que han hecho durante siglos los terratenientes, los banqueros, los industriales, los militares, o lo que dejaron de hacer los partidos. Y que los libros son armas sólo metafóricamente porque no remplazarán jamás a las armas verdaderas: sólo de modo remoto inducen a veces a agarrarlas y decidirse a matar y a morir. Pero sucede que también crees en la necesidad de arte (Yo debo ser un idealista del materialismo, decía Gálvez, porque me es necesario afirmar que en la sociedad del futuro el arte será tan funcional como una ventana o una escalera, necesito que así sea para poder creer y combatir), en tu necesidad tuya, por lo menos, y no puedes evitar que ése sea tu modo de ser, de comprobarte, tu única forma de acción, qué le vamos a hacer: ésa es tu filiación para la policía y para los demás, que también son policía: Nacionalidad: (la otra y) escritor; estatura: escritor; señales particulares: escritor; profesión: ninguna. Esto es simplemente tu enfermedad mortal o, para que no se crea que exageras, tu cojera y, al mismo tiempo, tu droga o, al menos, tu aspirina. No dices que para ti escribir es tan necesario como respirar, porque ya lo han dicho muchos que, por lo visto, respiraban mal, y porque no es tan cierto que digamos. (Rosana lo llamó: Qué tienes que hacer esta noche. Nada, dijo él, pensaba escribir. Entonces por qué no vienes, dijo ella, hoy se largó a la hacienda. Y él fue.)En lugar de eso podrías decir: Escribo luego existo. Claro que también parece pedante aunque para ti resulte tan cartesiano como el *cogito,* pero quieres significar otra cosa: quieres decir que te excluyes del mundo las noches, cuando re-eres tú mismo, y los fines de semana que es cuando te buscan los demás, y de su espectáculo conocido, y no logras interesarte en las conversaciones que forman parte del otro folklore nacional, renuncias al sol, te echas fama de neurótico y allí es tu exilio (Mira Rosana, trata de comprender: esta noche no puedo, tengo que escribir. Y se quedó pensando en que se encerraría a escribir sobre el mundo y la noche, sobre una mujer que se llama Rosana, a trabajar la soledad como un metal maleable), entras en tu cubil-universo, como ahora, a mirar esta página, casi temblando, sin atreverte a comenzar, a mancharla con la primera línea, porque puede ser, porque es, decisiva: te impondrá su voluntad, su forma, su tono que deberá ser justo para que no te salgan gallos cuando tengas que alzar la voz. Por eso, cuando has comenzado, arrancas la hoja y antes de que la arrugues, cada vez más furioso

y decepcionado, porque habías puesto tanta ilusión y esperanza en tu proyecto de libro, puede verse que esa primera frase la has cambiado tantas veces que siempre viene a ser la misma, más o menos ésta:

xmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxm
xmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxm
mxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxmxm

después de lo cual tomas otra hoja y te quedas mirándola-te por dentro tus materiales de construcción, amontonados, esperando al arquitecto, y tratas de serenarte ese temblor taquicardiaco y asfixiante, de decirle que no a tu angustia en sí (mayor), de encontrarte junto con la razón de ser de los renglones tu razón de este *unamerican* modo de vivir.

Hasta hace un momento el viento formaba estatuas de polvo que echaban a correr por el atajo de Cunduna y se abrazaban al pajonal, a los pencos y los arbustos, poniendo su gris de harapo en el verde ya dudoso. Pero ahora es necesario que llueva para la escena siguiente: una llovizna que vuelva más áspero este paisaje, que me haga recordar melancolías, otras tristezas, que me pongan si es posible lágrimas a la altura del acontecimiento que se va a producir y de lo que se espera de mí. O sea que en la extensión miserable del pajonal comienza a caer un agua vieja y polvorienta que las lluvias vuelven a usar cada día hasta cuando no haya. Ya debe ser tardecito porque la neblina, que es puntual, baja azul de las montañas, va dejando trozos enredados en las espinas y rueda a la hondonada. Mañana volverá a subir con el sol, como respiración de vaca. Y el polvo volverá a inventarse caminos en la tarde hasta que la lluvia lo aplaste contra el suelo y llegue de nuevo la neblina, y así parasiempremente. Sin embargo, uno ama este paisaje, como se ama a las mujeres pobres –es pobre como imagen pero en la práctica es difícil– o a lo que queda de uno después de haberse llevado consigo, como el esqueleto, a todas partes. Pero a qué tanta descripción, si las cosas van a pasar de la misma manera en este paisaje o en otro o sin necesidad de paisaje alguno, porque esto no es una película. Ésta podría ser dentro de poco mi morada, escogida en un confuso afán de nacer de nuevo, más útil y más digno, lejos del espectáculo de un mundo en contagiosa descomposición, y me

vuelvo hacia el interior de la choza con la misma actitud con que he mirado las piezas de tantos hoteles de la tierra, las habitaciones de mujeres nocturnas cuyos rostros y nombres no conocí u olvidé, es decir sin ver nada, porque todas son iguales (las habitaciones), no veo nada, aquí no hay ventanas para que no entre el frío, ya casi no hay luz que entre por la puerta, es como una guarida de ciegos, sólo ellos pueden saber en dónde está el jergón con ramas y hojas que se deteriora cada día el encender la candela, en dónde están los cántaros, los tiestos cuarteados, el fogón hecho con la misma tierra del suelo, la soga, el montoncito de maíz junto al fogón. Y el humo guardado, que no quiere salir ni saldrá ya nunca por la puerta y que ahora está perforado por las goteras. Adentro siempre es tardecito, sin necesidad de palpar el humo para sentir si ya llegó la lluvia. Durante el día ésta es la caverna de Platón, la primera sala de cine de la tierra, la pantalla de la pared donde sólo se refleja la sombra de lo que pasa afuera, pero no pasa nada, todo sucede dentro de uno y demasiado lejos: traigo mi pasado como quien hace su mudanza: los recuerdos rotos, los fracasos que se notan más por las pegaduras, los proyectos a los que les faltó siempre una pata, y si me decidiera seguramente traería conmigo mi dependencia de las cosas: libros, grabadora, radio, tocadiscos, con lo cual mi proyectado cambio de destino no sería en el fondo sino una payasada, porque será difícil acostumbrarse a otra piel. Quiénes me harían entonces sombra en la puerta: ¿los amigos? ¿Ella? ¿mi vieja? Pero para que esto sea honesto deberían ser otros amigos, otra ella, ninguna madre en lo posible, otro yo sobre todo. Por ahora no hay nadie sino un bulto que obstruye la entrada de la neblina: es Juanmanuel con sus dos hijos, esperando silenciosos que yo los adivine, inmóviles, indiamente sin urgencia. Si fuera la oscuridad completa me guiaría a ellos el olor de los ponchos, como si hubiesen estado bajo una lluvia de sopa de coles y orina, pero es a causa de la lluvia, del humo y la pobreza. Extiendo la mano para saludarlos, como si eso significara mucho para ellos, pero inmediatamente me devuelven a mi sitio vergonzante: me alargan su mano envuelta en el poncho empapado, para no ensuciar la mía. Entonces Juanmanuel saca de debajo del poncho la calavera y me la entrega. Los tres se quitan el sombrero chorreando, porque esto es una ceremonia, y se ponen a mirar, ausentes, como hace cien siglos cuando lo vieron por primera vez, este mismo paisaje despojado donde siempre

sucede lo mismo a la misma hora: el polvo, la lluvia, la neblina, el páramo, la tarde que oscurece a lo lejos, los tres como si se apartaran de esta indecencia de la muerte, y es lo mejor que pueden hacer: no verme: al fin y al cabo esto no es asunto suyo, ni siquiera mío.

Después, cuando hayas pasado más horas y más noches, muchas más, enterrando bajo equis y emes o grandes cruces inclinadas todo lo que creíste que sería pero resultó que no era, cuando de la emoción y la zozobra iniciales hayas pasado a la tarea desganada, casi como ir a la oficina, a rehacer cada día lo escrito, empleado de tu libro, peón de la literatura, a horario fijo, cuando hayas roto muchas muchas páginas, prácticamente todas, llenas o casi intactas, y te quede sólo un perfil de idea, alguna frase que lograste derrotar, el trocito de diálogo, y te consueles diciéndote que estos días has tenido mucho trabajo, estás un poco fatigado, te duele la cabeza, no te sale nada (No se deja decir mi novela, decía Gálvez), que ya pasará, que ya has atravesado antes temporadas de indignante esterilidad ¿o impotencia?, no tendrás ganas de ir a tu casa a escribir, irás al café, buscarás a los amigos que te reprochan haberlos echado al basurero del olvido, comprobarás que existes luego de escribir, que es Lo Que Queríamos Demostrar hace algunas páginas. (Llamó a Rosana. Ahora soy yo la que no puede, dijo ella, claro que no soy inteligente como tú, yo no soy escritora, una tonta es lo que soy para quererte así, sino que regresa de la hacienda esta noche. Y él dijo simplemente: Carajo. Contra ella, contra el Cretino, contra la vida, porque de qué mierda sirve la literatura y en caso de que sirviera para algo siempre se puede escribir pero no siempre se puede acostar uno con una mujer casada, y para entonces aun no tenían la habitación de Desiderio.) Y tú, que te quejabas de la falta de tiempo, de las ocupaciones burocráticas que te roban el día, de las democráticas que te ocupan las noches, de las domésticas que te hacen perder la tarde en comprarte una rodaja de jamón o papel para el excusado, y de los compromisos cordiales o aburridos que no te dejaban comenzar o avanzar, ahora tienes tiempo (El Cretino se quedará aquí por lo menos un mes por las fiestas, dijo ella), pero estás harto de ese destierro tuyo y no tienes ganas de escribir ("Digo que no tengo nada que decir. ¿Y sin embargo?

¿Qué? También hacemos el amor cuando no amamos". Galo Gálvez), tal vez porque ahora tienes tiempo. Pero como tampoco tienes ganas de nada, vuelves a tu vicio, ya casi por costumbre, aunque todo está ya dicho, eso se sabe: tal vez allí comienza ese aburrimiento que desde hace mucho te causan los libros, como si todos estuvieran llenos de la futilidad y la repetición de la realidad, de la ficción política o científica, e incluso de la antificción. Ya no basta escribir bien –se supone que todo escritor honesto debe escribir bien–, ya no son suficientes las ideas –todas han sido ya dichas por los otros– ni las situaciones –todas han sucedido ya– ni las invenciones de lenguajes que se están volviendo tan aburridas como el lenguaje mismo. Pero esa necesidad de arte del hombre que canta bajo la ducha o cuelga en la pared un calendario con "indios" italianos semidesnudos, en ti es necesidad de creación de arte, de inventar algo que no había hasta ese momento y que no existiría como tal si tú no lo hicieras. Necesidad de crear: no la gran obra, basta ya de grandes obras, hay demasiadas, sino *eso* que te falta para sentirte fugazmente completo y que sólo tú puedes hacerlo: Dios en los primeros seis días. Cuando amabas* no te bastaban tus propias palabras y ni siquiera las letras de mano de la caricia ni toda la poesía de amor desde el *Cantar de los Cantares* hasta los *Poèmes à Lou,* porque no eres Salomón ni Apollinaire, sino tu pobre tú con tu amor que te dejó lisiado, y al mundo y a ti les faltaba eso que tú ibas a darles a ella y a ti y, si hubieras sido realmente creador, al mundo. Pero en el séptimo día, es decir mañana o esta misma noche, cuando seas tu primer público y tú el primer sorprendido, comprenderás que no era eso, por mucho que te hubiera desgarrado decir lo que querías decir, y que otra vez todo vuelve a seguir incompleto, cada vez, para siempre. O sea que, burgués y todo, tu territorio es la aventura, la tierra no descubierta todavía y que no imaginas cómo será. Sabes, eso sí, lo que no será. No será, por ejemplo, el libro que te desvelaba en la adolescencia, ese libro no existirá jamás. Entonces querías ser escritor, ahora tienes la condena de

* Bichito, desbisagrada de ti sin que sepas bien por qué, no iba a ser sino una nota al pie de la página, y si va a cambiar de lugar no es porque a algunos lectores les fastidie, como dice Cortázar, "los textos en los que a cada minuto hay que bajarse para leer alguna cosa, como una especie de *cunnilinguae* de la literatura, deleite que está muy bien e incluso extraordinariamente bien como preludio pero cuya reiteración arroja ciertas dudas sobre, etcétera", sino porque, en realidad, se encuentra muy al margen de la vida de los personajes, bastante al margen del relato, quizás al margen del recuerdo del autor.

escribir: no la escogiste pero nadie te la impuso tampoco, de modo que no sirve de nada adoptar esa actitud de víctima: los otros también tienen sus problemas. Entonces querías escribir una obra definitiva, como las esculturas colosales de la Isla de Pascua o un megalito o, por lo menos, un libro importante, o menos aún, una contribución a la literatura, aun cuando fuera sólo la de tu país; ahora te interesan los obstáculos y el gozo del camino, no la estación de llegada. Entonces, ante la comprobación de la incapacidad te decías Será después, me hace falta experiencia, tengo la vida por delante. Ahora tienes la vida por detrás, encaneces, aumenta tu miopía, te fatigan las escaleras, tienes menos resistencia à la malanoche, debes privarte del café o beber esa porquería de café sin cafeína, no fumar o preferir los cigarrillos con filtro (con preservativo, decía Falcón de Aláquez), ¿también mujeres sin?, y comer comidas livianas y seguir durante el resto de tu vida transportando una farmacia en tus bolsillos: el Sintrom como anticoagulante, el Nitro (Mack) Retard y el Pentrium (alternadamente) dos veces al día para la dilatación de la coronaria, el Natirose para los dolores del pecho, aparte del consabido Doliprane para las migrañas y neuralgias, y todavía hay quien te pregunta por qué en lugar de dedicarte a la literatura, aun en el caso de que con ella combatas las estructuras podridas de tu país, no estás en la guerrilla, que tampoco existe en tu país, y en el fondo de tu corazoncito tienes la certeza informe de que debieras apresurarte, de que no tienes tiempo para permitirte perder el tiempo, como si no hubieras vivido, escrito otros libros, aguantando la perrada del destino, sino para escribir este libro, y hay otro síntoma más grave de vejez: el temor a equivocarte, el cuestionar cada idea –palabra o frase–, todos los recursos técnicos, todas las concepciones estéticas, y hasta tu propia crítica a priori que a menudo te impide crear. Así como pasados los treinta años cada uno tiene la cara que merece, a tu edad ya se tendría que poder escribir como se debe, aunque no sepas muy bien cómo. Además, escribir este libro es como ir al dentista, no sólo porque lo llevas hace tiempo como si tuvieras malas todas las muelas del alma, sino porque sabes que lo comienzas ahora como un tratamiento pero no cuándo irás a terminarlo y nada te garantiza que lo termines: a] porque puedes tener otro infarto, más serio, puesto que a veces el cigarrillo te es tan necesario como las palabras; b] porque también es posible que un día, aun sin fumar, decidas dar un

portazo al libro y mandarlo al carajo, con autor y todo. El problema está en que no eres Malraux, o sea que no tienes la manía de creerte útil como héroe o como Ministro a tu país o a la humanidad, porque la humanidad y tu país prescinden muy bien de todos y de ti en especial, y tienes que buscarte otras amarras para no cerrar el grifo de vida que volvieron a abrir tus pastillas. En un antes muy lejano solías decir que uno no puede matarse antes de morir y no ver la caída del Imperio, y no volver a escuchar jamás a Monteverdi o a San Sebastián Bach, a Bartok o a Count Basie, e imaginabas el infernal cielo cristiano con angelitos culidesnudos tocando la lira y el rondín (*Ecuat.* = armónica) durante toda la eternidad, así quién va a querer ir, y no volver a ver las ciudades a las cinco de la tarde, las muchachas de calcetines blancos con sus faldas cada vez más cortas sobre el muslo mordible; ahora te has inventado este libro como ancla, no como pretexto o plazo: la prueba está en que en cualquier instante podrás levarla y copiar, caballeramente, la frase del heroico español de otra época pero también condenado a muerte: "Y aquí termino para que no se crea que prolongo la carta por alargar la vida." Por eso vuelves a tus renglones, perramente: la soga no da para alejarse mucho.

("... un cráneo, incompleto, hallado en la quebrada de Chalán, cercana al pueblo de Punín...") y no sé qué hacer, nunca he tenido un objeto como éste en las manos, nunca he sido estudiante de medicina, nunca he visto una calavera sino en los museos y su símbolo en los frascos de veneno y las películas de piratas, y su actitud humana, postmortalmente viva, en los grabados de Posada. Lo primero que se me ocurre es extender los brazos o salir de la choza para que la lluvia le lave la tierra, cuarenta años de tierra, como restos de comida entre los dientes. De modo que esto es mi padre. Pero se supone, no sé, creo, que un padre es otra cosa, algo vital por ejemplo, invulnerable mismo, hasta el punto de que cuando está viejo o sigue enfermo comienza a ser un poco hijo para poder sentir fastidio sin remordimiento, o un poco extraño para empezar a tolerarlo. Un padre es alguien diferente, eso dicen, por lo menos, los que saben. Y he aquí que esta calavera no tiene personalidad, se parece a otras, a todas. Claro está que no es sino pura ignorancia: todo el mundo sabe –mentira, no lo sabe todo el mundo– que los antropólogos pueden reconstruir, a partir del cráneo y

del tegumento blando, el retrato del difunto, de Iván el Terrible, pongamos por caso, y ahí está la historia de las dos calaveras de Schiller. Pero yo no soy antropólogo y hallo que todas son iguales, como si fueran calaveras de chinos. Yo mismo, si me palpara en este momento el frontal, los parietales, las órbitas, encontraría que me le parezco, tal vez soy su vivo retrato, no podrá negar que soy hijo suyo. Yo nunca vi su retrato. Lo único que tenía de él era una fotografía, porque no había tarjetas postales: una calle anchota nomás, con palmeras a ambos lados, casas de bareque, personas vestidas de blanco, otras vuelta con sombrero, que paseaban parados en la foto, un coche de dos caballos, una crus de tinta en una bentana del segundo piso, estaban bajadas las persianas, hacía harto sol y se jué amarillando en la pared sobre mi cama; cuando yastaba en lescuela la foto se cayó encima de la almohada y leí al revés "Aquí es donde vibe y te piensa mucho Tu padre", y pensé quéstaría haciendo mi viejo detrás de las persianas. Pero antes de que se cayera –yo tengo cinco años en ese antes, porque Estados Unidos acaba de imponer al dictador José Ubico en Guatemala– las tías cuchicheaban en la cocina y golpeaban de adrede las cacerolas desportilladas para que yo no entienda lo que decían ni oiga llorar a mi vieja que parecía culpable de algo, no sé, de él o de mí. Eran diez, escondidos, dice Juanmanuel, los otros, ca, eran dos nomás, por la espalda mataron. Yo no tengo hacia mi padre más solidaridad que la que me inspiran todos los que aquí mueren de muerte natural, americana, disparados por un soldado o un policía. Cuando en la escuela, tirándome de la oreja, el cura dijo delante de todos los compañeros: Qué más puede esperarse del hijo de un borracho, yo grité: Mentira, contrabandista, porque ya había comenzado a admirar la violación de la ley. Lástima que no hubiera sido bandolero, salteador de caminos, dinamitero, porque me fue doliendo póstumamente lo que tuvo de comercio su oficio, me desapegaba de su fama pequeñita pensando que no había necesidad de heroísmo para terminar vendiendo cosas. Y me quedé sin héroe, porque el abuelo se había ido al cielo hacía poco. Tienes que quererlo porque es tu padre, decía mamá. Pero yo no podía, no sabía cómo era. Era muy guapo, me dijo una vez que se quedó mirando nada por la ventana. Si ella estuviera aquí ahora, como yo, sin los antropólogos, ¿lo reconocería al guapo? ¿Se acordaría su lengua de estos dientes? ("...Hoy se le asigna, gracias a las pruebas de laboratorio con el

carbono 14, una antigüedad de 4.000 años y no hay la menor duda de que se trata de un *Homo sapiens*. . .") Qué duda va a caber: 4.000 años de esfuerzo para ir pasan(cayen)do de homo sapiens a zoon politikon a homo economicus. O a vagamundo desnaturalizado, como comenzó a llamarlo la Tíangelita cuando ya se había ido. Pero yo le creía más bien a mi mamá, porque lloraba, y no sabía entonces que el llanto iba a ser su segundo idioma. Era como si las tías se empecinaran en cambiarme el padre (a veces se cambian por error los hijos, y uno es otra persona, sin saberlo, como contaba Falcón de Aláquez: De bien chiquito yo dizque era rubio y ojizarco, pero me cambiaron en la clínica), y si lo consiguieron, si esto no es más que un prójimo cualquiera, qué sentido tendría sostener este pobre objeto difunto en mis manos, ni tratar de darle solemnidad a este encuentro sin importancia, ni por qué habría de recordar todos los insultos y adjetivos de que estuvo hecha la biografía de mi viejo desde que se fue a buscar trabajo. Mi mama y mi Tíancarnación arrimadas en la barandilla de la escalera se abrasan, se agarran las cabesas, hacen aspavientos de presentimientos, porque un hombre baja apurado la escalera; yo no sé qué pasa, me agarro a las piernas de mi mamá, por los llantos parecería que ese hombre en lugar de estar bajando estubiera muriendo. Ahora tienes que quererlo porque se ha muerto, me dijo mamá llorando en los días de las cacerolas. Pero es difícil querer a los muertos, porque asustan, son como sucios, y sólo después nos dan la posibilidad de tenerles lástima. Pobre viejo: lo que pudo hacer que lo quisiera es lo que se acabó, lo corruptible: en él habría podido amar lo mismo que los gusanos. Y, sin embargo, ahora que le conozco este poco, ahora que estoy frente a esto que es lo esencial de la muerte, me faltan los elementos de costumbre: la muerte ha sido para nosotros cadáveres ensangrentados de estudiantes, campesinos, obreros, los velorios con llantos in-ter-mi-tentementen-tre-cor-ta-dos, ese olor a flores diferentes que se queda largo tiempo pegado en las habitaciones, esas habitaciones que parecen vacías sólo porque una persona no volvió del cementerio, la fotografía tomada en el cementerio, el fotógrafo: Por favor, retírense los demás, en torno al ataúd solamente los miembros de la familia, y nunca el hueso básico, elemental. Después de todo, acaso debiera enternecerme, retribuir con mi emoción el gesto amistoso de estos indios que también son un público respetable y al cual le gustará cualquier

patetismo porque nunca han visto una obra de teatro. "That skull had a tongue in it, and could sing once." Bravo, Hamlet del páramo, príncipe de pacotilla: ningún rey de Dinamarca este pobre contrabandista asesinado por la espalda, que ahora yace por tierra, medio averiado, terriblemente incompleto. Los indios me miran exactamente como si los hubieran llevado por la fuerza a la platea. "How the knave jowls it to the ground, as if 'twere Cain's jawbone!" Y sin dejar de dar vueltas a ese hueso amarillo lleno de huecos para averiguarle la problemática identidad, le averiguo a este sepulturero al revés cómo sabe que es él, después de tanto tiempo. El mismo es, patrón; mi taita y yo enterramos en la loma cuando se fueron los soldados por si alguien reclamaba; el otro ca fue a morir lejos. Bienhecho, tuvo su merecido, dijo la Tíangelita. Entonces trato de saber por qué se merece morir. ¿Quiere decir que papá tomaba mucho, como dijo el cura? Una copita de vez en cuando, dijo mamá. Pero por la misma escalera por donde iba a bajar mi padre para venir a parar en esto, habían subido antes un hombre y una mujer a la buhardilla. Ella ha de haber sido una de esas primas gordas que uno tiene de chico y que pasaban vacaciones con nosotros. Él ha de haber sido el marido, porque le levantó el bestido con el pie, después le metió la mano debajo del vestido. Debe haber sido un trasero colgante, fofo, y recuerdo de golpe –qué pobre es mi venganza– la complicidad del tiempo que juega a mi favor y ha ido aflojando el trasero de Rosana. Yo los veía asustado, desde abajo, pero ellos subían y reían sin mirarme. Cuando los vuelvo a ver –Estados Unidos ya ha impuesto al dictador Rafael Leónidas Trujillo en la República Dominicana– yo sé que esa mujer se muere. Es fácil: llora el hombre que reía, ya no le levanta el bestido, no le mete las manos entre los huesos, llegan unas señoras que gritan desde el zaguán como si se anunciaran porque mamá les va reconociendo antes de que suban: Ay Josefina, Ay Dalila se nos fue la pobre. A mí me mandan al balcón ensima de las cortinas negras de la puerta de calle, la gente pasa medio peresosa y polvorienta de la tarde, cuando oyen a las señoras alsan una cara boba a las bentanas para ver lo que lloran, ques loimportante, pero me ven a mi metido entre las barandillas, vienen más gentes de duelo, desde arriba parecen curas que acaban de limpiarse la ropa negra con

No creas, no estoy a la moda, dijo Bichito cuando la desvestías mirándola estupefacto a manos llenas, ahora se usan las muchachas delgadas, a mí me sobra un poco demasiado de aquí, golpeándose con las palmas las nalgas y los muslos que eran los de la Judith de Lucas Cranach.

gasolina, al frente está el hotel imperial a donde nunca entra naide, o pueda que de noche, en el bar están tocando la cumparsita en la pianola, la pianola es un instrumento de hotel para pasajeros que se toca de tarde cuando se está solo o talvés la gente esté endentro porque están cerradas las bentanas, porque después las gentes oyen la cumparsita y se acuerdan y se ponen tristes, yo también me pongo triste pero no es por la gorda sino por la cumparsita, un lloroso del velorio sale hecho unas furias, crusa la calle, entra en el bar, se para de golpe la pianola, siguen discutiendo gritando en la puerta del hotel, respeto al dolor ageno, yo tan tengo mis dolores, por lo menos la muerte carajo, no me carajee que el muerto no es mío, siquiera por piedad cristiana ,barajo, así yastá mejor pero naidies tiene piedad de mi negocio, después el lloroso vuelve y vuelve a sonar la cumparsita y eso me alegra aunque me pone triste pero no puedo llorar porque no la quiero a la gorda bienhechito que tuvo su merecido porque se reía cuando le metieron la mano. No recuerdo que esa vez hubiesen estado allí mi padre ni mi abuelo: la muerte era entonces cosa de mujeres. Diez, dice Juanmanuel, esos ca nunca pelean de hombre a hombre, más parece cacería. ("Dos mil hombres del ejécito y un destacamento de rangers así como la aviación participaron en la captura del jefe guerrillero"). La importancia histórica del Hombre de Punín, señores estudiantes, radica en la concurrencia de dos circunstancias: murió aquí y estuvo solo. (". . . el cráneo había descendido por una grieta en el terreno hasta asociarse, para un observador superficial, con los restos fosilizados de una fauna antigua. . .") ¿Qué me une a este hueso? Algunas gotas de semen: Me hizo, muchas gracias papá, y se mandó a cambiar. También hay un río fabuloso, un torrente de semen que viene desde el Hombre de Punín hasta mí (". . . una fauna muy antigua, correspondiente a una edad geológica que llamamos pleistoceno, del griego *pleistos,* el más, y *keinos,* reciente. . ."). Mi padre es del pleistoceno: no lo conozco, no tuvimos recuerdos recíprocos, no hemos esperado las mismas cosas y no tengo ninguna gana de acariciarle, hasta me estorba: quizá si lo diera vuelta, si en lugar de sentir la única hilera de dientes que le queda tuviera contra la palma de mi mano su lado convexo. Pero aquello sería imperdonable, como espiarle por su cerradura, como aguaitarle por dentro si era verdad que desde la ventana con la cruz había pensado en mí, o verle la memoria de los actos que no supe y

que la muerte le sumó para siempre, sin dejarle ya ninguna oportunidad de que se embueneciera. Por eso, cuando Sarandy tuvo que colocar en el ataúd a su tío el pederasta que trató de violarlo cuando niño, le decía, mientras le acomodaba el trozo de brazo que había ido a parar lejos: Jódete, huevón, hijo de puta. Es una pena que la muerte no tenga efecto retroactivo. No hay que olvidar que todo esto ha sucedido en pocos minutos y que los tres indios siguen de pie, asiáticos, esfíngicos, inmóviles bajo la lluvia que les chorrea por el rostro. Parecería que lloraran atrasados en este desentierro, esta muerte al revés, como si hubieran venido hace 10.000 años para esto (". . .La vía de entrada fue el estrecho de Bering de 90 kilómetros de ancho, que se congelaba en aquellas épocas. Los que pasaron no fueron chinos, como el vulgo cree, sino ciertos pueblos de tipo mongoloide, que dieron origen a algunos grupos indígenas . . ."). Debajo de la piel de tierra mojada, cada uno lleva su propia calavera que nadie desenterrará para ningún hijo que sobreviva a los soldados. Yo le devuelvo la que trajo a Juanmanuel, más viejo y más indio que nunca: se seca el agua de la cara, se diría que ha transpirado en este otro trabajo, se seca las manos con el reverso del poncho, antes de recibir ese pedazo de muerto, como si fuera algo sagrado sólo porque es ajeno. Y ahura quehacemos patrón, dice porque seguramente supone que debo quedarme con ella e incluso conservarla con cariño, como pisapapeles o lámpara, pero yo ni siquiera sé en qué pensaba cuando no moría. Si uno pudiera escogerse el padre, el cráneo por lo menos, para guardarlo, conservaría el del guerrillero. No sé, entiérrala, digo, vuélvela a tirar a la quebrada. Qué quebrada patrón, por aquí nuay quebrada, lomas nomás. Sé que los decepciono doblemente: soy un hijo desnaturalizado y un amigo malagradecido. Vos sois amigo del natural, me había dicho, pero entonces no pensé que yo iría a recibir este trozo de progenitor que vuelve a ocultar bajo el poncho, protegiéndolo del viento, igual que una candela. Los tres se ponen el sombrero y se alejan, en fila india, no faltaba más, por el atajo bordeado de pencos, racialmente inclinados por la costumbre de caminar durante siglos bajo los árboles. O bajo. O tal vez pensando en. Quién sabe. Creo que ya no hace falta que llueva. Después de todo, la muerte no es tan

Aunque me reservo, señor Presidente, el derecho a rehacer todo, sientes que ha comenzado por fin a romperse un poco esa tensión que venía doliéndote desde hace algunas ¿semanas? Tú sabías que el acto de la creación es como el acto del amor: empieza como un simple relámpago en el cerebro, pronto se vuelve allí una obsesión desmesurada y tentacular que se apropia de todo cuanto le sirve y excluye lo que no le incumbe, mezcla a la desesperación el placer y la zozobra en un cocktail cuya receta varía según, y tras el tembloroso estallido con que culmina, el dulce vacío efímero inmediatamente comienza a llenarse de nuevo con gotas de ideas, como si fueran segundos de esperma. Por eso, cuando lees lo que acabas de escribir, eres ya otra persona, extraña o a lo más un pariente lejano de ti, casi enemigo o juez, que es lo mismo, llenando de marcas e interrogaciones los márgenes, poniendo un "¡ojo!" severo junto a algunos párrafos —y cuando tengas tiempo un día para revisar lo escrito no recordarás lo que querías añadir, suprimir o cambiar—, y buscas palabras de repuesto para las ya gastadas o enmohecidas, o una nueva distribución de los papeles, en su doble sentido de capítulos y de personajes. Por lo pronto observas que:

I. El libro te va saliendo un poco a la manera de esas muñecas de madera rusas o las canastillas de paja de Otavalo: tú escribes un libro sobre un escritor que piensa escribir un libro sobre un escritor –por fortuna este último escribe algo sobre sí mismo y no sobre otro colega–, e incluso cada situación o circunstancia está dentro de otra que a su vez otra contiene: en lugar del relato lineal o angular o cuadrado, un poco los círculos concéntricos, lo que no significa que sea mejor o peor.

II. Para ser absolutamente honesto, tú, el autor, deberías tener cojones suficientes y decir simplemente "yo", en lugar de tratarte de tú y reservar la primera persona al narrador y, a veces, al personaje. Puedes responder diciendo que el recurso no tiene nada de reprochable, salvo que es el que suelen utilizar

los filósofos, que todos discutimos con nosotros mismos, e incluso te habías planteado el problema en tu cuaderno de notas: "El desdoblamiento de Galo Gálvez: ¿Cuál de los dos es él: el narrador o el narrado? Él podría responder: Ambos, o sea el que duda, el que sueña, también; el que logra verse desde afuera, sobre todo." Pero tienes, además, otras razones:

1] El empleo de la primera persona, en cuanto se refiere a la experiencia literaria en general, habría podido parecer una lamentación individual, en circunstancias en que hay otros que sufren más, que trabajan en peores condiciones, o sea que se trata de una situación compartida, casi vulgar en el oficio;

2] Al tratarte de "tú" puedes, como diría Gálvez, verte desde afuera, es decir ser más justo, tomarte menos en serio: al fin y al cabo, los escritores no son tan tan importantes;

3] *Yo* sólo importo en la medida en que puedo ser otro, él, un él cualquiera, que anda por el texto. A estas alturas ya parece obvio que la novela debería presentar, en lugar del personaje problemático, al autor problemático, que tiene el mismo derecho que el otro a aparecer en el libro, puesto que es tan real e imaginario como aquél, o más derecho aun porque la página en blanco que es redondel —¿se acuerdan?—, es también espejo, y deberíamos poder ver cómo escribe;

4] Aunque sabes que sólo los idiotas toman una narración en primera persona como si se tratara forzosamente de un relato autobiográfico, con tu vidita y tus ideítas idiotas o ideotas, cuando el narrador habla de su amor paralelo, pasa de la primera a la tercera persona, y así lo dejas aunque pueda crear confusión. Podrías dártelas de superborgiano diciendo que aquel que amó ayer no es el mismo que recuerda ahora, sino su antípoda, o enmendarle la plana a Heráclito: Ningún hombre entra dos veces en la misma mujer, o viceversa. Pero no es eso, sino que hay el peligro casi siempre insalvable del patetismo sentimental o del cinismo, de una prosa melosa que algunos llaman poética, y además ese tipo de confesión te parece impúdica porque está demasiado de moda.

5] De todas maneras, y ya se trate de una explicación o de una excusa, de confesión o de ficción literaria, en primera o segunda o tercera persona, allí estarás enterito, proyectándote —así se dice ahora— en el narrador, al que le prestas una parte de ti mismo y todo tu lenguaje, y él, a su vez, reflejándose en el personaje, como lo prueban los hechos siguientes:

a] ni el narrador ni Gálvez conocen a su padre: no lo necesitan, se bastan por sí solos, aunque esto pueda suministrar a los psicoanalistas del "Murcielagario" un elemento fundamental para afirmar que, debido al complejo de Edipo, o sea el odio al padre que se manifiesta en el deseo inconsciente de suprimirlo para deshacerse del Creador, es decir tu rival, se ha desarrollado en ti una megalomanía galopante que te hace creerte la mamá de Tarzán, lo cual explica de paso por qué no has vuelto a los partidos de fútbol;

b] la madre del narrador y la del personaje se parecen, como se parecen todas las mamases, y ambos creen con Wilhelm Reich que "aquel que no ha superado su propia vinculación con su familia y con su madre o que, por lo menos, no la separa lúcidamente de todos sus juicios, haría bien en no explorar la esfera de la formación de la ideología", lo cual unido al inciso a] del numeral 5] del apartado II] indicaría una falta de fijación en la madre, ergo una tendencia múltiple a la pederastia;

c] el narrador le presta a Gálvez su Tíancarnación y su Tíangelita cuando hace falta, como en el teatro, que las actrices que aparecen de vez en cuando en la obra representen varios papeles secundarísimos, en lugar de inventarte dos viejas más, iguales a las otras, a las que apenas les cambiarías de nombre: simple economía de personajes, puesto que no pretendes ni podrías fundar toda una población como un novelista ruso.

III. Tu vida te interesa a ti, y eso sólo a veces, y no a la literatura, porque la vida, eso se sabe, no es sino un pretexto. La vida no tiene un autor que la organice, crea personas porque sí, sólo porque una mujer y un hombre se ensamblan y ella se equivocó en el cálculo de sus reglas debido a que febrero trajo ese año 29 días u olvidó tomar la píldora o porque él no tuvo precisamente en ese momento un preservativo a mano. Mala suerte, viejo, si es por eso que naciste y aguantas todavía. Pero los personajes del libro no obedecen al azar de la fecundación ni al deseo de engendrar, sino a un imperativo literario (¿me creían tan hombre público u orador pendejo como para decir "categórico"?), que es mucho más que vital, cada uno justificando por qué aparece en la página a ocupar con sus pies un espacio entre los renglones, a respirar en medio de los capítulos, dando razones para tener derecho a existir: nuevamente *Ak y la humanidad*. El héroe sólo justifica su existencia cuando es

los demás, y sólo es heroico en un país heroico, lo cual rige también para la literatura. Ya Walter Benjamin señalaba que en Balzac el gladiador se convierte en un triste viajante de comercio, y en Baudelaire el héroe son el suicida o la lesbiana. Tales son los héroes de esa sociedad. Ahora es peor: ya ni siquiera existen individuos sino signos, en nuestra sociedad de masas que iguala las apariencias (¿el obrero no se pone corbata los domingos?) y nivela las formas de pensamiento y de vida (ídem.), y cuyo representante más lógico sería una especie de posthéroe borroso. Y, sin embargo, en una novela de Michel Butor, un viajante de comercio que tiene una amante en Roma se pone a aprender el italiano para leer en el original la *Divina Comedia*. Aquí, ¿podrías, dí, podrías honestamente hacer que un vendedor de máquinas de escribir leyera a Dante?

IV. Eliot decía que la marcha del artista es un sacrificio continuo, una continua extinción de su personalidad. No sé si lo he entendido bien, pero en este caso concreto, cuando tú crees que diriges los pasos y gobiernas los actos de tus personajes, te das cuenta de que, en realidad, los obedeces, y que en lugar de integrar tu vida en la de ellos, te apropias de las suyas, como si no te bastara la que tienes. Quiero decir que para ti en lugar de constituir un sacrificio o una extinción te resulta un enriquecimiento, como si te hubiera sido dada una vida más. Por ejemplo:
Mamá está feliz de verme le he hecho mucha falta en todos estos años etcétera. Pero es inagotable su caudal de preguntas: si éste es el único traje que tengo si sigo fumando tanto tú sabes que eso te hace daño si he podido ahorrar algo porque el mensual que me mandas no alcanza para nada con lo cara que está la vida si pienso seguir perdiendo el tiempo ("Mi pobre Karl haría mejor en amasar un capital en lugar de pasarse escribiendo sobre él") Mater amabilis
inagotable su caudal de lágrimas
Yo he saldado todas mis deudas con mi vieja, decía Gálvez, excepto la del llanto: ella ha llorado por mí toda la vida y yo por ella sólo una vez, cuando era chico y se hizo cortar las trenzas porque llegó la moda de la melena. Quería cobrarme con sometimiento sus eternos sacrificios, por ejemplo haber pasado en vela a la cabecera de mi cama cuando estuve enfermo. Pero, señora, le dije, era lo menos que podía hacer: cuidar su obra,

porque yo soy hechura suya, ¿sabe?
inagotables sus reproches
cómo quieres que no me duela que tus amigos y tus cosas y hasta la mujer ésa estén antes que tu madre crees que no me doy cuenta si has venido ahora es porque estuviste en la hacienda dios mío habré llegado al colmo de tener que agradecerle que la liria quede cerca de aquí si no quién sabe cuándo hubieras venido y yo como loca preguntándole a todo el mundo cómo está mi hijo por qué no viene a verme si ya ha vuelto cómo ha llegado pero claro a ti te da lo mismo que tu madre esté viva o que reviente pudiste haber venido antes ayer por ejemplo que me pasé esperando todo el día porque tenía la corazonada de que ibas a venir pero no viniste porque te lo pasaste con ella ¿no es cierto?
No es cierto
Entonces dónde estuviste
Es la misma Mater admirabilis de antes
Yo me desmadré hace tiempo pero ella no se deshija nunca
y cualquiera que sea mi edad —Estados Unidos mantiene desde hace cuatro años el bloqueo de Cuba— impone su mamismo dictatorial y su interrogatorio
Yo no puedo decirle que fui a conocer a su marido
ese hombre que le dijo que se iba a buscar trabajo y se fue a morir como si le pusiera cuernos
no puedo porque como no recuerdo de él sino que bajaba de prisa las escaleras
parecería más bien que se tratara de su amante
pero es sabido que cualquier mujer puede tener un amante excepto la madre de uno y mucho menos la mía Virgo fidelis
tan insexual con su tristeza que no le sienta bien a su gordura tan feíta la pobre
En la escuela los otros tenían mamases lindas eso decían al menos
y yo sabía que la mía era chiquita injusta grosera
cada mes ponía a desaguar en una lavacara unos trapos con sangre
y eran de ella de alguna parte de su carne de su gordura
y tan sometida al destino o sea a la pobreza y a sus hermanas
y queriendo desquitarse de todo eso conmigo
No, madre, déjeme ser, le dijo Stephan Dedalus
Yo le digo que fui a ver al Hombre de Punín y eso la tranquiliza

porque no sabe de quién se trata pero se trata de un hombre
Ahora quiere saber por qué he regresado
nadie me preguntó nunca por qué me iba irse de aquí es casi lógico
pero durante años enteros han estado hinchándome las pelotas acusándome de no volver como si estar ausente fuera una mariconada
y ahora se alegran como si el regreso fuera una derrota o un arrepentimiento de que venga a joderme aquí y no en otra parte
junto con los que nunca necesitaron largarse o quisiera-eron pero no se atrevieron o no pueden
y se inventan ese dudoso heroísmo de haberse quedado
pequeña consolación a tanta puteada por no haberse ido
Podría honestamente comenzar a explicar Vine porque al fin y al cabo la patria ¿saben? esa vaina de las raíces
pero cómo diferenciarlo de cuarenta años de oratoria
"Pueblo que me escucháis, la patria es un claroscuro maravilloso, pero lo que la patria necesita es un hombre que sepa lo que necesita la patria, un hombre, trabajadores y trabajadoras que apoyáis mi candidatura, que sepa cuáles son los principios que gobiernan el caos. Yo voy a hablaros de esos principios a pesar de la lluvia que comienza a caer, pero tened un poco de paciencia porque esos principios, ventajosamente, no son sino tres. El primero es el patriotismo del que estáis dando pruebas al mojaros porque, hágame el favor, señor, cómo puede haber patria sin patriotismo"
y quién lo creería quién regresa por eso
la patria salve oh patria mil veces oh patria
ya tu pecho rebosa gozo y paz —sí mucho gozo y mucha paz cojudos—
y otras ñoñerías del señor juan león mera y otros señores
oh de mi patria tricolor bandera
iris listado de oro azul y grana
La patria señor presidente es un territorio o sea tierra
o sea que no pertenece ni siquiera a los patriotas que se mojan sino a los gamonales
o sea que nosotros no tenemos patria todavía
la patria como se sabe es también la madre de mi sargento Maiguashca
y en cuanto a la madre uno se separa de ella en cuanto puede

y va a verla cuando puede los domingos de tarde eso también se sabe
Has vuelto por esa mujer dice mamá
A más de que es infalible en sus corazonadas era fácil preverlo
aquí la única manera de concebir el futuro es prolongar el presenpasado y a eso suele llamarse amor eterno a veces
y si uno ha vuelto al país no tiene más remedio que volver a la misma marca de cigarrillos y es seguro que volverá al mismo murcielagario donde se reúnen los mismos amigos a la misma hora a beber el mismo maltrago y hablar de las mismas cosas sobre las mismas personas con la misma malalengua los mismos calcetines
y volver por pereza a la misma mujer

Yo sé Bichito que un día me dejarás por otro pero eso no me impide amarte, así como la certeza de la muerte no me impide vivir.
¿Y comenzar otra vez todo de nuevo desde el principio? No, viejo, no hay tiempo para eso y además ya resulta monótono.

Debería decir Vine porque me dio la gana
Vine por verte le digo
Mi vieja sonríe porque sabe que no es verdad y se entristece como una enamorada porque no es verdad

Rosana le dirá: ¿Cómo así volviste? Dí que fue por mí, por nosotros, y él le dirá: Claro, por ti, y ella sonreirá para que él vea cuánto no le crée. O tal vez no sea así. Tal vez lo contemple indagándole en la cara la verdadera razón, como suelen mirar fijamente los cónyuges sobrevivientes que sospechan para tratar de descubrir con quién. O acaso se apretará a él como para que no vuelva a partir y él sentirá esa mínima generosidad de tenerla así, protegida a contrapecho, en la misericordia de ese regreso, en la comodidad cobarde y sin azar de ese regreso, porque le conoce desde hace años la depresión de la clavícula y el sitio de la garganta donde deberá, la zona exacta de la espalda donde su lengua, la textura de las nalgas de otro tiempo, el momento preciso para, ya penetrada de lengua y de lenguaje –y el pelotas del Cretino que decía: Ventajosamente mi mujer es frígida–, y se conocen los pasados y las manías y ella le dirá –porque eso no falla nunca–: No sé cómo he podido vivir todo este tiempo sin ti, y le preguntará después: Dí, es lindo el mundo. Él pensará que basta un solo día para convertir a una mujer de carne y hueso –de cuerpo, vaya– en fantasma y que, asimismo, basta un solo día para. ¿Sabes cómo se deshace uno

Yo sé cuándo vas a gozar, dijo Bichito, porque escondes la cabeza aquí en el hueco de mi hombro, como si necesitaras que te proteja, como si huyeras y no quisieras que te vean, y a mí me gusta, de golpe te me vuelves pequeñito, como si fueras un hijito mío, pero en ese rato yo prefiero verte los ojos alegres, felices, jóvenes. Es raro, la gente no se mira cuando goza y tú eres el único que sonríe cuando todos parecen torturados.

de un fantasma?, le dirá. Es posible que entonces Rosana le esté acariciando el pelo, advirtiendo complacida cómo ha encanecido, como si aquello le compensara las patas de gallo que se le han ido formando en su ausencia junto a los ojos y las arrugas en torno a la boca. Es de tanto llorar por ti, le dirá –tampoco falla–, pero sabe que no es por eso sino por sus ticinco años. ¿Decepcionándose? le preguntará indecisa, con temor a equivocarse y decepcionarlo.

No, dirá él, metiéndolo en el cuerpo a que pertenece y que anda buscando.

Y él se meterá en ella, hecho el fantasma.

Ya ves tu pieza todo está como lo dejaste la última vez dice mamá

excepto los libros claro

cuando se los llevaron me pareció que recién te habías ido más que cuando te fuiste dedeveras

vinieron los policías me preguntaron por qué había tantos

Son de mi hijo es profesor está en el extranjero él no se ha metido en política dijo ella

Entonces por qué no los tiene guardados en cajones ¿ah? dijeron ellos

y comenzaron a tirar algunos por la ventana

En cajones porque mi vieja a más del libro de misa no ha leído sino *Amar con desobediencia* y *Genoveva de Brabante*

Harasme el favor de llevarte tus libros ¿no? y de dejar tranquila a mi mujer, le dijo el Cretino, ahi se pasa todo el día leyendo, hecha la intelectual dizqué, la cojuda, porque de no los tiro a la basura sin exceptuar ninguno, porque le estás haciendo daño.

tirarlos por la ventana pese a que el vicepresidente de una república ha dicho que los libros son "el vehículo que intrínsecamente coaliga los más erguidos elementos de posibilidad en la prosecución de las metas en que campea el espíritu en toda la excelsitud de su dominio subyugante"

o sea que si nosotros no pudimos entender qué quiso decir menos aun los botudos

pero ellos se cagaban en sus palabras con mucha mayor eficacia

Primero dijeron que sólo buscaban la literatura subversiva después se pusieron a humillarme dice mamá llorando

Vaya hijito que tiene dijo uno de los policías riendojeando un libro

¿Y éste también es de él? dijo el otro riéndoseviendo las ilustraciones
Todos los libros que hay aquí son de él dijo ella
Fíjate en éste dijo el uno
No me parece de historia dijo el otro
Son cochinadas para viejas locas faltas de hombre dijo el uno
Me enseñaron unos dibujos y se pusieron a leerme unas cosas que no había oído nunca en mi vida les dije que no sabía que habías sabido tener esas cosas en esta casa dice mamá hasta que subió un capitán.
No sean pendejos no ven que no hay tiempo para estar escogiendo
Como no había libros en las otras casas de esta cuadra dijo el uno
Más qué dijo el capitán mi comandante quiere que la operación quede terminada antes de medianoche
Entonces tiraron todos los que quedaban
abajo había otros policías que los amontonaban en una camioneta
Me apena que mi vieja no hubiera oído nunca esas cosas dichas por un hombre y no por un policía
y las lágrimas de humillación que sin querer le pusieron en los ojos posiblemente Henry Miller o Burroughs o Bataille o los ilustradores del Aretino de Bocaccio o de Baudelaire
y me apena Falcón de Aláquez que hace muchos años decidió alcanzarlo a Gálvez en sus lecturas, "para ser un homo sapiens como él", dijo, y se impuso un riguroso orden alfabético de autores. Cuando me fui ya iba por la C, "pero yo sólo leo los diálogos ahi está todito lo que es la gente sin necesidad de tanta literatura", decía, y a Galo no le han dejado sino *El capital* –"esto es todo lo contrario del comunismo" había dicho el sargento que le tocó– y *La sagrada familia* –"esto es cristiano" había dicho el ídem.
Me apenan algunos libros también
aquellos sin los cuales uno cree que no puede vivir pero vive porque en cuanto a los otros
Cuando las grandes lluvias –torrenciales, ¿viene de torrente?– llegaban febreramente puntuales y el Chanchán se salía de madre causando derrumbes sobre la línea del ferrocarril y las solteras ya no podían ir el viernes a ver melancólicamente pasar el tren a la capital y en las casas se sufría la falta de gasolina que

no venía de la costa y la escasez de carbón y leña que no se encontraba y que cuando se conseguía no prendían y hacían lagrimear, Gálvez decía La cultura es un problema de selección, es decir de espacio, y ni esta habitación ni la memoria son ilimitadas, sus paredes no son elásticas, y si las llenas con esos libros dedicados, y mientras peor es el libro mejor es la dedicatoria, corres el riesgo de que ocupen el lugar que debería haber correspondido, por ejemplo, a *Bajo el volcán* (claro que entonces no conocíamos el libro todavía, pero tú estás escribiendo ahora y te dices que deberías buscar un equivalente pero ¿habrá? y decides dejarlo porque no importa). Por eso las crecidas del río son benéficas para la cultura y esto que voy a hacer no es un auto de fe sino una operación de higiene: echarlos a la basura sería menos práctico y regalárselos a alguien, un mal servicio. Aquí tiene combustible nacional por lo menos para algunos días, mamá: ensayo para la sopa porque, aunque hay pocos, son los libros más gruesos; relatos para el arroz con menestra, porque es lo que más abunda; poesía para el agua del café, porque no son sino folletitos. Y para ser solidario con mis colegas, métale también un ejemplar de mi *Quasimodo en el campanario* y uno de *El hombre y los demás*. Después de todo, no son mejores.

Echada en el suelo frente a la chimenea Bichito dijo: Vamos a quemar todos mis slips, no quiero conservar ninguno que otro hombre me haya visto o tocado o que haya cubierto otra lámpara antes que la tuya. Tú me comprarás mañana otros, ¿verdad? y uno celeste: nunca he tenido uno de ese color. No sé, es algo como una forma de virginidad aunque sé que no te importa.

Cuando pienso en lo que te han costado dice mamá llorando menosmente
porque en los presos y en los muertos no piensa Virgo clemens
Pero sabe sabe ella cuánto me costaron cuando en la librería hacía el papel de un voyeur adolescente y pobre en un prostíbulo
cuántos meses de no ir al cine para aprender que puesto que la belleza que no existe puede ser creada un día el hombre y el mundo ya no serán esta porquería
cuántas semanas de madrugar en el frío para ir a pie al colegio y volver a pie a la hora del hambre
sólo para enamorarme tuberculosamente de Madame Chauchat y que me dijera: "Pequeño burgués, lindo burgués de la pequeña mancha húmeda. ¿Es verdad que me amas tanto?. . . ambos son carnales, el amor y la muerte. . . pero la muerte, ¿comprendes?, es de mala reputación, impúdica, y hace enrojecer de vergüenza"

o llorar bocabajo ¿qué te pasa? nada mamá ¿cómo que nada?
y esa vez tenía razón porque los tratados de la angustia Vallejo Dostoievski no dejan indemne
como lloraría ahora si pudiera por todos los que íbamos a ser Espartaco un día que no llegó nunca
y me parece demasiado tarde para los pocos que entonces fuimos todos

¿No crees que te los devolverán si los reclamas? dice mamá porque ya no llora

(Señor Comandante General de Policía: Por insinuación de mi santa madre me permito solicitar a usted que tenga a bien ordenar que se me devuelvan los libros que sus esbirros se llevaron de casa de la susodicha. Habría que ser —son— demasiado idiotas para no comprender que no se trata sino de letra muerta, palabras, signos que formaron un día nuestro otro esqueleto, que nos ayudaron a ser lo que quisimos y a estar donde queremos. Es como si llevándose fotografías de cuando éramos chicos pretendieran quitarnos nuestra infancia. En un libro que usted no conoce, de un autor que no conocerá jamás, en un país no tan imaginario y en un futuro no tan lejano como él creía.* queman los libros unos bomberos al revés, y los subversivos de entonces como nos sucede ahora con las ideas a nosotros, los conservan oralmente, trasmitiéndolos, los adultos o los que van a morir, a los menores: algo como un retorno a las literaturas orales del África. Tal vez por eso allá, en lugar de quemar libros queman hombres. Otra cosa que usted tampoco sabe es que todos esos libros ya habían sido quemados, desde el primer emperador que ordenó la construcción de la muralla china hasta nuestros coronelitos criollos, en todas las hogueras de todas las inquisiciones, de todos los fascismos (es lo mismo) y, sin embargo, estaban intactos en nuestras casas: son armas secretas que escapan a todas las armas del fuego y que sobreviven a todos los ejércitos. Y al quitárnoslos simplemente dejan en cada sitio una tarjeta de visita del régimen: la huella digital del antipensamiento, no sea que alguien se equivoque y crea que ustedes son distintos).

Excepto los libros claro todo está como lo dejaste
el saco descolorido que se quedó en la silla antes de irme

* P. S. 1973. Bradbury, con su espantoso sentido premonitorio, ¿veía ya el Chile sangriento y en cenizas del sanguinario y pirómano Pinochet?

los zapatos deformes que me han esperado inútilmente cada día cada año bajo la cama
y es como si hubiera muerto y reviniera o como si mi madre me matara
con su cargante devoción por mi pasado
yo volví para ponerle velas y enterrarlo
pero he aquí que el ataúd está malclavado y alguien todos se empeñan en levantar la tapa
Oigo por la ventana las dulzainas del hojalatero a cuya puerta Gálvez iba a sentarse en un escalón de piedra rota a la salida de la escuela, y han seguido sonando hace cuarenta años. Las fabricaba, como de contrabando, entre dos ollas, comprobaba casi a escondidas cada agujero y cuando parecía haber encontrado el sonido que buscaba, parecía que daba un puntapié a los estridentes utensilios domésticos. Entonces se ponía simultáneamente dos dulzainas en la boca, y por entre los jarros, portaviandas, guarniciones de tinteros, jaulas, espumaderas, cucharones, herramientas y restos de lata amontonados en su mesa, salía ese alarido doble como si se lastimara por adentro con los bordes. Tocaba viciosamente, saboreando su dolor metálico de mil años de viento en las dulzainas del pajonal, cerrando los párpados para verse el sonido o esos siglos o para que no le viéramos los trocitos de vidrio que le ponían sangre en los ojos. Una tarde, cuando estaba en la punta de la nota más triste, llegó una de las Tarántulas. El maestro interrumpió esa melodía que era gozodolorosa como cuando uno se hurga con la uña la encía inflamada y duele más, sonrió como si se compadeciera y le entregó una cacerola. La Tarántula reclamó que la soldadura no estaba bien hecha, pero no era eso sino que cómo se le ocurría pedir un sucre si el hueco era tan chiquito y que cinco reales nomás. El maestro no dijo nada, la Tarántula se fue dejándole una laurita en la mesa, y él volvió a soplar semiyéndose del barrio, como si cambiara de suerte. A mí me dolía ese sonido (Era la fresa en la caries que empezaba a formársenos en el corazón, decía Gálvez años después) y temía que alguna otra vieja volviera a interrumpirlo o que él decidiera terminar de golpe, o que nos echara como a pordioseros sin ser sábado. Creo que empecé a llorar porque el maestro me miró como agradecido por mi fidelidad de perro a su tristeza, por esa complicidad que no me había pedido. Qué quieren, guambras, así tiene que ser, dijo. Nosotros somos tierra. Allá en el campo,

cuando yo era chico mis taitas hacían carbón. Cuando seiban demañanita me dejaban enterrado hasta los hombros bajo un árbol a que no me dé el sol, para que no me vaya a vagabundear por ahi, no sea que me caiga a la quebrada, porque no tenían dónde dejarme para que me cuiden. Así es, guambritos: tierra. Ya era casi de noche cuando la mamá de Galo vino a llevárselo, como si no tuviera casa, dijo, y después de comida fue a hablar con mi mamá, bajito para que no las oyera.

La mamá de él dijo Hay que denunciarlo a la policía

Entonces mi mamá dijo No pobre hombre hay que dejarle que se gane la vida

Entonces la otra mamá dijo No ve que está prohibido tocar las dulzainas

Entonces mi mamá dijo Dicen que el serrucho también

Entonces la otra mamá dijo Sí porque dizque se suicidan

Entonces mi mamá dijo Si hasta a mi hijo lo encontré llorando

Era curioso que pudiera tocarse ese instrumento de la carpintería

con qué voz que no fuera hacer aserrín podría quejarse

qué notas le saldrían por entre esos dientes como de tiburón aplastado

tal vez sería arma pero no instrumento

se mató de un tiro

murió de amor la desdichada Elvira

se suicidó con nembutal

se murió de dulzainas

se serruchó

Ahí fue cuando nuestras mamás para prolongarnos la vida nos prohibieron ir a la hojalatería

pero yo le seguía oyendo desde aquí al maestro cuando tocaba

y miraba de reojo los serruchos donde el carpintero

Después del entierro del Nacho conocimos la sepulturería, que quedaba cerca del cementerio, en cambio la funebrería estaba lejos, frente al hospital, y exhibía sus ataúdes pobres en la puerta. Sería tal vez que los muertos eran menos pesados que los ángeles de mármol que lloraban abrazados a una cruz, o tal vez porque el viejo del taller habría debido mudarse muchas veces con sus piedras y sus herramientas, cada vez más lejos del centro de la ciudad, allá donde no estorbara con su polvo y sus martillazos, como si todos estuvieran contra ese como extran-

jero que negociaba con los muertos y vivía ya en el límite con el otro mundo. Lo cierto es que una tarde le vimos acarrear con su ayudante una piedra enorme desde el río hasta el taller. Gálvez iba las tardes a sentarse en la puerta y verle martillear la piedra y verle cómo cada día iba haciendo salir una parte de un caballo, se lo habrían encargado digo yo, después de todo era casi un escultor, hasta que al fin le dijo: Y usted cómo sabía que había un caballito adentro de la piedra.

Pero volviendo a las dulzainas por qué no habrían prohibido más bien nuestras canciones de tristeza y de pena círculo vicioso

porque son así porque somos así porque son así sucesivamente

y nos dan ganas de trago y de llorar aunque la calentura no está en las sábanas

El Ríspido estaba manoseando desde hacía rato una guitarra y nosotros, como es natural, bebiendo, en silencio porque llovía y porque había comenzado algo como ese fondo musical que nos faltó en tantos adioses que nadie filmó nunca (así habría sido más fácil, como en las películas, nuestro triste espectáculo sin espectadores y en el momento más doloroso ya sin ni ella) y ahora, tan a deshora, el carajo rasgueando las cuerdas y yo veía ángulos, como en un cardiograma que duele, un esquema corazonal de lo que fue una partecita de una biograf. Allí estaba cada uno con su señora, domingamente aburridos y tristes también por el trago, montón humano en los sillones y en el suelo, y me distraía buscando dónde estaba el otro pie para formar pareja con cada zapato. Pero cuando el Ríspido comenzó a tocar en serio, mirando la llovizna, creo que cada uno de nosotros se fue por su lado a buscarse una mujer en el recuerdo de antes o de después de haberse equivocado de mujer como de país o de guerra, y se acordaba, como suele suceder, con todo el cuerpo –nuestras canciones sirven para eso ¿no?– y alguien dijo que el Ríspido estaba brutal, como nunca, tocando con sentimiento, y el dueño de casa puso la grabadora y empezó a soplar probando el micróf. Pienso que si me ha quedado una astilla de culpa más grande que a los otros es porque yo le pedí al Ríspido que cantara esa canción y no fui yo sin embargo el que, aunque acaso habría sido lo mismo con cualquiera otra, con una que nadie le hubiera pedido por ejemplo, en esos casos todas sirven, no son sino un pretexto, esa mezcla de domingo, llovizna, trago, pasillo y malasuerte, y sólo después uno se da cuenta de que aunque

todos podemos ser presuicidas ha habido entre nosotros, sin que lo sepamos, un suicidario de veras y que tal vez él tampoco sabía: de otra manera acaso nos tendríamos mayor respeto, nos buscaríamos perdonándonos nuestras deudas, para aprovechar todos los momentos antes de que fuera imposible. Pero la muerte es una costumbre que se olvida fácilmente. El Ríspido esperó a que se hiciera un silencio aún mayor y empezó

bus mi de
guir can ca bru
se do por nos ma
#de
Te-he

con su voz rea de varón desesperado. Fue allí cuando Gonzalo se levantó.

he de
ri #voz #so
plan das #mi #la
#mis tas y da
con

Ví que había llorado quién sabe desde qué horas, por la vida que llaman, tal vez la suerte o quién sabe, y trató de salir, tambaleando, queriendo

tu
que cuer vien
sé po to
#que es de y-es
pu
aun ma

aferrarse a nadie, a alguien, a un olor de ayer que se le quedó prendido

tu
voz que – es
tu vo nau ga
y ha tiem fra
ce
po da

en los vellos del pecho, y resbaló, de rodillas, como si hubiera querido pedir perdón por no haber muerto todavía o haber

amado, junto a su mujer, la Gorda, que adivinó, instantánea, como animal al que apuntan.

vi res te-o
mi da se
ta que se
por
Que-im

Llévame en seguida al excusado, gritó y nos lo quedamos mirando en medio del vacío inmenso de silencio que se hizo, con un león de rabia y de pena por la grabación que estaba saliendo formidable. El Ríspido sonrió compasivo-comprensivo y mientras aprovechaba la interrupción para tomarse un trago dijo Eso se puede borrar después. Claro que no lo hicimos nunca, pero cuando álguienes oyen la cinta y siempre hay alguien, algún pendejo que se ríe diciendo Ese ya se cagaba, nos dan ganas de romperle el alma a patadas. Volvió el Ríspido al glosado entre las dos estrofas y recomenzó con la voz más desesperada

vi res te-o su ma
mi da se con
ta que se
por
Que-im

Porque entonces no sabíamos que era demasiado tarde para vomitar la muerte

tu voz
can #ti guo de ya-ex tin
bus do-el co-an gui da
e

que se había tragado un rato antes con un trago de mallorca, diciéndonos como siempre, como si tal cosa Salud, cholos, pero ahora adhiriéndose

do-au na
y-aun cuan sen le ja no-exis
te-o muer ti
ta da

crustáceamente a la Gorda, como si la amara o fuera el otro molde. Ya me

ser nal fu ma
de la guir to
tú-has da que do per
lo

jodí, vieja, le dijo, ya me tomé las pastillas. Bruto, le dijo ella

gui ble lor
luz do i mi
la i tin que-al #lu na
nex

acariciándolo, tontito mío, si no te querías matar por qué te mueres

nun mi
que ca na
mor re #ter
y-el a que flo ce y

entonces. Pero eso fue en voz baja y todos aplaudían y estaban lejos del

re
flo ce y nun
que que ca
mor #ter mi
na

el a

micrófono y por eso no pudieron oírles y no quedó grabado. Ya dije que estábamos borrachos, no recuerdo más, me habré dormido, lo habré soñado, habría sido hermoso que todo no hubiera sido sino el sueño de algún chispo que se despertaría mañana, pero el lunes hubo que enterrar el cadáver, la pesada comprobación de la verdad de la vida, y al regreso, como cada vez que volvíamos del cementerio, nos instalamos en la cantina "Aquí me quedo", esa vez todos con un amargo sabor de culpa fermentada con mal aguardiente en la garganta, que hubo que lavar con muchísima cerveza, otra vez en silencio, porque cada uno se puso a llenar su cenicero con recuerdos del Gonzalo.

Los mendigos constituyen ya una legión en esta capital: en las casas ya no hay otra cosa que oír que la voz melancólica que pide limosna de día y por la noche; ya no se puede andar libremente por las calles, en medio de ellas, al voltear de una esquina, le detienen al transeúnte para implorarle caridad. Todos los días de la semana son ahora hábiles para el ejercicio de la mendicidad; antes se lo restringía al sábado.

EL COMERCIO

los mendigos masca(ba)n migas del padrenuestro de cada día
dánoslo hoy desde el domingo:
era el día de salida de María Diabla
se encontraba con un negro que tenía los dientes de oro y la
pegaba y la hacía llorar
yo sacaba a pasear a Galo Gálvez
íbamos por tristes calles de piedra y polvo en la ciudad callada
con ese rumor pequeñito de alguien que duerme
a la derecha están las villas escondidas entre árboles azules junto
al río llenas de sombra de fruta con gente reunida como para
conversar comer reírse ser feliz
a la izquierda los terraplenes secos del ferrocarril con cantinas
oscuras cavadas como cuevas de miedo de donde salen
un olor a bestia de cerveza de chicha de aguardiente de fritadas
agrias
un sonido de arpa destemplada como si fuera a llover toda la
vida
y cuerpos tambaleantes dentro de los zapatos desacostumbrados
del domingo bajo sombreros colocados torpemente y al azar
por un compadre
indios que caen llorando arrastrando a caída y llanto a su mujer
lazarilla solidariamente borracha en el crepúsculo

cadáveres semanales del tedio de siglos que quedan tirados a la orilla del camino
después nos encontrábamos con léntulos transeúntes vestidos de negro como escapados de una fiesta o un velorio
barrios de perezosas personas pobres con toda la familia a cuestas
con los trajes estrechos del domingo los colores agresivos del domingo
caminando a desgano como si la otra pierna se les hubiera quedado en la semana pasada
acarreando niños que lloran comiendo cosas melosas pegajosas
los adultos ensayando ya el ceño torvo para el lunes:
toda la ciudad
olía a comino a ajo profundo a cerdos arrastrados con sogas al mercado
y a los mendigos que pedían se les decía Vuelva el sábado
pero algunos morían tontamente el martes:
mamá iba a la modista
día sin personalidad como el miércoles:
cita con el dentista
sin fuerza para alargar la mano a la limosna ni siquiera hasta el jueves:
por la noche la retreta de la banda municipal
los pasillos que entristecían a las parejas
daban vueltas hasta las nueve de la noche en el parque y en el miedo
sin encontrar la calle por la que huirían a
ni el día en que habrían podido al fin
por ejemplo el viernes:
iban a ver pasar el tren al atardecer
envidiando a los pasajeros como si todos estuvieran en luna de miel
y no hubiera despedidas y despertarse otra vez solo el sábado:
la caridad era de un cuarto de centavo
pero el miserable a veces no tenía los tres cuartillos del vuelto
No le creas decía mamá está mintiendo para quedarse con el centavo entero
y se iba y volvía por la tarde con las tres moneditas sucias de sobras de algún caldo
con el tiempo –Estados Unidos ya ha ocupado militarmente

Guatemala– se fijó la tarifa en un centavo porque habían desaparecido los cuartillos
mamá dijo que los mendigos los habían acaparado para obligarnos a darles un centavo
yo me sentía como un diosito al tomar la moneda de manos de mamá
y ponerla en la extranjera palma lodosa de máchica y tierra
sin tocarla para no contaminarme del compatriota que volvía el sábado
después deben de haber acaparado también los centavos porque ya no existen
en mi patria burguesita adefesiosa esposa pobre con aires de gran dama
comprándose cada día media libra de futuro envuelto en un trozo de periódico con sangre como en las carnicerías
asegurándose su horario sin azar para la semana que viene el mes próximo el año entrante el hijo del hijo del hijo
asegurándose de que el sábado durará una semana
mejor aun si dura mil años en este país de pordioseros como la India
en este país donde la vida era ya entonces un largo domingo de tarde
cuyo peso llevas contigo a todas partes
montoncito de memoria y experiencia que no puede ser distinto ni más grande sino simplemente compatriota
formado por los hechos del agua y de la tierra
y tienes que volver a tus indios y a tu gente
lo otro sería canallada

O sea que, sin proponértelo, estás comenzando un libro distinto al que habías imaginado, a sabiendas de que no será el que hubieras querido sino éste que va saliendo, un poco bajo tu responsabilidad más honesta –la honestidad de tus límites– y otro poco sin que sea totalmente culpa tuya, así como a uno le nacen hijos bizcos o zonzos a los que un día ya no se puede defender y deberán ganarse la vida por su cuenta.
Y cuando ibas a resbalar –¿es tan inevitable como el hecho de dejar caer en el lavabo o el suelo la tapa del tubo de dentífrico justo cuando no querías hacer ruido?– en el flaubertiano lugar común –Galo Gálvez soy yo–, encuentras en una carta del cirujano de la novela que "*Madame Bovary* no tiene nada de

verdadero. Es una historia totalmente inventada: no he puesto en ella nada de mis sentimientos ni de mi existencia. La ilusión, si es que hay alguna, viene, por el contrario, de la impersonalidad de la obra. Es uno de mis principios: no es necesario escribirse. El artista es en su obra como Dios en la creación, invisible y omnipotente, al que se siente por todas partes pero al que no se ve." Claro que el genial bigotudo habría podido decidirse y ser más coherente en sus afirmaciones, y aunque esta historia también es totalmente inventada, al punto de que esta noche no sabes cómo continuará mañana y no tienes la menor idea de cómo va a terminar, dejando de lado a Dios que no tiene nada que hacer ni en *Madame Bovary* ni en ninguna parte, el "tonto de la familia" que nos interesa y que conocemos es el Flaubert que escribe sobre el arribismo sentimental y frustrado de la burguesita de provincia y no aquel cuyos sentimientos y cuya existencia no puso en el libro. El propio Proust, que afirmaba que no hay continuidad alguna entre el yo que sufre, que ama, que vive, y el yo creador, el único real para el artista, nos dejó el recuento más morbominucioso de sus recuerdos y experiencias de hipertestigo de la decadencia de la aristocracia, y más aún, del torturado amor que el yo-Proust vivió con álguienes que nunca imaginaron que irían a fundirse y llamarse solamente Albertina. Además, una importante corriente de la crítica rechaza las técnicas de interpretación según las cuales la obra remite a un sentido situado fuera de ella y designa no el texto en sí mismo sino al autor de ese texto. Y Sherlock Holmes, que de golpe se convertía así en un ideólogo del *nouveau roman*, criticaba a su historiógrafo, el Dr. Watson: "Francamente, no puedo felicitarlo. La investigación es, o debería ser, una ciencia exacta; tendría, pues que ser tratada siempre con frialdad y sin emoción. En cambio, usted ha tratado de introducir cierto romanticismo, lo cual produce el mismo efecto que si introdujera una historia de amor o un rapto en la quinta proposición de Euclides." Pero incluso el *nouveau roman*, con su inventario fotográfico y actuarial de los objetos, convertidos en personajes, es la contrapartida de la cosificación de las personas en la sociedad capitalista contemporánea. Es decir que si la obra no remite directamente al autor –"es un buen camarada, ergo, escribe bien", "se fue a vivir en Europa para que lo dejen en paz, ergo no expresa lo americano"– remite inevitablemente a la sociedad que produce el texto por intermedio del escriba.

(El escritor es un secretario de actas o un corresponsal de guerra de la sociedad, decía Gálvez. Entonces que no me jodan más en este país pidiéndome una literatura épica: el secretario no puede inventar actas de una sesión que no se ha celebrado, el corresponsal no puede enviar despachos sobre acciones heroicas que no tuvieron lugar). "Elemental, querido Watson."
Entonces sacas en limpio:

- "No hay que escribirse" y mucho menos con el pretexto de liberar al homo eroticus, exhibir hábitos de suciedad e inhibiciones, compadecerse de las propias tareas, confesar las variaciones de la masturbación o inventar perversiones de las que se carece pero que están de moda.
- La investigación del ser humano, es decir la literatura, es también una ciencia exacta en la que no cabe el romanticismo, y que como tal se justifica por sus resultados, pero cuya comprobación y sus aplicaciones son dudosas.
- En cuanto a "ser tratada con frialdad y sin emoción", y aunque odiemos el patetismo y el énfasis, no hay que olvidar que no somos ingleses, y que por razones de continente, de raza, de país, de persona, las cosas las sentimos en las tripas.
- El "yo creador" me confieso, aunque se aísla en su isla, aunque no tenga ni siquiera a Viernes, igual que Robinson ya ha adquirido la ideología, el vocabulario, las costumbres de los demás, se ha contaminado de sociedad, de época: es impuro.

Por eso te pones a pesar

la hermenéutica literaria
la realidad de la ficción
la trasformación de la forma
el arte-gozo
la fidelidad a tu tiempo
la experimentación verbal
la impersonalidad de la obra
el arte para el cuestionamiento
la novela como objeto
la acción intemporal
la fatalidad de la creación
la invención de realidades
el arte como actividad
la rigurosa construcción del texto
los barrotes de la tradición
la estética de consumo
el desconcierto de nuestra época

la praxis de la literatura
la ficción real
la trasformación del género
el arte-shock
la fidelidad a tu geografía
la creación de lenguajes
la participación comprometida
el cuestionamiento del arte
la novela como objetivo
la situación ahistórica
la desfatalización del artista
el rechazo de la realidad
el arte como actitud
la destrucción del texto
la libertad en la ruptura
el consumo de estética
la obra asimétrica

Claro que el primer sábelotodo que te oyera pensar te aconsejaría –porque ése es el oficio de los otros– ser fiel a ti mismo, como si ti mismo estuviera hecho de una sola pieza, como si esta red de dudas, este ser pendular no fuera fundamentalmente ti mismo y como si una opción en un solo sentido pudiera probar tu fidelidad. Se ha dicho que es difícil ser contemporáneos de nosotros mismos: pero al colonizador que nos despacha cargamentos de ideología junto con sus productos, queriéndonos convencer de que la historia es la tecnología, se ha respondido a veces con ese complejo de pobre, orgulloso de que siga durando hasta hoy nuestro paleolítico. Y es preciso repetir que compadecerse, confesarse, exhibirse no es una liberación: de lo que se trata es de salir de uno como de una cárcel, liberarse del negrero de uno mismo. Y estás descuartizado en tu época, entre los viajes interplanetarios y el hambre de la tierra, entre la aventura de la física moderna y la tortura como "método de persuasión". Y, puesto a escribir, tampoco sabes cuál es tu tiempo: el del gozo verbal, esa exuberancia inagotable que hasta hace poco se criticaba como carente de rigor y exceso de tropicalismo y ahora se elogia como neobarroco, o el de la síntesis geométrica, cuando sientes que todo es superfluo, que las palabras han perdido su poder de significación, que son obesidad de la literatura y no el esencial hueso puro que buscas. (Así, dijo Gálvez, la Ilíada se reduciría a una frase: CAYO TROYA STOP SIGUE CARTA HOMERO, aunque en ese caso la carta sería la Ilíada). Ya tendrás tiempo, lo que te quede de vida, para seguir remachando tus cavilaciones y preguntas y, en este terreno como en cualquier opción, cada respuesta contendrá los elementos necesarios para demostrar que habrías debido escoger la otra proposición disyuntiva del dilema. Por ahora será mejor que te pongas humildemente a seguir con lo que comenzaste: de lo contrario corres el riesgo, no solamente de no escribir nunca tu libro, sino de convertirte en pensador, y a eso le tienes pánico. Lo más probable es que nada de esto utilices, seguramente no sirve para nada, tendrás que volver a comenzar otra vez de nuevo desde el principio, eso no termina con la perfección sino con el hastío, y te entran ganas de creer para poder persignarte e invocar la ayuda del viejo que nunca perdonó nuestras deudas, o la del diablo, pacto de tramposos, porque hay esa zozobra (¿Por qué no te atreves? le dijo Rosana cuando iba a ser la primera vez y ambos tenían ya la mirada cargada de

semen, ¿es que tú también le tienes miedo?) de dejar salir las palabras que tienes acumuladas, los personajes que esperan el momento de aparecer en el escenario noh de la página, y que resultan esto y no lo que eran en el mundo de las ideas. En los otros al parecer es fácil, acaso necesitaron miguelangélicamente mucho trabajo para borrar las huellas del trabajo, o es al parecer gozoso, quizás sufrieron garcíamarquezmente para borrar las huellas del padecer. (Allá en Aláquez, don Galo, mi familia éramos carameleros, y yo salía con mi charol las tardes a vender los caramelos y los guambras de la escuela me decían Qué más vos Falcón qué suertudo que sois, porque no sabían que yo no me comía los caramelos sino que tenía que madrugar y menear horas enteras en unas ollísimas el almíbar hasta que se iba endureciendo y después había que trastornarlo en unos moldes chiquitos en forma de pescados, gallos, mariposas, palomas, y a veces me regaba en las manos y se quedaba pegado quemando y al sacarse el caramelo salía despellejando y había que quemarse los otros dedos para quitarle los trozos de pellejo que se le habían pegado). ¿Vale la pena, entonces, ese esfuerzo para este resultado? ¿Valían la pena los caramelos? Ni siquiera despellejándose pueden las palabras o los caramelos cambiar las realidades más consuetudinarias y brutales. El Cretino les ha quitado el agua a los indios: ésta es la realidad. Y tú vienes con tu vidita, tus recuerditos, el amor que no duró. No son tan importantes, aunque sean lo único que tienes, como un país, porque al fin y al cabo uno no escoge el sitio que hubiera querido sino éste, donde naciste, donde te hicieron nacer, azar por el que te cobran algo más grave que los impuestos, donde cada uno tiene el derecho de juzgarte y de mandarte al carajo, solamente porque eres su compatriota, y sin siquiera saber qué has hecho. Aquí la única manera de ser leído es escribiendo en las paredes y la puerta del excusado, y por qué no, si es un *mass media* tan limpio y digno como los periódicos, la radio, la televisión, por qué no vas ahora mismo y desde el comienzo, para no decepcionar después al lector, aislado como un elector –y por ahí van las dos cabinas–, no te decides a ser como los demás, a tener coraje aunque sea a escondidas y escribes la primera cosa que te pase por la cabeza.

Bichito tiene el culo más lindo del mundo

Pero aunque quisieras olvidar esa miseria pegajosa y profunda, la vertical –la otra está a la vista–, esa mediocridad al parecer irreversible, esa insufrible pequeñez del alma, esa vanidad terri-

torial, ese resentimiento nacional de pordiosero, la demencial violencia del régimen y la estupidez mal digerida de la sociedad que te hacen odiar los valores que auspician y los sentimientos que proclaman como un Ejército de Salvación (o como los Testículos de Jehová, que decía Falcón de Aláquez), y plantearte cuestiones de técnica, de lenguaje y de lingüística, y buscar la forma justa para escribir la gran obra que puedan disecar y destripar estructuralistamente –y qué mierda te importaron nunca los críticos: el escultor, cuando a golpes de martillo y de los cojones del alma talla su estatua, no puede estar pensando que un día los borrachos y los *marines* orinarán contra el pedestal–, sin que la acusen de ser "sociologizante", no podrías. Estás atado a las significaciones, a la "aberración del lenguaje" de que hablaba el mocoso insolente del *Barco ebrio* y las palabras son tus materiales, tus armas, tus recursos, tu enemigo. Después, si andas con suerte, cuando ya hayas muerto y las cosas sean distintas, el arte será por fin inocente, gozable, sexual, gratuito, y el escritor podrá divertirse, por ejemplo, con una máquina de escribir a la manera del piano para preparar cocktails de Boris Vian, que produjera melodías, y el texto sería una hermosa partitura aunque no significara nada. Pero por ahora tienes que cumplir literariamente tu obligación de decir que algo huele mal en tu dinamarca, que todo anda muerto en tu país, aunque ése sea el camino en el que se reciben las trompadas. Mientras tanto, el libro sigue esperando que lo saques del diccionario, de la máquina, de tus papeles, tus pedazos de papeles, tus recortes de diarios, tus servilletas de café, tu cuaderno con notas:

> . . . querido Satán. . . tú que amas en el escritor la ausencia de facultades descriptivas o instructivas, ahí van para ti algunas páginas horrendas de mi cuaderno de condenado. . . Ahora estoy maldito: tengo horror de la patria. (¿Rimbaud? ¿Lautréamont?)

> Sobre la mudanza del pasado: curioso que para deshacerse de él haya que recomponerlo.

> La escena del baile después del juego de carnaval, a la luz de una vela: personajes de Rembrandt pintarrajeados de harina, huevos, agua y trago, en una película de Buñuel.

> El Cuico expulsado de la escuela porque en misa dijo (y nunca aprendimos latín sino de oídas) "Agnus Dei clitoris pecata mundi."

y antes de que venga alguno de esos camaradas a jornada completa
a dictaminar en el café que la literatura tiene que, que el arte toda la vida ha, que el escritor debe de,
a decirte que aquí hay demasiado intelectualismo
–y cuánto es demasiado y hasta dónde se puede ir demasiado lejos
y cuál es el grado justo y a qué nivel lo establece quién
si en este país todo el que lee es o pretende ser poeta y/o abogado a menos que pruebe lo contrario
y es mejor que sea un libro demasiado intelectual es decir complejo
como la realidad que expresa y la conciencia que en él se aventura
y no insuficientemente intelectual es decir mediocre
y peor aun no intelectual es decir sentimental
porque se debe escribir con el cerebro con el vientre y los testículos pero no "con el corazón"–
comunicas al público y al clero que este libro es también una lectura de otros libros
y que pueden decir de él que es una "casa de citas"
porque en lugar de escribir páginas "arrancadas de la vida misma"
te has propuesto una reflexión de la novela en torno a la novela
una descomposición del objeto de la literatura
ya incorporada a la naturaleza y formando parte de ella como un acto o un personaje
así como *El rapto de las Sabinas* o *El almuerzo campestre* o *Las Meninas*
son para Picasso temas de pintura igual que una ventana un toro
naturaleza muerta con cabeza antigua
bañistas en la playa madre con niño
o una de esas parejas fabulosas de dioses y mujeres ya ensamblados para siempre
y aunque Giacometti puesto a escoger hubiera preferido salvar de un incendio del Museo del Louvre un gato y no un cuadro
a veces vale más recordar una obra de arte que ciertas personas que conozco

(A través del Atlántico te gritaba el deseo, pero las cartas no me habrían llevado la voracidad de tus nalgas: las cartas de amor son una masturbación. Cuando me digas, posiblemente me digas, He luchado tanto conmigo misma entre este amor por ti y tu silencio, ni siquiera te preguntaré quién fue la derrotada, porque no hay victoria y ya no hay tiempo ni edad para la aventura de ese amor de preso con permiso que quería escapar a una isla de Grecia, ya ni siquiera hay Grecia). Ella lo espera, probablemente lo espera para acogerlo como un violoncelo entre sus muslos, porque ella sigue aquí, estable, acaparando pasado, como si fuera posible volver a ese amor carnicero del otro siglo, y repetir todo, para que algo de ese sentimiento amputado por el mar sobreviva. Y cualquiera que sea el orden de las palabras y de los gestos, es inevitable que termine así: él pasará las yemas de los dedos por su curva mayor, como si la aprendiera de memoria y fuera ciego con esa avidez del tacto por las formas y que nada tiene que ver con el deseo, puesto que perdura después de la inútil consumación de la cópula, ella ya ausente en la plenitud del vacío, él buscando su piel, sus pliegues, sus volúmenes, su temperatura.

Brancusi hablaba del espíritu de las formas, pero en Aurangabad hay que referirse a la carne de las formas. Sí, sí, dijo Bichito, véngame ahora con que la pasión estética le hizo acariciar los pechos y la cadera de la estatua de la bailarina y que el pasadizo era muy estrecho y por eso te frotaste contra ella. Para mí ésa es también una manera de ponerme cuernos, aun cuando sea con una mujer frígida. Y aunque mi pasión por la escultura no es tan grande como la tuya me gustaría ver la cara que pondrías si me frotara contra el David, si no estuviera tan alto.

¿Te acuerdas de la primera vez? dice Rosana. Esa tarde no fumaste, tal vez me querías más.

¿Tal vez? ¿Más? Ya no podrá saberse nunca: había, eso sí, ese temblor atávico de conocer a una mujer por dentro o de volver a conocerse a sí mismo simplemente como mitad: eso que pareció misterio y que se fue despeñando a la costumbre.

Me preguntaste si eras mi segundo amante, dice ella repitiendo el rencor de la primera vez.

Había leído que no hay nada más ridículo que ser el segundo amante de una mujer, dice él, pero era un autor francés.

Te dije que eras el séptimo.

Por eso comprendí que era el primero. Pero por qué precisamente yo.

Tal vez porque tú lo desprecias. Los demás le tienen miedo.

¿Y tú?

Yo lo que le tengo es odio.

Él la ha tenido abrazada, de modo que puede palpar cómo se le ha ido acumulando la edad en el vientre y en los senos. Ella se vuelve, cada vez que él toma el vaso de whisky, para recibirle un sorbo, de la boca a la boca, luego Rosana le habla como metiéndole la voz húmeda por entre los vellos del pecho.

Ahora, dice, cuando me insulta y se burla de mí, cuando apunta con la pistola a la chica, para que se haga hombre, como dice riéndose, yo me repito: No importa, Cornudo, yo le tengo a él. Porque tú eres mío, ¿verdad?

Un hombro de ella roza su boca y él, para no dejar en él la huella delatora de la mordedura, lo toca apenas con la punta de la lengua como en la playa. Algunos granos de arena brillaban como azúcar, sintió el sabor del hombro dorado, durazno salado del mar. Ambos tuvieron la impresión de que el Cretino los había visto. ¿Crees? No sé, no me importa, dijo ella, nos vamos pasadomañana, quién sabe cuándo te volveré a ver. Y corrió a las olas para comenzar a olvidarlo. Durante la cena –el absurdo cuarteto masticando, la intolerable Divina (el estilo del nombre es el hombre, se dijo él) desparramando crema de espárragos por todos lados– el Cretino estalló. ¿Te imaginas que a la estúpida de mi mujer se le ha metido en la cabeza que no le gusta la hacienda? Ella cerró los ojos ("No importa, Cornudo, yo lo tengo a él"), y él lo miró ("Sigue, Cretino, son tus insultos los que la llevan a mi cama, gracias". Se consideró cínico, pero como ya había analizado las otras motivaciones, halló que la verdad se parece a veces al cinismo). Mira, le dijo él al día siguiente señalándole el mar que el sol llenaba de monedas, allá está la felicidad. ¿Existe? preguntó Rosana entrecerrando los ojos por el resplandor o por miedo a verla. Sí, dijo él, los psicoanalistas dicen que es la realización de un sueño prehistórico, es un país donde nadie nos conozca y donde solamente nos duela el tiempo que hemos perdido. No me tortures más, ¿quieres?, dijo ella poniéndose bocabajo para llorar, tomando puñados de arena que se le escapaba de las manos, como él, como las tardes en la habitación de Desiderio que le ayudaron a sentir sin temor en las mañanas el

Pero entonces no sabía que realmente estaba allá y entonces ni siquiera estaba todavía allí.
Después, Bichito, ya supe en qué consiste, en qué calle vive, en qué piso, cómo se le han gastado los zapatos, cómo duerme bocabajo, cómo se queja gatuna al despertar. Y si la felicidad no es esto de vivir contigo, dentro detigo, yo te prefiero a la felicidad.

cañón de la pistola en las sienes. ¿Qué voy a hacer, le dijo, poniéndose los anteojos oscuros, qué voy a hacer sin ti en esa vida muerta de la hacienda? Él la imaginó en la extensión sin límites de La Liria, sola en el caserón por cuyo techo correteaban las ratas, con ventanas de reja que daban a la cuadra y al olor dulzón a orina y leche de los establos y al camino por donde pasaban voces de peones, ruidos de aperos, balidos, y ella tratando de hacer algo contra el aburrimiento en la cocina y las indias impidiéndoselo porque para eso es la patrona, la niñasumercé, para no hacer nada, hojeando revistas antiguas de históricos amores triunfantes, sentada horas enteras a la pianola, poniendo uno tras otro los rollos comidos por polillas cuadradas y por cuyos agujeros el viento hacía sonar valses de antes, pasillos de antes que la harían llorar mientras vería pasar con huecos de pasado su vida en la ciudad, su vida llana de soltera o sus tardes de fogoso adulterio. Sola, sería realmente como estar viva en una tumba. Taj Mahal, Sueño de Mármol, para el cadáver de la amada esposa del Sha Yahán. Cómo se diría en quechua Pesadilla de Adobe. Y pensó en el destino de esas burguesitas, vidas de butacas que se venden en los salones donde se exhiben como en una vitrina, acabadas de hacer, forradas con sedas, y el comprador las lleva orgulloso a su casa rastacuera de la ciudad y van a terminar desvencijadas años después en un rincón de una casa de hacienda. Por cuánto tiempo se van, preguntó él hiriéndola con el plural que jamás empleaba para separarla por lo menos pronominalmente del Cretino. Qué se yo, dijo ella, para siempre, o por un año, porque ya arrendó la casa de Quito. Y ambos rehuyeron hablar de ese porvenir que no comenzaba mañana sino hoy, como lo atestiguaban esos largos silencios en los que el proyecto de felicidad volvía a pertenecer a la mitología: una aldea de pescadores en Grecia, con sólo amor, sin testigos, sin problemas de dinero o de ausencias. (Hasta que un día, le dijo Gálvez, saldrás corriendo a la ciudad a buscarte una mujer que no huela a pescado). Mira, le dijo él después de un momento mientras escribía su nombre con un dedo en la arena borrándolo y volviendo a escribirlo, como en la escuela: a escondidas de Gálvez llenaba páginas enteras del cuaderno con tu nombre, sin separaciones, sin puntos, para que no sea como una pared de ladrillos ni como un grupo de columnas, sino para siempre, como un río. Rosana se le prendió a la boca, oceánicamente,

como una aguamala desesperada de saliva, lágrimas y arena. Él le dijo: Si uno pudiera meterse en ti, como los machos de ciertas especies inferiores, que viven alojados en el útero, qué importaría que te fueras. Pero ya se veía avanzar hasta la playa la cabeza de cretino del Cretino y la barriga de cretino del Cretino, como emisario de esa separación latente que los volvía a su condición de tenias.

Sí, intermitentemente tuyo, le dirá él y le dará la mitad de su largo trago de whisky, como hacía antes también con los duraznos, las mandarinas y las uvas.

Tendrá que ser forzosamente en la pieza de Desiderio, con sus sábanas sucias, su desorden, sus periódicos de antes. Trata de imaginar cómo será el reencuentro en la tarde, pero se lo traga la memoria: el amor ha sido siempre para él sólo recuerdo y acto.

I. Rosana se levantará desnuda. Mientras camine le ocultará las nalgas con las manos, en un gesto que no es instintivo sino tonto porque cuando se inclina puede verle el funcionamiento matemático del volumen lumbar que se ensancha golosamente y vuelve a adelgazarse cuando comienza a sonar el *Concierto de Aranjuez,* apenas audible incluso desde la cama para que nadie pudiera oír a Miles Davis desde el otro lado de la puerta. Habrá que regalarle otro disco a Desiderio, dirá ella regresando del tocadiscos como de la nostalgia de un país que no se conoce todavía y ocultándole los pechos con las manos. Hablaban en voz baja, más conspiración que nunca, a fin de que no se enteraran los vecinos. Alguien llamó a la puerta y contuvieron el aliento, queriendo contener con él el ruido de la sangre. Después siguió en el silencio el sobresalto, larguísimos minutos en los que él no la acariciaba para que no sonara su piel, no fumaban por el escándalo que hace el encendedor, no se cubrieron por el estruendo de las sábanas acartonadas de polvo de cuerpos que se frotan, pelos, secreciones. Se aferraron a la lógica, tratando de razonar desde lejos, pero era imposible porque estaban desnudos.

¿Puede haber felicidad mayor en el mundo que hacer el amor contigo mientras oímos la Ofrenda Musical? dijo Bichito. Podríamos formar nuestra discoteca erótica: Bach, claro, y el Requiem de Mozart y Coltrane y el Modern Jazz Quartet, y el Concierto para Orquesta de Bartok, y La Muchacha y la Muerte, y los conciertos de Brahms y. . . oh, es decir todo, menos las óperas y Stokhausen.

Quién habrá sido, dijo ella.

Alguien que buscaba a Desiderio.

O que me buscaba a mí.

No, nadie sabe que estás aquí.
¿Y si me han visto entrar?
Supongamos. Nadie sabe a qué pieza fuiste.
Y si me han visto entrar en esta pieza.
Creerán que venías por Desiderio y ustedes no se conocen.
Y si te han visto a ti.
Muchas veces pueden haberme visto venir a verlo.
Y si ha sido él.
Imposible. El Cretino habría insistido, gritado, habría golpeado o echado abajo la puerta. Un marido no se va así, en seguida, sin siquiera llamar de nuevo.
¿Nos habrá oído? Tal vez me está esperando en la esquina.
Seguro que no. Tranquilízate: a veces los pordioseros llaman de puerta en puerta.
No puedo más, te juro, seguir viviendo así, con este sobresalto constante, este miedo a tenerte, esta clandestinidad como si quererte fuera algo malo.

Él no se atrevió a besarla ni siquiera por agradecimiento: ya estaban echados a perder el deseo, la ternura, el orden de la tarde alterado por unos nudillos que golpean una puerta. El famoso amor tan frágil como el silencio. Ella comenzó a llorar. Él tuvo piedad por su desnudez y la cubrió con la sábana.

II. Rosana se levantó desnuda. Mientras caminaba le ocultó las nalgas con las manos pero cuando se inclinó pudo verle el funcionamiento matemático del volumen lumbar que se ensanchó golosamente y volvió a adelgazarse cuando comenzó a sonar el *Concierto de Aranjuez*. Habrá que regalarle otro disco a Desiderio, dijo ella regresando del disco, como después de haber tomado una ducha, ocultándole los pechos con las manos, y se enroscó ofidiamente sobre la presa, con un olor de algas envueltas en alquitrán o resina que salía de su sexo sudoroso abierto a machetazos, dándole y exigiéndole su lenguaje mínimo, las dos primeras palabras de la carne, remplazando luego las sílabas por la totalidad del cuerpo que comienza a inventar círculos lentos, arremetiéndose como si se odiaran para destrozarse y rehacerse, hasta que él quedó en paz, con la cabeza quieta sobre su hombro, ya refrescado por un viento de ternura que venía del ombligo.

No me dí cuenta de cuándo terminó el disco, dijo él.
Yo ni siquiera me di cuenta de cuándo terminó la primera

parte, dijo ella volviendo de un viaje al fondo de un mar donde hubiera habido un estallido de claridad, y sonrió, flotando, como avergonzada.

III. Rosana se levantó desnuda. Mientras caminaba le ocultó las nalgas con las manos pero cuando se inclinó pudo verle el funcionamiento matemático del volumen lumbar que se ensanchó golosamente y volvió a adelgazarse cuando comenzó a sonar el *Concierto de Aranjuez*. Habrá que regalarle otro disco a Desiderio, dirá ella regresando del disco como del pasado y ocultándole los pechos con las manos.

No seas adulón, le dijo Bichito. Qué crees, que no sé que tengo los senos demasiados chicos. Si ése es mi complejo. Pero tratar de ocultártelos después de que los has visto y acariciado tantas veces sería, cómo te diré, más bien una cuestión de mentalidad que de estética.

Porque la burguesía, ¿sabes?, le dirá él sin saber cómo se secan las lágrimas sin mancharse con rimmel, da manotazos en su charco de pus y nos salpica. No hay familia sino discusión de la herencia, o el gran armario de lo tuyo y lo mío con cajones y con llaves, como fronteras de cada uno. Sólo hay familia en el cementerio, cuando ya no estorba el pariente de al lado, cuando ya no cuesta después del entierro. No hay madre abstracta sino una mujer que sufre a veces, que tiene un sexo, que está presa ella también en una clase social de la que no escapa por el solo hecho de haber parido, loba que debe duplicar sus previsiones para amamantar la cría. (No ha habido madre como mi madre, decía Gálvez, y lo digo porque las razones son obvias, y sin embargo. Cada día yo enviaba a María Diabla a comprarme un paquete de pastillas de menta contra este mal sabor de la vida que sube del hígado a la boca, y mi vieja descubrió que comprándolas por cajas resultaban más baratas, y se las vendía a la negra ganándose cinco centavos en cada paquete. Y yo lo sabía.) Nosotros tampoco escapamos a nuestra clase por el solo hecho de odiarla: están los muros sórdidos de la mentalidad, de la conciencia, nuestra dependencia de las costumbres, nuestra sumisión a las cosas, la compañía de las personas y la insufrible estupidez de su ideología. No es por miedo a no poder pagar los arriendos que se compra la casa así como no es por temor a la soledad que se contrae matrimonio, sino para que todo sea igual cada día, para no cambiar nada, ni la disposición de los muebles ni las ideas ni la mujer, para no pensar ni dejarle ninguna oportunidad a la aventura, igual que ése que ahorra para comprar el ataúd y lo guarda bajo la cama para cuando se ofrezca. Y en el paroxismo

del instinto de propiedad, tu marido puede disparar al indio que se escapa de la hacienda, como si fuera su mujer que se le va, y puede disparar a tu amante como si fuera alguien que hubiese saltado la cerca para robarle una yegua. Pero esto no es lo más grave. Es que cuando queremos ser más limpios, sacudirnos de la podredumbre heredocontagiada, descubrimos que se nos ha metido adentro, como la niebla en las casas de Londres que antes había que empujar a la puerta con una sábana mojada para que se fuera. Quiero decir que si desde el fondo de mis huesos hubiera renunciado a mi clase y a todo cuanto es de ella, no debería volver a ti, enemiga amiga, aunque tú, pobrecilla, eres inofensiva como persona aislada. Y para no admitirme al burgués que soy y sigo siendo un poco, me digo, porque es cómodo: ella es también una víctima que hay que liberar de su propia clase y ella es la primera parcela de la propiedad del Cretino que le arrebato hasta que le arrebatemos a su clase el derecho y el ejercicio de la otra propiedad y de la injusticia.

Ella, dejando de llorar, le habrá escuchado bebiendo a sorbos cortos, fumando con la uña del pulgar entre los dientes, es decir como si reflexionara.

No es que tenga la mirada triste, lo que pasa es que soy miope, pero no tanto para no darme cuenta de cómo me miras en clase las piernas, y después te escondes en la sala de profesores durante los recreos, no has vuelto al café, evitas verme, no contestas el teléfono cuando te llamo las noches. Aun estamos a tiempo, Bichito, nunca es "más fuerte que yo" desde el comienzo, y no quiero desordenar tu vida. Ya está desordenada, el amor es el desorden, y el problema está en que mi comienzo comenzó hace tiempo. Pero uno de los dos debe ser lúcido, Bichito. Y quién carajo quiere ser lúcido ahora: se trata de todo lo contrario: de amar.

Has cambiando, dijo Rosana.

La lucidez es triste, dirá él, ya no se piensa en morir de amor ni en escapar a Grecia, y ya no bastan las ficciones.

O sea que no me quieres, dijo ella.

Carajo, dirá él.

Si quieres, dijo Rosana, podemos terminar ahora mismo.

Y, heroica, se da vuelta, de cara a la pared, como si dejarle la otra mitad del cuerpo fuera una venganza.

Río de espaldas, podría decirle él a su espalda mientras pasa su índice por la anatomía vertiginosa, pero cuando abre la mano como un molde minúsculo porque, Tus nalgas son insolentes, le dice, ella se evade, soberbia, casi instintiva, animalmente. Porque sólo los animales no. Menos mal que resulta fácil, porque Rosana llora.

En la pared descascarada y salpicada y sucia de Desiderio, entrecerrando los ojos pueden verse formas, figuras, recuerdos,

el pequeño solar junto al hotel, donde jugábamos a las tribus, nosotros éramos los quitus y nuestro jefe era Viviña el hijo del herrero, una tarde vinieron a invadirnos los del barrio de Bahía, habían llegado en grandes balsas huyendo de otra invasión, y nos vencieron sólo porque eran más que nosotros, pero hicimos la paz y todos juntos nos llamamos Reino de Quito, el jefe de ellos era Scyri que se ponía un trozo de botella atado con un cintillo dorado en la cabeza, pero nosotros también asaltábamos otros solares, aunque a veces no peleábamos, como pasó con Condorazo que se ponía una borla en la frente y tenía una hermana y entonces más bien nos aliamos. Gálvez, sentado en una silla sucia que Viviña sacaba del taller, nos miraba con envidia saltar, revolcarnos en los combates cuerpo a cuerpo, tomar prisioneros, huir también. "Vos no puedes jugar antes de que lleguen los españoles, le dijo Viviña, ¿no ves que antes no hay caballos?".

Ya van a ser las seis, tengo que irme. Debo estar horrorosa, dijo Rosana.

No, dirá él, recién amada como recién bañada.

Ella se pondrá las medias y sus manos, como si fueran las de alguien que la acariciara, subirán por sus piernas. Se vestirá. Irá a peinarse. Se le apagará el cigarrillo en el cenicero mientras se arregle los ojos. Le dirá que no la mire. Se limpiará la boca con un kleenex, lo besará por última vez antes de pintarse. Se pondrá el vestido. Meterá en su cartera los cigarrillos, el deseo, los proyectos para el pasado, los lápices de cejas y de labios, la polvera, el encendedor. Se meterá un chicle en la boca. Se pondrá el abrigo, se pondrá la honorable señora de Golmés. Le dirá que le quiere. Se persignará antes de salir. Se irá.

En realidad, comienza a irse cuando entra en su ropa con esa actitud de extraños que tenemos cuando volvemos a vestirnos, recuperando la vida de cada día, una vez terminado el paréntesis de semen. En el espejo quebrado de Desiderio aparece otro cuadro de Picasso, *Mujer peinándose*. Se le apagó el cigarrillo en el cenicero. Ahora no mires, le dijo, mientras se arreglaba las cejas, comenzando a desaparecer bajo el rostro que se pone para los demás. Es por ti que me arreglo, le dijo cuando él le reprochó haber preferido ir al peluquero la única tarde que habrían podido verse en una semana. Después se limpió la boca con un kleenex y fue a besarlo con un beso que ya no daba ni pedía nada. Se puso el vestido. Metió en su cartera los cigarri-

llos, el deseo, los proyectos para mañana, los lápices de labios y de cejas, la polvera, el encendedor. Se metió un chicle en la boca. Se puso el abrigo.

Teamoteamoteamoteamo, le dijo en la oreja mientras él, desnudo, se abrazaba a ese bulto de lana, otra vez ajeno, y caliente.

Se persignó antes de salir. Se fue.

Cuando recién entró en la escuela Gálvez olía siempre a azufre, el olor de las Aguas a donde me llevaba mi vieja los domingos, en un camión, tirado como un saco de papas junto a unos sacos de papas, ella iba junto al chofer y al controlador, las Aguas quedaban cerca de la selva. "Irene, amiga: Me había quedado esta mañana junto a la ventana, después de haberla visto bajarse del bus y entrar casi corriendo en su escuela, pensando qué no daría por ser alumno suyo sólo para mirarla todo el día, cuando llegó la mocosita con su recado: Que le haga una descripción del País de la Canela (sic). Yo no conozco el Oriente, señorita, hágame repetir el año, sino eso que en los folletos de turismo llaman el umbral, la entrada, la puerta, por eso ahi le mando lo que recuerdo, como sale, de apuro, un poco literatoso, para que usted lo transforme en su hermoso lenguaje que le entienden los niños. Era como un teatro de provincia donde se representara *Cumandá,* pero con un tramoyista enloquecido que había dejado caer, al azar, plantas retorcidas, hojas gigantes, carnívoras y sudorosas, árboles que estiran el cuello para tomar un poco de aire, asfixiados por las lianas, llenando un escenario por donde no habría podido pasar el Aduanero con su sofá y esa mujer tristemente desnuda, como una virgen fea que también tiene derecho. . . pero éste es otro asunto. Un olor a aguardiente de caña, a guarapo, a sexo sale de la tierra en bocanadas intermitentes. Ahí no hay aire. El río, al fondo de una hondonada profunda, se arrastra lento, gordo de tiempo, achocolatado, haciendo temblar un puentecito de madera, seguramente construido para que lo crucen asnos al paso pero por donde en mi época pasaban camiones cargados y autobuses con pasajeros que se santiguaban. Todavía el río se vuelve furioso de vez en cuando, se lleva árboles descuajados, reses, pedazos de haciendas, y despeña su caudal en una catarata que deja oír en la distancia su única sílaba permanente. Un poco más lejos, se abría tranquilo en dos chorreras enanas con nombres de mujer separados por un guión de roca que, según oí decir, desapareció en el último terremoto. Después se va, resoplando, hinchándose, atravesando sábanas verdes donde siguen po-

niendo sus huevos sobre hojas de mil años las culebras, jadeando, retorciéndose como un epiléptico o una mujer enardecida, hasta vaciarse en el dios del agua, esa parda cicatriz que cruza la mejilla del mapa y entra en la boca del mar como una lengua que le llega hasta la garganta (usted cambiará esta palabrería, de la cual en cierto modo es culpable, por los eruditos nombres de la geografía). ¿Qué más? Que me gusta que me pida que le ayude, y que es como un país líquido, hecho todo de agua: corrientes subterráneas que uno detecta poniendo la oreja contra la tierra para oírle la flema en el ronquido, aguaceros que no se secan nunca porque cuando escampa y el agua resbala como un traje de novia desgarrado hasta las rodillas de la montaña de piedra, ya cae otro poniéndole nuevamente un velo desde la cabeza, y van dejando un musgo húmedo sobre todas las rocas y las cosas, manantiales que gotean en las concavidades de la peña y que ya no asustan ni siquiera a las lagartijas. Y algo mucho más importante, reservado a la maestrita: el único país de la canela que me interesa es su cuerpo, porque usted me gusta mucho, ¿sabe?" Las Aguas Milagrosas estaban al pie de la montaña caliente, con su borbotón pesado y amarillo, como un jugo de minerales, que llenaba, como si a través de un acueducto kilométrico viniera del Mar Muerto, una piscina para niños. Pero no creas: todos los que estaban allí eran viejos, que se remojaban su silencio pensativo, sentados en el fondo, vestidos, pero cubriéndose, como si hiciera frío y el agua fuera una manta, la deformación o la torcedura. Es increíble, Márgaramaría, pero ya a esa edad lo que más me impresionaba era su orgulloso decoro: nadie mira de frente sino al frente o abajo, y eso es altanería, porque se espían o se adivinan de reojo, con una curiosidad de enfermos, bajo el pantalón o el vestido, la protuberancia desmedida de un hueso o el hueco de la rodilla que falta. Lo mío es hinchazón no más, dijo una vieja volviéndole las espaldas a una vecina que se recogía el traje bajo el agua para verse un bulbo en el muslo. Yo estuve a punto de buscar en esa comparación inútil la triste consolación a una vergüenza. En torno a la piscina, alineados como en un pobre mercado ralo, muletas, bastones, palos, un carrito tosco de madera con ruedas y una soga para guiarlo, de esos que teníamos para resbalar la cuesta de la estación del tren.

Supongo que en esos casos se puede odiar a los parientes sanos que, un poco más allá, bajo los árboles, en un picnic de

desconocidos, decía Gálvez, comían sánduches y fruta, se contaban las penas, los remedios inútiles, San Vicente bendito contra los médicos chambones. Y desde la segunda cura se iba estrechando una amistad mentirosa, dándose hipócritamente ánimos y esperanza, sólo para intercambiar huevos duros por naranjas, plátanos por queso, y ya no hablaban más de sus enfermos estorbosos sino de cosas importantes: la llegada de los gitanos que suelen robarse a los chicos, el vidente trotamundos que predijo que habría otro terremoto antes de fines de año.

Me parecían, cómo te diré, hombres de otro planeta, la piel descolorida por las aguas, moviéndose como saurios, sonriéndome con un solo diente, acercándoseme como si hubiesen reconocido en mí a alguien de su secta, masón, bahai, pederasta o vegetariano, o como ganándose un nuevo adepto. Y eso no era solidaridad, ni tenía la desvergüenza de los mendigos que se acostumbran a exhibir sus llagas, sino que constituía un tonto desafío al otro, cuya gravedad se exageraba con la mirada burlona, como si así pudiera uno componerse su avería.

No se preocupe mamá, le dijo Gálvez cuando se separó de Margarita María, la única vez que me consoló poner fin a mi futuro, fue cuando usted me llevaba a las Aguas a juntarme con esa población monstruosa, los compatriotas de la tara, que eran la prefiguración de mi propio futuro. Una vez me devoró una planta con tentáculos, otra vez me tragó uno de esos pantanos que respiran como bestia dormida, y rodé al fondo, Jonás de selva adentro, tropezando con peñascos y animales del cuaternario, encontrando al único conocido, Pinocho, y la burbuja ruidosa del légamo se cerraba sobre mí y usted no podía oírme el alarido.

A lo que sí le tenía miedo era a los indios, no los pacíficos de la feria del lunes sino los salvajes de taparrabo y plumas que me cortaron la cabeza, me sacaron el hueso y, cabeza de muñeco, después de tirar el resto a los perros tropicales, la colocaron en una pared entre una flecha y una cerbatana. Lo importante para mí entonces era morir, de cualquier manera, pero no para dejar de vivir, sino para que los otros, para que alguien se arrepintiera sintiéndose culpable de algo, no sé: las tías, por ejemplo, que siempre discutían de números y decían de mi vieja: Si pudiera casarse, pero quién va a querer una mujer con hijo y menos cargar con ese infeliz. O el padre que hizo a este infeliz, pero a condición de que viviera todavía y llegara a enterarse de que era

yo el que había muerto. O la prima, la mujer de Putifar, que le llamaba gusarapo y se quejaba de que él la espiaba mientras se desvestía y de que le escondía el sostén, "como paracaídas" decía Gálvez, y la hacía rabiar, riéndose mientras ella lo buscaba con las grandes tetas zangoloteando al aire. O ese primo Augusto, que estaba en segundo grado y le prestaba sus libros porque Galo ya sabía leer y escribir (y había hecho ciertos descubrimientos de la relojería de las palabras, sobre todo de sus tornillos: "La *c* es una *o* rompida, la *i* tan triste con su puntito arriba, la *ñ* es adefesiosa") y sabía sumar y restar, y otras veces, con una hostilidad intermitente, se los arrebataba diciéndole: Trae, no son tuyos.

El cura Director lo puso directamente en nuestro grado, con lo cual Gálvez comprendió que era más inteligente que su primo. Yo creo que decidió ser más sabio que todos nosotros, sapo'e la Grecia. Por eso, el primer día de clases, el primo lo acusó de haberse robado sus libros: la prueba era que estaban allí, en su pupitre. El cura dio la voz, el Augusto y nosotros formamos el coro que le gritaba: Ladrón, ladrón. Gálvez, conteniéndose un asombro húmedo en las pestañas, se volvía casi con ternura a su primo preguntándole: Pero no te acuerdas, si ayer me los prestaste. Luego le pusimos nombres "sapo-con-ropa", "garabato", "renacuajo", "costal vacío", "campeón de carreras". Cuando después de muchos meses en su casa todos se rindieron a la evidencia de la ineficacia de las Aguas, la señora Emma probó el rosario, repasando mentalmente las pepitas mientras le frotaba cada noche las piernas con sus avemarías, pero eso no deja olor. La señora Emma contrató a Viviña, que se ganaba algunos reales amansando los zapatos nuevos de los muchachos ricos, para que lo llevara a la escuela y lo trajera las tardes por tres sucres al mes. (Qué hacía al mediodía, puesto que no había internado, no se sabe pero no interesa. Sería fatigante para Viviña, para el autor, para los lectores, hacerlo ir y venir por el mismo camino cuatro veces al día.) Es un poco caro, dijo la Tíancarnación, porque la escuela quedaba al final de la calle del Barranco. Así podrá hacer la primera comunión dentro de poco, dijo la Tíangelita. Tal vez yo podría trabajar, dijo la madre. Sentado en el pupitre no se me nota, dijo él cuando volvió la primera tarde, después de su enfrentamiento decisivo con la humanidad hostil y brutal, es decir con nosotros.

Yo, su Sacarreal Majestad el Personaje, creía que tu mamá era alemana, porque era neurasténica y decía que no le gustaba que anduvieras con ese muchacho que vive metido en la hojalatería. Tu padre [yo creía que era veterinario porque tenía un caballo y nunca montaba] había dicho que yo no era malo, y me invitó a que fuera a tomar el té contigo, todas las tardes, a la salida de la escuela, tal vez para alejarme de las malas compañías del crepúsculo. Era como si los adultos se hubieran puesto de acuerdo en una conspiración contra el maestro hojalatero. Tal vez allí empecé a apartarme del buen camino. Mamá se llenó de orgullo cuando supo que estaba invitado a tu casa. Creo que se hizo ilusiones de que un día la invitarían también a ella.

(Mira, si fueran adultos —porque Estados Unidos acababa de asesinar a Augusto César Sandino— e hindúes y hubieran estado en Madrás, las cosas habrían sido distintas. El novio pacta con el padre de la apenas conocida en la infancia el precio que cobrará por desposarla, yegua de raza, cuerpo de dátiles: cuestión del nombre, al principio, la piel después, el resto quién sabe cuándo. Consultado el oráculo, resulta que la fecha propicia es mañana. Esta tarde el novio se traslada con un cortejo de estandartes de palo, trompetas, címbalos, seguido por los niños del barrio, como un regimiento o un circo, a la casa del pariente o amigo más cercana a la casa de la novia, y clama en el trayecto, especialmente en las bocacalles, rasgando lo que queda de sus rotas vestiduras, su pereza de la vida, el amargo betel de la decepción que ha masticado tanto y escupe una saliva sanguínea, su incomodidad en el mundo y las sillas de los hombres, y anuncia a voces su venganza de resentido, renuncia, tira la toalla, no puede más, se va a los Himalayas, ciudadano al que la amargura quiere convertir en ermitaño. El padre de la huraña —ella ha preparado ya sus trajes que abrirá como una cáscara una noche que el oráculo celoso postergará de nuevo, y ha tejido ya sus húmedas guirnaldas y ha perfumado el agua con

que lavará los pies del nuevo amo para que entre en su nueva casa—, atraído por las lamentaciones sale a disuadirlo en media calle, como un desconocido. "El mundo es triste, le dice, tienes razón, la vida no vale la pena, pero he aquí que yo tengo una hija, lógicamente virgen, que puede consolarte y darte descendencia." Pero a qué viene todo esto si nosotros no tenemos oráculo sino clases, y ustedes no estaban en Madrás y éramos niños y)

Yo te esperaba a dos cuadras de tu escuela para que no te vieran las monjas y te acompañaba a tu casa. Yo adivinaba el momento en que ibas a aparecer doblando la esquina, porque el corazón se me ponía a temblar como si te hubiera visto antes que yo. Tú me entregabas tu maletín de mimbre con tus cuadernos y libros, y yo lo llevaba orgulloso porque la agarradera estaba tibia de tu mano y eso era casi como una contraseña. Me sentía galán, pero cuando me veía a tu lado parecía sirviente. Tu altivez no era todavía la altanería orgánica de la mujer que tiene un hermoso culo y lo sabe y lo lleva consigo a todas partes, sino el orgullo por la casa en que se vive. A tu lado, yo era también como este departamento: esos crímenes sanguinolentos que salen en los periódicos nunca se cometen en casas como la tuya sino en los semitugurios de mi infancia: luz de bebida turbia, muebles cojos, focos oscuros cagados por las moscas, zócalos de humedad que descascaraba las paredes.

—Las casas tienen alma, decías, siempre hay alguien adentro, todas las cosas tienen alguien adentro, hasta el color blanco, lo que pasa es que no se le nota porque el blanco es callado.

Tu casa fue el único país extranjero que conocí. Siempre estaba recién pintada. A mí no me gusta ese color, decías, porque el rosado es la cobardía, ¿no ves cómo no se atreve a ser colorado? Y a mí me dolía la palabrota, siempre las mismas letras grandes, siempre PUTA escrito con carbón debajo de la ventana de tu hermana Nilda. Era un país de té con miel y mermelada y flores en la tarde, un país de alfombras por las que daba miedo pasar, ese miedo innato a las fronteras que sienten los que llevan rotos los zapatos, como un pasaporte falso. Tú estabas en todos los espejos, mirándote en su mediodía [los espejos se olvidan en se-

guida, decías, tienen mala memoria], tú abrías y cerrabas los cajones [pobrecitos, decías, siempre les ajustan los zapatos], tú lloraste una vez por el dolor de los clavitos que el hombre malo golpea con un martillo.

Y comencé a amar la botánica que tanto odiaba, pero es que en tu jardín tu pelo como de estatua rozaba lo que hasta entonces sólo habían sido simples nombres difíciles saliendo de la dentadura postiza del señor Pinto, y mis dedos tocaban las palabras que me enseñaba tu boca: glomérulo, corola, umbela, verticilo. Había flores que nos estaban prohibidas por tu madre, y por eso nos gustaban con miedo, como de lejos.

—Ésa es la flor del muerto.

—Qué tonto que eres. Es la flor de la maravilla.

Y yo te creía, aunque estaba seguro, porque el jardín era tuyo. Pero empezó a oscurecer y entramos en tu dormitorio lleno de tus cosas y de tu olor a limpio, tomaste una muñeca y te acostaste bocabajo y de través en la cama, como si ya hubieras sido una mujercita y fueras a llorar, y en tu pieza había entrado el ángel del jardín.

—¿Huelen por la noche las flores?

—Sólo las que no pueden dormir, las otras se duermen calladitas.

Y tu hermana Nilda se iba a casar, y el novio venía todas las noches, y ella lo esperaba en la ventana con rejas, y yo los veía desde la puerta de la casa: ahora sé que las bocas se conocían, se encontraban y se quedaban acomodadas como si hubiese sido para siempre, como si hubieran estado cambiadas las lenguas y cada uno le devolviera a la otra boca la que le pertenecía. Y tu hermana Nilda alargaba la mano entre las rejas y le acariciaba la mejilla, la oreja, el pelo, y yo trataba de imaginar qué hacías tú a esas horas.

—Converso con los colores, oigo lo que se dicen entre ellos despacito, les pregunto cuántos años tienen. Es divertido, vieras: el negro nunca sabe ni entiende lo que dicen los colores niños, y los colores de los niños no le entienden al negro porque los menores nunca saben lo que hacen los grandes, pero pueden conversar.

A las siete de la noche tenía que abandonar el país porque llegaba tu padre directamente al comedor y la comida estaba lista. Yo salía medio atolondrado, agradeciendo a

cualquier persona de tu familia que encontraba al paso, a tu papá si me topaba con él, a tu madre que jamás me respondió, a tu hermana que casi no me miraba, y atravesaba la calle y entraba en mi casa mordiéndome por la desigualdad, golpeándome contra el olor de la sopa como caridad de cura que llegaba hasta las escaleras y nunca sabía a qué hora comeríamos, porque no había padre. Primero se servían la Tíancarnación, el Tíojulio y el primo Augusto, después la mujer de Putifar con la Tíangelita, después mi vieja y yo. Al abuelo le llevaban la sopa a su cuarto, al fondo de la casa.

(Ya te has cogido otra vez mi cebolla, gritó la Tíancarnación. Yo no he sido, dijo la señora Emma, llorosa, con lo cual se le notó que era cierto. Si está ahí nadando en la olla, ven a ver Angelita. Tú también cogiste el otro día mis fideos, dijo la mamá. ¿Yo, fideos? ¿Acaso que necesito? Yo sí tengo marido que me dé, no como otras. Gálvez se tapaba las orejas con las manos para ser solidario con la madre que lloraba y lo consolaba, a él, diciéndole: El muerto y el arrimado apestan al tercer día, mijito. María Diabla se quejaba de que era imposible preparar dos y hasta tres comidas distintas, y a veces la acusaban a ella de no fijarse de dónde tomaba el perejil o la sal. Y mientras las cuatro mujeres disputaban y destapaban ollas y abrían las puertas de la alacena con compartimentos para cada una de las hermanas y controlaban el de la señora Emma, llevándole la cuenta de cuánta manteca y cuánta harina y cuánto arroz hubo el lunes y cuánto quedaba hoy, él se iba a la ventana a mirar la casa del frente, o se deslizaba por el pasamano hasta la puerta de calle para pasarse viéndole a Nilda besándose con el novio, sentado en el borde de la acera donde repasábamos nuestras lecciones: estípula limbo pecíolo. . . rectinervia y sagitada)

Tú también, bruto, hijo mío, que pretendías la verdad, te dejaste arrastrar por la literatura, que es todo lo contrario, y caíste en la trampa de la ternura, de la supuesta inocencia, del consabido asombrado-descubrimiento-de-las-cosas que el autor quiere encontrar a contracorriente en el niño que fue. Claro que si dejaras intervenir a Gálvez te diría: La literatura crea una realidad pero como la otra sigue existiendo, la suplanta, se superpone a ella y de ahí viene su apariencia de mentira: yo sé que no hay labios de coral ni ojos como lagos ni país de té con miel y flores en la tarde, pero me carga la tristeza de la lógica. Y tú le responderías diciendo que si uno fuera a creer en todos esos cuentos bobos sobre la infancia, habría que deducir que nosotros nunca fuimos niños sino enanos, y que en lugar de vernos a la distancia tendríamos que mirar paralelamente las cosas con los ojos de entonces, como *Catcher in the Rye* o ser honestamente crueles como William Golding. Pero en este libro ningún Ralph llorará de bruces en la última página, como en *Lord of the Flies,* por haber actuado como los adultos, cuando los dos compañeros muertos atestiguan cierta mayoría de edad repentina. Porque hay otros crímenes sin cadáver ni arrepentimiento en esa vocación para la agresión que se adquiere en el barrio y se desarrolla en la escuela. El grupo del recreo es la reminiscencia de la horda (al fin y al cabo, la prehistoria es la infancia), y allí nos sentíamos libres, sin padres ni adultos, es decir poderosos, o sea injustos: contra el que tenía ojos bizcos, contra el de labio leporino, contra el cojo. Contra los débiles y los pequeños, contra el pobre.

Siempre teníamos sed: quizás hacía más calor ("la tierra se ha enfriado considerablemente en los últimos 30 o 40 años") y corríamos mucho más que ahora. Pero sólo se podía tomar agua u orinar a las diez de la mañana o a las tres de la tarde, para eso están hechos los recreos, decía el cura, y había que escoger: formábamos una larga cola junto al grifo para recibir de manos del Jacinto, el portero, un indiazo inmenso que tenía más de cien años pero ni una arruga y una trenza de pelo negrísima, un jarro de agua que era una de esas medidas de latón de un cuarto de litro que los lecheros empleaban cuando iban de puerta en

puerta con su burro. O junto al urinario, como para devolvérsela. Los más grandes, de quinto y sexto grado, o los de nuestro propio curso pero que eran buenos para los puñetes, jugaban hasta el momento en que sonaba la campana: entonces caíanmos a golpes y puntapiés contra los que habían-mos esperado cuarto de hora en la fila, sobre todo contra los que estaban primeritos, y se abalanzaban a empellones para agarrar el último jarro de agua o más que sea para derramarla a manotazos. O arrempujando para ser los últimos en entrar al excusado. Después de los primeros días de clase, los nuevos ya no formaban junto al grifo y se acercaban, medio como con miedo, solamente cuando el indio estaba solo, porque los grandes eran pocos y tomaban agua en cuanto comenzaba el recreo. Los chicos tampoco se atrevían a acercarse al excusado, no había cola porque los de sexto y los repetidores de año se encerraban, los compañeros decían que para fumar, y un tal Velasteguí, recién entrado el pobre, una vez se ensució en los pantalones cuando rezábamos en la capilla el rosario de la tarde. Pidió un permisito para salir, después rogó Permisito pordiosito ya no me aguanto, se volvió a mirarme llorando diciéndome Qué hago ya me hago, pero ya había pasado la hora del recreo, y se hizo. En medio padrenuestro se oyó el ruido de la diarrea y su olor comenzó a llenar la capilla que hasta un ratito antes olía como siempre a capilla: incienso y nardos. El cura vino hacia Velasteguí casi corriendo, le golpeó con todas sus manos, como a bombo en fiesta, lo sacó a patadas de entre los bancos, y él, trompezándose en las piernas de los arrodillados, cayéndose y arrastrándose, iba chorreando la caca que mirábamos asustados en lugar de contemplar la imagen serena de la Dolorosa. El cura volvió, sudando, al padrenuestro questásenloscielos y nosotros a las santamaríamadrededios y cuando terminamos el rosario y nos santiguamos, nos hizo salir y formar en el patio, al Jacinto le ordenó que desvistiera y lavara a Velasteguí en el grifo, delante de todos los alumnos de la escuela que debíamos rezar de nuevo la letanía a la Virgen en desagravio por el sacrilegio, dijo, y nosotros riéndonos viéndole especulumjusticie sedesapience causadenostreleticie el culo verdoso y sucio de verde oraprono-bis el Velasteguí llorando de rabia orapronobis tiritando de vergüenza, él también repitiendo orapronobis tapándose con las manos las pelotas, el Jacinto lavándole los pantalones y las medias que se puso chorreando cuando terminó la letanía. No

regresó al día siguiente y no volvimos a verlo nunca: se habrá escapado de la casa, decíamos, y mismo de la ciudad. Sentado en el poyo del patio, donde sabía pasarse los recreos el señor Castro con los brazos cruzados, el señor Darwin nos veía como sonriendo por haber tenido razón.

Era la escuela de los ricos pero nos habían puesto allí, con grandes sacrificios, decía mamá, para ser educados en la religión cristiana, porque la otra escuela era fiscal y atea. Como todas las mamases eran perfectas y santas, y sólo en eso nos parecíamos al Niño Jesús, la dependencia a la tribu del recreo era patrilineal. Y todo lo averiguaban, de visita en visita, esas vírgenes infatigablemente fálicas y activas, todo se llega a saber en este país del chisme, y era fácil pasar la voz, pasar la ofensa o la calumnia. Entonces las leyes del apartheid que regían para los cholos y los cetrinos se aplicaban también a aquel que no había sabido ser sino hijo de talabartero, a aquel que no tenía padre ni apellido y cada día se oía llamar al pasar lista "Desconocido Vásquez Guillermo", al hijo de borracho, al hijo de contrabandista, al Nacho que era hijo y alumno del viejo Pinto y que debe haberlo odiado, como nosotros odiábamos a nuestros padres. El viejo Freud creía que era por celos, porque se habían acostado con las vírgenes, pero era más bien porque en fin de cuentas, el padre es el culpable de la pobreza, del abandono, aun en el caso de los huérfanos, porque morirse es también una forma de irse con otra. Y, como si remplazaran a nuestros padres, que en esos momentos seguramente andaban dándose de trompadas con la suerte para pagarnos la pensión de la escuela, odiábamos, como si fuéramos el Nacho, a los profesores, pero no se nos ocurrió más arma que la malalengua. Nos burlábamos del señor Castro porque era calvo, porque usaba gorra, porque tenía la nariz hecha un arnero por unas remotas viruelas, porque tenía una hija, la Pelirroja, de quien se decía que era caliente. Nos burlábamos del señor Pinto porque era viejo, porque tenía largos bigotes blancos y le lagrimeaban los ojos, y por su hijo, al que torturábamos porque tenía legañas insobornables y consuetudinarias y porque a quién se le ocurre ser hijo del profesor. Nos burlábamos del señor Gutiérrez porque era joven, porque tenía las patillas largas como héroe de la Independencia, porque le habíamos visto en la calle con una mujer, costeña por más señas. Éramos chicos, pero, además, cobardes: les dábamos yuca cuando no nos veían, protestábamos entre nosotros cuando

nadie nos oía y, como si hubiéramos sido adultos, nos reconciliábamos con el tipo de existencia que nuestra sociedad nos imponía, por miedo a ser enviados a la Dirección: le temblábamos a la regla de borde metálico con que nos pegaba el cura, a las ramas de árbol con que nos azotaba. Queríamos la muerte del cura Palacios, pero le besábamos la mano al cura Palacios, mientras en el último de los bancos de clase Frantz Fanon nos miraba indignado.

Fabián Golmés era el dueño de la pelota y decidía quiénes podían jugar, odiable como Dios. Era un fútbol ridículo, un partido que jugaban metiéndose hasta veinte goles entre ellos mismos, los ocho o diez que formaban su consorcio, su sociedad anónima, su equipo, su trust, hijos de propietarios de haciendas, de grandes almacenes, de cargos públicos. Los días en que llevaba el balón, los demás no podíamos jugar a los marros, ni a las bolas, ni a los K.O. Nos empujaban contra las paredes para que despejáramos la cancha, Fabián Golmés nos insultaba y nos pegaba, el señor Castro sentado en el poyo no intervenía, el viejo Pinto se paseaba leyendo, Konrad Lorenz nos observaba con curiosidad. Solían reunirse en los rincones para que no oyéramos de qué hablaban, en clase se mandaban mensajes doblados que nosotros debíamos hacer llegar a riesgo de ser sorprendidos y castigados, a la salida se iban en grupo sin decirnos a dónde, se hablaban en clave para que no los entendiéramos aunque fue fácil descubrirla cuando decían, por ejemplo, Vapamoponopos apal cipinepe, pero entonces recurrieron a las letras de mano que eran más incomprendibles, y se reían sin contarnos de qué, y tenían útiles nuevecitos, compases y tiralíneas en estuches de ciertopelo negro, cajas de 24 lápices grandes de colores, juguetes. Siempre teníamos hambre, tal vez éramos más pobres ("el ingreso per cápita ha aumentado en los últimos diez años a un ritmo anual de") y estábamos creciendo, y ellos se pasaban el día entero mascando chicles, chupando caramelos, comiendo dulces, y la jauría babeábamos mirándolos, mientras una mitad de membrillo frotado con raspadura que alguno de nosotros había llevado, Da una lamidita vé no seas malo, pasaba de lengua en lengua. Nos odiaban por nuestra hambre y nuestros pantalones, nosotros los odiábamos por sus golosinas y sus zapatos, tan nuevos que siempre sacaban ellos las mejores calificaciones. El viejo Marx sabía que terminaríamos dándonos de puñetes, el indio Jacinto trataba de impedirlo.

Desde la sala de clases oíamos al cura Palacios que en la Dirección recriminaba al señor Pinto "su falta de autoridad para mantener la disciplina, su edad tal vez", nosotros sonreíamos frotándonos las manos hasta que el viejo venía y nos tiraba las orejas, entonces le escondíamos el canutero al Nacho, le soplábamos respuestas equivocadas o le manchábamos de tinta los cuadernos. Apátrida que no tenía amigos, que no podía hablar, moverse, reírse ni protestar por su condición de híbrido: al señor Pinto le era imposible, como maestro, perdonarle nada, porque era el padre; al Nacho le era imposible quejarse, como alumno, porque era el hijo. La impunidad de la agresión nos llenaba de gozo como un triunfo. El viejo Pinto trataba de ser más severo con él, como nosotros; Marcuse confiaba en que cambiaríamos.

Cada vez que se me ha ocurrido matar al Cretino he vuelto a preguntarme por qué le regalé mi cañón. El señor Castro me lo había quitado por jugar con él en clase y me lo devolvió en cuanto sonó la campana para el recreo. Con un gesto mecánico, sin pensarlo y pese a todas las razones para no hacerlo, se lo di a Golmés. Como esos comunistas y psicoanalistas que suelen tener preparadas las respuestas para cuando puedan surgir las preguntas podría explicármelo diciendo que ahi estaba clarito mi complejo de inferioridad o que ésa fue mi primera prueba de esbirrismo hacia la burguesía. Sería tal vez que aún creía en la generosidad, en ser como el bálsamo que perfuma el hacha que lo hiere, etc., y otros bellos sentimientos o debilidades femeninas como los llama Nietzsche. Sería simplemente que me dio la gana, versión criolla del acto gratuito de Gide. Lo cierto es que poco después me arrepentí, porque se nos murió de golpe el Nacho, no sé con qué infección. El señor Pinto dijo que era por nuestra costumbre de mascar las ligas de caucho de los calcetines para parecernos a los que mascaban chicles. Con esa tendencia nacional a la conmiseración exagerada de nosotros mismos, llegamos a sentirnos culpables como si se hubiera muerto por las perradas que le hicimos, o por no haberlo admitido en nuestros juegos, o por no haberle regalado el cañón. El viejo Freud nos dio una palmada. El cura Palacios nos dijo que debíamos ir a rezar en el velorio. Yo me alegré: era la primera vez que iba a poder salir de noche, que era como ser grande.

Había poca gente, en su mayoría mujeres, que se turnaban

para rezar, llorar y roncar. Nosotros, con nuestro uniforme azul marino, que es lo que más se parecía al luto, pusimos una nota de ternura, dijo al día siguiente el periódico, y creo que hasta comenzamos a entristecernos de veras. El señor Pinto, sentado junto al ataúd, tenía los ojos más irritados que nunca, porque le lagrimeaban más que nunca y le mojaban los bigotes. Tuve la impresión de que siempre había estado llorando en clase, tal vez porque le insultaba el cura o porque se le iba a morir el hijo. Después de rezar con nosotros, una ñaña que el Nacho había sabido tener nos hizo cruzar el patio y nos sirvió en la cocina agua de canela con bizcochos. Luego volvió a la sala dejándonos solos. Casi no hablamos, entraron dos viejas, nosotros salimos al patio, sin ganas de regresar a las sillas duras de la funeraria, sin ganas de volver a estar con los mayores y no poder conversar ni movernos. Hacía frío y el patio estaba oscuro. El ñato Ramírez recogió unos papeles, hizo una pelota y comenzó a patearla, tal vez, digo yo, para abrigarse. En la negrura del patio vi la bola blancuzca que venía rodaba hasta mis pies y le devolví el pase, el Chombo corrió para interceptarlo, pero alguien se le cruzó y le combinó a Viviña, y él me mandó la pelota de un cabezazo. Golmés no estaba, o sea que todos podíamos jugar, no nos interesaba meter goles, no había guardameta, sino que nos disputábamos la pelota y la combinábamos de tal manera que a cada uno le tocara shutearla por lo menos una vez. Nunca habíamos podido jugar así. La bola se iba deshaciendo y rompiendo a cada pase, y nos sacamos las ligas para afirmarla. Quedó más chica pero rebotaba, iba más rápida y cuando estábamos en lo mejor del juego, Gálvez gritó empavorecido desde la puerta de la sala Está vivo, está vivo. De golpe volví a sentir frío, pero era espanto. Corrimos para ver el animal que quiso cambiar de especie y que, después de haberse atrevido a dejar el mar para hundir las patas en la tierra del otro mundo y comenzar allí otra época, se había arrepentido de su fatuidad o de su error y volvía despavorido a su elemento habitual. Ese pánico de saber vivo a quien daba por muerto, como si lo compadeciérasustándome por el viaje inútil o como si me costara mucho volver sobre la decisión que él había tomado, se veía también en la cara de los adultos. El Nacho, que parecía tener los ojos pegados por las legañas y querer abrirlos para ver los gritos y el revuelo de las viejas aspaventeras, las sillas que caían, nuestra carrera desenfrenada, más que para verlo para huir de allí, tenía

en la nariz un moco que se inflaba. El señor Pinto trataba de oírle el tartamudeo del corazón. La ñaña del Nacho trajo un espejo para colocarlo bajo las narices y ver si se empañaba y sólo consiguió, para consternación de todos, reventar la burbuja verdosa. Alguien habló de ponerle una plancha caliente en los pies (¿y si estaba vivo y le quemaban?). Le levantaron una mano que volvió a caer pálida y laxa. Después ya fue de nuevo como si estuviéramos en la escuela cuando entraba el cura, es decir portándonos bien, pero con nuevos compañeros: mujeres de pañolón y manta que, repuestas del susto, habían vuelto a llorar, hombres que no parecían estar convencidos ya ni de la muerte ni de la vida. El señor Pinto, secándose los ojos, comenzó a hablarnos, como si estuviéramos en clase, de la expansión y la liberación de los gases del cuerpo, de la circulación póstuma, mientras a nuestro lado conversaban sobre los estados de catalepsia y casos de muertos enterrados vivos, que nosotros escuchábamos temblando y con mayor atención que la clase de anatomía, como si aquello fuera a servirnos en la vida. El señor Pinto se acercó más, sacudió el pelo de dos o tres de nosotros, con un gesto de cariño que no le habíamos visto en la escuela, y dijo Mi pobre Ignacio los quería tanto. Parecía un reproche, debía haber sabido todo lo que le hicimos, pero no nos duró mucho el arrepentimiento, porque en seguida dijo Ahora váyanse, ya es tarde, vendrán mañana al entierro.

Acompañamos el traslado del ataúd blanco por calles torcidas y empedradas que no habíamos conocido todavía. Nos sentíamos importantes, participando por vez primera en ese solemne asunto de los mayores, porque lo de anoche se parecía más bien a una visita, pero algo incómodos: quizá la muerte nos quedaba demasiado grande. Pero el Nacho estaba contento sabiéndose la causa de esa atención de los transeúntes, de que los hombres se quitaran el sombrero a nuestro paso, y algo de ese gesto lo sentíamos dirigido también a nosotros, de que las beatas pusieran esa cara de afligidas hasta que doblábamos la esquina. Para el Nacho era una victoria que no imaginó jamás: todos sus compañeros lo rodeábamos y seguíamos lentacariñosamente tras de él, pese a que se llevaba dos legañas a la eternidad, y las campanas doblando por él, quién lo hubiera creído, oyéndose en toda la ciudad, por él y no por otro más importante o grande, y yo queriendo haberle regalado mi cañón. Pero siempre ha sido así

siempre la gente se muere antes de que uno piense que va a morir para empezar a quererla
antes de que yo cumpla el encargo que me hicieron "ve si puedes comprarme allá una silla de ruedas" (pero él no se me va a morir)
antes de que escriba esa carta que fui dejando para después:

". . .sobre una pila de madera, camino de Benarés, echaron el cadáver envuelto en un manto trasparente. Un niño que murió de cólera, que no saltó las fogatas de nuestra infancia, pero con los mismos miembros flacos que nosotros tuvimos, el mismo pantalón lleno de huecos, la misma descuidada desabotonadura. Las llamas hicieron crujir el maderamen y los huesos, retorciéndolos como fósforos, quitándole toda seriedad al cadáver, mientras el padre, poseído de locura mística, trataba de abrazarlo abrasándose, quitándole toda solemnidad ese olor a carne asada, a beefsteak que recuerda el restaurante pero no el cementerio, y esa rápida reducción de ser a fogón y cocina y no a ceremonia ritual"

Quiero decir que no hubo armisticio: el viejo Pinto seguía teniendo los bigotes blancos, seguían lagrimeándole los ojos, seguía tirándonos de las orejas, y no cambiamos nuestra crueldad por el minúsculo difunto que creo que empezamos ya a olvidar cuando, al volver del cementerio aquella tarde, nos pusimos a patear algunas piedras y a tener hambre o simplemente ganas de comer melcochas. Lévi-Strauss ha dicho que el culto de los muertos en las sociedades primitivas está asociado a

Se trataría, también, de convertir voluntariamente en técnica aquello que Painter reprocha a los primeros (¿sólo los primeros?) libros de Proust: "los capítulos suelen comenzar en la nada y terminan antes de haber llegado a la meta", porque quién diablos sabe cuál es la meta, si hay alguna, del autor o de sus capítulos: ¿el desenlace de la trama? ¿la solución del enigma? ¿hacer que los distintos personajes se encuentren al final? ¿que mueran o que sean felices para siempre? Sería muy pobre como meta reducirla a los límites del argumento: la meta puede ser también ensayar una novela más cercana de la escultura que de la pintura, es decir que pudiera comprobarse lateralmente, leerse en cualquier orden, o dejarla inconclusa a fin de poner a trabajar al lector acostumbrado a siglos de pereza. Y si los capítulos no comienzan en la nada tendrían que remontar buscándose orígenes de efecto a causa a causa o de hombre en hombre en hombre (que viene a ser lo mismo), en este caso hasta el Hombre de Punín. ¿Sería un comienzo adecuado éste: "Le han cambiado el nombre al hotel. Desde la ventana puedo ver debajo de la palabra METRÓPOLI las primeras letras que aprendí a leer en mi infancia, IMPERIAL, pugnando por reflotar a la superficie de la capa avara de pintura que le han puesto al letrero"? O decir que en el solar donde jugábamos a las tribus han construido un edificio imbécil, de arquitectura morisca, por cuya acera pasan indios vendiendo huevos o gallinas, con lo cual podría significar de golpe y porrazo que desde la partida del personaje   oh carajo el teléfono

No pude seguir ayer: tuve que salir a ver a Gálvez
Había tenido que ir a ver a gálvez
después de esa llamada
cuando sonó el teléfono
Era la señora Emma.
la señora emma había salido
La policía había llamado a su casa
maría diabla tampoco estaba

y le habían dicho a María Diabla que habían descubierto dónde estaba escondido.

de modo que me levanté para contestar

Tranquilícese, doña Emma, si lo supieran no se lo habrían dicho

pero él me detuvo

(y era yo quien tenía más necesidad de estar tranquilo)

no te molestes dijo

¿Pero entonces quién puede haber sido?

porque quién puede ser

Alguien que quiso prevenirla, o asustarla.

irene no llama nunca no se atreve

O ellos mismos para ver si se delata.

o alguien que recoge firmas

Pero si yo misma no sé dónde está.

como si no hubiera otra forma de resistencia

Es mejor así, doña Emma.

o como si esos carajos supieran leer

Yo pasaré a verla esta noche.

Fui a convencerme personalmente de que no corría peligro. Le llevé libros y cigarrilos como si estuviera convencido de antemano o como si se tratara de un preso. En cierto modo lo es. Lo encontré tranquilo, ya casi acostumbrado a su-mi-nuestra impotencia.

Te acuerdas de esa vez, le dije, hace años, cuando había ido a verte y sonó el teléfono y cuando iba a contestar me detuviste diciéndome

no vale la pena en este país no hay nada urgente que no pueda esperar.

Y tenía razón, dijo, ya ves que ahora tampoco era urgente.

Pero ahora no te interesan la teoría ni la técnica literarias, ni Painter ni Proust, no tienes ninguna gana de escribir, más bien cierto rencor contratigo mismo por ser lo que eres, cero a la izquierda en los momentos decisivos y en los otros. Pero esto va para largo (la dictadura y tu libro) y no puedes sentarte a la puerta a ver pasar el cadáver del imperialismo y entonces ponerte a escribir, y no eres tú el que va a asestarle el golpe de gracia, tú, más impedido que tu personaje que, aunque pudiera

caminar, no puede salir. Si hubiera una oposición, una resistencia organizada, cualquier cosa, acaso no estarías aquí, como toda la vida, ante una máquina de escribir sino qué sé yo. Para justificarte recuerdas que frente a la barbarie y la estupidez zoológicas encaramadas en el techo del Poder, un libro también puede ser un acto. Claro que ese tipo de libro y ese tipo de actos. . . Mañana, tal vez, u otro día. Tomas el montón de páginas que llevas escritas, con la intención de releer algunas y ver si así vuelves a "entrar en materia", pero las haces a un lado. Abres de mala gana y al azar tu cuaderno de notas:

> "El héroe de la novela es la propia novela"
>
> (C. Lévi-Strauss)
>
> "Participando en la vida de sus héroes, 'bajando a la arena', 'tomando parte en sus luchas' es como se llega a la objetividad, es decir dar el lector la impresión de que sus personajes son libremente responsables de su destino en una sociedad."

porque

> ". . .para un novelista, la sociedad es un todo que no tiene significación, absurda, y que sólo adquiere sentido al nivel del individuo que sufre su poder de alienación y trata de defenderse conscientemente o no contra ella,"

o sea que

> "El papel principal del novelista es ayudar a su personaje a convertirse en sujeto."

Todo eso está bien, está muy bien, por eso lo has copiado para tenerlo presente, pero ¿de qué te sirve ahora, en esta urgencia de actuar, en este desánimo de ser? Y en lugar de hacer el verdadero desretrato del dictador o de imaginar las mil formas de la venganza colectiva, caes sobre un personaje —le tocó al pobre Ríspido— y sin que te diera motivo, como si eso te consolara o remediara en algo lo que te pasa, vuelcas en él tu rabia y comienzas a odiarlo. Entonces ¿escribes o lees? una carta que le habría dirigido a Gálvez cuando publicó sus primeros versos:

I ahora contigo Galo, grandísimo pelmazo, que te has estado tanto tiempo con la geta cerrada. No, no. Me he equivocado. Tú relinchas por quítame allá estas pajas (¿ya te las quitastes?). Pero has te-

nido la mano mui ocupada --no lleva esto ninguna mala intención — por lo de las pajas-- i no has podido coger la pé ñola (se saltó la máquina) para escribir a este pobre cholo de lengua ríspida que tenía el alma blanda. Se te ocurre cada cosa, que no parece sino - que no tuvieras nada que hacer. ¿Por qué escribes versos? ¿Para - qué escribes versos? ¿Crees que arreglar las palabras de modo que parezcan acertijos es hacer poesía? Fletas una chorizada de palabras, i ya está. ¿Qué te crees? ¿Que todo el mundo va a aguantarte esa estupidez? Si no sirves para panadero come pan i no lo hagas. ¿Qué diablos te pasa? ¿Por qué publicas cosas íntimas? ¿Recuerdas lo que conversábamos un día? ¿Recuerdas, sotreta? Lo único que lamento es que no estés aquí para insultarte cara a cara.
Veamos lo que dices:

"Hablo desde la sucia estación difusora de un cuarto estrecho"
Bueno ¿i qué? ¿Vas a decirnos el dolor de la miseria? Hai allí una contradicción: la radio que es un adelanto científico, es ahora, - en este instante un objeto de lujo i de placer que sólo pueden -- permitirse los burgueses. Unicamente la vanguardia burguesa —me - refiero a la literaria-- puede ver la metáfora atribuyéndole a la radio todos los factores benéficos de que ellos gozan. En la URSS sí hai radio al servicio de la humanidad. Pero tú estás aquí, i - aquí las mejores radios las tienen los gringos imperialistas i los burgueses. I eso es un hecho real. Es una contradicción. ¿Dónde está la belleza artística? La metáfora es forzada, es hueca., es cerebral., intelectual. (¿No decía por ahí no sé quién que la inteligencia era un privilegio de clase? ¿Quieres explicarme eso? ¿I decirme también qué son los intelectuales? Hazlo, te lo agradecería. Me serviría de bastante.

"Mujer:
reclinemos la cabeza sobre nuestra almohada de libros".
De seguro que prefieres los diccionarios, por que de lo contrario ¿cómo comprendería ella lo que le digas, después de los versos (?) anteriores?

Pero --es una vaina, yo soi mui curioso-- ¿para qué van a recostar la cabeza sobre esos libros? ¿Para "abrigarse con palabras"? Pobre mujer la que se acueste contigo, la compadezco. No sabes hacer el amor. Porque dime, ¿el amor proletario para ser puro i bueno i — grande necesita de la incomodidad? Me parece haber leído por ahi que no es así la cosa. En fin, allá tú.

I habría otra cosita más. El amor no es para escribirlo i publicarlo. El amor es como la comida. Se ama i es una función vital. I se exhibe tan mal como vos lo haces. I tú ya estás grandecito para - esas puñeterías sentimentales. No las vuelvas a hacer. Aprende a ser gentecita, ¿no? Pobre poesía proletaria en tus manos.
Saluda a tu mamá. Dile que la señora ésta que me trajo al mundo - les manda saludos.

Te volveré a escribir pero no vuelvas a publicar versos de esa laya que indigestan. Entiende. No hagas versos, no hagas versos, que no sirves para eso. Date cuenta de la impresión que me habrás causado que he escrito tan largo.

Gálvez le contestó con una letra menudita en el borde superior de un periódico:

Crítica literaria actividad difícil no alcance de todos. Aplicación principio economía política a literatura más difícil aun e idem. Sectarismo múltiples puntos contacto con reacción, entre ellos decidir qué es qué no es poesía, qué temas son no son literarios. Escribiré cada vez me salga del forro de los cojones, sin necesidad tus consejos. Si todos los idiotas como tú volaran, eclipse de sol. Galísimamente.

En una revista de medicina en la sala de espera del. No. No puede ser. No baja donde él. Es chico y le han prohibido que se arrastre hasta allá: su figura contrahecha no es precisamente la publicidad más adecuada para un consultorio médico. Es adolescente y el Tíojulio lo encuentra en el comedor o en las escaleras: Buenos días tío. Quiubo don comunista, qué dice Stalin. Es joven y cree todavía que su verdad es tan obvia que acabará convenciéndolo. Es adulto. Ha decidido no responder: es el arriendo que uno tiene que pagar cuando vive en casa ajena. De modo que debe haber sido en un diario, bajo dos anuncios,

Sr. Lector: para evitar una muy próxima catástrofe mundial. Plantemos muchos árboles; y bien provistos con obras de regar. Ellos constituyen también el único primer paso a dar; hacia un mundo de paz y prosperidad. Y le saluda en este año del Señor José Salvador	CON MOTIVO DE HABER PERDIDO LAS ELECCIONES EL PARTIDO CONSERVADOR véndese piano de cola en buen estado y mejores condiciones. La Guaragua 835 Tel. 381558

donde encontró el de una casa exportadora norteamericana y escribió pidiendo un catálogo. Sin que lo supiera la señora Emma. Tiene 14 años y está pidiendo un libro pornográfico. Sin que lo supiera Falcón. Es un traidor que va a remplazar al caballo con un sillón de ruedas. No puede justificarse: Tú sabes, los adelantos de la técnica. Con los zapateros es otra cosa: Si el socialismo necesita la industrialización, camarada, y nos va a dejar sin trabajo, militar en el partido es cavar su propia tumba, más bien nos desafiliamos. Todavía falta mucho para eso. Ah bueno, así, sí. Han pasado ya varios años desde esa tarde:

Gálvez estaba en su hamaca, yendo y viniendo de él a él, de una duda a la misma duda, y Falcón se presentó en la puerta de su cuarto. Me dijeron que quería contratarme como caballo. Sí, si tú quieres llamarlo así. Es que eso se llama así. Y dónde trabajas ahora. En el Ministerio de Relaciones Exteriores. Acabáramos, y en qué Departamento. En la fachada. Y por qué quieres dejar ese trabajo. Porque quisiera algo más estable. Quieres decir que allí te pueden cancelar en cualquier momento. No, quiero decir que los andamios tambalean.

Gálvez comprendió. De golpe. Ese hombrecito podía convertirse en una agradable parte de sí mismo para hacerse compañía. Lo hizo entrar, hizo que María Diabla les sirviera café, y cuando la que iba a ser la mitad de abajo comienza a hablarle de su infancia allá en Aláquez, Gálvez se acuerda de Viviña, esa otra mitad ya distante de su propia infancia, que le había dicho un día: "Vámonos a correr mundo, Cojito." "A dónde." (Jue la tarde que juimos a botar el barco que la mujer del Putifar le regaló al Gálvez, era un barco de paloebalsa quera como decir un barco dedeveras y no de pediórico, el Galo le hizo unas velas con una tela de la mama y hacía no sé qué mediciones dizqué no sé qué cábulas las noches con el compás de dibujo y anotando números en una libreta y le hizo dos GG grandotas con el cortaplumas y el jueves nos juimos temblando al río, conbersando de biajes y aventuras y cuando le soltamos jue igualito a despedirse y había comensado a oscurecer y nos pusimos medio tristes al regreso diciendo vos dónde teas dir cuando seas grande, a San Francisco, lo ques yo a Samarcanda, ¿y vos?, a Guayaquil, ¿y vos a dónde.) "A cualquier parte, Cojito, no importa, a Estados Unidos, a Colombia, ¿queda lejos Colombia?, a dondequieras y verás, después mos de volver ricos." "No, Viviña, vos te has de cansar y me has de dejar botado en el camino."

Oculta el catálogo bajo el colchón. Falcón se ha marchado. La señora Emma se ha retirado a su cuarto. Lo revisa detenidamente ¿otra vez haciendo cábulas y mediciones sobre su fuerza muscular, el ancho de los sillones, el ancho de las puertas de la casa? Clandestino. Culpable. ¿Quieres aprender a fumar? Vergonzoso. ¿Vos te haces la paja? Gálvez ganaba su sueldo en el diario pero: No sé, cada vez que me compro un libro siento como si por mi culpa hubiera menos de comer o mi vieja no tuviera otro vestido. Y como paga el sueldo de Falcón, el solo hecho de escoger los modelos que más pueden convenirle, es

planear alevosamente una segura escasez en la alacena, gritos de las tías, y decidir la desocupación de su caballo sin siquiera haberle notificado con un mes de anticipación. Sólo le interesaron cuatro, y escribió ¿también a escondidas?, ¿carta anónima o delatora?, pidiendo que le indicaran los precios, las condiciones de pago, el plazo para el envío, el costo del transporte. Se busca justificaciones: Falcón se emborracha con frecuencia y lo deja sin poder moverse de su casa, aislado, preso, hasta conseguir por teléfono que algún compañero pudiera llevarlo a, es incómodo en determinadas circunstancias no poder estar completamente solo cuando, estar acompañado y que siempre haya alguien que sepa que. Además sólo el modelo No. 16 necesita ser impulsado por una segunda persona. Por lo mismo, es probable que sea el único a su alcance, los otros habrá que descartarlos porque deben ser mucho más caros. Así no se separaría completamente del caballo. Le consuela, también, decirse que no se trata sino de una posibilidad imposible, hipotética, la vieja necesidad a la que se llama anhelo o sueño. Porque cómo se compraría él un aparato semejante, que nadie tiene en la ciudad, si a duras penas le alcanzaba para mantener a su vieja, el sueldo de Falcón, sus libros, de vez en cuando un pobre regalo a la maestrita –una lima de uñas, un estilógrafo barato–: "Y por haberse portado bien, por haber ido a ver al médico como se lo rogué, ahí le mando eso. Es tan pequeño que puede esconderlo o

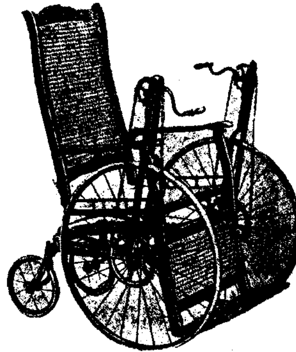

Figura No. 3

Figura No. 3

Sillón movido por empuje por una segunda o por medio de dos manivelas y cadenas calibradas regulables. La dirección se efectúa impulsando más o menos una de las manivelas. Los ejes estan provistos de cojinetes a balas.

Suspensión por medio de muelles.

Rueda de atras giratoria.

Descanso para los pies y respaldo inclinables a voluntad, con 4 ruedas, chasis y silla de bejuco.

Sillón para interior de los Hospitales Militares, Ferrocarrileros, y enfermos convalecientes que tengan que salir a tomar sol o caminar mayores distancias en la calle.


Figura No 16

Figura No 16.

Sillón tipo Alemán para ser impulsado por 2a. persona. porta-pierna de suspensión sin que el respaldo se incline hacia átrás al mismo tiempo como sucede en los sillones Fig. 2.

Respaldo reclinatorio por separado del porta-piernas. maderaje de encino con tejido de bejuco, chasis de acero, ruedas con llantas de hule macizo, manija en el respaldo, y tabla para descansar los pies ajustable.

decir que se lo compró usted misma. El amor de los humildes está hecho así, de cosas que en su propia insignificancia llevan una gran carga de ternura." Examen de conciencia. Acto de contrición. Confesión de boca (mientras pasa la lengua por el borde triangular del sobre): Ven acá, Falcón de Aláquez ("porqué verá, don Galo con usted uno se vuelve importante y usted se merece alguien importante, y como siempre le oigo hablar de Honorato de Balzar, de Charles de Daule, de Francisco de Quevedo, de Leonardo de Vinces, pensé que yo"), te voy a dar de alta como caballo: podrás volver a ser caramelero, albañil, explorador o lo que quieras, pero seguirás siendo mi camarada mientras quieras.

Figura No. 19

Triciclo tipo Europeo, de propulción por manivelas y cadena a la rueda delantera. Chasis de acero, llantas de hule macizo, asiento y respaldo ajustable. La dirección se lleva en las mismas manivelas, ancho del asiento 42 x 50 cms. largo del triciclo 120. cms. peso de 30 a 40 kilos resistencia para 100 kilos, velocidad de 4 a 8 kilómetros por hora. Mecanismo de rotación embalado, con parrilla atras del asiento para llevar vultos.

Asiento suspendido por amortiguadores, propio para paralíticos de las piernas y para ampataciones de ambas piernas.



Figura No. 19

Tarda la respuesta. Quizá Falcón, en defensa propia, ha tirado la carta al río o a la basura. Quizá le ha puesto un sello de correo marítimo, y él se lo agradece en el fondo. Así retarda la dolorosa dicotomía del centauro. Gálvez, las noches: Falcón de Aláquez, vámonos a caminar, que eso es bueno para la digestión. Y Falcón, las mañanas: Por qué no se toma unos alcasélseres, don Galo, anoche me pegué una pentáfora epopéyica y me está doliendo la cabeza. Lo esperaba en la puerta de las habitaciones o de las casas ("Lo peor es cuando está con una hembra"). Después de llevarlo muchos meses a sus reuniones políticas: Por qué no me hace entrar si de cualquier forma les oigo todito lo que dicen. Entonces, te interesan nuestras discusiones. No mucho, pero así han de poder decir por lo menos que hay alguien del pueblo con ustedes, y yo podría esperarlo sentado en una silleta.

Falcón le entrega la carta. Una inmensa tijera de cirujano que alguien va a manejar desde USA y cuyas puntas se extendieran a lo largo del continente para separarlos. Se retira al borde de la ventana, siente que está al borde de estar demás: es peor que un comienzo de despedida o que la notificación del desempleo: una como mitad de muerte. Mira de reojo a Gálvez que lee. Le mira la voz cuando relee. Decepción. Asco también. "The pri-

ces indicated below are wholesale. . . orders acepted from Hospitals or import agents only. . . minimum order 12 items. . ." Gálvez alza sus ojos hacia el caballo que lo mira en una espera perruna. ¿Crees que podría encontrar aquí otros once como yo? No, qué va, don Galo, como usted no hay naides. Gálvez sonríe. Hace una pelota colérica con la carta. Tú sigues siendo la mejor parte del animal que formamos. Arroja la carta pelotuda por la ventana. Se perdona. Es el gesto, más que las palabras: Falcón sabe que se prolonga el destino complementario que eligió.

Una tarde, pero esto fue antes porque Estados Unidos acababa de derrocar el gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala, de esas en que tras largas horas de esfuerzo no se logra escribir media página, como Joyce, y ni siquiera suprimir una coma, como Wilde, sino que uno sigue contemplando la superficie blanca por la que pasan tenaces y provocadoras las ideas que no se dejan atrapar y convertir en palabras, Gálvez arrancó la hoja que fue a parar, junto a las demás arrugadas o rotas, con siete o cinco renglones cada una, al canasto: basura pura, útil sólo para probar lo inútil del encarnizamiento o convertir en certeza la duda sobre la propia capacidad frente al desafío del lenguaje.* Falcón, que había estado rondando cerca, le dijo: No ha de ser para el pediórico si rompe tanto, y si está con la brutez, por qué no me da escribiendo una carta para la Individua. Te enamoraste de ella, le preguntó Gálvez. No sé, dijo, cierto que no es una telectual como nosotros y hasta tiene piernas de tonta, pero en la cama es tan macanuda, don Galo, que le juro que dan ganas de bajarse para aplaudir. No te pregunto eso, le sonrió Gálvez, sino si la quieres de veras. No sé, dijo, verá, allá en Aláquez, teníamos un chivo y el lechero venía todas las mañanas, y como era mi padrino, entraba a tomar café y la mula se quedaba afuera conversando con el chivo; un día ya no volvió más, y el chivo que sabía ser juguetón se quedó triste, ya no había que amarrarlo al palo, ya no brincaba ni quería comer ni nada; así me siento yo desde que ella se fue a Cuenca. Pero cómo quieres que le escriba si yo no estoy enamorado. No importa, don Galo, ponga lo que se dice siempre nomás. Tenía

* "Es como un hombre que tiene el oído fino y que toca mal el violín; sus dedos se niegan a reproducir el sonido preciso del que tiene conciencia. Entonces las lágrimas ruedan de los ojos del pobre rascador del instrumento y el arco se le cae de la mano. . ." (Nota de Gustave Flaubert)

razón, decía Gálvez: lo que siempre se ha dicho, lo que siempre se dirá. (Pero qué, that is the question, porque como no transcribes ninguna de esas cartas sería muy simple evadir con una frase una cuestión de fondo, o sea la de que los problemas de la forma se vuelven imperativos en virtud misma de la complejidad de lo real, en este caso de ese vago sentimiento que todos creen conocer y nadie define y que se llama amor, y la teoría de la novela es en cierto modo también la teoría del lenguaje: "mientras más difusa, atomizada e imponderable es la materia de que se trata, mayor importancia tienen los problemas de estructura". Y el pobrecito humano, que ama o dice que, y no conoce sino de oídas formas de amor que no son la suya —o sea que cada uno habla de una cosa distinta y pudiera decir luiscatorcemente: El amor soy yo—, oscila, en cuanto al lenguaje, entre la literatura y la ciencia: 1] no le basta la forma escueta, enunciativa, ese telegrama hecho de dos palabras, "te quiero", incansablemente repetido por necesidad propia o en respuesta a la pregunta tenaz de la otra necesidad, sino que quiere un discurso, un desarrollo, una autopsia analítica, ya sea para probar que ama, ya para no sentirse desfuturizado sino seguro de que es amado, y allí se origina esa palabrería tierna y bobalicona de los enamorados que es cuando el habla del hombre se aproxima más a la polvareda metafórica de los poetas. Más que exacerbación del sentimiento, falso artificio del lenguaje que, por pura impotencia verbal, quiere expresar eso que en cuanto idea no puede asir. O quizás sea un caso similar al de aquel pobre tartamudo que sólo cuando cantaba podía pronunciar fluidamente las palabras: la poesía o casi de quienes trastabillan con la prosa. En un momento u otro, nadie ha dejado de llamar a su ella "mi bien, mi riqueza, mi perla, mi joya, mi reina, mi duquesa", sin siquiera haber oído nunca el nombre de Baudelaire, sin saber que él lo decía en desafío a la moral burguesa, empleando su propia escala de valores para hablar de una prostituta a la que "la diosa hambruna" obligó una noche de invierno a levantarse los trajes en la calle, y el mismo Falcón había necesitado recurrir a la imagen del chivo y la mula, sin lo cual te habría evitado este casirrompecabezas. Edward Foster observaba que de los componentes esenciales de la vida —nacimiento, alimentación, amor, muerte— [y conste que no incluyó entre ellos el trabajo [todas las formas del trabajo] ni el combate [todas las formas del combate]] el amor ocupa la mayor parte de la historia

de la novela. El día en que te rompas una pierna o tengas un nuevo infarto, podrías distraerte tomando cualquiera de ellas y suprimirle todas las frases, párrafos, páginas, capítulos sobre el amor, y ver qué queda después: un miserable resto de actividad humana y en algunos casos solamente las tapas como una mitad de caja vacía. Y eso sucede en un mundo lleno de seres que rara vez aman y para quienes el amor es sólo algo entre paréntesis. Tú mismo te das cuenta, ahora, de que sin quererlo, y aun queriendo ocuparte de otras cosas, el paréntesis de amor ocupa en tu libro más espacio que el que le dedicas o pensaste dedicarle a la situación del mundo, a la situación de tu país, a la condición del indio, a los problemas de la literatura, a las dudas estéticas, a las certezas políticas; II] pero el pobrecito humano tampoco se conforma con la palabrería de pacotilla, no le bastan siquiera los millares de poemas de amor que, después de la epopeya, ha sido casi su tema inevitable, no le sirven la opulencia verbal de Saint-John Perse ni la exaltación corporal de Paul Eluard, sino que necesita estar seguro, con la seguridad científica de la fórmula, "te quiero", expresada en el idioma humildemente claro, elemental y primario de la vida. Acaso habría sido mejor concebir desde este punto de vista y no por un simple problema de opción por atracción física o de la otra, el caso del joven poeta y del Lobo Estepario en "La Colonia Penal". Pero ese capítulo no está escrito todavía). Lo que me interesaba en ese momento, decía Gálvez, era la situación en que me colocaba Falcón: escribir de amor sin estar enamorado. No importa, había dicho, y claro que no importa: ninguno de nosotros ha muerto antes de escribir sobre la muerte ni ha vivido previamente todas las situaciones de sus personajes y Poe no conoció París ni la calle Morgue. Por el contrario, casi podría decirse que en literatura lo que más conoces no siempre es lo que mejor expresas: te desafío, por ejemplo, a describir sin comparaciones ni metáforas algo tan familiar o consuetudinario como el dolor de cabeza. Porque decir que te estalla, que es como si te la apretaran con un aro de hierro, es imaginación pura: ni tú lo has sentido ni el lector lo ha experimentado, pero no hay otra manera de decirlo. Y en cuanto al amor, que todo lo invade como el polvo que se mete hasta en la maquinaria de los relojes, dicta textos que no pasan por el control del cerebro, o éste se halla empolvado también, y entonces frecuentemente les sobra patetismo y les falta el rigor intelectual sin el cual no hay

arte. Tal vez porque en el momento inicial de la creación están escritos para un destinatario definido, y remitente y destinatario se conforman con la cursilería que forma parte del juego. Tampoco en la cama hay un lenguaje intelectual, excepto la recuperación de las claves lingüísticas del erotismo. Pero cuando uno de esos textos llega al lector, que lo juzga como un objeto literario y no como un testimonio o confesión de la esperanza o la desdicha, lo considera, y con justa razón, una estafa o debe hacer piruetas similares a las que nos obligan los que tienen la maldita manía de decir Ponte en mi lugar, como si uno pudiera cambiarse la piel, los huesos, los órganos, la familia, la educación, la experiencia para ponerse en el lugar del otro por un instante. Igual sucede con algunos textos escritos en ciertos momentos volcánicos de la política: mucha emoción y sinceridad que se satisfacen y dictan para satisfacerse expresiones consabidas, frases hechas, consignas que de puro manoseadas han perdido su contenido, y que desde el punto de vista del arte nos avergonzarían como nuestros propios gritos y actitudes cuando asistimos a un partido de fútbol o una corrida de toros, cuando somos público y no nosotros, y en los que no nos reconocemos cuando volvemos, como dirías tú, a ser-estar solos. Ya se ha dicho que un poeta no es, como se cree, alguien capaz de mirar o de percibir más o mejor los arroyos, la tierra, las estrellas, los gorjeos ¿y por qué no la injusticia, el amor, la cólera?, sino alguien capaz de hacer un poema con palabras. Por lo demás, para mí por lo menos, el arte es un sucedáneo: o remplaza lo que no existe en la realidad o sustituye a algo que fue. Quizá por eso nuestra literatura amorosa es casi siempre elegiaca: la mujer ya no está cuando se escribe y no podemos, mala suerte, como los pintores, pedirle a una mujer que se desvista para escribir un poema, a menos que escribamos, físicamente, sobre su piel, lo cual no es una mala idea. Cierto es que el amor en español es algo prohibido o censurado o perseguido, de una u otra forma, por inquisidores frustrados o viciosos envidiosos. Pero habría que preguntarse si ese tono de lamentación no es también consecuencia de cierta poesía: siglos de obligada rima consonante nos hicieron encontrar que "dolor" es la primera palabra que viene unida a "amor", tal como "muerte" es la conclusión lógica de "suerte". Mira, en cambio, la serenidad de la pena, la

Por qué un pintor o un escultor pueden hacer su obra frente a un modelo y tú no puedes escribir cuando estoy desnuda. ¿Quieres que me vaya para que puedas continuar tu libro?

aristocracia del dolor en la poesía inglesa, la dignidad y concisión de su lengua que no se presta a la exuberancia ni permite el patetismo. Una vez más nos encontramos ante la relación indisoluble noción-palabra o, si prefieres, mentalidad-lenguaje, que se da simultáneamente tanto en su origen semántico como en nuestros actos. La solución encontrada por Falcón de Aláquez es la justa: escribir en frío, de lejos, desde el mismo sitio que ocupa el lector común, o como el arquitecto que debe calcular la resistencia de los materiales y las proporciones del edificio, aun cuando esté enamorado, o con más precisión aun si la casa está destinada a la mujer que ama, justamente para que no se le caiga encima.

Era la época en que, no habiendo podido crear el Taller Literario que proponía Gálvez para ganarnos la vida (y fue mejor así, porque le habríamos quitado a nuestra gente una de las pocas oportunidades que tiene de reír, porque nos habríamos puesto solemnes y no habríamos sido capaces de escribir, por ejemplo, esta joya publicada en todos los diarios:

LA GOBERNACION MILITAR DE CHIMBORAZO

Comulgando con las inquietudes blancas y justas de la realeza Shiry-Española, enarbola su júbilo tricolor en el asta del Coloso Rey, y, a la vez, explica su serenata connubia mediante la la certera invitación a todo el positivo esfuerzo de mantener altivo el honor impecable, la constancia perenne, la dignidad esbelta y la unidad inmune a los embates del euro, para seguir coreando el magnificat del 21 de Abril.

GLORIA A TI!, RIOBAMBA!
TE DEUM POR TUS PALADINES!
NADA PROGRESA SIN LA UNIDAD SINCERA.

El Gobernador Militar de Chimborazo
JAIME E. CASTILLO G.
Ternel. de Infantería

El Secretario de la Gobernación
HERNAN A. UZCATEGUI U.

aunque es triste pensar que muchos chimboracenses se habrán conmovido en lugar de reír), en la práctica el Taller funcionaba en la buhardilla de Gálvez donde nos reuníamos por la noche para discutir lo que habíamos escrito y lo hacíamos sin piedad. Aun creíamos en la posibilidad de la creación totalmente colectiva sin darnos cuenta para entonces de que la literatura no maneja una materia objetiva ni utiliza materiales comunes a todos ni de que, como decía el Fakir, es el ejercicio más voluntariamente doloroso de la soledad. (Si esto hubiera sucedido diez años después, quizás habría estado allí David Viñas sosteniendo que, puesto que muchas cosas han cambiado en el orden social de América, ya no podía mantenerse el mismo criterio de antes sobre la creación individual-ista, y tú le habrías dicho que, si escribiéramos, como proponía él, una novela o un poema entre tres o cuatro compañeros, acaso serías capaz de matar por el adjetivo que te pareciera insustituible, sin someterte a la votación democrática que, es de suponer, habría sido el único procedimiento factible para escoger otro por mayoría.) Tal vez por ello lo que escribíamos entonces era tan sabido, tan uniforme, tan sin sorpresa, tan realismo socialista. Pero mientras nosotros leíamos nuestros relatos, Falcón los contaba escamoteando como un ilusionista todas las leyes de gravedad de la lógica, y ninguno de nosotros supo aprovechar, como Oscar Lewis o Truman Capote, la grabadora para con un poco de talento aspirar a ser un pequeñito Guimaraes Rosa del páramo, porque como ustedes saben antes de entrar en el Ministerio de Relaciones Exteriores yo vivía en el Oriente y como allá no es cuestión de ir a la tienda de la esquina y decir Vecinita fíeme una libra de arroz hasta que paguen los sueldos atrasados, tenía que salir a buscar qué comer, sin explicar de dónde salía ni qué buscaba, y una mañana en un claro de la selva me encontré de manos a boca con una hembrísima macanuda, alta, rubia, desnuda no más, que tenía púchicas unas tetas enormes, redondas, o sería que se ajustaba de adrede las cananas para que se le hinchen así como en esas fotos de esculturas de indias de la India que tiene don Galo, porque las de aquí son más bien despechádas, y tenía también un fusil y viendo que yo le veía alelado sonriendo medio coquetona me dijo ¿Es usted el señor Falcón de Aláquez? El mismo, señorita, para servirle, le dije. Y yo ¿con quién tengo el honor? Adivine, me dijo, y a qué no adivinan quién era, y nosotros sin poder adivinar hasta dónde

iría la imaginación de Falcón, la hija de Hitler aunque no crean, que se había escapado de los nazis de Alemania a esconderse en la selva, pero otras veces ella estaba a punto de ser tragada por un cocodrilo y él, Tarzán palúdico, llegaba a tiempo para salvarla, o bien ella trató al comienzo de hacerle su prisionero habiéndola vencido el amor, porque en seguida se prendó de mí, eso se notaba a leguas, y más nos veíamos más hacíamos planes dizqué para irnos a Alemania porque a mí también me gustaba la gringa y me dije si allá todas son así ahoritica mismo me voy, salga lo que salgari, pero eso de ir a parar a un horno sólo por ser cholo no me convenía, entonces le dije que se adelante a arreglar la casa para irme después cuando se acabe la guerra, y en las cartas se le veía que seguía encariñada conmigo aunque eran en alemán, hasta que la celosa de la Judit comenzó a esconderme todos los sobres aéreos y cada que lloraba yo sabía que había llegado carta y me entraban unas furias y unas ganas de pegarle una cueriza como esa noche de la Gloriosa, claro que eso fue después, yo estaba por El Centenario cuando de repente me agarra el baleo con los soldados en las calles que disparaban tupido contra la policía y tuve que irme caminando por los techos hasta la casa en El Matadero y eso me demoró porque no es lo mismo que ir por la vereda, Mentira farreando has de haber estado, dijo la Judit, porque de no ¿cómo hacías para cruzar las calles?, la huevona, como si en esos momentos de revolución uno se estuviera fijando en pendejadas, pero pronto comprendimos que no había habido revolución alguna, estábamos orgullosos de haber derrocado una dictadura, de las grandes manifestaciones populares en las calles y en la plaza de toros, de que el Presidente que impusimos declarara "Yo tengo el corazón a la izquierda", de que contáramos por primera (y última) vez en la Asamblea Constituyente con trece (número de malagüero) diputados comunistas y muchos más funcionarios en la Administración Pública, de la Constitución que llegó a estudiarse en la Universidad de París como ejemplo de constitución democrática, hasta que diez meses después al Presidente se le cambió de lado el corazón, implantó otra dictadura, se expidió otra Constitución que no fuera tan, el poder seguía en las mismas manos, "Se acabó la revolución; no hay vacantes" decía Gálvez, las armas seguían en las mismas manos, y una noche de farra en que fuimos a terminar en el caldo de patas, el Ríspido alcanzó a ver en una mesa a un tipo que comía con el sombre-

ro puesto y avanzó directamente y se lo hundió hasta las orejas, el tipo vino a nuestra mesa, se cuadró, y como era sargento de nada sirvieron las excusas, dijo que habíamos mancillado el honor de las Fuerzas Armadas, el propio Ríspido dijo que como no llevaba uniforme no podía haber sido ésa su intención, pero no hubo vuelta que darle, el sargento lo desafiaba a duelo y nosotros tratábamos de convencerle de que eso era anticuado incluso entre militares, el Ríspido de que estaba prohibido por la ley, y el otro que no y que no y que la afrenta sólo se podía lavar con sangre, hasta que el Ríspido aceptó y el sargento Escoja usted las armas, Cañón, dijo el Ríspido, y nos retorcíamos de risa imaginándolos al uno en el Panecillo, al otro en el Ichimbía, apuntándose y disparando, y todo volvió a ser peor como antes o más peor, y cuando se hablaba del movimiento del 28 de mayo ya sólo lo llamábamos con una ironíamarga "la Gloriosa", pero volviendo a lo de las cartas les decía que para tranquilizarle a la Judit me acordé que era el santo de ella y salí a buscarle un regalo, supongo que cuando decía salir significaba entrar, adentrarse, penetrar en la selva, allá donde suceden las cosas increíbles ("las historias que se comprenden es porque están mal contadas" dice el Baal de Brecht): la búsqueda de Eldorado, el descubrimiento de chorros sucios de petróleo, el rescate de las almas de los reductores de cabezas de misioneros, el encuentro con la hija de Hitler, de todo lo cual no nos quedaba sino el relato de la hazaña: entre Francisco de Orellana y Falcón de Aláquez estaban los límites de ese territorio de la ficción, hasta que al mediodía, cansado de buscar y de no encontrar nada, casi sugería la idea de ir de almacén en almacén sin decidirse, estaba sentado pensando cuando de repente vi unas ramas que se movían con un ruidito y ahí estaba espiándome nomás el tigre, como si fuera racional, adivinando que yo no había llevado ni la carabina ni el revólver y que se me habían acabado las flechas, entonces traté de hacerme chiquitito para que no me vea pero ya fue tarde, el tigre dio un salto, y la cámara de Falcón-Melliès dejaba al animal en el aire para volverse a Falcón-Keaton a quien ese momento se me ocurrió la idea, aunque pensamos que la había visto como nosotros en un antiguo Almanaque Bristol, agarré unas tablas que tenía ahí, les corté igualitas con un serrucho, les colé para hacer un cuadrado grande y con un birabarquín le abrí unos huecos en las cuatro puntas, y cuando el tigre se me abalanzó yo me puse atrás del

tablero y el bruto metió las garras en los huecos, entonces yo, ni tonto, por el otro lado les iba remachando con el martillo y los clavos que tenía listos y lo demás ya fue huevos: le puse unas ruedas de madera, le hice otro hueco adelante para amarrarle una piola y me fui silbando contento de la vida, jalando al tigre hasta la casa. Ahi tienes tu regalo, le dije a la Judit, perdonarás nomás el adefesio.

Por ejemplo Márgaramaría (porque viene de la página 52
y porque cuando la escribiste habías vuelto a incurrir en mujer y has venido tratando de impedir que en el camino de tu libro se te cruzara un capítulo que no habías previsto
pero ésta es tu minusculúnica manera de vengarte
y desde entonces buscas la manera de casar a Gálvez pero él no se deja
1º. porque no puede ser con Irene: "Maestrita de las niñas pobres: Ya que usted no se atreve, porque no quiere, le propongo una solución: en una de sus tardes de asueto yo podría esperarla en el cine, usted llegaría cuando la función hubiera comenzado y saldría antes de que terminase. Así nadie la vería conmigo y yo podría, por lo menos, acariciarle el cabello y las manos hasta que tal vez un día me deje darle asueto a mi deseo"
2º. porque como nadie engendra personajes sino que los va formando, como a Frankenstein, con órganos y pensamientos y actitudes y gestos que pertenecen o ieron a otros y también a uno, como Frankenstein un día se te escapan de las manos y ya no puedes controlarlos
te ha sucedido también no poder matar a uno de ellos —puesto que en nuestra epoca ya no se puede morir de muerte natural—, deshacerte de él cuando el pobre se vuelve sobrante como algunas personas
—y tú, tú, ¿no te sentiste sobrante después de la muerte del Che?—
porque se aferra por instinto en un desafío antiunamuniano a la vida que le diste pirandelianamente
y te impone su voluntad su gana de vivir aun cuando fuera sin motivo
y no te queda más remedio que responsabilizarte de sus palabras y de sus actos
y aceptar que sea la mejor imagen de ti mismo)

Me hace falta esa mujer, digo, la necesito para una comprobación.

Está bien, dice Gálvez, sea. Digamos que estuve casado por poco tiempo pero hace tiempo. Que fuimos durante algunos meses la primera pareja de la tierra: inventamos el amor que nadie conocía, lo hicimos porque no estaba hecho, descubrimos que omne animal post coitum triste sólo es verdad cuando se trata del animal, es decir del que copula sin amar, ya que el amor es eso que queda después del coito. Luego comenzaron los desencuentros: al principio nuestras discusiones y disputas sólo tenían lugar cuando estábamos fatigados, como si le diéramos una tregua al deseo para que pudiera rehacerse. Y llegamos, como todos los demás, también nosotros, quién lo hubiera creído, a hacer el amor a oscuras y sin hablar: estábamos casados. Supongo que nos pasó lo mismo que a los otros, que a todos. Pero para tu necesidad de esa mujer bastan los dos corchetes entre los cuales se encierran esos años lamentablemente conyugales.
[En "El Murcielagario", cuando ya se jugaban las partidas finales de un Concurso de Cuarenta, con los apostadores y curiosos agrupados en torno a la mesa ocupada por los cuatro jugadores, el juez de tantos y el juez de aguas que servía el mallorca a los que forzosamente irían a ser campeones y subcampeones, Gálvez anunció Me voy a casar con la Márgaramaría. La piedra formó círculos concéntricos de silencio y de asombro y el Meón se quedó con su 5 en el aire cuando ya había gritado Caida y limpia deme cuatro señor juez. Eso no había sucedido nunca, ni siquiera algunos años después cuando el Trompudo, que escuchaba junto al radio el Informativo Noticioso de la Noche, gritó Se murió el Papa unagransiete, porque desde una mesa el Huevas le respondió tranquilamente, mientras calculaba la carta que podía echar sin comprometer el juego que venía arreglándose su compañero Y de qué te alegras pendejo si en seguida han de nombrar a otro, y todos siguieron jugando porque ésa era una de aquellas muertes que interesan menos que una partida de naipes. Haces bien hermanito, le dijo el Fakir después de medio siglo de silencio, la Margarita María tiene un aura celeste.* El medio siglo se prolongó llenándose de inco-

* La miopía del Fakir era casi ceguera: tal vez por eso le resultaban claras las cosas ocultas en las cosas. Hijo de un sastre que había decidido que heredaría su oficio, la miopía lo salvó para la poesía: "Yo no veía el camello, comentaba, peor el ojo de la aguja." Leía poco en comparación con nuestra bibliofagia: por eso sabía más que nosotros. Era transparente como un ángel, y no veía la apariencia sino el símbolo. Era el único de nosotros a quien preocupaban el espíritu y la superación de la materia: por eso su poesía era alquímica.

modidad para todos, de temores y corazonadas, o más bien de un desolvido súbito del personaje que estaba allí, encaramado en una silla, pensativo, lejos del entusiasmo general por el concurso, y del que se habría dicho que arrojó la piedra sólo por ganas de joder a los demás. El Meón dejó al fin caer su 5 ya sin ruido y le dijo Felicitaciones cholo. El Ríspido le dio una palmada en el hombro, que más pareció de pésame que de enhorabuena, y luego se lo llevó en hombros a uno de los rincones donde no quedaba nadie, lo hizo sentar, pidió media botella de mallorca y comenzó a buscarse las difíciles palabras. Verás Galo, vos y yo podemos hablar a calzón quitado, somos como hermanos, siameses mismo. Con vos se puede hablar de hombre a hombre. La Margarita María es una guambra linda, sincera, generosa, hasta inteligente, aunque las malas lenguas dicen que eres vos el que le escribe o le corrige los versos. Te equivocas, le dijo Gálvez, no es sincera ni generosa ni muy inteligente sino que nos queremos: nuestro amor no es el resultado de una suma, es lúcido y no tiene nada de ciego: yo la quiero y quiero quererla, y porque tengo conciencia de sus defectos tengo conciencia de que la quiero. Todo eso es muy lindo, dijo el Ríspido, pero no son sino palabras, y lo cierto es que puedes cometer un error para toda la vida; la guambra está en esa edad en que se cree que la literatura es todo y es lógico que esté deslumbrada contigo, pero la literatura no basta en el matrimonio: tienes que admitir, a riesgo de ser farsante, que a una mujer joven como ella, llena de vitalidad, de ganas de vivir, le hace falta, cómo te diré, un. ¿Y vos has visto cómo tengo yo los cojones, pendejo? le dijo Gálvez, yo sé que la enamorabas

¿En tu país todos dicen amar? porque es nuevo. No, dijo él, en mi país solamente quieren.

Vivibebía en los sitios más sórdidos de la otra oscuridad, la del vicio, y se le adivinaba una vida secreta de la que nadie tuvo pruebas jamás. Pero era seguro que atravesaba las cantinas más abyectas frecuentadas por rateros hablándoles del amor universal, los increíbles lupanares de desdentadas diciéndoles que su vientre era un campo de trigo y hablándoles del cuerpo astral, y que de allí salía iluminado e intacto "porque el camino que lleva para arriba y el camino que lleva para abajo son lo mismo". Alguna vez fue guardián nocturno de la Cárcel Municipal, lo que resultaba simplemente lógico. Nosotros no entendíamos nada del Ourovourus –macho y hembra, padre y madre, madre e hijo– ni de los tatwas ni de los mantrams sagrados a que se refería a veces, y sonreíamos porque desdeñábamos cuanto ignorábamos en nuestro materialismo feroz e irreductible. Parecía no necesitar de alimento: jamás le aceptó a ninguno de nosotros una invitación a comer: "Es un acto primitivo, como defecar, decía, que no se puede hacer en público", y cuando después de haber bebido toda la noche juntábamos nuestro último dinero para resucitar al día con el caldo de patas espeso y grasiento, él decía: "No, gracias, prefiero introvertirme un aguardiente" y repetía la palabra AUM varias veces, entregándose a largas inspiracio-

hace algún tiempo y que en cuanto supiste que salía conmigo le dijiste que los intelectuales son impotentes. Y llenando las copas brindó: Salud, Ríspido, por tu hombría, puesto que tú no eres intelectual, y en fin de cuentas no te estoy pidiendo consejo, no me voy a casar contigo sino con ella, y ella no te ha nombrado tampoco su abogado].

¿Qué por qué se casa una mujer? dice. Qué sé yo: por amor, por liberarse de su familia, por dinero, por protección, por orgullo, seguridad, prestigio, o simplemente porque en nuestra sociedad el matrimonio es el destino final de la mujer: ¿por qué una razón ha de ser más legítima o bastarda que otra si se tiene en cuenta que, según el imponderable Código, se trata de un contrato? Y un hombre, tú por ejemplo, por qué se casa. No sé, dice, por soledad, supongo, es decir el horror al vacío, y contra eso no hay más remedio que una mujer. O tal vez porque cree que el amor es la necesidad permanente de la presencia física del otro, y no se da cuenta de que cuando esa presencia se vuelve permanente desaparece la necesidad y el amor se convierte en matrimonio, en otro tipo de soledad.

(Tú mismo incluso pensaste vencer tu odio a los gatos para
tener alguien que esperara en la noche tu regreso
y llegó a entristecerte la idea de que si murieras ahora
nadie lo advertiría antes de tres días
cuando comenzara a oler mal detrás de tu puerta)

Al principio, dice, fue el verbo y la ternura. La primera vez, seguí un viejo consejo que me ha servido en la vida, pero ella comenzó a desvestirme íntegramente diciéndome Pero si yo te quiero, niño mío. Después tú me casaste con la mentira y trataste de obligarme a vivir con ella. Menos mal que yo no me

nes del aire ralo, fétido de trago, vómito y orina. Y, sin embargo, era el más sano de nosotros. En "El Murcielagario" tuvimos que desvestirlo por la fuerza y quemar su camisa que ya era "prueba de sebicia atroz, sobre todo en el cuello" dijo el Ríspido, mientras Gálvez le ponía la suya. Sin embargo, era el más puro. Cuando corrió el insólito rumor de que se había casado con una de las desdentadas que le tenían ternura ("Yo nací casado, dijo, ¿no ven que mi mujer parece mi mamá por la edad?") el Ríspido encabezó una noche un asalto a su cuarto para comprobar si era verdad, como se decía, que ahora dormía con pijamas: se sintió como pillado en falta. Le conseguimos un empleo público. "Lo único que tiene que hacer es presentarse a firmar el registro de entrada y salida y que se pase el día escribiendo versos si quiere" había dicho el Ministro, "lo cual habría sido como fabricar ganzúas en la cárcel" dijo Gálvez, pero el Fakir lo rechazó diciendo que no podía desatender sus otros asuntos: tal vez por eso era el más libre. Solía sacar a pasear por la tarde a sus demonios. Por lo general lo encontrábamos en la esquina del parque, tratando de ver a lo lejos el cerro, la torre de la iglesia, poniendo interminablemente a prueba su teoría de que la modificación de la convexidad del cristalino, obtenida por la presión de

dejé. Quizás en los libros es más fácil que en la vida pero no quise que mi caso fuera una comprobación del terrible teorema del pobre Pavese, ¿te acuerdas?: "Una mujer que no sea estúpida encuentra, tarde o temprano, un desecho humano y trata de salvarlo. A veces lo consigue. Pero una mujer que no sea estúpida encuentra, tarde o temprano, un hombre sano y lo reduce a un desecho. Y siempre lo consigue."

[Bebía a sorbos cortos en un rincón pero hasta allá le llegaban el humo de los cigarrillos y el olor a sobaco de las parejas cuyos pasos hacían trepidar el piso apolillado del viejo local de la Sociedad de Carpinteros, como el anuncio de un terremoto que se queda en medio camino. Margarita María se había quejado: El Partido nos explota sexualmente en cierto sentido, nos discrimina, nos considera a las mujeres como si no sirviéramos para ninguna otra tarea sino para vender tarjetas para los bailes, entradas a las kermeses, números de rifas, la gente nos ve llegar y ya nos tiene miedo y apenas nos ven preguntan Cuánto, compañera. El Secretario de Finanzas le explicó que en el Partido todas las tareas son esenciales, que los camaradas estaban atrasados en sus cotizaciones, que había que pagar los sueldos de los dirigentes y publicar el periódico, que la actitud de la compañera Margarita María era una actitud pequeñoburguesa y que, "como decía Lenin, camarada, la plata es muy importante". Esa noche, Margarita María no había bailado sino con el Ríspido, y en verdad él bailaba mejor que los demás que no sabían sino torpes variaciones de un vals de la época de mi abuela. Para todos nosotros era claro que algo venía habiendo entre los dos, pero nadie se atrevió a decir nada. ¿Era que no sabíamos ser amigos de Gálvez o que cada uno tenía un rabo de

los dedos sobre los ojos, volvía normal la visión. El Ríspido, cuando paseaba con él a esas horas, saludaba de pronto, a nadie, de gana: "Quiubo, Huevas, cómo estás" y el Fakir decía: "Dónde está, dónde está". "Pero si pasó al ladito tuyo casi topándote" y él se volvía a mirar a todos lados, extrañado de no haberlo visto, entrecerrando aún más los ojos, y algunas cuadras más adelante: "Hola Negrito, cómo te va" y el Fakir torturándose los ojos con los dedos. Tal vez por eso, cuando nos encontraba, era el más cordial. Un día le regalamos entre todos un par de anteojos, y le hicimos daño: comenzó a descubrir la realidad, primero con asombro, luego con una desazón de astrólogo convertido en agrimensor. "El mundo ha sabido ser lindo" dijo. "Ahora me explico la otra poesía. ¿Vos sabías, por ejemplo, que las moscas tenían patas? Y la Individua de Falcón de Aláquez no es tonta sino que tiene el alma blanca." Fue al campo y dijo que era un lugar atroz donde los pollos caminaban crudos; fue al cine y dijo que era el rito de la caverna de los primitivos del futuro; fue a una exposición de escultura y dijo que era absurdo verla, que estaba hecha para ser acariciada porque era un arte carnal. "Anda hermanito, a ver lo que pasa en el parque" me dijo una mañana, ensombrecido. Yo no encontré nada diferente o

paja que ocultar? Parece que Galo comenzó a darse cuenta esa misma noche, porque el trago y el baile les iban aflojando los frenos de cautela que se ponían por lo menos cuando estaban en público, y de la mirada equívoca iban resbalando poco a poco hasta. Cuando terminó *Contigo en la distancia* ella regresó cariñosa, demasiadamente, de la distancia, al sitio desde donde Gálvez, conversando con algunos camaradas viejos que no bailaban, la observaba entre la intuición y el descubrimiento. Margarita María le sirvió un trago, le hizo una caricia apresurada en el pelo mientras tomaba un vaso de cerveza, y volvió, medio como si paseara desganada por la sala, al lugar donde el Ríspido la esperaba, casi para encontrarla como por azar en el momento en que empezaba *Tú me acostumbraste,* y la cosa siguió, acostumbrada, subiendo y bajando entre las mejillas y el vientre, y la risa de ella, con el mentón apoyado en el hombro derecho de él, tenía algo de risa en la cama y, de vez en cuando, en las vueltas del bolero, miraba (ella) a Gálvez, al marido-no-como-los-otros, con ojos de corderilla, pareciendo decirle Y yo qué puedo hacer si no es mi culpa, porque siempre ha sido así, dice Gálvez, el consentimiento no es una culpa, ni siquiera después de que Hécuba increpara a Helena que pretendía haber sido raptada: "¿Y quién oyó tus gritos? ¿Y a quién pediste auxilio?" Esa vez el Ríspido la llevó del brazo hasta Gálvez, dijo ¿Ustedes no se animan? a los camaradas viejos, encendió un cigarrillo y en cuanto la orquesta puso fin a un breve descanso para secarse con pañuelos sucios la transpiración, la sacó nuevamente a bailar. Ya fuera por la audacia o la torpeza del deseo, el Ríspido le acarició fugazmente las nalgas, un poco antes o casi simultáneamente,

inusual. "Cómo que nada, dijo casi furioso, cómo que nada. ¿No viste que han derribado un árbol? El pobre tenía todavía vivas las hojas temblando al sol." Fue a una fiesta en casa del Cretino, bebió hasta que amaneció y al despedirse dijo: "Gracias, ¿no?, pero no me invitarán otra vez, el whisky me hace daño." A mí, en cambio, me dijo: "El Gautama tenía razón, hermanito: todo hogar es un rincón de basura." El alcohol, más eficaz y nocivo que la poesía, lo iba liberando de sí mismo, de nosotros y de los otros. Olía ya a guarapo, pedía dinero y nadie podía negárselo: ¿no era su embriaguez una lucha desesperada contra la realidad que le resultaba pequeña? Hölderlin del trópico, ¿no sabía acaso, como el otro, el de la bruma, que la vida no es sino la búsqueda de una forma? Lo encontré lastimado, quizás a causa de una caída o un golpe de quién sabe qué noche, la sangre seca sobre la ex-camisa de Gálvez, tambaleando, presionándose de nuevo el cristalino. "¿Y los lentes, Fakir, los empeñaste para beber, no es cierto?" "Sí, hermanito, cierto es." "Pero tú dijiste que el mundo era lindo." "Sí, dijo, pero el ser humano es feo." Después se fue al extranjero, donde también hay seres humanos, y seguramente volvió a usar anteojos, porque allá se cortó la yugular con una hoja de gillette en una pieza del hotel, vencido por el infinito, por el espacio, tal como lo había previsto.

como cuando se sueña y se despierta con el grito ¡Márgaramaría! con que la llamó Gálvez, nítido y ronco por encima de *Quiéreme mucho.* Ella llegó, apresurada y solícita como si lo quisiera mucho o como una enfermera nueva, mediosonriendo culpable, y cuando él le dijo Creo que será mejor que nos marchemos inmediatamente para que no dejes de ser en una noche lo que has sido toda la vida, ella le dijo Pero cariño, si eso no tiene ninguna importancia, no seas ridículo. El Ríspido estaba ya bastante borracho, se le veía en los ojos de sectario y en la sonrisa de drogado, y se acercó sonriendo preguntando Qué pasa ah. Que Galo quiere que nos vayamos ya, le dijo ella mimosa como quien se queja con ternura de una injusticia. El Ríspido le dijo No seas aguafiestas cholo, si hemos venido a divertirnos, ven Márgaramaría. Galo la detuvo violentamente por el brazo obligándola a quedarse junto a él, mientras le decía al Ríspido Aquí el único que se divierte, so cojudo, eres tú. E incorporándose en la silla hizo el ademán de abofetearlo, pero se quedó con la mano laxa como si se tocara el omóplato izquierdo. El Ríspido lo levantó sujetándolo por las solapas del saco, lo sostuvo unos segundos en el aire, luego atravesó la sala y lo sentó sobre el piano diciéndole Ahí, quédese quietito. Hubo risas, aunque toda la noche la gente reía por turnos, risas que podían haber formado parte de la tonta alegría ajena, risas que no tenían más motivo que el hecho de que la orquesta comenzara a tocar *Pobre corazón* en medio de alaridos pequeñitos de mujeres, un pelotudo de corazón pobre aplaudió nadie supo qué, varios camaradas o simpatizantes se dieron vuelta para ver con una cara de tontos sonreídos lo que sucedía allá en el piano, Gálvez le gritó Puta a Márgaramaría, ella lo miró atónita, y desafiante, casi heroica avanzó hasta la pista de baile, seguida del Ríspido que no debaja de reír, ahora a carcajadas, mientras Gálvez, con las piernas bamboleantes, veía, tenía que ver desde ese mirador de la impotencia y de la rabia cómo le besaban ya descaradamente en la oreja a su Márgaramaría diciéndole cosas que debían ponerla eléctrica y húmeda, y ella ni siquiera lo miraba, como si no estuviera allí, como si nunca hubiera estado, y al Secretario del Provincial que se acercó y le dio una palmada en el hombro le dijo Déjeme en paz ¿quiere?, y él (Gálvez) qué podía hacer, furioso con su orgullo que se tragaba bocados de sí mismo, mordiéndose, sino golpear con los talones y los puños la madera del piano, para recordarle a ella

que existía, que seguía siendo el él que era, para fastidiar a los demás, a todos, para que se jodiera el baile, para que terminaran la música triste, las risas, el manoseo ofensivo, para que el Ríspido se fuera a la mierda y el Secretario de Finanzas al carajo, sin siquiera poder saltar de donde estaba, a causa de su lucidez, porque para qué, para caer como un sapo al suelo, para provocar la lástima de los camaradas viejos, la vergüenza de Márgaramaría, la risa del Ríspido, la de los simpatizantes jóvenes, y ver desde otro punto de vista, desde abajo esta vez, la mano que aprieta, los pantalones entre los muslos cuyo vello de durazno él solo (¿sólo él?) conocía, eso vio sin saltar, eso aguantó un minuto de eternidad porque se dio cuenta de que *Pobre corazón* apenas había comenzado, hasta que renunció a su tolerancia, a su gran comprensión, a su gran sentido de las cosas, y le salió desde lejos el bramido ¡Falcón! que junto a la mesa de los licores y de los sandwichs trataba de obligar a beber a la Individua metiéndole el trago con copa y todo por la boca, llegó corriendo, Gálvez montó en él y comenzó-aron a salir, algunos compañeros dejaron de bailar, ahora consternados ante esa retirada, mirando el bulto que desaparecía por la puerta, y a Margarita María y al Ríspido, que se dieron una mirada resignada, no les quedó más remedio que salir con él-ellos, para no agravar las cosas. Ya afuera, en la noche limpia, sin camaradas ni humo ni parejas de bailarines, Margárita María trató de acercarse a tú-eres-mi-hombre, pero el Ríspido se quedaba allí, junto a ella, como por un derecho ya adquirido sobre el otro, y Gálvez debe haberle dicho algo a su caballo, a menos que éste hubiera intuido, tal como las piernas intuyen a veces la cólera o el peligro, porque se lanzó-aron contra el Ríspido y Gálvez le dio un puñetazo en la cara. Margarita María se quedó mirándolos embobada, vacilante, descuartizada entre tú-eres-mi-razón-de-vivir y tú-sabes-que-me-has-gustado-siempre, una Margarita María distinta en la sonrisa indecisa, en la aparente inocencia víctima, en la mirada ya desleal con ambos, como si solamente en ese momento se viera enfrentada al dilema, o acaso porque lo suyo más que una falta era un presagio. El Ríspido se frotó el golpe y sonriendo, lentamente digno, casi elegante, tomó en las manos el abrigo que llevaba sobre los hombros y recibió, como con una capa, la nueva acometida del centauro que fue a golpearse, Falcón había bebido demasiado y tambaleaba, contra la pared, y mientras Gálvez comenzaba a sangrar por la frente, el Ríspido

lo citaba: Toro, toro, já. Entonces las piernas, sintiendo la parte que les tocaba de la burla, tomaron la decisión de llevárselo de allí con un trote sinuoso pese a las carajeadas y las puteadas de Gálvez, que se dirigían por igual al Ríspido, a Margarita María, al mundo entero que en ese momento dormía o bailaba, y al propio Falcón de Aláquez que le decía No vale la pena esta vez, don Galo, todos estamos un poco ebreos. Gálvez aún seguía vociferando jadeante cuando subió-eron las escaleras de "La Colonia Penal", y vino directamente a mi habitación. Le puse un esparadrapo y bebimos algunos tragos todavía. Después, respirando profundamente, dijo Bueno, ya pasó, me da cólera haberme encolerizado, uno deja de ser uno mismo, pero qué quieres, fue prácticamente una provocación. Casi en seguida oímos los tacos de Margarita María que entraba en su pieza. Déjame pasar la noche aquí, dijo Gálvez, no sería honesto que duerma con ella puesto que aún le tengo un poco de rabia y tampoco quisiera que nos pongamos a discutir a estas horas. Lentamente se fue quedando dormido, en paz, a pesar de que alguien llamaba a la puerta. Era Falcón de Aláquez. Hágame el favor de ir a orinar en seguida sin preguntar nada, dijo, yo sé por qué le digo. Fui al baño pero llegué tarde: Margarita María salía, poniéndose en orden, seguida por el Ríspido, con el aura no sé de qué color, pero con las caderas todavía hinchadas de. "*Adulterio.* m. Ayuntamiento de hombre con mujer, estando uno de los dos o ambos casados con otra persona, respectivamente./*Der. Pen.* Delito que cometen la mujer casada que yace con varón que no sea su marido, y el que yace con ella sabiendo que es casada". La frecuencia, dice Gálvez, ha hecho que el delito sea menos grave que la palabra que lo designa, ya casi no es delito, y cualquier sinónimo resulta igualmente ridículo porque el hecho lo es en sí. Para evitar la repetición del absurdo, Gálvez dejó "La Colonia Penal" y tomó un pequeño departamento a donde se trasladó con su Márgaramaría y sus libros, pero en cuanto lo supo se mudó también la señora Emma con las cacerolas que justificaban su intromisión y con su llanto, y porque "nadie puede atenderle a mijito como yo", a pesar de que había vivido sin ella en La Colonia. Eso no hizo sino separar más a la ex-primera-pareja-de-la-tierra, como si fuera otro amante. Por no poder pedirle que se marchara, ya que al fin y al cabo la madre es la madre, decidieron esperar algunos meses y trasladarse, por razones de economía, además, a la buhardilla,

donde no había sitio sino para los dos. La señora Emma volvería a casa de sus hermanas. Pero siempre hay sitio para otro, dice Gálvez, porque el Secretario del Provincial comenzó a ir los domingos por la tarde a discutir con él la política cultural del Partido y vaya uno a saber qué discutiría las noches con Márgaramaría, porque al volver del diario Gálvez alcanzó a verlo saliendo de la casa una madrugada. O sea que la calentura no estaba en "La Colonia Penal" y ni siquiera en las sábanas, porque cuando ella misma, algunos meses después, le confesó sin querer, por una metedura de pata, que en aquella época era verdad que se acostaba con él, agregó como atenuante: Eso sí, jamás en nuestra cama, por respeto. Esa concepción topográfica del respeto —¿por cuál de los dos él?— era igualmente risible, pero menos digna, que la excusa de las prostitutas que hacen todo aquello por lo cual el cliente paga excepto dejarse besar en la boca, "eso es antihigiénico", porque en ellas esa reserva corporal y no territorial está destinada, por un sucedáneo o ersatz del amor, a su hombre, aunque generalmente sea su macró].
¿Y cuál es tu comprobación? dice Gálvez.
Rosana duda, vacila, pero elige, aunque fracase. En cambio a Margarita María jamás se le ocurre pensar que cada vez puede convertirse en una opción definitiva entre tú y un futbolista, por ejemplo.
El deseo no hace distinciones entre un futbolista y un poeta, dice, aunque el hecho de ser deportista no garantiza una gran performance en la cama, cosa que no todas las mujeres saben. Pero no puede exigirse a todos el mismo grado de lucidez para que reflexionen antes: las motivaciones suelen buscarse después y, por ser *a posteriori,* pueden ser y casi siempre son falsas, como las razones con que quieres explicar la aceptación o el rechazo instantáneo de una obra de arte o como ciertas sesudas interpretaciones de algunos criminalistas y psiquiatras que asombran al propio acusado. Cuando se ofreció hablar de eso que ella llamaba un "accidente", como si su voluntad no hubiera tenido participación alguna, y comenzó a rodar de explicación ("No estaba segura de que me querías") en explicación ("Lo hice para convencerme de que es a ti a quien quiero"), a enredarse en sus propias contradicciones ("Fue para liberarme del pasado y ser solamente tuya") o a entramparse de tal modo en sus propias justificaciones hasta no poder justificar nada

("No sé, te juro que no sé por qué lo hice"), ella y yo sabíamos por qué: la razón es otra, siempre la misma, una sola: ese impulso incontrolable, súbito e impostergable como el de Mesalina o el Estrangulador de Boston, pero que no se acepta como explicación porque se considera criminal u obsceno, y se rehuye la primera razón, primordial y primaria que explicaría todo: "Tuve ganas." Por qué reprochas a Márgaramaría lo que excusas a Rosana. Pese a tu teoría sobre la opción su actitud es la misma pero tú buscas agravantes o atenuantes en la condición del marido, y vaya si no es atenuante tener las piernas que me diste. Cuál es la diferencia verdadera entre las dos. Que yo no soy como el Cretino, la fácil caricatura tradicional del cornudo, imbécil, explotador y grosero, junto a esa otra también caricatura de la mujer víctima de esa gordura del alma. Yo sé que ese cojudo existe y, por desgracia, no como excepción: él es su clase, nació para el paredón, provoca un asco perdurable, pero el hecho de que exista no lo justifica como personaje. Lo pones en tu libro no por odio de clase sino para que nos enternezcamos frente al adulterio de Rosana, en tanto que las acostadas de Márgaramaría —y las que tú cuentas no fueron todas— te parecen imperdonables. La única diferencia es que en lugar de un cornudo cualquiera tenemos un cocu magnifique, como nosotros, y yo rechazo el término. Por lo demás, al ponerlas en situación de justificarse, queremos obligarlas a que admitan una culpa ante los demás y quién sabe si ante sí mismas. (La primera vez no te quería, ¿sabes?, le dijo Rosana, y él recordó la rapidez inesperada como de profesional, con que se había desnudado y metido en la cama de Desiderio, "para que todo terminara en seguida", como quien despacha un trabajo rutinario que le traen a la oficina faltando cinco minutos para las seis. Pensé no volver a verte después de esa vez, dijo, pero ya habría tenido razón para poder repetirme Cornudo Cornudo cada vez que me insulta, cada vez que le oyera roncando, Cornudo cuando sorbe la sopa o escupe en la alfombra, Cornudo levantándose, Cornudo subiendo las escaleras, Cornudo saliendo del baño, porque yo soy lo único que él puede perder, ganas de gritarle Cornudo cada vez que ríe, tan seguro de que todo lo que tiene le pertenecerá eternamente, tan seguro de mí, su propiedad privada. Muchas veces me desperté sintiendo algo frío en la frente: era su pistola, y él allí, parado al lado de la cama, desnudo. Te hice asustar ¿no?, decía sonriendo. Al principio pensé que

sospechaba lo nuestro, pero después ya comencé a quererte, ya te quise, y una mañana, harta, le grité Mátame si quieres pero déjame dormir. Se pasó todo el día callado, preocupado, asombrado de que ya no le tuviera miedo, y no lo ha vuelto a hacer.) Eso es lo que dice ella, dice Gálvez, y a ti te satisface porque todas las razones son buenas cuando no somos el marido. Pero a mí no me basta como justificación de su conducta: pese a cuanto te ha contado y pese a ti sigue acostándose con el Cretino, y su huelga sexual la comienza, por repugnancia y no por amor, cuando ordena a la sirvienta que lave su ropa y la de la niña sin mezclarla con la de él. Tú también, como su marido, crees ser su único amante. Voltaire decía que ningún hombre puede imaginar por qué una mujer tendría ganas de acostarse con otro que no fuera él. A lo cual alguien mujer observaba: Habría podido decir igualmente que, pasada cierta edad, ningún hombre puede estar absolutamente seguro de que la mujer que se acuesta con él quiere acostarse con él. Y la cuestión se complica, porque agrega: Desde el primer momento en que una mujer se acuesta con un hombre, ella piensa siempre que él quiere acostarse con otra mujer.

(Tú te dices que ése es uno de los problemas fundamentales de la novela
ese afán casi manía o necesidad de racionalizar la realidad aun dentro de la ficción más pura
no poder conformarte con dejar constancia de los hechos de una actitud una idea o un sentimiento
como lo hace la poesía
y creer que puedes encontrarle explicación a cada circunstancia que te sale al paso
que incluso dentro de nuestro machismo latinoamericano en virtud del cual somos una especie de encomenderos sexuales
y nuestra mujer nos espera temblando tal vez por miedo acurrucada al fondo de la casa o de la cama
lloramos en todas nuestras canciones de amor por la mujer que nos dejó
porque sí o por otro y qué importa por qué al fin y al cabo
y de toda esa supremacía masculina que es simultáneamente agresiva y timorata como decía alguien —un mexicano creo—
porque corresponde a sus bases sociales militar y clerical
y a sus bases étnicas ibérica e indígena
nos ha quedado si no la vanagloria por las mujeres que han

venido a dejar su humedad temblorosa en nuestra cama
y lo que es peor en nuestra literatura
la pretensión de que nuestra hembra jamás ha ido a pierniabrirse en la de otro
como si eso dependiera de nosotros y no de ella)

Habría que intentar una reivindicación y defensa del cornudo, dice Gálvez, e inventar otra palabra menos imbécil para designarlo, así como de la mujer engañada —si es que hay engaño— y destruir esa burda mitología paradójica en virtud de la cual el mentido resulta más despreciable que la mentira, como si el verdadero culpable fuera el cadáver y no el asesino. Pero nuestra horrilla de hombres es tan pobre que sólo teme que se ponga en duda nuestra virilidad: por eso nos apropiamos incluso de la vergüenza que debería corresponder a quien actúa deslealmente, si es que hay deslealtad. O sea que volvemos a nuestro sentido de propiedad sobre la mujer: ya se ha vuelto lugar común decir que el hombre la considera un objeto de placer, pero no lo es decir que cuando otro hombre se sirve de ese objeto, sólo entonces le atribuimos responsabilidades de sujeto. El viejo Engels sostenía que si la monogamia estricta fuera la virtud suprema, la palma correspondería a la tenia solitaria, que posee un conjunto completo de órganos sexuales machos y hembras en cada uno de sus 50 a 200 segmentos, y que pasa la vida entera acoplándose con ella misma en cada una de sus secciones. Porque en verdad en verdad te digo que quien esté libre de cuernos arroje la primera piedra: la tradición viene de lejos, desde los persas, cuando Schahzenan, Rey de la Gran Tartaria, encontró a su mujer durmiendo con el último de sus servidores, y luego a la mujer de su hermano, el sultán Schariar, que se entregaba a sus esclavos negros. Claro que cualquier camarada te dirá que esa literatura expresa una ideología: lo censurable allí es que las reinas se revuelquen con sirvientes y con negros. Pero le será más difícil explicar el caso de la mujer que el genio tenía encerrada en un arca de vidrio en el fondo del mar, pese a lo cual se había dado modos para reunir noventa y ocho anillos de otros tantos amantes. Y difícil también el caso de Eva. Pero entre el buen Adán que no ve lo que pasa con Caín, que no quiere ver porque para él también en la tierra no hay sino una sola mujer, y el del sultán que desposa una cada noche para matarla al amanecer porque está convencido de que todas son iguales, hasta que llega Scherezada con sus cuentos,

debe haber una actitud intermedia, justa, que no sea la del complaciente ni la del vengador, pero no me preguntes cuál. Y conste que no hablo de moral, porque cada sociedad tiene la suya, y cada clase tiene la suya. Pero así como Pascal consideraba que la diferencia entre el bien y el mal es sólo cuestión del punto de vista, nosotros juzgamos el hecho en sí, tan neutro como el lecho en sí, y que es anécdota pura aislada de un todo más total, según nos hallemos del lado de acá o del lado de allá de la mujer. Y eso demuestra por sí solo cuál es nuestra verdadera mentalidad de clase. Yo no soy, por desgracia, ese hombre nuevo que tendrá una mujer nueva, limpios ya los dos de tantas telarañas del alma y viviendo una vida que no existe todavía, pero no soy tampoco, por fortuna, ni un charro ni un compadrito con el cuchillo listo para vengar la afrenta, sino un pelotudo que en nuestra época miserable cree que la cópula es el acto más lúcido del espíritu, algo más que "el encuentro entre dos salivas", algo más que una simple gimnasia de círculos del ombligo en torno a otro ombligo como parecía creer Márgaramaría, y ella tampoco es una excepción. Ya Marx hablaba de la posibilidad de detectar el grado de humanización de una época por el carácter de la relación sexual, la relación más íntima, natural y bella entre personas. O sea que es bastante triste el grado de humanización de nuestra época. Nuestra sociedad ha enturbiado y torcido esa relación, con una supuesta liberación sexual que va de la comercialización del erotismo al préstamo de mujeres —atención: no confundir con lo que Octavio Paz llama los signos de intercambio, es decir los bienes, las palabras, las mujeres— y el amor en grupos, tan poco espontáneos y naturales, tan alejados incluso del deseo sexual auténtico, que en tales transacciones, y no sé a quién estoy citando ahora, es la sexualidad la que sale perdiendo. El propio Freud señalaba ya, antes de estas "liberaciones", el carácter asocial de Eros. Y no es por allí por donde comenzará la revolución: acaso allí termine. Pero tú te separaste de Márgaramaría.
Tuve que amputármela, dice, por razones de higiene. Claro que los camaradas me lo reprocharon, como si lo revolucionario fuera la tolerancia o la complacencia. Los celos son una actividad enfermiza y agotadora que disminuyen al ser humano, igual que el dolor físico y el miedo. Y yo ya estoy bastante disminuido para permitírmelos. La complicidad me resultaba más grotesca que el miedo o que los celos, y por qué había de conformarme

con la figurita de mujer que se me trizó, por mucho que el eso fue hace meses y el no volverá a suceder de nuevo le pongan su pégalotodo, su cemento ducco, si siempre se veía la trizadura, es decir el mal olor de la mentira instalándose en el lenguaje, cadaverizándose al fondo de su casa. Te viene entonces la enormidad de no creer, de querer despertar sobresaltado y transpirando, y qué te queda entonces, porque no despiertas, sino los huecos de silencio que deja la duda y que también olían mal en el lenguaje, cuando las palabras iban perdiendo el significado que tuvieron exclusivamente para nosotros dos. Lo más grave de la mentira es que nos prohíbe considerar el lenguaje como una expresión del pensamiento. Cuando cada dictadura dice "El nuevo gobierno va a poner fin al caos y la anarquía" quiere decir que habrá, sobre todo, represión; "reos, bandoleros, insociables" quiere decir guerrilleros, "international outlaws" significa vietnamitas, "sistemas de persuasión" quiere decir torturas. ¿Qué quería decir Márgaramaría cuando seguía hablando de "nosotros", de "nuestro amor"? Acaso era un intento post mortem para aferrarse al hombre que iba a perder por otro que ni siquiera valía la pena —ojo, esto es fundamental: el otro nunca vale la pena—, pero lo grave es que de ella a mí no me quedaba ya, como de ciertos muertos en los cuentos de horror ingleses, sino 1°) una vaga tristeza por la pobra caraja a quien uno enseñó que el cerebro es el órgano sexual más importante y actuó como si el órgano cerebral más importante fuera el sexo —que es la diferencia entre el erotismo y la pornografía— y 2°) un leproso resplandor de la mujer para la cual uno inventó una manera particular de besar, caricias que no se te habían ocurrido antes, palabras de una clave diferente: todo un sistema de señales para esa conspiración entre dos que es el amor, porque si eres honesto no puedes emplear la misma clave con dos mujeres diferentes, puesto que no se ama dos veces de la misma manera, ya que si se repite esa ceremonia secreta de la intimidad, resulta tan inauténtica como un plagio. Y no es que uno exija derechos de autor, y hasta habría que agradecerle que contribuya a la difusión de nuestra originalidad creadora: ella se la transmitirá a otro, éste a su vez a su nueva otra y, si tienes suerte, de boca en boca, de sexo en sexo, podrá regresar a ti cerrando el círculo o, más literalmente, sería el caso de la serpiente que se muerde la cola. Pero, viéndolo bien, si todo aquello duele, es tal vez porque el sexo no es todavía para

nosotros una parte del cuerpo sino una pieza fabricada por nuestro sentimentalismo y nuestro orgullo.

(Qué doble sensación de tener que admitir que fuiste ridículo
con tu pobre amor que quiso ser monogámicamente empecinado
y que estabas demás aun estando ausente
saber que al llamarla como de costumbre sólo porque la amabas
el teléfono pudo haber interrumpido la voraz ocupación de su boca
para ponerla simplemente a hablar como si estuviera desocupada
o que pudo interrumpir su melosa fatiga bocabajo cuando el fatigado dormita con la mano olvidada entre sus muslos
y correr el riesgo de quedarte sin poder volver a amar
es decir sin poder volver a creer en otra realidad que la del cuerpo.)

Sonó el teléfono y mediodormido, antes de regresar a la vida, tuve la corazonada animal de que sería Clara. Ayer había ido a un paseo al que yo no pude ir. Le tenía miedo al teléfono, como si fuera la encarnación del fantasma con que nos asustaron en la infancia, la voz sin cuerpo que decía cosas espantosas, por ejemplo: Ayer me porté mal, te llamo para decírtelo antes de que alguien te vaya con el chisme. O sea que esto fue cuando ya habíamos decidido que la tratara un psicoanalista, porque entonces me lo decía inmediatamente, pero eso no cambiaba mucho las cosas para mí. Yo, con el corazón al revés, como cada vez, tuve que preguntarle: ¿Otra vez? ¿Con quién? No lo conoces, dijo el teléfono, es un brasileño que acaba de llegar. Y esta vez, ¿por qué? le dije —la vez anterior fue "porque cantaba lindo", y la precedente "porque no te merezco y quería que me odiaras"—. No sé, dijo el teléfono, tal vez porque es extranjero y estaba triste, ¿ves? El médico decía que era porque cuando Clara tenía ocho años su hermano de diecisiete le obligaba a masturbarlo en el gallinero los sábados por la tarde y la amenazaba con hacerla echar de casa si se lo contaba a su padre y ella había guardado durante los tres años que duraron las gallinas y hasta ahora la certeza de que fue víctima del vicioso no muy solitario que digamos pero el psicoanalista la hizo comprender que también le gustaba a ella que esperaba con ilusión la tarde del sábado por lo cual inconscientemente sabía que quería a su padre con una gotita de miedo porque le ocultaba esa cosa fea

que hacía con el ñaño y desde entonces sus relaciones afectivas estaban tenían que estar ¿siempre? mezcladas a un sentimiento de culpa y yo debía tolerarlo todo por prescripción médica para que se curara pero ya comenzaba a estar harto de la excusa del psicoanálisis porque después de todo era yo quien seguía pagando por las masturbaciones de veinte años atrás y me habría gustado encontrarlo al hermanito para romperle el alma. En medio de la gana de destruirla a ella destruyéndonos ambos, ganas de llorar de rabia cuando le llegara como todas las veces el arrepentimiento intermitente, comencé a seguirlos con el largavistas, con una necesidad neurótica y enfermiza de científico de mirar al microscopio la escena, una sola y larga cópula de ella con un él que no era yo, para hartarme de verla, de saberla, a fin de que me fuera familiar y acostumbrada, de insistir en los detalles, rencoroso conmigo, para que dejaran de dolerme, y vi las rocas secas que están desde el segundo día olvidadas en la playa —playas como camas, camas como países para Clara—, rodillas y pechos fijos de la costa, y vi a Clara alejándose reclinada en el hombro brasileño, la vi pensar en su deseo infantil y ya insobornable, yéndose sin volver la cabeza como suelen hacer los que no quieren ser vistos por detrás, recostándose luego contra una roca, recibiéndolo entre los muslos que yo había mordido, entreabiertos (acaso habría debido marcarla con los dientes en las ancas como a las yeguas para que cualquier cuatrero supiera que era mía pero no tenía ninguna experiencia de la propiedad) para sacarle la tristeza junto con su pez de semen y arrojarla a las olas algo de cuyo jadear ¿o era el de ellos? me llegaba por teléfono al día siguiente como si no terminara nuncakafkianamente.

Por qué tiene que ser así, como si todas hubieran tenido un hermano y fueran al psicoanalista como quien va al dentista.

Qué sé yo, dice Gálvez, yo no he hablado sino de una, no las conozco a todas, debe haber excepciones, las feas, las tímidas, tal vez tu madre, la mía, las anticuadas. Freud, que andaba muy metido en esas profundidades, llamaba al problema de la feminidad el continente negro. Confórmate, si te hace falta, diciéndote que tal vez la vagina tiene razones que la razón no entiende.

¿Y nosotros?

Nosotros somos exactamente iguales, dice, con la diferencia de que somos más monótonos y menos imaginativos en nuestras

justificaciones: siempre lo hacemos por orgullo, es decir sin razón. Es igual a cuando estamos en un café, hablando de nuestras cuestiones más o menos esenciales: saber si el origen de nuestra angustia no está en el hecho de que impugnamos esta sociedad que nos repugna pero nos sometemos a ella y la apuntalamos comprando cosas cada día y obedeciendo sus leyes cada día, o preguntándonos si toda teoría supone ya el comienzo de una práctica así como la praxis nace inevitablemente de un embrión de teoría, o si Witkiewicz tiene razón cuando se refiere a esas tristezas inconscientemente sexuales y ridículamente pseudoprofundas, y pasa una hembra sacramental y su cadera se lleva nuestra mirada y súbitamente callamos pensando en los trabajos y los días que podríamos pasar con-sobre ella, y después no recordamos, ni nos interesa, saber en qué habíamos quedado. Es así como perdemos el hilo de nuestra lealtad, pero no damos explicaciones: en eso también somos muy machos. Pero tú le fuiste leal a Margarita María.
Solamente desde que ella comenzó a dejar de serlo. Me vi en sus actos y me injurié, y era la única manera de merecer reprocharla. Pero después de todo, dice Gálvez, a qué ocupar tantas páginas con esto: si se tratara del amor, vaya y pase. Pero un culo de mujer, hazme el favor.

Lo que sucede, dijo, lo que nos sucede como país y como escritores, es que no tuvimos un destino que nos sobrepasara, que fuera más grande que nosotros, y nunca fuimos al encuentro de nuestro destino cuando estaba en juego en otro sitio, en los combates decisivos de otros pueblos, excepto esos que no son "nosotros" porque optaron por el lado de la mierda. "Social. René Aguirre, valiente ecuatoriano, partió a Vietnam a luchar por la democracia; le deseamos mucha suerte y que pronto regrese para poder tenerlo entre nosotros." El mundo siempre está muy lejos para nuestra pereza, no nos incumbe por nuestra fatuidad. Vivimos aislados, seis millones de Robinson Crusoes y, sin embargo, nos creemos el ombligo del mundo. Algunos, más jóvenes o más lúcidos, nos encontraron un sitio más justo: el sobaco. Aun antes de conocer la existencia de Marx y de temblar ante sus palabras —"la vergüenza es ya el comienzo de la revolución, porque un país que se avergüenza es un tigre que se agazapa y salta"—, nos enseñaron precisamente que había que estar orgullosos de nuestra patria-isla y de todo lo vergonzoso que pasa en ella, con lo cual lo que pudo haber sido orgullo no fue sino soberbia, e hicimos de la fraternidad y de la historia una propiedad privada de los otros, en la que nosotros mismos nos prohibimos la entrada. Inclusive los profesionales del internacionalismo. "Los problemas nacionales son importantes pero es preciso seguir atentamente lo que pasa en todo el mundo, dijo el Secretario General. ¿De veras?, dijo Gálvez, ¿quieres decirme qué forma de gobierno tiene Bután, en dónde queda Feroe, cuáles son los problemas de Liechtenstein, quién gobierna en Sarawak, o es que no son el mundo?" El Secretario General guardó silencio. Los otros secretarios también.

Aquí no hay grandes hombres porque no hay grandes acontecimientos: como no los provocamos, impedimos que nazcan y, si hay excepciones, nos empeñamos en hacer que no crezcan. Y por esa fatuidad, mientras nos importa un pito lo que pasa en Biafra, Mozambique, Bangladesh o Angola, estamos resentidos con el mundo que no sabe nada de nosotros —de vez en cuando un terremoto, más frecuentemente una dictadura— sin pregun-

tarnos qué hemos hecho para que vuelvan su mirada hacia acá. Pero al mismo tiempo quisiéramos que ignoren cómo somos, cómo hacemos vivir al indio, cómo hacemos morir al compatriota, y que no se enteren de las imponderables declaraciones oficiales. "Decreto Supremo nº 390. Declárase bienes nacionales de uso público los nevados perpetuos y las zonas de territorio situadas a más de 4.500 metros de altura." Porque hasta ese límite, como aún puede producirse algo, son de uso privado. Habría, pues, que fabricarse una inmensa, una fabulosa mentira nacional e histórica para la exportación. Y dado que por nuestra comodidad y cobardía nada hemos hecho para continuar nuestra pobrecita historia, tenemos que conformarnos con nuestro miserable puñado de recuerdos para la literatura. Ése es nuestro castigo: estar condenados a escribir sobre pequeñísimos burgueses, con sus problemas de puertas para adentro, o sea escribir sobre nosotros mismos que es todo lo que conocemos. En efecto, de las tres formas en que se cumple la única función del lenguaje, que es influir en los demás, sólo podemos

– preguntar (incluso cuestiones tan zonzas como qué pasa entre las piernas de la mujeres)

– dar testimonio (incluso sobre asuntos tan indesiguales como la infancia)

pero ninguno de nosotros puede

– ordenar (es decir dar soluciones, normas, consignas que no fueran manoseadas).

Y ése es nuestro fracaso, porque cuando queremos encontrar el tercer camino, mentimos. Cuando queremos librarnos de la infección cultural de la moda, europea o norteamericana, de la trivialización del héroe o de la trivialización de la metafísica del erotismo, o cuando nos empeñamos en hacer que el libro no sea un resumen de los libros leídos (y en nuestro caso es nuestra única biografía), lo que hacemos es exaltar un proletariado nacien(inexisten)te, que no tiene conciencia de clase y menos aun de sus posibilidades de futuro, que va a misa, que se avergüenza de sus manos con callos y de su ropa con remiendos, que aspira a que sus hijos sean abogados y sus hijas secretarias, que sólo hace huelgas pequeñitas casi siempre con autorización legal pese a lo cual rara vez encuentran la solidaridad de sus

iguales, porque sus dirigentes sólo le han enseñado eso: pedir aumentos de salarios sin siquiera sugerirle que algún día tomará el Poder. O describimos al indio que sólo conocemos por fuera o de paso, como si siempre lo hubiéramos mirado desde la ventanilla de un tren en marcha, árbol, piedra, vaca o choza: elemento de la geografía pero no de la historia, o sea no de la literatura. En revancha, él tampoco nos conoce: ni los dirigentes ni los siglos de látigo le han enseñado a distinguir a su enemigo al que besa la mano todavía. Ya antes de que naciéramos Mariátegui nos ponía en guardia contra el realismo que se aparta de la realidad: se basa en ficciones estéticas, simple postal de viaje, estampa folklórica, anuncio de turismo. Y en ficciones políticas, que es lo peor, porque es un realismo que idealiza: en los países socialistas, que son acaso los únicos que pueden ver con claridad lo que falta para el futuro, idealizan el presente; en nuestros países, también por razones de táctica, se niega a ver la realidad. Y mientras no nos convenzamos de que sólo la verdad es revolucionaria —y los jóvenes de París no conocían a Gramsci en mayo de 1968— estaremos equivocándonos siempre, en literatura y en política. ¿De qué sirvió engañarnos con el indio, basándonos en datos de su pasado y no de su hoy, sino para engañar a los demás, para que el Che se encontrara con que "ningún campesino se ha incorporado a la guerrilla"? Entonces siento que todos hemos sido en cierta medida cómplices de su muerte y de la muerte de centenares de guerrilleros cuyo nombre hemos ignorado u olvidado y en este momento mismo ya hemos olvidado también nuestra culpa.

Los escritores son cargadores de la historia, pero ahora la carga se vuelve demasiado pesada para gente tan débil como nosotros. Cuál puede ser hoy día la función de un arte revolucionario, de una nueva vanguardia que, como las otras, ni siquiera se pregunta si hay reclutas que la sigan, en la sociedad actual que, no pudiendo obligarnos a callar, asimila y recupera astutamente, para comercializarlos, los elementos de rebeldía que se proponen destruirla. Las piezas de Peter Weiss son aplaudidas por los burgueses que pueden ir al teatro. Los posters de Mao y de Ho Chi Min se venden más que los de Humphrey Bogart. Las camisas con el retrato del Che o de Angela Davis constituyeron un boom del negocio de gadgets. Un escritor que escriba un buen libro sobre la miseria en los Estados Unidos, ha dicho Saul Bellow, puede convertirse en

millonario (sin hablar de la editorial comercial y capitalista). Es fácil decirse que cada retrato y cada libro contribuyen con su granito de arena —¿o habrá que decir gotita de agua?— a formar una corriente de opinión y hasta de acción, que ayudan a alguien a tomar conciencia de sí mismo y del lugar que le obligan a ocupar en un mundo demencial y ajeno. Pero eso no anula el hecho de que ese arte, convertido en mercancía, contribuye por otro lado a apuntalar económicamente la sociedad que trata de destruir. Y a apuntalarla estéticamente también. Los patrones tradicionales del arte obviamente no corresponden a nuestra época pero los nuevos modelos supuestamente revolucionarios son expresión de esta misma sociedad. Les bourgeois ne s'épattent ya de nada, aun cuando nos rebelemos ideológicamente contra ellos. Aquí, por lo menos, precisamente porque estamos sub-semi-en-vías-de-desarrollo, es decir que nuestra burguesía sigue siendo pequeña e imbécil, quizá podamos escapar a la trampa, encontrar una salida y otra adecuación de la forma a la realidad. Aunque todavía vociferen algunos camaradas, la forma es el contenido: la sociedad tiene una forma, la ideología se expresa en una forma determinada y el individuo en la suya, y mientras más compleja es la existencia, más confusa es la conciencia, y que no vengan a jodernos por la complejidad de la forma literaria que no es sino su consecuencia. Aquí, contra lo que pudiera creerse, esa novela voluntariamente invertebrada, acaso es la que realmente corresponde a una sociedad como la nuestra, no amalgamada, hecha de superposiciones y asimetrías de ideas, costumbres, culturas, razas, llena no sólo de fisuras sino de vacíos. Por lo demás, qué importa: entre nosotros, el libro casi siempre va a parar precisamente en manos de esos lectores para quienes no ha sido escrito, y pierden entonces su sentido todas las claves, el lenguaje cifrado, el sistema de señales. Exactamente como esa carta leída por alguien que no es su legítimo destinatario. Pero qué le vamos hacer.

preguntádote por qué, apartando barbas, viajes, equivocaciones, regresas, buscas a ese niño que fue tu personaje y te detienes en él, tratas de conocerlo (parece que en hebreo es sinónimo de amar porque cómo se puede amar lo que no se conoce, pero en cristiano a veces resulta lo contrario: mientras más conoces a alguien menos puedes quererlo), quisieras comprenderlo como si se te fuera a morir, quizás porque según la lógica de Cronos sería tu padre aunque en realidad es como si fuera tu hijo, y por eso ya no puedes soportar ese tipo de novela parecido al género dudosamente literario de la biografía, porque no hay ordenación de tiempo cuando se arma el fácil rompecabezas de los demás, personas o personajes, o el de uno mismo, siempre más difícil porque muchas de sus piezas se van perdiendo en la vanidad o la vergüenza o porque se han gastado sus bordes de tanto ensamblarlas a la fuerza en el confesonario de la infancia, a veces en el diván del psicoanalista, o en la literatura que después de todo viene a ser lo mismo,

y lo ves, lo pones allí al muchachito, en la madrugada, como en un rincón del resentimiento, casi odiando a su madre por pobre, es decir monótona, culpable de su ropa que él estudia detenidamente tratando de redarle su antigua dignidad a fuerza de frotar con un cepillo y gasolina las manchas grasosas de los días, temblando ante la idea de que la ella de entonces se aburriera de su traje único o de él, que alguien mejor vestido o mejor hecho que él le quitara lo que le parece suyo,

porque aprendemos, nos enseñan desde muy temprano a adquirir, nos forman para tener, estudiamos para saber que se tiene, por lo menos Mi tintero en oposición a Su caballo, Mi escuela contra Su casa, "raza de auténticos propietarios de mercancías" (Marx dixit): tiempo, cosas como peones o hijos, Mi mujer, Mi hacienda, Mi agua, Mis cosechas,

y hasta en el amor la propiedad va dejando,nos dejó su pisada Quiero ser tuya, Mía o de nadie, Fuiste de él, La hizo suya,

y lo ves, lo pones allí, en la puerta de calle de su soledad, contemplando lo que cada noche le quedaba de ese otro mundo, una pared, una ventana, tras de las cuales ella dormía

sin saber el dolor del él de entonces, que desaparecía mañana por la tarde y crecía mañana por la noche, fiebre intermitente, al fin y al cabo somos tropicales,
lo ves, lo haces pobre mitad de animal emparejado, o sea hombre, a quien siempre faltó una mujer para estar completo, como alguien que lo llevara en sus hombros,
pero tú podrías defender ahora su derecho a existir, podrías decir que no es un personaje de excepción, que todos estamos lisiados o mutilados en alguna parte, que somos los miopes, los sordos, los mancos, los operados del apéndice o de un seno, los que no pueden amar como si les faltara un órgano, todos entonces personajes de un libro, escogidos entre los demás, separados del resto, exceptuados, aislados cuidadosamente de los seres normales ("¿los que han superado oportunamente el complejo de Edipo para sustituirlo por el de castración?"), porque no hay personajes normales, salvo en el realismo socialista y por eso son inservibles, sino conflictivos, desgarrados, problemáticos, más o menos como los humanos,
y hasta cuándo vamos a estar describiéndolos, qué carajo importa la forma de las cejas de Yolanda o el color de los ojos de Tiburcio si ninguno de los dos tiene trabajo, si la situación de estúpida soledad de Miriam no se debe al hecho de que sea rubia, y además no habla como rubia, y la ambición de Andrés no se debe a que tiene anteojos o bigote,
curiosidad malsana, pereza mental a que nos acostumbró la novela tradicional, exigiéndole a la literatura que nos dé el retrato terminado en lugar de ir formando el rostro como esos retratos-robot de los asaltantes de banco que aparecen en los periódicos, sobre la base de estas informaciones aisladas, porque éste es un taller de textos y no un estudio fotográfico: (las piernas le dejaron de crecer a los nueve años, el tío dijo que la última vértebra del cóccix era ciega y que era por eso, y que eso era por el alcoholismo del padre, y el tórax se le desarrolló como el de un titán, En dónde está mi hijo, gritó enloquecida la señora Emma al ver el balcón abierto, y ella y María Diabla se desesperaron buscándolo, casi esperando la noticia, o el cuerpecito quebrado por la noticia, yendo de puerta en puerta por la respuesta, ¿No ha visto a mi hijo? ¿No ha venido por aquí el niño Galo?, hasta que volvió al anochecer y trató de trepar por el tubo de agua de la lluvia por donde había resbalado lastimándose las manos para escapar a su soledad, pero lo alcanzó a ver la

negra, Como un monito, le dijo abrazabesándolo, A dónde te fuiste demonio, le dijo la madre abofeteanbesándolo, A pasear, dijo él porque había descubierto la maravilla de la ciudad, y comenzó a enviciarse bajando y trepando por una soga que ató a la barandilla del balcón, a conocer con sus ojos picassianamente abiertos e insaciables, con su sed, el mundo de los demás, pero de todos los sitios lo echaban creyendo que iba a pedir limosna, Lo mejor será ponerlo en la escuela, dijo por primera vez la madre, Así estaremos más tranquilas, dijo por vez primera la Tíangelita)
y porque, como decía, la novela debería ser otra cosa.
A dos cuadras está la iglesia, dijo él, hay un muchacho de mi edad en la carbonería.

La patria puede ser también la esquina de Miseria Velásquez que dejó de ser triste porque allí aparecías las tardes y se acercaba lentamente a mi boca, sentado yo a la puerta de tu casa, el borde de tu uniforme de agua azulísima que chorreaba hasta tus rodillas de medias negras, y porque tú borrabas de un manotazo la vieja ciudad de los otros y volvías a fundarla sólo para los dos, únicos habitantes de esa arquitectura concebida con materiales de sueño [las piedras no son nerviosas, decías, no les tiembla el alma como a la cera de las velas], estableciendo un riguroso urbanismo sentimental [no me gusta pasar por la Alcaldía, decías, no tiene amarillo] que los demás, los pobres cuerdos, los pobres adultos, los normales, no podían entender.
Yo no tenía sino mis lápices de colores, quiero decir que estaba obligado al dibujo, una ventana, la pelota, las carabelas de Colón, los barrotes de mi realidad, y cuando necesitaba llenar espacios me enfurecía frotando, uniendo o cuadriculando líneas desiguales, tacañas, cobardes, porque los lápices eran caros y mi vieja no comprendía que se gastaran, "¿Es que te los comes, alma de Dios?", me decía cada vez que había que comprarlos, sobre todo el azul por culpa del cielo y del mar.
Pero tú me enseñaste a jugar a dios, tú eras un dios Soulages con una gran caja de pinturas de donde te nacía la omnipotencia (así, qué gracia), y muchas hojas de cartulina blanca: gozoso desafío de la nada que aceptabas golosa y sin miedo: era el festín no limitado por la línea vacía ni por la

pobreza, la orgullosa afirmación del color autónomo, libre de la dictadura del dibujo, liberado de su triste condición de algodón o pluma para rellenar fundas huecas que quieren justificarse demasiado tarde.
Pienso que de allí te venía también esa altivez que insultaba a mis lápices tímidos, roñosos, gastados: tú creando espacios plenos y definitivos, sin arrepentimiento, rebelados como la multitud con su verdad no pedida en préstamo, con su propio rigor de geometría y su libertad matemáticamente obediente a esa nueva ley que sólo tú sabías. Por ejemplo, cuando en la escuela me dieron como tarea una hoja y fui a la vitrina de la librería donde estaba el dibujo a pluma que yo quería poder, la hoja idéntica, con todas sus arterias y sus vellos, con sus mínimos valles entre cordilleras de arrugas, "No, así no, dijiste, tienes que pintar lo que no se ve, el olor de la hoja, por ejemplo, si no no vale la pena".
Y como si respondiéramos a adivinanzas fuimos elaborando la teoría: del perro el ladrido, de la mosca el vuelo, del río el ruido, del hombre no la cara sino el color que le sale de adentro por la boca cuando habla y peor cuando se ríe.
Y no sabíamos que eso era una conspiración, porque el señor Castro y la Madre Leticia no pudieron tolerarlo, las cosas tenían que ser pintadas como ellos nos habían enseñado, como ellos las veían, y no nos perdonaban nuestra invención de libertad ni lo que tus ojos descubrían al otro lado de las cosas:
"No es que las frutas maduran sino que se les cambia el genio." "No hay flores negras, porque las flores no son fuertes."
"Todas las gentes son de colores, unos tienen más y otros tienen menos y otros no tienen nada."
"Pintar, decías, no es una diversión, es otra cosa, es algo como hacer cosas y hacerles respirar y hablar, y eso no es una diversión no más ni un deber de la escuela ¿ no crees ?"
Pero el señor Castro y la Madre Leticia fueron los primeros jueces, los primeros críticos, severos por vanidosos, vanidosos por fracasados, y yo los veo venir del brazo desde hace siglos, impúdicos, esparciendo leyes y teorías por periódicos, libros, colegios, salones, academias, cantinas,

como todos los tarados que no comprenden el lenguaje cifrado de la infancia, del amor, de la poesía, y se enfurecen, se manosean recíprocamente con la lógica, porque no están en el secreto.
Y pintábamos a escondidas de los profesores, de los compañeros, de los padres, haciendo un dibujo para ellos y otras cosas para nosotros, como quien trabaja en un Banco y escribe versos por la noche, o como si nos besáramos ocultándonos tras las puertas. A veces no te interesaban las formas (Miró te habrá perdonado ya) sino que súbitamente alegre, frenéticamente dichosa, como debería ser siempre el arte si los hijos de puta de la tierra no nos obligaran a poner de lado el sueño y renunciar al gozo para combatir, como será después el arte, llenabas la cartulina con todos los colores, salpicándolos, haciéndolos chorrear entrecruzándose en un raro laberinto sin confusión ni miedo, laberinto Pollock, trozo de muro al que cada día le quitó revoque o le dejó una mancha, y tú casi arbitraria, tú el azar.
—Por qué haces eso, Ana Rosa.
—Verás. Al pintar se hace conversar a los colores, se les une con muchos amigos para que puedan jugar, porque no les gusta estar solos. El negro en cambio no les comprende porque es grande y los chicos no comprenden tampoco lo que dicen los mayores. Si yo pinto una cartulina solamente de amarillo es un grito, un grito de alegría pero nada más, un grito que grita solo sin que nadie le oiga ni le conteste.
Y después de esa obra de misericordia —juntar a los solitarios, escuchar a los chicos— rompías la cartulina y era lindo ver cómo se te manchaban los dedos, humanizándote, pareciéndose a los dedos de los pobres, a los míos, y arrojabas los pedazos al cesto de papeles diciendo casi enfadada:
—Ya, basta. Se acabó el recreo.
Y los tubos de pintura, soldaditos lisiados, se alineaban en la caja a dormir, a la misma hora que las flores del jardín, pero guardándose su olor, su idioma silencioso: Hastamañana-anarrosa.
—Anda y trae tus juguetes, dijiste como si todos tuviéramos juguetes, y yo no podía decirte que los míos eran cajas de zapatos hace tiempo sin zapatos, carretes de hilo sin hilo o frejoles manchados como vacas, porque para mi santo y

para Navidad mamá me regalaba siempre cosas útiles: dos pares de calcetines, salvo una vez que me dio un pantalón y esa otra vez que, no sé por qué, me regaló el caballito de celuloide azul.
Por eso te llevé mis figuras K.O. que venían con un dulce oscuro y seco que a ti no te gustaba porque te daba náusea, y que tú no conocías porque eran un juego de hombres: las tirábamos contra la pared, el aire o el suelo, para que cayeran bocarriba, deshaciendo las mañas que se daban los otros doblándoles las puntas o poniéndoles saliva al disimulo, para que cayeran bocabajo. Y cada uno comenzó a mostrar las garras de lo que sería: el rico que pagaba dinero, caramelos o fruta hasta tener la colección completa y pegarla en una cartulina, "álbum" que llamaban, con lo cual quedaba satisfecho; el despechado al que sólo importaba el golpe del viento o de la suerte y que cuando perdía todo se quedaba silbando cabizbajo; el traficante que andaba con los bolsillos abultados, las figuras nuevas en uno, en los otros las repetidas, ya sucias, quebradas de tanto darse contra las piedras y el polvo de la calle.
Yo no había podido completar todavía la serie "Costumbres del Montuvio", me faltaban La Tembladera, La Pelea de Gallos y El Machete (porque, claro, no había "la anemia, el miedo, la ignorancia, el hambre, los ritos ancestrales, la explotación, la voluntad del río, la falta de trabajo, la paga miserable, el trago blanco, la marimba —miento, eso sí había y era la núm. 5— o la bandita de tambor y flauta, el agua de coco para el recién nacido, la chicha del domingo, la patata y las habas, el plátano de siempre, la choza miserable, la basura, la estera compartida con el perro y los cerdos, la montaña legendaria, las fiebres, el chuchaque"), cuando ya salió otra de "Historia Patria", o sea que seguía faltando lo mismo, "la sierra con el indio que alimenta su odio antiguo y paciente, la dramática geografía de la montaña, el páramo inhabitable, las hondonadas a pique donde el maíz crece sobre la vertical del abismo, en la única tierra que da de comer, la plaza de barro, la iglesia de barro y paja, cerdos atados a la puerta hociqueando barro, pueblo caído de la montaña, niños descalzos con una camisita corta, empapada, que apenas tapa el ombligo, piel reseca y oscura, ancho pie, uñas carcomidas por el barro".

Antes de que consiguiera "La Matanza de los Próceres del 2 de Agosto" (Quiroga de pie con los brazos abiertos, orgulloso y digno, y sus dos hijas arrodilladas llorando despeinadas a los soldados españoles para que le perdonen la vida) salió la de "Presidentes de la República" ("en la sierra el analfabetismo llega al cincuenta por ciento y aumenta en la costa, en Esmeraldas hay pueblos enteros que no saben leer ni escribir, no se ve un papel impreso, a veces el dueño de la radio de transistores transmite las noticias que le parecen importantes, alguien preguntó por un Presidente que había muerto hace doce años"), pero ésa no me interesó mucho porque todos eran feos.
Con la de historia, desde la primera vez, yo quería que cada tarde nos pusiéramos a ver por esas como ventanilla de microscopio pero pronto dijiste: "La historia cansa, todos los días es la misma y no como la pintura que cambia." A mí me dolió porque era mi único juguete verdadero y porque así te sentía el pelo que me hacía cosquillas en la cara. Pero de noche, escondido en mi cama para que mi vieja no me pregunte de dónde me había robado la plata para comprar tantas figuras, volvía a ver esa historia que se saltaba siglos de una estampa a otra, como los recuerdos.

(Y uno no sabe qué pasa entre el momento en que la gorda sube las escaleras y el momento en que se muere)

En la más común, la núm. 12, estaban los capitanes quitus sin cabeza, degollados junto a la laguna que poco a poco comenzaba a llamarse Yaguarcocha. La más rara era la 17, que me prestó Viviña para que te la enseñara, y por eso nos quedamos mirándola largo rato porque tenía que devolvérsela.
—Verás, estos indios de adelante, buenosmozos como griegos jóvenes con cintas de colores en el pelo que entran en la plaza, barren el polvo y la paja y los escupidos de llamingo, atrasito vienen los músicos bailando, los que alzan la cabeza tocan los pingullos.
—Igualito que las gallinas cuando toman agua.
—Los que no alzan la cabeza, tocan los tambores.
—La Madre Leticia dijo que se llaman atabales.
—Éste es Atahualpa que entra en unas andas de oro purito

que dizque pesaba un quintal cargado por seiscientos nobles.

—Dieciséis, tonto.

—Bueno, eso no importa. Hasta ayer estuvo en los baños descansando de las heridas de la guerra con Huáscar y ahora viene a una entrevista con los españoles y este mundo de gente son cinco mil indios.

—Cómo sabes si no se atina a contarlos.

—El señor Gutiérrez dijo que eran cinco mil, desarmados, que eran las cinco de la tarde y que no había nadie en la plaza de Cajamarca porque los españoles están escondidos detrás de las casas. Éste que aparece en la esquina de la estampa con una cruz grandota es el cura Valverde, inquieto, desasosegado y deshonesto clérigo, dijo el señor Gutiérrez, que le dice a Atahualpa que la Biblia dice que el Tahuantinsuyo es del rey de España y que si no se somete ha de matar a la gente de aquí. El Inca se pone el libro en la oreja y dice no oigo nada, está vacío, y ahí es cuando tira el libro en media plaza. Después el cura entró en la clase de Historia en lugar del señor Gutiérrez y dijo que no iba a volver nunca más, que había resultado ser un ateo contra la iglesia, peor que esos pobres salvajes porque ellos no conocían a dios y que había estado pervirtiendo a la niñez. Y ahí es cuando el cura grita qué esperas Pizarro para matar a este perro, y de las casas salen los disparos. ¿Ves estos puntitos negros con manchas coloradas? Son los dos mil indios muertos y éstos son los españoles que cruzan la plaza a caballo persiguiendo a los fugitivos.

El galope se oía en la esquina de Miseria Velásquez y en seguida el grito "Ahi vienen los Esdrújulos" que llenaba de pavor al barrio. Los vecinos se desgañitaban dando la alarma y de zaguán en zaguán se cerraban las puertas, reforzándolas por dentro con trancas, porque las bisagras y las aldabas pobres estaban hechas para la vida de todos los días. Las viejas decían "Santodiosantofuertesantoinmortal" y se persignaban, los hombres decían "Unagranputa" y apretaban los puños, los chicos lloraban temblando, los más grandes que los habían visto por las rendijas decían que eran igualitos a Buck Jones y a Tom Mix pero era mentira. Yo los vi una vez entrar a caballo al bar del IMPERIAL. Alguien corría, se oía el ruido de las suelas contra el

empedrado, luego el ruido del galope y después los disparos, todo como en las manifestaciones. En el IMPERIAL sonaban vidrios rotos, carcajadas y golpes, y en seguida se callaba la pianola.

Eran cinco: Arístides, Germánico, Cleóbulo, Polícrates y Temístocles, "de los Golmés de España, carajo". Como eran nombres difíciles y desconocidos en nuestro Macondo, la gente los identificaba como El Nerón, El Largo, El Bolo, El Pecas y El Jetas, y ellos mismos aceptaron la nomenclatura local renunciando a la sonoridad romana de sus nombres. En la ciudad sólo los diferenciaban los policías, porque los Esdrújulos andaban siempre juntos y, como decía el abuelo de Gálvez, porque nadie tuvo tiempo de mirarles mucho tiempo la cara. Pero el tuerto empleado de la librería contaba: "Al señor Polícrates sí le conozco bien y no me he de olvidar. Una noche pasaba por donde estaban farreando y cuando me vio me llamó: Ve, longo, andá a comprarme cigarrillos, dijo. Fui corriendo a la esquina y cuando le entregué los Fulblanco me turbé y le dije Aquí tiene, señor Calígula. Ahí fue cuando de adrede me hundió el ojo con el dedo diciéndome: Polícrates, para otra vez, pendejo."

Eran hijos de un general que fue jefe de montonera liberal. La revolución en el Poder les dejó una hacienda, La Liria, atravesada en cruz por la línea del tren y el río. Había en ella cerca de cuatro mil indios y dos estaciones del ferrocarril. Nadie supo nunca cuál era su extensión exacta y la llamaban simplemente La Provincia. Cuando alguien les preguntaba dónde quedan los linderos, los Golmés decían "donde nos dé la gana". A la muerte del general estaban en distintos cursos del colegio. Sólo Arístides llegó a bachiller y todos se fueron a vivir en la hacienda. Debe ser aburrido porque se distraían haciendo prácticas de tiro apuntando al sombrero o al borrego de algún peón que pasaba y también se dedicaban a lo que llamaban cacería de indias: las tumbaban en los chaquiñanes o sobre las siembras tirándolas de las trenzas al mismo tiempo que les ponían la zancadilla. "Se asustan al comienzo, dicen que decía Cleóbulo, pero después se quedan quietas rascando el suelo, porque son frígidas estas cojudas." Pero, para decir la verdad, también cazaban venados y tórtolas. Pasaban el día a caballo, echaban un rápido vistazo a las siembras o a las cosechas, bebían el aguardiente que se destilaba en la misma hacienda, del viernes al lunes y los días de fiesta iban a beber al pueblo. Nerón, el

mayor de los cinco, decía en esa época: "El que está demás es El Jetas: si no fuera por él seríamos cuatro para repartirnos en partes iguales La Liria tal como la dividió la naturaleza con el tren y el río. El Jetas, por haber nacido último y porque es medio pendejo."

Para los indios de la hacienda, Patrón Golmés era uno solo, como Dios, que estaba en todas partes. Tenían que saludar, recibir órdenes y responder con la cabeza baja, y sólo les conocían las fundas de los revólveres, los foetes, los estribos y las botas, y eran todos iguales. Acababan de venir informando cuántos litros dio el ordeño y se encontraban de nuevo en el camino con los mismos estribos, saludaban santiguándose y haciéndose a un lado, se alejaban corriendo y no era difícil que al llegar al huasipungo vieran las mismas botas, el mismo látigo (¿por qué le llamarán "acial"?), esperándolos.

"Quién sabe cuánta gente ha muerto ahí, decía el abuelo. En una fiesta de toros de pueblo un indio borracho que corría huyendo de un toro entre otros borrachos, tropezó contra Germánico, tartamudeó pidiendo perdón y siguió corriendo. El Largo lo volteó de un tiro, delante de todos. Una vez, en una cantina, un amigo le preguntó: ¿Y no te persigue por la noche el alma del indio? El Largo dizque se quedó pensando un rato y después preguntó: ¿A cuál de ellos te refieres?"

En su juventud, cuando estaba con tragos y encendía un cigarrillo, Nerón acercaba la llama del fósforo a un tapete, un periódico o una cortina gritando "Arde Roma", y él mismo ayudaba a apagar el fuego, en medio de sus carcajadas y del atolondramiento general. Después parece que se cansó pero le quedó gustando la expresión, porque cuando comenzó a ser Senador la intercalaba en sus discursos: "Señor Presidente, si no se pone coto a las actividades subversivas de los bolcheviques, aquí va a arder Roma", o bien, "Honorables senadores, la sagrada tarea que tenemos los Padres de la Patria es impedir que aquí arda Roma". En el Club afirmaba: "Mientras haya congresos y haya indios, yo he de ser Senador: esos cojudos se reproducen como cuyes." Y los enviaba a votar, bajo el control de mayordomos y capataces, en camiones, a pie o a mula, a la parroquia que quedaba junto a una de las estaciones del tren. Cada indio llevaba en un bolsillo o apretada entre los dedos la papeleta "Señor Don Arístides Golmés para Senador de la República", doblada como billete ajeno o estampa del Señor de

los Milagros. La papeleta cambió una vez: "Señor Don Temístocles Golmés para Alcalde de la Ciudad." Cuando ya se hacía el recuento de votos en la ciudad, al día siguiente de las elecciones municipales, Arístides envió un telegrama: AVISEN CUANTOS VOTOS FALTAN PARA MANDARLES. "Yo le hice Alcalde al maricón del Jetas, dijo esa vez, y así le pagué su parte de La Liria para que no nos siga jodiendo con sus divisiones para cinco, que es más difícil."

Western de pacotilla, sin Hoppalong Cassidy, sin riesgo ni heroísmo, era a la medida del país y, por eso, con muchos muertos. "No son muertos sino cholos" aclaraba El Pecas y hasta se lo dijo al Comisario de Policía, uno dado de justo, recién nombrado el pobre, que no conocía el folklore local y que lo había hecho comparecer por haber empujado con su caballo a un arriero que cayó sobre los rieles del ferrocarril. Pero como Nerón era Senador y El Jetas era Alcalde, el Comisario fue destituido al día siguiente. Los policías harapientos los respetaban como a sus superiores: hacían detener el tránsito ralo hasta que pasaran los Esdrújulos, abandonaban su puesto en el cruce de dos calles para ir a comprarles trago puro o sánduches cuando farreaban en alguna casa cercana. "Traerás hembras también, cholo." "Pero, ¿cómo? mi señor Cleobulito." "Aplicando el peso de la autoridad pues, cerdoso."

En las fiestas de inocentes se disfrazaban de Escapados del Manicomio: se ponían los zapatos cambiados, calzoncillos largos en lugar de pantalón, bacenillas como sombreros, pintadas las caras o con caretas de cartón o alambre, pero eran inconfundibles. Borrachos escogían al azar casas de amigos o de desconocidos, arrancaban el papel de las paredes, derribaban los armarios, revolvían los cajones, quebraban los espejos, hurgaban a las cholas debajo del anaco, orinaban en las ollas de la cocina, derramaban cerveza en las camas, soltaban en la sala gallinas enloquecidas a las que habían metido velas encendidas en el ano, pedían trago y luego se iban cantando a otra casa. Eran diez días de zozobra de Inocentes. La gente respiraba tranquila el 7 de enero, cuando regresaban a la hacienda "a curarse el chuchaque hasta la próxima".

El Bolo, por ganar una apuesta de dos botellas de aguardiente, subió un Viernes Santo a la torre de la iglesia del pueblo y tocó las campanas muertas. Cuando se reunió en la plaza la poblada, primero temiendo que fuera el fin del mundo y luego

escandalizada al saber que sólo era un sacrilegio, Cleóbulo escapó por la sacristía, dio vuelta a la manzana y apareció por una esquina de la plaza gritando "Por ahí va, por ahí va, síganlen". "Todavía han de estar buscando" agregaba para concluir su relato. El Pecas se metió una vez en un confesonario y oyó la confesión de su novia "para saber si era virgo", después de lo cual fijó la fecha de la boda.

Pese a sus desplantes de comecuras todos se casaron por la Iglesia. El primero en hacerlo fue El Jetas. "Yo siempre dije que era pendejo" había comentado Arístides, quien no tardó en seguir su ejemplo. El matrimonio, que se parece a la edad, los fue frenando: por algo decían siempre "la carlanca de mi mujer". Nerón se quedó con la hacienda y sus hermanos se gastaron en jaranas la fortuna. Polícrates, cuando amanecía sin un centavo en alguna cantina, se hacía llevar a su casa en el camión de la basura. Cleóbulo tuvo un depósito de harinas que atendía su mujer. Germánico, un almacén de cueros que quebró pronto. Temístocles hasta fue pesquisa. Ya no andaban en montonera, pero los cinco mantenían un espíritu tribal y eran respetados, influyentes, católicos. Se establecieron en la ciudad. Arístides repetía: "Lo que es yo, yo vivo con mis votos", pero como siempre era Senador o Ministro o Gobernador o Jefe Supremo del Partido Liberal, le quedaba poco tiempo para ir a la hacienda. El dueño de la librería decía: "Para él, cada indio es un cero: no vale nada pero le aumenta la cuenta en el Banco y los votos en las elecciones." Claro que no le hacían mucho caso, porque no era más que un comunista envidioso.

En esa época ya sólo los chicos les teníamos miedo a los Golmés y los mirábamos de lejos no más, recordando lo que habíamos oído. A quienes conocimos bien fue a sus hijos, que estaban en la escuela con nosotros: reposados y tontos, parecían hechos por un semen envejecido o fatigado. Algunos han llegado inclusive a trabajar. Fabián, el Cretino, era hijo de Arístides. Arístides sigue siendo Senador o Gobernador de cuando en cuando.

Durante un tiempo dibujamos hombres a caballo, con armaduras o con polainas: eran el conquistador y el encomendero. El gorila botudo no había comenzado todavía. Pero yo soy en estas páginas el actor que sabe de memoria su papel y estoy harto de que me hagan vivir cada noche la

misma escena o de que me la cambien ligeramente cada vez tratando de que resulte más justa, y quisiera que me supriman toda esta bobería superflua de la infancia (sí, ya sé que la infancia sigue siendo el objetivo indestructible del hombre), como si se tratara de esas réplicas triviales del teatro de la época de la chispa, "Voy a anunciarlo a la señora", "Te amo", "La cena está servida", "¿Hace mucho que llegaste?", o las réplicas supuestamente profundas del de nuestra época, "Make love not war", "Dios, ¿ladra?", "Amar es odiarse a sí mismo", y terminar pronto con esta historia. Entonces retiro personas insufribles e innecesarias, esos meses en que pasan muchas cosas pero no sucede nada, y llego a la semana en que estás con angina y voy a visitarte, y una tarde hay en la pared una fotografía de Shirley Temple y tú acabas de decir: "Quisiera ser como ella", mientras haces en la cama palomas de papel.

Y yo te miro por primera vez otro rostro bajo la lluvia de miel del pelo, miro de golpe tu voz, es carnal, palpable como tu pierna que ha quedado descubierta al borde de las sábanas, y tu voz es como una persona entre los dos, y recuerdo que un día me dijiste que yo tenía todos los colores porque era el único que te comprendía.

Todo eso me empuja, siento que voy a cometer algo impuro, voy a decirte la primera desnudez, las primeras sílabas de un nuevo idioma de varón adulto, pero no me atrevo a pronunciar las dos palabras temibles, los niños no las dicen, no tienen muchas oportunidades de oírlas y de repetirlas, se tarda en aprender en el cine o por cuenta propia, y cuando las pronuncias después, y con qué frecuencia, ya no dejan intacto, las cosas no vuelven a ser como eran antes de decirlas, y no las puedes retirar cuando ya no sirven gastadas por el uso, o las retiras como clavos pero te dejan los huecos obligándote o reprochándote: Tú dijiste que me querías, Por qué decías que me querías entonces, Ya no me quieres como hace ocho años, Tú nunca me quisiste, Si me quieres como dices por qué me haces esto.

—Tú eres más linda, es todo lo que te digo y no sé si vas a enojarte o a sonreír, pero me doy cuenta de que no has comprendido aunque se sabe que todos estamos enamorados de Shirley Temple, menos yo, y no me atrevo a las dos palabras quizás a causa de mis zapatos.

Por eso prefiero buscar otro camino:
—Tu hermana Nilda que está de novia ¿tiene puesto el color rojo? Tú te fastidias, como con la tonta de Manena, tienes el púrpura, que es la cólera, hasta en los ojos, yo también soy un tonto que no entiende.
—Cuántas veces quieres que te diga que el rojo es amor, o sea cuando uno se casa. Ella tiene ahora el verde-prado que es enamoramiento.
—Pero tú dijiste que el verde-hoja era la tristeza dulce.
—Claro, ¿no ves que es lo mismo?
Entonces hago un esfuerzo mayor, como si el cura me castigara y me mandara al calabozo, después se cerrará la puerta pero a mí qué me importa, yo sé que es mentira que viene el diablo y se lo lleva a uno y que se aparecen los esqueletos y las almas de los muertos, pero quisiera rezar, rogarte que no te enojes, y tartamudeo:
—Así me siento yo.
—Ya sabía, me dices y me alivias, pero tengo vergüenza y un poco acholado me voy aunque no son las siete todavía. Tu casa entera me parece como ha de parecerme un día la cama después del primer pecado mortal, y no fue contigo, cáliz gamosépalo, flor labiada, incompleta, unisexual. Cómo iba a ser. Tú misma decías: "El negro no puede decir yo también soy hermoso sino que dice yo puedo nacer y matar todo, soy el más fuerte porque conmigo todo cambia; si yo pongo aquí un color y lo rodeo de negro, ese color ya es otra cosa, tiene la forma que el negro quiere que tenga, entonces no es hermoso sino que es todo, por eso el negro no huye, como el otro color, sino que espera y ataca."
Y vi cómo el negro cercaba, hacía retroceder y encogerse al pobre color derrotado, estrangulándolo hasta que la página quedó invadida, toda húmeda de tiniebla y nada.
Tal vez si hubiéramos vivido en Madrás, porque se decía que tu familia se estaba arruinando, pero aun así no había vuelta que darle: primero mi vieja, luego los dos y al final yo, siempre fuimos pobres. Años después, cuando seguía creyendo que todo aquello no era sino una mentira de los envidiosos, te casaron, y entonces comprendí que había sido cierto. Y el dinero es más negro que qué. Punto. The End.

Ahora bien (¿o ahora mal?). Hace ya ¿dieciocho? ¿quince? días que estás tratando de escribir este capítulo (¿hay capítulos en tu libro, hay capítulos en la memoria, en la vida?), lo has hecho, lo has rehecho y te has deshecho de él, sin saber por dónde comenzar (¿no decías tú mismo que no hay por qué buscarle un comienzo?) ni en dónde está la verdadera dificultad. Será tal vez uno de esos períodos que Gálvez llama de brutez atroz. Será que así como una vez una mujer se te cruzó en el camino de tu libro que creías libre y allí la metiste, se te han cruzado nuevas o viejas lecturas que te crean dudas (afortunadamente, porque quién eres tú para dar respuesta o soluciones, y aunque sabes qué quieres escribir, por ejemplo el viaje de Gálvez a Licán, se te han ido acumulando las anotaciones, las citas, las palabras y situaciones prefabricadas, luego las has tirado con el infantil inútil afán de comenzar en cero), te preguntas hasta cuándo la novela tendrá que apoyarse en la anécdota, hasta cuándo el animal dormido de la literatura va a seguir despertándose a atisbar el acontecimiento y lanzarse sobre él para devorarlo, si no será posible lograr ese objeto sumo del arte, la novela sin situaciones ni personajes, y si esa aventura será factible en tu país o en un hombre de tu país, con la insolencia suficiente para creer que puede escapar a su medio, si era a eso a lo que se refería el viejo Tolstoi cuando en 1893 (¿ya?), al hablar de la muerte de la novela (¿ya?) afirmaba: "Si se tiene algo que decir que se lo diga, pero que se hable claramente", claro que él ya había escrito *La guerra y la paz* y *Ana Karenina,* y tú no conoces otra manera de hablar claramente, tienes tus problemas de técnica y de lenguaje y sobre todo el problema del público al que te diriges, si es que te diriges a alguien en lugar de hablar solo, contentándote como los esquizofrénicos con las palabras en lugar de las cosas, olvidándote no solamente de Wittgenstein ("la filosofía es una batalla contra el embrujamiento de la inteligencia por el lenguaje") sino de Lenin ("los hechos son tenaces").

Habías comenzado una de las versiones de este ¿capítulo? con una pregunta de Gálvez al narrador: "Realmente, ¿hacía

falta irse tanto para volver tan menos, tan peor, tan casi suicidable, ir de un lado a otro sólo para poner en duda todos los principios que admitías en tu juventud por pereza, por comodidad, porque sí, ésos que otros habían descubierto como solución a su propio cuestionamiento desgarrado? Habría bastado con quedarse a crecer aquí, me dijo, pero eso sí con los ojos muy abiertos, viendo y asumiendo qué somos exactamente, en dónde estamos, sin escondernos ni mentirnos para no más de estar tranquilos sabiendo que el futuro juega en nuestro equipo." No sé cómo la discusión fue a parar en aquello que Gálvez criticaba como un procedimiento inveteradamente anticientífico, aquel de comenzar por afirmar que existe una ideología del proletariado para luego romperse la cabeza buscando en dónde está, en qué consiste, qué elementos la integran y la diferencian de la otra, a menos que estuviera ya en el poder. Y cuando el Ríspido le habló de la concepción de la historia como una larga lucha de clases, Gálvez le dijo: "También la burguesía tiene conciencia de la lucha de clases: la prueba está en la ferocidad con que se defiende." Había además algo acerca del principio de que la ideología dominante es la de la clase dominante, y volviéndose a nosotros dijo: "Y ustedes, ¿nunca se preguntaron sobre qué clase domina, o creían que bastaba haber salido del útero de una obrera para no contaminarse?"

En otra de las versiones Gálvez comenzaba refiriéndose al "estúpido animal de ciudad" (Marx, obviamente) que regresa asqueado de la esquizofrenia del capitalismo, en la que todos hablan de la contaminación de la atmósfera, del agua y de los alimentos por las emanaciones, el humo, el smog, los desechos industriales, el DDT, y aunque pocos se inquietan por la contaminación cultural, ahí están buscando inútilmente soluciones en la futurología, en la señora Elena Petrona Blavatsky, en la macrobiosis, el Yoga, el I Ching, consolándose con el ruido intermitente de besos y braguetas en los cines, y regresa (el asqueado) a su país a buscar como contrapeso o aire la humilde neurosis represiva de nuestro subdesarrollo: "Si por lo menos te hubieras lavado el cerebro en una país socialista, me dijo Gálvez. Porque desde la escuela, y aun desde la familia, nos meten por la fuerza educación, costumbres, religión, ideología, pornografía, avidez de dinero, crueldad, ansia de poder, egoísmo y asistimos a la fabricación de los hechos y a la deformación de los hechos reales por la radio, la televisión, el cine, el teléfono, el

chisme, la publicidad, los periódicos, los libros y hasta entran en el juego el simple contacto de la piel y las palabras. Pero la fatuidad de los imbéciles les hace gritar 'lavado de cerebro' como si ese órgano no estuviera lleno de la mugre acumulada en siglos, como si fuera inensuciable. Claro que la única solución definitiva sería una amnesia total, como un sueño sin sueños, y despertar en esa sociedad mejor que ¿habrá algún día?, pero hasta entonces hay países que te dan jabón y agua y un espejo popular para que te mires en él: el resto es cuestión de tus hábitos de higiene. Hay que lavarse, compañero, en la mañana antes de pensar y por la noche antes de amar o de soñar. Y aun así es difícil: siempre habrá eso que el viejo Freud llamó el inconsciente colectivo y que el pobre creía que era normalmente heredado por el individuo, sin darse cuenta de que es perpetuado por instituciones sociales expresamente encargadas de hacerlo: la familia, la escuela, el ejército. ¿Habrá que agregar también el Partido? Lo importante, dijo, sería saber lo que podríamos llegar a ser aquí, nosotros, si la realidad, nuestra realidad, dejara de ejercer su función represiva."

La última vez, Gálvez volvía a referirse a las ficciones políticas de nuestra literatura y afirmaba que la supuesta rebeldía innata del indio no siempre es una ficción y no siempre es innata, sino que a veces se equivoca y se rebela al revés. "El problema está, decía, en que describir nuestra verdad más que surrealismo sería canallada." Y allí te acordaste de su viaje a Licán, comenzaste a contarlo pero lo rompiste porque parecía una ilustración de esa premisa que no necesita demostración. Y vuelves sobre lo mismo porque también existe la rabia de escribir como quien muerde.

(Gálvez tendría que ir a recoger información sobre la fiesta del pueblo, ya fuera para un capítulo de un libro —porque la ficción no excluye la honestidad de la documentación— ya para un reportaje que debería escribir para el periódico. Margarita María lo acompañaría hasta Riobamba donde tomaría el tren para Guayaquil, orgullosa delegada de su célula a un Congreso del Partido. Pero entre dos sesiones podían pasar muchas cosas: Gálvez sospechaba de ese violinista húngaro que había ido a su casa porque quería conocerlo y le había preguntado si en este país sería posible encontrar una mujer con la que uno pudiera hablar de Bartok después de, O que cuando pongo el *Archipel*

Me has puesto en un dilema, Bichito, porque Baudelaire dice que amar a una mujer inteligente es un placer de pederasta. Y

dónde está el dilema, dijo ella: Baudelaire no puede equivocarse; tú, mijito, ni siquiera volviendo a nacer serías pederasta. La conclusión lógica es que yo no soy inteligente.

Nº 1 de Boucourechliev no me diga Pon más bien un bolero. Difícil, había dicho Gálvez, porque de las mujeres de esa clase, este país ha hecho damas en la cocina, prostitutas en la sala y cocineras en la cama. A mí me encanta el concierto de Tchaikovsky, dijo Margarita María, y el húngaro se la quedó mirando como si le hubiera dicho que, como si faltara poco para, más interesado aun cuando supo que iría a, y le preguntó cuándo y le dijo que podría acompañarla a conocer el. Mientras el autobús destartalado asciende a duras penas lentas hasta el páramo, Gálvez imagina a Márgaramaría sentada junto a la ventanilla del tren, mirando distraídamente las afueras tristes de la ciudad triste, disponiéndose al gozo de descender por el bajío a la Costa, al Congreso, al violinista, abriendo desganada el libro que ha llevado para el viaje, "En las afueras del pueblo, a unas diez cuadras de la plaza céntrica, el puente viejo tiende su arco sobre el río, uniendo las quintas al campo", pensando que en todo Licán no debe haber diez cuadras y no hay puente, no hay río, tampoco hay niños ni perros ni cementerio, y a estas horas él está sentado junto a la ventanilla del autobús, respirando la polvareda, el polvo palpable en las páginas del libro, "¿Cómo dice usted que se llama el pueblo que se ve allá abajo? —Comala, señor. —¿Está seguro de que ya es Comala? —Seguro, señor. —¿Y por qué se ve esto tan triste? —Son los tiempos, señor", el polvo de todas las aldeas que se pega a la piel de sus habitantes y las curte, pensando que quizá Márgaramaría piensa en él y no en el húngaro, quién sabe, o acaso lee "Aquel día, como de costumbre, había venido yo a esconderme bajo la sombra fresca de la piedra; a fin de pescar algunos bagrecitos, que luego", pensando que él no había ido a pescar sino a aprender, a indagar insistentemente, "Vine a Comala porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté las manos en señal de que lo haría, pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo", no sobre el padre sino sobre ellos, y los indios hostiles, mirando a otro lado, a lejos, como hacen las indias cuando orinan en las calles o los caminos y pasa alguien, pasan los peones que han bajado por los anejos de la montaña para la misa, para la procesión rala, un santo de palo extrañamente montado en un burro, rodeado de palmas secas y de

ramas sin hojas, precedido de una banda de latón oxidado con un violín descuajaringado, detrás los semifieles, hombres y mujeres terrosos arrojando pétalos de flores arrancadas dónde dios mío en esta aridez de tierra ulcerosa de sequía, mientras Márgaramaría ha de estar viendo la tristeza de Cajabamba pero sabiendo que desciende, dejando atrás el pajonal aunque lo seguirá viendo hasta Guamote y el desierto frío de Palmira, imaginando la aldea como juguete de pobre por donde van los indios, fatigados antes de la procesión por la larga caminata desde el alba hasta las haciendas y de allí a la aldea, descalzos, con una costra de mugre y frío como un calcetín roto en los dedos, parecidos a los que Márgaramaría verá en la estación de Alausí, deshilachados esos ponchos y pañolones y anacos de lana oscura que eran precisamente para los días de fiesta, por entre "las casas vacías, las puertas desvencijadas, invadidas de hierba. ¿Cómo dijo aquel fulano que se llamaba esta hierba? —La gobernadora, señor. Una plaga que nomás espera que se vaya la gente para invadir las casas. Así las verá usted", y desde Sibambe, por la Nariz del Diablo el tren baja frenando hacia la costa, bajaretrocediendo para no despeñarse como un montón de cajas de fósforos, y poco a poco aparece la gran extensión verde, son las primeras hojas grandes de los platanales, la tierra que va a transpirar como cuerpo de gorda, y comienzan los límites de otro país, Huigra, Bucay, con otra gente negroide y mulata, mientras los indios mongoloides cantando aburridos dan vuelta a la pequeña plaza invadida de hierba, en Naranjito trajes de dril, camisas de colores, peinados con brillantina, y cholos con sombrero en la procesión que resulta muy corta, no valía la pena tanto viaje, y el cura y el sacristán golpean al burro para que no regrese todavía a la iglesia y prolongar la ceremonia para que sea importante y siga por una media manzana de casas chatas que ya es prácticamente el campo, deteniéndose con su carga sagrada a comer ¿la gobernadora? que ha crecido en lo que un día fue una calle por donde, el cura y el sacristán elevando la voz en el canto sin ganas, tosiendo por el polvo que levantan los pies de los creyentes a medias, medio como aprendices torpes de un dios y de un rito no completados todavía, pensando en la postfiesta, en la verdadera suya, llevando polvo de superstición y polvo de regreso al templo, deteniéndose, los pobres que salen a vender cosas o a pedir limosna en las estaciones del tren, pensando que a él no le bastarán los datos que

quiera darle el maestro de escuela sino que buscará una información directa, saber de su pueblo, hablar con sus personajes como suele decir, acercándose a ellos en un puesto de comida bajo un toldo sucio de manteca y uso, los choclos cocidos de Alausí, los bollos de plátano en Bucay, las piñas de Naranjito, ya transpirando y abriendo la ventanilla por la que entran la luz neón y la música de las rocolas en Milagro, montuvios con sombrero de paja fumando cigarrillos americanos, toldo sucio donde algunos indios comen de pie para formar una muralla que proteja de la polvareda el caldo turbio o el trozo de cuy flaco en tanto que otros, algo más pobres, algo más distantes, sentados junto a una pared descalabrada que no cierra un campito baldío, mascan puñados de tostado o de máchica que han traído en pequeñas bolsas de yute que cuelgan del antebrazo, mirando desde lejos a los seis danzantes que en la plaza dan pasos y saltos sin sentido como si tuvieran un público de turistas o de fotógrafos, sosteniendo sobre los hombros esa armazón de colorines, llena de trozos de espejo, el Escudo del Ecuador, pedazos de periódicos, lágrimas de San Pedro, con cintas chillonas que cuelgan como trenzas a los lados de una inexpresiva máscara de tela de alambre rosada, mientras la banda toca algo triste, más triste aún por la presencia indeseable del violín, Fijo que el húngaro la estará esperando en el muelle, fijo que Márgaramaría se le apega como una mariposa, no piensa que los indios se apartan de él cuando se les acerca a preguntar por el significado perdido de los trajes o el origen de la música, y ella no podrá hablar de Bartok, y no porque fuera insólito verlo a horcajadas sobre Falcón de Aláquez, eso no parece asombrarlos mucho, seguramente han visto antes algo parecido, debe haber habido como en toda aldea algún infeliz que tenía otra deformidad a más de la pobreza, pero pese a ese probable precursor no hay nada que hacer, no hay modo de sacarles una palabra, una respuesta, no le queda sino sentarse a esperar en el borde de la fuente en mitad de la plaza, pensando que de haberlo sabido le habría pedido a Juanmanuel que lo acompañara y así desamarrar sus lenguas, pensando que cuando estén borrachos hablarán tal vez, pensando que frente a esas pobres bestias de trabajo y de carga a uno le entran dudas sobre el viejo Engels porque el barbudo decía que el origen del lenguaje se encuentra en el proceso del trabajo humano, y más aún sobre ese escritor que citaba a uno de esos tribunos romanos de su invención según el

cual los abisinios ¿o eran los etíopes? no importa, da lo mismo, estaban convencidos de que si los monos no hablaban lo hacían voluntariamente para que no los obligaran a trabajar, y sin embargo, pensando en una especie de conspiración tácita contra él, conspirando contra él los dos en el departamento del húngaro, no puede asegurarlo pero está seguro, su única certeza es el recuerdo ya enturbiado el río testarudo que pasa por su memoria, y aún no llega a Guayaquil, le faltan muchas estaciones todavía Tixán, Alausí, Columbe, Sibambe, Huigra, Bucay, Naranjito, Milagro, Chobo, Yaguachi, le faltan muchas horas todavía, si apenas son las dos de la tarde y estará cabeceando de sueño y de calor en el tren, pero como suele decirle el caballo Usted es muy futurista don Galo, por eso él la ve sudorosa y flotando hembruna al filo de la medianoche, entre sábanas fatigadas, pidiéndole al húngaro, como si fuera él, como suele hacer siempre después, una naranjada, diciéndole al violinista que le encanta Boucourechliev, quizá imaginando en su saciedad arrepentida que los indios han comenzado diez horas atrás a beber chicha, barriles de chicha, torrentes de chicha preparada, según lo ha averiguado Falcón, Porque yo soy menos blanco que usted don Galo y a mí sí me cuentan todo, con maíz fermentado, amoniaco, orina, zumo de cabuya, carne de res podrida, lodo con gusanos, raspadura y agua caliente y costeada por el prioste, un cholo, o un indio elegido entre los menos muertos de hambre para que presida las fiestas del año, que tiene que pagar además de la borrachera universal las interminables reparaciones de la iglesia, endeudándose uno o dos años por el prestigio, más las deudas contraídas para mediovivir mientras va pagando, pero fue rey toda una mañana, rey pobre, o tal vez no, si ser rico es contentarse con su pobreza, rey tal vez libre, porque Falcón le ha preguntado a un indio por qué se emborracha y él ha respondido Para poder insultar al patrón, más digno que nosotros que no tenemos excusa alguna a menos que digamos que en cierto modo somos nuestros propios patrones, y a medida que avanza lagartamente la tarde Gálvez piensa que se detiene la noche, que Márgaramaría se ha puesto esa mirada que él le conoce cuando le ve los ojos debajo de los suyos, por qué no debajo de los del violinista, Galo dice que yo siempre me achino cuando gozo, y despues de sus trabajos con el húngaro, ya agradecida, acaso piense que ocho horas atrás los indios lo mirarían al fin, pero agresiva, pero enemigamente,

mascullando sílabas contra él entre ellos, el maestro de escuela le ha dicho que en la misa de la mañana el cura había dicho Ha llegado al pueblo un extranjero que seguramente es comunista o protestante, y le ha aconsejado que se fuera pronto, pero a qué país si aquí es extranjero, aunque él, el maestro, y el tendero trataban de convencer a los indios, No vayan a creer los forasteros que todos somos cholos o salvajes, pero Gálvez decide esperar, hasta cuándo Márgaramaría, hasta las seis de la tarde que es la hora en que el autobús regresa a Riobamba y en que ella llega a Durán, llenándose de trópico, de olores a piña, mango, chirimoya, cacao puesto a secar en las calles, bocanadas de la ría donde bambolea el vaporcito que la llevará acaso nerviosa porque el violinista la estará esperando en la otra orilla, y además no cree que pueda haber agresión por parte de los indios, tan humildes con su olor a hierbabuena y comino, tan saludando al blanco que pasa por los senderos, tan arrodillándose a besar su mano, en algún club nocturno con orquesta porque Márgaramaría adora el baile, y comienza a soplar el viento helado del páramo, el maestro de escuela le ha contado que para hacer los helados en su casa el patrón Rosales manda a uno o dos de sus indios a bajarle hielo de la montaña a cinco mil metros de altura, por qué no, José de la Cuadra había contado ya cómo los guandos resultaban más baratos que un camión para trasportar desde el puerto ¿la está realmente esperando el violinista? un piano de cola para distracción de alguna señorita que se aburría en una hacienda de los Andes, y el Fakir había descrito el piano rodando por las peñas, perdiendo su estructura, ya arpa tocada por las piedras, hasta quedar resonando como quien agoniza al fondo de la hondonada, ah si uno pudiera hartarse de esta realidad hasta vomitarla y no tener más ganas, como Alexis Zorba con las cerezas, y no tener compromiso con ella y poder escribir otras cosas, otras realidades como las del sueño, aun cuando fuera "cómo se maravillaban los extraterrólogos al ver la manera con que esas criaturas de piedra viviente de los aerolitos hacían que las siliconas, esos polímeros de silicona y oxígeno con cadenas de hidrocarburos, realizaran esa multiplicidad de funciones que las proteínas realizan en la vida terrestre", pero aquí el indio noanimal, comer todos los días cualquier cosa aunque fuera sin proteínas ni vitaminas qué diablos, no tenerle miedo al patrón, no tener patrón, no temerle al día de mañana, son todavía elementos de una literatura de

anticipación y no tenemos necesidad de irnos a otro planeta, éste es el otro polo de un planeta desconocido y deshabitado, ella se estará aburriendo en el tren, resulta demasiado largo el viaje, sobre todo si hace un esfuerzo para no pensar en los dos hombres o pensar solamente en él, cerrándosele los ojos al pasar a la segunda página "Con los párpados caídos para no ver las cosas que me distraían, imaginé las cuarenta manzanas del pueblo, sus casas chatas divididas monótona–" pero es mejor ver el paisaje para distraerse, qué estará haciendo la gente en esas casitas, las montañas que hace rato se han ido convirtiendo en colinas para desaparecer francamente en la sabana, los peones que dejan de arar para ver pasar el tren a la misma hora todos los días, qué estarán haciendo en Licán a esta hora allá debe hacer frío y Galo estará con el caballo en una cantina oscura, el consabido olor a cerveza, a chicha, a guarapo, a aguardiente, lúgubres que beben vorazmente a pico de botella, indios babeando amontonados sobre una mesa llena de blancuzcos desperdicios masticados, moscas presas en papel pegajoso que cuelga del foco tísico e injusto, al fin y al cabo, porque la cultura debe ser considerada como una neurosis de la que uno debería poder curarse, porque los seres pueden cambiar, tú también Márgaramaría, lo tuyo no es destinal sino quién sabe, y no me interesa vigilarte sino que seas capaz de asumirme y entonces ya veremos qué hacer, pero no podemos perder así la tarde, Falcón, termina pronto ese trago y vamos a buscarlos, tienen que estar en alguna parte, en una sala de espera de la historia a menos que fueran ahistóricos, en un patio donde yacen por tierra y sin hablar entre un afilado olor de sexo agrio, sucio y triste, pero si en el desarrollo ontogénico de todo ser humano se ve aparecer primero el lenguaje del amor y el principio del placer que luego se convierten en el lenguaje del trabajo y el principio de la realidad, dígame Norman Brown, ¿habrá que concluir que el lenguaje es una superestructura elevada sobre una base erótica? La carne no es triste, le dice Márgaramaría al violinista, y tú no has leído todos los libros como él, tomándose un gran vaso de naranjada con trozos de hielo, el húngaro uno de whisky con agua mineral, los indios entrechocando en el brindis rudimentario y miserable aprendido de los blancos una lata antigua de sardinas con una copa, un vaso roto con un pomo de pomada, y él bebe, tiene que beber con ellos para desbaratar su desconfianza y comenzar a ser su compatriota, aunque al

mirar el sedimento en el fondo del pequeño recipiente indefinible le parezca encontrar trocitos de maíz y de gusanos, lodo y orines, zumo de cabuya y res podrida, y a cada trago crece el pozo de hostilidad en que resbala desde esta mañana, un indio lo empuja insólitamente furioso cuando él se deja caer a su lado, otro lo zarandea con inusitada violencia cuando él se vuelve hacia una india interesado en los bordados de su blusa, usted habría debido darse una vueltita por aquí, doctor Freud, ¿de modo que si el juego y la representación imitativa les bastan al niño y al primitivo, no hay que ver en ello un signo de resignación proveniente del hecho de que se dan cuenta de su impotencia, sino, por el contrario, el resultado evidente del valor excesivo que atribuyen a su anhelo?, de qué anhelo me habla profesor Sigmundo, y aquí ni siquiera hay papagayos, como en el sertão de Graziliano Ramos, donde aprenden a ladrar porque sus dueños ya no hacen uso de la voz humana, y decide salir a la ex calle, encuentra cuerpos tambaleantes abrazados en la hora de la amistad y la doble ola de mermelada de crepúsculo y alcohol los hace caer, rodar, sentarse, dormir, desde los primeros domingos de la patria de quién, de cuáles compatriotas, con esa india siempre remolcada, llorosa y desgreñada, esforzándose por levantar al sufrido y llevarlo a empellones conyugales a otra parte de la misma patria, cayendo ella también por su embriaguez y su solidaridad perruna, atravesando la plaza donde ya hay cuatro cadáveres de danzantes mientras los otros dos siguen dando pasos enrevesados, muertos también los músicos, todo húmedo de saliva, lágrimas, chicha y orina, excepto el violinista que se esfuerza por llevar su torpe melodía en hombros, un vaho de horno a la salida del club, del brazo del violinista, la ría en marzo arrastra agua hirviendo, un ventarrón de hielo empuja papeles, polvo, cáscaras, un indio de muchos siglos, con más arrugas que la tierra, apoyado en una pica mira con los ojos entrecerrados la plaza con los cadáveres de esa refriega contra la religión, la memoria olvidada y el aburrimiento en la que él no participa, ignorando que la fiesta es una ruptura, guardando esa actitud prehistórica de centinela, seca, inmóvil, hasta que Gálvez trata de acercársele, entonces el indio detiene a Falcón con la punta de su lanza, impidiéndole la proximidad, como a un toro, Vos sois Coba, le dice mientras le asoma una chispa de tigre por entre las rendijas debajo de las cejas, Gálvez sonríe, un fantasma recorre América, y esa pica es también una bayo-

neta del orden, pero si fuera ya el combate definitivo, pobrecito equivocado, cómo luchar contra ti, el nombre de Cuba ha llegado hasta este remoto montón de chozas, a este hueco hundido entre el arenal y el desamparo de los Andes, aquí hace temblar al gamonal y al Teniente Político y el cura sermonea a los esclavos para que defiendan a los tres amos, Dónde queda el Ecuador, le pregunta Gálvez, Icuador, Icuador, ca, el indio vacila mirando desprotegido a lado y lado, ahisito nomás patrón, a la vueltita, dice por fin señalando con una dedo dudoso hacia un camino de herradura, claro que la patria queda ahisito nomás, Sabes qué es la patria, le pregunta Gálvez, y el indio, Cómo no pes, patrón, patria es autobús que se para enfrente de la iglesia, es como para llorar siglos enteros, pero de qué serviría llorar, siempre se llora por uno mismo y no por los otros, no por ellos, ni siquiera por ese grupo de indígenas y mestizos que no pueden tenerse en pie individualmente, y se apuntalan entre sí, como han estado siempre, amazorcados, en la esquina de la plaza, oliendo a una miseria oprobiosa, de adentro, que sale por los poros, las roturas de los ponchos, las narices, cuando ya ha comenzado a oscurecer, cuando gastados los últimos centavos ahorrados quién sabe en cuántos meses de doblar el lomo en las haciendas, irán a caer esta noche al borde de los caminos, hasta despertar a la pesadilla de la vida que llaman, a ese chuchaque monstruoso multiplicado por el trabajo y los latigazos, a esperar nuevamente otra fiesta o un domingo, como quien muere, budistas instintivos que saben que la vida no vale la pena pero que no se han preparado para no recibir sus golpes, Lázaros olvidadizos y testarudos hasta morir de veras, son los tracios, Herodoto, que llevan luto por el nacimiento y festejan la muerte, cuando alguien le lanza por detrás una piedra y duele más la realidad que el golpe, No es que no lo quiera, dice Márgaramaría, sino que no puedo dejarlo al pobre, Falcón logra evadir otra pedrada subiendo al autobús de la Cooperativa de Transportes "Patria", álguienes tartajean con una lengua traposa Abajo comonismo, y sin embargo uno ama este pueblo como a una mujer desleal, el vehículo se pone en marcha y a esta hora Margarita María estará arreglándose el cabello, preparándose a tomar su maleta y bajar del tren, allá en Durán).

Ya ves, dijo Gálvez, el camino de la verdad es el más difícil, porque es el de las pedradas, y el riesgo más grave de vivir aquí, si no se tiene los ojos muy abiertos, es el de no abrir la boca, el

de no hablar o no asombrarse nunca, o llegar a admitir que todo animal es llevado a pastar a latigazos, o llegar a la revolución por pesimismo, o decir cínicamente que uno es marxista de tendencia Groucho. Porque ése es nuestro personaje y ésa es nuestra epopeya. Marx (el de tendencia Karl) decía que estamos en la prehistoria del hombre, pero ésta es la protohistoria, un remoto pasado empecinado en durar y habría que robarle la frase a Stephan Dedalus y decir que nuestra historia es una pesadilla de la que queremos despertar. Qué epopeya vamos a escribir, si no es inventándola, aunque sea una pequeñita como *Huasipungo*. Después de la poesía épica y de su caballero medieval, la novela convirtió al burgués en héroe, luego el realismo creó el personaje-masa que ofrece tan pocas posibilidades que siempre se escribe lo mismo, así como todas las vasijas de una aldea son iguales, y el realismo socialista trató de imponernos el "personaje positivo" que no nos sirve de modelo individual, ni de nada. En la sociedad contemporánea, que pretende ofrecer a todos las mismas posibilidades de éxito, hubo que negar la mentira fabricando ese antihéroe mediocre, toxicómano, pederasta, que la rechaza pero no la destruye. En los países cuyos pueblos combaten, el papel del novelista fue asumido por el corresponsal de la guerrilla. Pero aquí no hay guerrilla y sólo tenemos un héroe al revés, y hay que conformarse con ¿qué tipo de arte? Un Tupamaro me escribía desde su cárcel de Montevideo: "La obra de belleza más lograda que he conocido en mi vida es *La Primavera* de Boticelli, pero comprenderás que ahora me parece mucho más hermosa una metralleta." Y si no somos capaces de entender ese nuevo sentido de la belleza, cualquiera que sea la obra que podamos escribir, los personajes terminarán por apedrear al autor: son gajes del oficio, después de todo, y hay algo de justicia o de castigo merecido, porque olvidamos que ningún signo remplaza a la realidad: esos poetas y compositores —bucólicos latinos del páramo— que esperan un contrato bilateral para ir a dirigir la Orquesta Sinfónica del Chad o componer suites preincaicas a orillas del Titicaca auspiciados por una millonaria panameña, no han dejado de hablar del Padre Sol y de la Madre Luna, del esplendor indígena, de la raza indomable. Pero yo vi eso que Faulkner llama la carne degradada y embrutecida, y en todo un día no pude arrancar de algún rincón de ella sino unos cuantos significantes, que ni siquiera eran signos, puesto que —salvo la definición de patria— habían aprendido

esas palabras como los loros, ignorando su significado, que es la moneda de intercambio del lenguaje. No es ni siquiera un problema de clase, sino la premura de la acción para comenzar a pertenecer a la especie homo. Entonces me adhiero a esa opción histórica y estética que puede prescindir de Boticelli. Y sin embargo, ya ves: yo también sigo escribiendo.

En "La Colonia Penal" (antes de que Gálvez la llamara así debió haber tenido un nombre, pero vaya uno a recordarlo), la dueña (se llamaba así antes de que Desiderio la llamara Viejaconchaesumadre) me tolera, a pesar de que estoy atrasado en el pago de dos meses, porque ha perdido la voz (a los amigos que vienen a visitarnos y creen que es tuberculosis y temen el contagio les decimos que es cáncer, a los pensionistas que tienen que marcharse por no haber pagado les decimos que es mejor así porque es tuberculosis) y ha perdido el marido, y se sirve de mí, como de un intérprete, para hacerse entender por teléfono. Se sirve de mí porque hace tres meses que estoy sin trabajo y voy poco a la Universidad: vivo pegado al teléfono, que está pegado a la oreja de la vieja que me dicta, con la boca pegada a mi oreja, lo que debo contestar: así estoy enterado de la mitad de sus gestiones para el divorcio, de la mitad de los vencimientos de los pagarés bancarios, de la mitad de las amenazas del prestamista, de los consuelos a las quejas de un Alberto impaciente que al parecer vivía aquí y tuvo que largarse por consejo del abogado pues de otro modo el marido podría negarse a, arguyendo que. A este mismo teléfono Clara me llamará un lunes muy temprano, habrá habido un paseo a la playa al que no habré podido ir, me dirá: "Ayer me porté mal, te llamo para decírtelo antes de que alguien te vaya con el chisme", y yo, con el corazón al revés, tendré que preguntarle: "¿Otra vez? ¿Con quién? Y esta vez ¿por qué?", y en medio de la gana de destruirla a ella destruyéndonos ambos, etc. (porque usted, estimado lector, no puso atención cuando se trató de eso). Pero eso será dentro de un año, ahora no tengo por qué preocuparme, todavía no conozco a Clara, nadie me llama al teléfono.

Es decir, me tolera a medias: en lugar de echarme, puesto que sus reacciones son como los designios de la Providencia, comenzó a reducir mis raciones y ahora me sirven la sopa en la escudilla de la compota, el arroz con carne en el plato del postre, el café con leche en la tacita del café. En el comedor, la población hostil de las pensiones que crece en la humedad de las piezas contiguas, mira de reojo a mi mesa y sonríe. En el fondo, creo que me tienen gratitud: después de que los han

humillado todo el día en un Ministerio, una Dirección, un Departamento, un Banco, por mí se dan cuenta de que deben agradecer ese empleo que maldicen: tener trabajo significa el derecho a sonreír dos veces al día, a las horas de comida.

En estos días, necesito dinero, pero no mucho. He vendido los trajes vendibles que me quedaban (y siempre me convencen sin mayor esfuerzo los compradores de ropa usada), he vendido mis libros como si cometiera un delito (y es increíble qué poco valen sólo porque ya los he leído y no tengo un centavo), pero necesito tomar cada noche por lo menos un café en "El farolito". Al principio Irma me parecía yeguamente bella, luego comenzó a provocarme, como un reto, la agresividad de sus caderas, después me pareció que la quería, pero eso nunca se sabe bien: desgraciadafortunadamente a veces el amor se confunde con el deseo. Por ahora es muy simple: el día tiene razón de ser porque espero la noche para verla y la noche justifica esta vida sin entusiasmo, este durar de café en café, imaginando cómo será la plenitud (con una ella, con esa ella, no faltaba más), pero con urgencia de la plenitud porque a los treinta años uno ya será viejo. En "El farolito" la veo ir y venir, tigra, entre las mesas, y pienso que acaso esté en sus zanjas mi porvenir, ése que antes contemplaba y removía con una cucharita al fondo de mi taza. Necesito dinero, no tanto para el café, sino para la propina con que quisiera demostrarle que la quiero más de cuanto consumo y que un día tendré más de cuanto tengo. Cuando la recibe dice Gracias, pero no me mira. Cuando le dije que me gustaba, y de esto hace ya algunas semanas, me dijo Atrevido. Le pregunté una vez a qué hora salía para esperarla y me contestó Qué se ha creído, grosero. Le dije He comenzado a quererla, Irma, y me dijo Callesé. Lo incomprensible: una simple empleadita de café que se me resiste como si fuera una señorita. Lo indignante: cualquier muerto de hambre, cualquier cholo desarrapado que entra le da palmadas en la espalda y cuando se despiden le estrechan los hombros o la cintura. Y ella no comprende que ellos jamás podrían ser como yo, a quien no mira, ni darle lo que yo, a quien no habla, quisiera poder ofrecerle; eso está a la vista.

Si Irma no existiera todo sería más fácil, podría dedicarme a buscar trabajo, iría a clases, comprendería lo que leo, no me tendría miedo cuando estoy solo, no le tendría pavor a los domingos por la tarde, no vagaría así las noches buscando en

qué café, restaurante o fuente de soda habrá ido a parar. Muchas veces ha sido terrible llegar y no encontrarla, y peor gastar los cincuenta centavos del café y enterarme después, por alguna de sus compañeras, de que era su día libre o de que la cambiaron al turno de día o de que se fue. Me ha sucedido recorrer durante semanas esos locales donde se juntan el hastío, el humo, la cerveza, la desocupación, el hambre, y encontrarla al otro extremo de la ciudad, en la Estación por ejemplo. Entonces la cosa es más grave, porque necesito además para el autobús o tengo que ir a pie, en peregrinación a su nuevo país salpicado de café con leche, mostaza de hot-dogs y mantequilla de sandwichs, y ella yendo del mostrador a la mesa, de la mesa a la caja, llenando el local con la lujuria que se desprende normalmente de sus piernas, como el olor que despiden por la noche los cuerpos dormidos. No le asombra verme después de tantos días y cada vez es como si fuera la primera vez que la fastidio tratando de iniciar un diálogo de amor tan absurdo como, por ejemplo: Irma, ¿no comprende que si la busco es porque la quiero?, y ella: ¿Grande o chico, el café? Pero con los demás, eso sí, con el que entra o el que sale, con el que pide o el que paga, coquetea en una travesura que se me ocurre peligrosa. Es lógico que se trata de una forma de prostitución: ahí están las propinas. Se advierte, por lo dicho, que aún no he sentado a la belleza en mis rodillas pero que la encuentro amarga y he comenzado a injuriarla. Sucede que el verano la desviste poco a poco y echa más cal en mi deseo que es prácticamente lo mismo que la angustia, porque ya no tengo qué vender. Cuando no puedo ni siquiera pagarme un café, camino de arriba abajo por la acera, miro hacia el interior cada vez que paso por la puerta o me detengo en el umbral para ver, pordioseramente, a la tantálica, que no sé por qué creo que me está destinada para ennoblecerla y salvarla, y no me rindo e insisto como si mi actitud de perro tímido le fuera a hacer abrir las piernas, primer paso para volverla una señora. Pero la pobreza total me deja otro sabor nuevo en la boca, sabor a clavos sin ni café siquiera, un sabor de Adán sin Irma.

Anteayer, la Viejemierda me ha hecho desocupar mi pieza: yo sé que es porque no he pagado, pero ella dice que es la más grande de la pensión y que el Lobo Estepario se va a casar. Recogí los pocos libros que no puedo vender porque son mi futuro, mis Códigos, mi Constitución, mi Historia, mis papeles garrapateados de poemas, mi cepillo de dientes, y me he trasla-

dado a este especie de pasadizo entre la que fue mi habitación (que de cubículo vitae va a convertirse en cámara nupcial) y el corredor. Ésta es la primera etapa de un viaje de regreso que sé inevitable, y que pronto terminará en la calle. Por ahora estoy aquí, como dentro de un gran armario en el que apenas cabe el camastro. Para entrar es preciso echarse en él, no hay sitio para estar de pie. Gálvez dirá que es una habitación con aire acondicionado: "el aire entra a condición de que uno salga". Esto debió haber sido depósito de muebles cojos, trastos viejos, pedazos de cosas. Estoy bien aquí, con cuanto soy y tengo: recuerdos quebrados, proyectos con una sola pierna, restos de equivocaciones.

Anoche, cuando me comenzó la fiebre, por la puerta llena de abras que da a la cabecera de la que fue mi cama, sentí que el Lobo Estepario ya había tomado posesión de su cubil. No he dicho aún que es un hombre borroso, empleado de Gobierno, callado, inexistente, solo, que seguramente nos espía y denuncia, que nunca recibe visitas y a quien nadie llama, y cómo va a casarse, con quién, hazme el favor. Yo, en cambio, soy el intelectual joven que promete, inteligente, culto, con grandes aptitudes, lleno de porvenir puesto que no sabe que de poeta que quiere ser terminará en profesor de historia. Y entre las dos almohadas, apenas esta puerta reventada e inútil a través de la cual se puede saber todo lo que pasa en la otra cabeza, en la otra vida: oí abluciones, gárgaras, eructos, orines, suspiros, el ruido de los fósforos, las llaves, las monedas, el sueño.

Hoy me ha aumentado la fiebre. En la tarde le pedí a la señora (la Viejemierda) unas aspirinas y una limonada caliente, y con su voz de conspiradora nocturna o de enamorada clandestina me dijo: Pague primero. Yo sé que es neurasténica como una profesora de danza, aunque no puede gritar, pero tuve la impresión de que bromeaba y en cualquier instante, tal vez dentro de un momento, cuando todos los pensionistas hayan terminado de tragar, seguramente voy a ver entrar a la empleada con las aspirinas y la taza humeante como si viniera por un corredor interminablemente blanco, gorda y blanca, parecida a la enfermera suiza que trabajaba en la Clinique Les Rives de Prangins donde curaban a Herbert von Karajan y curaban sus interpretaciones de Bach que no son lo mismo que las sinfonías de Beethoven y a las hijas de los dictadores latinoamericanos que son todas lesbianas se ha utilizado electroshock en el trata-

miento de las desviaciones sexuales la parálisis temporal en el tratamiento de los alcohólicos crónicos y la apomorfina en el de los toxicómanos sin embargo desde hace algún tiempo se han sustituido esos tipos de condicionamiento aversivo que son menos humanos por los estímulos positivos por ejemplo mostrando a los homosexuales fotografías de mujeres desnudas y estimulándolos a masturbarse después de una inyección de testosterona y también para el tratamiento de los voyeurs y de los falsificadores de cheques y por qué no de los dictadores pero claro cómo puede un país saber de antemano qué hijueputa se va a alzar para curarlo por anticipado y había dijo la suiza la mujer del embajador que se creía modelo y se desnudaba ante el espejo acariciándose los vellos largos que le crecían entre los pechos hortigas entre las fresas la sorpresa que se habrá llevado el marido la noche de bodas mujer de pelo en pecho es un perrito dijo que decía acariciándose yo tengo aquí un perrito queriendo mostrarlo en las recepciones y qué diablos teníamos que hacer Miguel Ángel Asturias y yo en casa de Haya de la Torre disfrazado de inca en su cumpleaños y dejándose besar la mano por las cocineras con antorchas es como para avergonzarse toda la vida pero teníamos otra cara no éramos sino un sueño la fiebre la sed tengo que amanecer mejor ya son dos noches que no la veo Irma la voy a esperar en la esquina hasta que cierren me le acerco y le digo que no sea mala que no sea así que me hace falta camino tranquilamente en la madrugada queriéndonos en una ciudad extraña hay siempre un muro a mi derecha Claudel como si fuera en China o una calle de Chirico o más bien dos árboles no eso no tiene sentido en la baraja del Tarot el Ahorcado por el pie cabeza abajo menos mal que no hay chinches como esa noche en Los Andes cinta negra moviéndose bajo la almohada escena final de Iván el Terrible bajo la cama mis pobres libros después del amor ella se rió y dijo después del amor el animal se queda dormido dormido sobre los laureles sobre la leche con plátano banana-split con trocitos de hielo Jenny desvístete hace calor en el Ecuador borrachos remando en una mesa de billar debe ser qué hora será señor Brecht qué hora será en mi reloj cuándo podré sacar mi reloj de la contaduría y la vieja que empeñó el canario y le llevaba alpiste un puñadito todos los días porque los empleados no tienen corazón ni tiempo ni alpiste y qué le iban a devolver cuando pague qué de su compañero del alma su canario tan

temprano aquí todos tienen reloj y jabón se me está terminando el que encontré en el baño sobre todo porque como me lo robé lo envolví con un periódico como si el dueño fuera a reconocerlo y se gasta porque se pega al papel se comen recíprocamente se carcomen esa polilla atroz que acabaría con todo el papel de la tierra bonos títulos diplomas acciones billetes libros inclusive el Ulyses bueno si sólo fuera algunas páginas que le sobran por querer probar su descubrimiento su ciencia literaria pero ni una de mi Temporada en el Infierno registros archivos documentos leyes qué quedaría de todo eso las comprobaciones legales de nacimiento y defunciones y matrimonios que quedaría de nuestra miserable Edad del Papel Edad de la Palabra palabras palabras palabras artículo 38 del código civil me acuerdo de una película cuando era chico y me enamoré de Shirley Temple carajo dijo Viviña yo cuando era chico no podía ir al cine y me enamoré de la Virgen que mi vieja me puso en la pared claro que podría bañarme a esta hora el agua ha de estar fría pero mejor mañana y esperaré y le diré Irma a qué hora amanecerá parece que ahora todos duermen sería más seguro si todos roncaran si me pongo el impermeable encima de la pijama las aspirinas están en la ventana del comedor robar flores o libros no es un robo con un vaso de agua heladita agua grande helada la segunda ventana después de la puerta carajo los peldaños de mierda que crujen y eso que les conozco el sitio donde no hay que pisar subiendo del lado de la baranda para no hacer ruido, pero no me he levantado todavía, transpiro por todo el cuerpo, muevo la cara sobre la almohada para secármela, con un gran esfuerzo me echo el impermeable sobre los hombros y me incorporo en la cama para salir a buscar las aspirinas. Los peldaños crujen, en realidad, son los del último tramo, bajo el foco que queda encendido toda la noche. Entreabro la puerta y veo a Irma que avanza ladronamente, en puntas de pie, por el corredor. Debe ser la fiebre, me paso la mano por los ojos porque ella no sabe que vivo aquí, no sabe nada de mí, ni mi nombre ni mi amor ni mi deseo, pero es ella: maravilla y miedo. Antes de que se acerque demasiado cierro la puerta, fantasma de Irma, peso corporal de Irma que pasa sigiloso a mi lado. Tiemblo, seguramente por un escalofrío, y no me atrevo a salir. Por las rajaduras de la otra puerta, la que da a la cabecera, me parece oír la voz del Lobo: Creí que no llegabas nunca, y algunas palabras sueltas de Irma: . . .loca por venir. . . no se iban.

Me tiro sobre el camastro y adelgazo los ojos para mirar, inclinando la cabeza sobre un hombro para que entren verticales por las hendiduras de la madera, pero al otro lado los oculta el respaldo de mi ex cama. Mi respiración hace ruido y está muy cerca de ellos, oigo los tambores, las sienes, el corazón que golpean contra la puerta, los puntapiés de la sangre como de lava. Tal vez van a darse cuenta de que los espío, pero el Lobo le dice: Estás guapa. Hay una sonrisa en la voz de ella: Mentiroso, por el apuro no tuve tiempo de peinarme.

Como en ciertas pesadillas yo sé lo que va a pasar y sé que si moviera un hombro, una mano, un dedo todo se desvanecería, pero no puedo, como en ciertas pesadillas, estoy atado al sueño aunque crea que velo, me esfuerzo en vano, comienzo a gritar pero es un ruido hacia adentro, nadie me sacude, no tengo quien me despierte, la angustia me atora, pasa por un hueco demasiado angosto, se mete por mi garganta y rueda la traspiración, me moja las pestañas, salados los labios, y gotea y la recojo en las manos.

¿Alguien te vio entrar?

No, no había nadie.

Sé también lo que se van a decir, lo que todos dicen siempre, lo que nos diríamos si estuviéramos de este lado. Nunca la he tenido tan cerca de mí, prácticamente en mi cama, sin más distancia que la puerta cuarteada y el Lobo. Temo oír lo que supongo, pero temo más los silencios, sé lo que pasa en el silencio de ventosas y adherencias, las voces apagadas por los tapones de algodón furioso de las lenguas. Las manos, también, en el silencio. Que hablen, hostia, que hablen, que hablen sin parar, aunque eso no cambia lo de las manos.

Porque el Lobo: Estás macanuda.

Ella: Así no, me haces doler.

El Lobo: Es que te tengo ganas, me calientas.

Yo: Ven luego, ven a mi lado, ven sobre mí, ven a debajo, hagamos el amor, alguien tiene que hacerlo.

Ella: Amorcito, más despacio.

Pienso que podría pensar que es a mí a quien lo pide, que por fin oigo el ruego que me estaba destinado y para el cual un día preparé la respuesta: Yo sé, te duelo y te desgasto, pero pronto va a refrescar desde tu ombligo: una brisa con noticias de amor para tu sexo.

El Lobo: Te han crecido las tetas de tanto mamarte.

Ella: ¿Te parece? Yo me encuentro más flaca.

El Lobo: Quítate el sostén para ver.

Yo quiero ver también, tengo derecho, ¿no crees?, en esta cópula de ciego, de paralítico. Así. A veces quedas desnuda con tus vellos y no te acuerdas de todo lo que existe, como un sabor a noche, debajo de tus párpados.

Irma ríe con una risa desnuda, y la risa, las palabras, el silencio lleno de carne me golpean las venas, el vientre, los testículos. Yo podría dejar salir por los puños todo el vaho que me ahoga, podría golpear la puerta a puñetazos y puntapiés del alma, gritar Auxilio, Socorro, Vengan todos, y poner fin al grotesco preámbulo auditivo del grotesco espectáculo que me roban. Pero es como cuando soñé que bajaba a la pieza de la vecina medio putona del segundo piso, la que tiene una mirada de viciosa y por eso dicen que trafica con drogas, es el delirio, Irma está aquí, conmigo, lo otro es una monstruosa falsificación, la prueba está en que me dice: Amorcito, me vuelves loca. Cuando yo voy a decirle: Tú me dueles, me equivocas, me armas, me desarmas, el Lobo dice: Cógemela con las dos manos, así, rica, y se me caen mis últimas palabras: Como amotinada contra mí, suavísima.

¿Qué espero: un ruido que me despierte, un jarro de agua en el cerebro, el espasmo en esta masturbación al revés? Ésta es mi boda, no la del Lobo, aún no me he mudado, ésta es mi pieza, ésta es mi cama, ésta es mi mujer. Soñé, fíjate, que me había cambiado de habitación y que oía a través de la puerta lo que yo mismo estaba diciéndote: Hay una ciudad en tus rodillas, un antifaz vibrátil me conduce a tu iglesia. Y en mitad del sueño, el Lobo te decía: Eres velludísima como me gustan las hembras. Después es un poco confuso, no sé quién, si él o yo, dijimos o si fue a dúo: Así te quiero tener, así, debajo de mí, toda la vida.

Me despertaron tal vez los resortes del metal y de la carne, o el nítido alarido de ella: Voy a gozar, voy a gozar, esto es el cielo, o el simultáneo bramido de él, como si se vaciara por la boca: Puta.

¿Y el párpado de gozo que cierra el corazón, mirándose? Barca y barquero revolcados por la misma ola, reposando en otra playa, orillas amorosas ya sin mar entre los dos. Duermes, dorada y desguarnecida, sitio de reciente batalla, sitio de próximas batallas, légamo animal, cadera desplegada como un relámpago.

El Lobo: Hazte a un lado, estás sudando.

Yo: No, rodéame como un agujero, hasta que despierte dentro de ti para siempre.

Ella: Tú me haces feliz, mi macho.

Anduve poco y me recosté en un banco del parque, pensando que allí otras parejas, pero era puro el viento de la madrugada, tranquila el agua de las fuentes, agradecible el sonido de una campana. Allí, entre los faroles, te enterré, lindo burgués con carnet del Partido, Tristán de las cafeterías, Don Juan de cuatro reales, adolescente reciente hambriento todavía de enaguas revueltas y demasiada bohemia metafísica, demasiado Chopin, mucho Bécquer, kilómetros de película con caderas de Rita Hayworth. Con todo ello te fabricaste un molde y en él quisiste hacer entrar a los demás, por la fuerza, cortándoles el corazón para que cupieran. Así te fabricaste un hermoso ataúd. Métete allí, a descansar. (Hubo una pequeña fiesta de matrimonio a la que fui invitado por mi doble condición de ex ocupante del tálamo y de actual vecino, casitestigo y autor ignorado de su epitalamio. Irma me sonrió honestamente, señoramente, cuando la dueña hizo las presentaciones, porque no me conocía. Le pedí que me cambiara de pieza. Pague primero, dijo la Conchesuma con su voz de alguien que conoce un secreto. Aguanta, me dijo Gálvez, cuando se mudó a la buhardilla, éste es el precio de vivir en la capital y de ser universitario. Y no olvides que cualquier cosa, inclusive esto, es preferible a vivir con la madre de uno: eso prolonga su dictadura.)

Decías que no te interesa contar cosas pero las cuentas, porque en este país (siempre le echas la culpa de todo al país) no se puede escribir esa novela inalcanzable en la que no haya personajes que se presten a la farsa de que están viviendo o han vivido una historia. Me gustaría ver si lo logras en otro país: incluso la vieja Virginia Woolf se murió sin haber alcanzado lo que se proponía: una novela cuyo único tema fuera el silencio. Y como todo se reduce a un problema de escritura, te dices que machacas inútilmente las palabras, forjador en hierro frío, y en este momento te parece pedante tu libro a pesar de que confiesas tus vacilaciones y tus dudas, a pesar de que le entregas al lector no sólo las claves de lo que pasa en él sino de lo que pasa con él ("Si uno es derrotado por un proyecto ambicioso, decía Gálvez, qué le vamos a hacer, pero si se trata de una bobería entonces sí es imperdonable"). Si alguien hubiera leído la bobería de esas páginas que acabas de romper te sentirías avergonzado, pero no pudiste impedirte leerlas tú, y te preguntas con asombro ¿fui yo, realmente, quien escribió eso? Claro que quizá sólo sea el fastidio que te causa no haber podido escribir regularmente en los últimos días ("No te preocupes, decía García Márquez, uno viaja, tiene que aceptar invitaciones, se va de vacaciones, cree no hacer nada, pero dentro de cada uno hay un negro que se queda trabajando por nosotros"): ha habido tantas cosas: visitas, cartas, deudas. O es el fastidio consuetudinario: tu jefe te ha puesto a hacer copias de un informe mientras se dedica a largas conversaciones telefonicoeróticas después de haber leído el último número de *Playboy;* anteayer fuiste a comer con una pelotuda que contradecía cada frase tuya "para conservar su personalidad" y creyó que la cena terminaría en la cama, como si hubiera sido posible con esas manos gordas y esa risa estridente.

O un desánimo más profundo porque te has puesto a sacar en
limpio tu libreta de direcciones y cuentas espantado
el número de los que se te han muerto de deslealtad o canallada
los que se te murieron de viaje la que se te murió de matrimonio

los que han muerto de puro asesinados en cárceles y estadios
direcciones a las que ibas como una carta y de las que vuelves con una inscripción diagonal en el corazón "muerto el destinatario se fue sin decir a dónde"
calles números pisos que ya no te sirvan porque sus ocupantes se mudaron con su esperanza a un sótano o una montaña
la puerta a la que llamabas como a una flor porque era una flor la que te abría
y que un botudo rompioempujó de un puntapata
nombres que yacen bajo una cruz en el pequeño cementerio particular de tu libreta
porque en dónde quedan ahora Montevideo Río de Janeiro Buenos Aires Santiago
(señal de que estás corrigiendo esta noche lo que habías escrito hace un año)
alto índice de mortalidad que no compensa el de los pocos recién nacidos a tu vida

Frente a esta soledad que se suma a la(s) otra(s), qué pobre cosa resulta la literatura, la tuya. Pero no puedes prescindir de ella y hasta le agradeces su efecto equanilizante, y revisas, con un aburrimiento de guardián de museo y una soledad de ajedrecista que juega contrasigomismo, estas páginas que habías olvidado. El negro de mierda no ha trabajado bien mientras estuviste ausente de tu libro. O tienes esta impresión sólo porque anoche no pudiste dormir (por razones personales, desde luego, "el insomnio es prueba de individualismo, decía ese compañero chino: durante la Gran Marcha, aun en vísperas de un combate decisivo, todos dormíamos bien"). O habrá que echarle la culpa al hecho de que te esfuerzas por dejar de fumar, y escribir y fumar han sido siempre para ti un solo acto simultáneo. O debes admitir que lo que resulta de ese acto es francamente deplorable: el libro que va saliendo de manos del negro no está hecho con lo indispensable, como sucede en una buena novela policial, como debería suceder en cualquier libro, aunque un escritor latinoamericano, cuyo nombre has prometido no pronunciar a causa de su histórica infamia universal, haya dicho que una novela que se escribiera con la economía de recursos imprescindible en el cuento, sería ilegible. En cambio otro, cuyo nombre has citado ya muchas veces, decía que en el cuento hay que ganarle al lector por K.O., en tanto que en la novela se le gana por puntos. Tu libro —el pobre negro no tiene la culpa—

está lleno de banalidad. Claro que en los vasos griegos las escenas banales de la vida cotidiana se trasforman en episodios de mitología. Y nada hay más cotidiano que las borracheras del Cónsul-Lowry en las cantinas de México, ni más banal que Buck Mulligan, "majestuoso y rollizo", cuando aparece en lo alto de la escalera dispuesto a afeitarse. Esto es parte de nuestra mitología contemporánea. O sea que el problema no está allí, en el episodio cotidiano sino en el vaso-escritura. Por lo demás, quién sabe si los temas trascendentales, sólo comparables a sí mismos —la epopeya triunfante o derrotada de los pueblos—, no nos han disimulado muchas veces, cuando no hubo la correspondencia exacta entre la hazaña y el canto, la pequeñez del escritor consciente o inconscientemente acurrucado a la sombra de esa inmensidad para que proyectemos sobre él las dimensiones del tema. Quizá por esto estamos hartos de esa literatura pretendidamente heroica. Pero no es posible conservar siempre lúcido tu juicio o saber si el cuerpo te juega una mala pasada. Por ejemplo, ¿era efectivamente hermosa esa sonata o te gusta porque estabas con ella la primera vez que la escuchaste, en parte no más, puesto que sus muslos te tapaban los oídos? ¿Era realmente insoportable ese libro de cuya página 28 no pudiste pasar, o fue tu malhumor hepático, y con ligereza imperdonable lo enterraste, con autor y todo, en tu olvido cementerial? Puesto a razonar, para votar en contra invocarás esos motivos que —como en arte todos tienen razón— harán que otro, un otro cualquiera diga, como sucede en la Cámara de Diputados: Exactamente por los mismos motivos, a favor. Resulta imposible demostrar, objetivamente, que una obra es buena o mala: como no disponemos de una clave o de un código de cuantificación de sus valores sino simplemente su pertenencia a una época, desde un punto de vista diacrónico no hay progreso en arte: el *Ulyses* no es "mejor" que la *Odisea,* Henry Moore no es "más grande" que Miguel Ángel, la música electroacústica no es "más moderna" que el canto gregoriano. Pero en cuanto adoptamos un punto de vista sincrónico, todo juicio de valor se apoya, con un miedo animal a lo desconocido, en la comparación con lo que preferimos o con lo que podemos, y ése es el terreno de la aventura, y entonces quién diablos puede ser un árbitro justo, quién no tiene compromisos con su individualismo o con su tribalidad.

Sí, dijo Gálvez que estaba leyendo el Suplemento Literario

Dominical cuando fui a verlo esta mañana. Sería hermoso creer que el señor Daniel Marveggio Pérez, que ha cometido estos versos, y la viejecita que hace unos 70 años cometió ese hijo, sean los únicos que se emocionen con ese texto, pero me temo que nuestra desgracia consiste precisamente en que los lectores que, con toda sinceridad, lo hallan conmovedor, profundo, lleno de nobles sentimientos (como lo demuestra la profusión de mayúsculas, signos de admiración y puntos sucesivos), son mucho más numerosos que los intelectuales que consideramos que, aun cuando jamás se hubiera escrito un solo renglón con el cual comparar los catorce del soneticidio, seguiría siendo lo que es en sí mismo: una mierda desde el punto de vista literario. Pero por otra parte, en arte nadie tiene razón: entonces, al intelectual Álvaro de Puebla debe asombrarle el hecho de que nadie, ni los intelectuales ni los lectores dominicales, encuentren genial esta otra mierda:

Dedicado a mi Madre al cumplir
sus 90 años de edad

¡FELIZ CUMPLEAÑOS MADRE MÍA!

No sé cómo decir cuánto te quiero!...
y te lo digo en verso, Madre mía,
en una forma simple y muy sincera,
deseándote que goces de alegría.

¡Que en tus noventa añitos seas dichosa!
rodeada del amor que has prodigado,
para mí eres Madre, Reina y Diosa.
que quisiera tener siempre a mi lado!

¡Porque tú eres mi luz, mi faro y guía!
te llevo entre mi alma, Madrecita,
porque eres creadora de mis días...

Por eso Tú: Mujer, eres Bendita!
¡Venero tu existencia! Madre pía...
¡Y te lo digo en verso, Madrecita!

¿Por qué esperan
las Américas
en mi colón,
en mis
perezosos
intestinos?

¿Por qué descubren
cosas
que ni
un bledo
me importan?

¿Por qué
a palos
me muelen
mis Santas Marías
mis puertos
y entuertos
desfaciendo?

¿Quién es, entonces, el juez, si no se quiere, porque no se puede, esperar eso que pomposamente se llama el veredicto de la posteridad? Sería fácil aguardar a que pasen los siglos para saber, sentados cómodamente en una falsa falta de opinión, hasta que la historia nos diga, ¿qué? Que Virgilio, a la hora de morir, pidió que quemaran su obra, que Dostoiewsky consideraba a Eugenio Sue como su maestro, que Beethoven envidiaba el estro armónico de Rossini, que Varesse admiraba a Puccini. Entonces no nos queda más remedio que ser uno mismo el juez, con todo el riesgo de nuestras limitaciones, de nuestras equivocaciones, de nuestros aciertos también (qué placer y qué pena encontrar que los recursos cuyo descubrimiento te costó tanta angustia y esfuerzo habían sido empleados ya, por ejemplo por Laurence Stern en su *Tristram Shandy,* en 1759, y tienes que dejarlos aquí precisamente por honestidad, aunque algún perspicaz señale tu "plagio", porque si no creen en tu forma, cómo van a creer en tu verdad), y el riesgo de nuestras preferencias, de nuestra ideología encarnizada, sabiendo que lo que más gusta a los otros no siempre es lo mejor y que detrás de muchas predilecciones no hay sino publicidad. Lo grave, ísimo, es tratar de valorar lo que nosotros hacemos, ser nuestros honestos verdugos contradictorios, aunque no nos importe el juicio de los otros, porque los comentarios del público se parecen mucho a la murmuración. Flaubert decía:"Para mí, escribir es una actividad personal: escribo igual que fumo o duermo."

Sí, dijo Gálvez, pero yo quisiera un buen tabaco y dormir a pierna suelta. Y ya que te acordaste del viejo Flaubert, más valdría tener presente otra frase suya: "De toda la política sólo entiendo una cosa: la rebelión." Es entonces cuando uno quisiera hacer que los demás fumen buenos cigarrillos y duerman bien, conciliar los problemas personalísimos de la creación con los problemas de tu pueblo, sin obligarle a tragarse todo lo tuyo sólo porque crees que, como exigía Rimbaud, "hay que ser absolutamente modernos", y sin darle gusto tampoco, porque

no ha tenido una oportunidad de aprender a escoger. ("Y el hombre de acento oriental repuso con una voz tranquila, con una sonrisa salvaje de fantasma en su rostro de pómulos salientes: —Querido camarada, ¿por qué crees tú que en la revolución todos los hombres deben manejar un fusil? Tal vez toda tu revolución no está hecha nada más que de papel".)

Ése era el símbolo que Gálvez había creado con su *Quasimodo en el campanario:* el del intelectual honesto, considerado como el hombre al cual su ocupación (campanero) le exige o le permite cuestionar el destino de la mayoría, repensarse individualmente, y que desde la altura de su privilegio de clase mira hacia abajo esa corte de los milagros que es nuestro pueblo con su vejentud como una enfermedad congénita, con su hambre hecha de puñaditos de máchica y de-una-limosna-por-el-amor-de-Dios, su desocupación, sus pústulas de afuera y de adentro, sus parásitos (piojos o patrones), su miedo a lo(s) demás, el temblor que le viene desde el castigo incásico y que se prolonga en la comisaría y el infierno, sus muertes dominicales, su desangrarse como una superpoblación en éxodo hacia la extinción. Jorobado, porque frente a ellos ser escritor es una deformidad. Campanero, porque después de reflexionar en los rincones de la noche, sin dejar de pensar en su pobre inútil imposible amor por Esmeralda ("Maestrita de niñas pobres: ¿cuándo va a decidirse a dejar de ser burguesita para comenzar a ser una mujer? Su familia cree que yo puedo contagiarle mis ideas como una lepra, pero usted parece creer que si un día la desvisto no con los ojos sino con las manos, ya no podrá volver a caminar"), puede despertar al pueblo embrutecido por el nembutal de los discursos y de los sermones, anunciándole el terremoto que se acerca y que se puede detectar por el tambaleo de las estructuras podridas, la llegada de los piratas (inversionistas o *marines*), el incendio de la revolución. Y aunque ésta sólo la han hecho y pueden hacerla los pueblos, siempre ha estado impulsada por una ideología, dirigida por intelectuales que, en una sociedad estratificada, no pueden provenir sino de una clase que dispone de los privilegios necesarios para permitirse formar profetas que, por una jugada de la dialéctica, anuncian gozosos la destrucción de su propia clase. Y porque (Jesús, Marat) Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao, Ho Chi Min, Fidel, el Che, venían de una clase más alta, con mala fe o estupidez se ha querido advertir cierta actitud de condescendencia paternalista en el

hecho de haberse puesto junto a (los esclavos del imperio romano, las muchedumbres de París) los proletarios del mundo uníos y los campesinos de Américafricasia. "Si la dialéctica materialista pudiera haber sido concebida en nuestra sociedad por un peón o un leñador, un fresador o un tornero, decía Gálvez, no habría necesidad de hablar de la revolución: para eso ya tendría que estar hecha. Entonces, le decía al Ríspido, cuando con tu actitud de aspirante a Juez apuntas tus pobres adjetivos contra los intelectuales, mandándolos al carajo, ¿a quién los opones, a quién crees defender, como no fuera al ignorante, al idiota ingenuo o al que no ha pasado del estadio instintivo? ¿Y dónde los pones a esos que ya regresaron del futuro, que nos dieron un futuro? Por ellos me siento orgulloso de mi oficio aunque sé que, atrapados en esta torpe telaraña de las relaciones económicas, es preciso que cien indios mueran de hambre para que yo lea un libro, pero igualmente mueren sin que tú leas." "No podemos entendernos, dijo el Ríspido, tú mismo sostenías antes que estabas harto de los intelectuales." "Sí, pero yo evoluciono, en cambio tú." "Ahora en cambio hablamos idiomas diferentes." "No, le contestó Gálvez, lo que pasa es que yo hablo un idioma y tú hablas un dialecto." Ni los críticos por escrito (los gacetilleros de los periódicos) ni los críticos por hablado (los camaradas que se reunían en "El Murcielagario") lograron aproximarse a *Quasimodo*: los primeros dijeron que era confuso, que enturbiaba intencionalmente las aguas para que parecieran profundas, que carecía de unidad, que no conocía o que destruía el idioma, que eso no era una novela sino un cocktail de comunismo, psicoanálisis, teoría literaria y asociaciones de lecturas, que hacía alarde de una cultura libresca, de una tendencia marcada a la confesión impúdica y, sobre todo, de un profundo desprecio por el país y sus instituciones más sagradas, o sea que no comprendieron nada; en cuanto a los otros (aparte sus acusaciones de desviacionismo maoísta, castrista y trotskista, profundo desprecio por el proletariado, abandono de la línea de masas del realismo, admiración por la cultura burguesa y desamericanización de la literatura), sabido es el horror que sienten por los símbolos y los sinónimos.

Agregar al final del capítulo sobre las posibilidades del reencuentro:

V. Rosana no se levantará porque no estará acostada, no le ocultará los pechos ni las nalgas con las manos porque no habrá estado desnuda, no volverá del *Concierto de Aranjuez* a la cama porque la escena no tendrá lugar en la pieza de Desiderio (el único sitio donde podían encontrarse sin que toda la ciudad, todo el país comenzara a sospechar, a enterarse, a repetir que alguien había oído que alguien había dicho que alguien la había visto varias veces con él), porque Desiderio tiene que haber muerto. Mejor dicho, no ha existido todavía, no es una persona en este libro, ni siquiera un proyecto de persona, apenas ese personaje honesto del teatro kabuki, "el-que-se-supone-que-no-está": pequeño, vestido de negro, cubierto el rostro, siempre veloz y a gatas detrás de los actores, colocando en el escenario un asiento en el instante preciso en que el samurai debe sentarse y retirándolo en cuanto se levanta, y gracias al cual, como por prestidigitación, cuando la cortesana extiende una mano pálida de japonesa, hallará al final de los dedos una tetera y dos tazas que no estaban y que desaparecerán cuando el guerrero vaya a abrazarla, a fin de que la escena esté siempre limpia y vacía (porque no se trata de la memoria), sin restos de la inútil utilería del pasado y sin que los objetos engorden de espera y vaticinen lo que va a suceder, y que aquí hace aparecer una habitación, improvisa una cama para el encuentro de una mujer descuartizada entre el aburrimiento de su clase y el desasosiego de la aventura, y un hombre crucificado (sobre ella) entre su desesperación y la huida de su propia circunstancia. Además, "el-que-se-supone-que-no-está" es el apuntador y puede decirte cosas que no estaban previstas y convertirse en algo así como tu conciencia que te reprocha haber olvidado, como todos, esa fractura del mundo de la que se ocuparon los periódicos cuando tenías doce o trece años, y decides que no aparezca, que está demás, sobrante, como el remordimiento. De todos modos, acaso porque hace domingo y tu soledad te

duele hoy peor que entre semana y ninguno de tus personajes te consuela, o porque se te ha muerto un sobrino y piensas en tu hermano, te enterneces y empiezas a sentir pena por el personaje que pudo haber sido, como si realmente hubiera muerto o lo hubieras matado, e imaginas que habría ocupado en "La Colonia Penal" una pieza contigua a la del Lobo Estepario, llena de botellas vacías y de periódicos antiguos, y habría sido antipático al comienzo porque mientras todos nos levantábamos temprano para ir a la Universidad o al trabajo él se quedaría en su cama (no sabíamos que trabajaba las noches como trompetista en un cabaret de mala muerte) leyendo un diario, "esperando una situación" puede haber dicho e inmediatamente yo habría imaginado que aludía al divorcio de la Conchesumadre con la que habría tenido unas relaciones recíprocamente afónicas y unilateralmente póstumas, espantosórdido sacrificio para tener cama-dama-y-chocolate. Con retazos de esa población esponjosa de la pensión te pones a inventarle un pasado para que no tenga que vivirlo: por ejemplo sería su madrina ("y yo era el único perro que le quedaba en la tierra") esa pobre mujer enferma que tenía un puesto en el mercado y que compraba periódicos al peso para envolver ¿qué vendería? ¿habas? ¿chochos? ¿mote? y que, lógicamente, habrá muerto una noche, sin que nadie supiera de qué, como si hubiera médicos, diagnóstico, autopsia cuando se trata de muertos del mercado, en el mismo tugurio donde fue a envejecer en los últimos años, igual que los esquimales y los elefantes que se apartan del grupo y van a esperar morir lejosolosolitarios para no estorbar, y el dueño del cuchitril que iba puntualmente a cobrar habrá aparecido antes de hora, con asco, a desinfectar el cuarto de la muerte, sacando al patio las montañas de periódicos, pidiéndole a Desiderio que se los llevara junto con el cadáver de la vieja y los habría dejado en la esquina hasta volver del cementerio, porque ella era más urgente, y transportarlos a esa otra fosa común, la pensión, ordenándolos en su pieza en rimeros rigurosamente trimestrales. Cada mañana leía el diario correspondiente a la fecha exacta de diez años atrás, y en cuanto nos encontraba en el comedor seguía hablando del curso de la guerra civil española. Los pensionistas ponían-mos demasiada pasión en la comida con el número exacto de frijoles que contuvieran el número mínimo de calorías necesarias para sobrevivir, y no lo tomaban-mos en cuenta, como a un loco. El

primero que se enterneció por su manía inofensiva, aunque resultaba acusadora, fue Gálvez, y le hacía preguntas, interesándose de veras en la agonal hazaña republicana ya olvidada. La cosa va más o menos, respondía Desiderio. Después lo llevaba a su pieza para mostrarle un gran mapa de España casi enteramente cubierto de banderitas rojas que se desplazaban cada día y apenas siete o cinco negras. Pero entonces la cosa va bien, le dijo Gálvez, se diría que los republicanos van a entrar dentro de poco en Francia. Quién sabe, dijo el otro, esto es según mis cábulas, porque yo no puedo creerle a la podrida UP o a la AP. Cuando se libraba la batalla de Teruel, Desiderio bajó indignado al comedor y dirigiéndose a nuestro grupo dijo en voz baja: La Conchesumadre me ha escondido el periódico de hoy sólo porque le estoy debiendo del mes pasado. No supimos si nos habíamos equivocado al imaginarlo revolcándose con ella, "trabajando en hueso" decía Falcón, o si se trataba simplemente de una de esas rupturas para siempre que siempre suelen soldarse con un amasijo de muslos, pero fue la prueba definitiva de que ella le cobraba como a los demás y la primera de que él la odiaba por eso mismo. Tal vez esté confundido en otro montón, le dijo el Ríspido. Cómo crees que yo pueda equivocarme en eso, además me he pasado horas enteras buscándolo. Medio en broma medio en serio, porque estaría discutiendo con Galo, Margarita María le habría dicho: Por qué no lees el periódico de mañana para que te tranquilices. Desiderio la miraría con una compasión atónita e infinita. Pero criatura, ¿te das cuenta de lo que acabas de decir? ¿Cómo quieres que uno lea hoy el periódico de mañana? Cuando regresaba cerca de la madrugada, Desiderio dejaba su puerta entreabierta para oír el momento en que Gálvez volvía del diario y le salía al paso, le invitaba a un trago "en calidad de gorro de dormir" y en cuanto le servía el mallorca en las tazas de café le preguntaba: Qué noticias hay, y Gálvez sabía qué noticias quería que hubiera, y no había, y era inútil tratar de confortarle como a un niño con angina de España, porque al día siguiente, después de haber leído el periódico, le reprocharía la inexactitud de sus informaciones. Gálvez comenzó a consultar en el archivo del diario las viejas colecciones de periódicos. Me siento un poco como un profeta del pasado, decía, y aunque al releer toda esa basura uno comprende qué justo es haber dicho que no se puede escribir la historia de la información separadamente de la historia de la

corrupción de la prensa, me resulta idéntico al gozo de leer, poniendo la cabeza en las posiciones más insólitas, las revistas antiguas con que están empapeladas las zapaterías. Una noche bebieron más de lo habitual, "fue un gorro de dormir con caudas" dijo Desiderio riendo, y Gálvez había intentado desenloquecerlo y actualizarlo. Esa guerra, le había dicho, nos toca a todos, nos duele a todos, fue en cierto modo nuestra propia guerra contra la familia, contra los curas, contra el fascista que se despierta cada día en cada burgués, con la diferencia de que nosotros ganamos, pero han pasado otras cosas, muchas cosas importantes desde entonces: la segunda guerra mundial, el establecimiento de las democracias populares, la guerra de liberación de China que va implantando el socialismo y que será el acontecimiento histórico más importante después del. Todavía no llego a eso, le había dicho Desiderio, recién estoy en la batalla del Ebro. Gálvez contaba cómo se lo quedó mirando, entre entristecido y entresperanzado, aunque bien pudo ser cosa del trago, preguntándole Dime francamente, Cojito, ¿vos crees que esos hijueputas fascistas pueden ganar? No, qué va, cómo te imaginas, le había respondido, y era honesto en ese momento, agregaba, yo mismo trataba de convencerme de que nada de lo sucedido después había sido cierto, no había sucedido todavía, aún nos quedaba la posibilidad de volver atrás y cambiar la historia: por ejemplo, en ese instante, yo tenía trece años y estaba en el colegio de los curas. La Conchesuma sostenía que era a causa de los periódicos que los ratones habían invadido la pensión. Claro, le dijo Desiderio, si es lo único que pueden comer aquí. Gálvez ya había decidido mudarse con su Márgaramaría a un departamento para evitar que, pero las cosas se precipitaron de tal modo que todos nos fuimos yendo, desgranándonos. Comenzó con uno de esos períodos de neurastenia cíclica que le venían a la Concha, como sus menstruaciones de antaño, a fines de mes por el vencimiento de sus deudas y a comienzos de mes por la tardanza en pagar las nuestras. Además, fue la época en que comenzó a aparecer por la casa la Arpía, una beata hermana de la Sumadre, después iba todos los días con sus velos negros, sus granos con pelos y su voz de una gran flauta con la que daba órdenes y nos trataba de vagos tragaldabas —"Bulimia, señora, bulimia" le dijo Falcón— y la Arpía amenazó a su hermana con no volver a poner los pies en la casa que fue de una familia honorable y que nosotros profa-

nábamos convirtiéndola en una cueva de comunistas y de forajidos. Una madrugada, al llegar a su pieza, Desiderio encontró que le habían puesto un candado y debió dormir con el Ríspido. Al día siguiente, la Chesumadre dijo que no retiraría el candado mientras no pagara, la Arpía le preguntó cómo explicaba el hecho de que nadie supiera en qué trabajaba (porque en esa casa llena de imágenes, aunque dejábamos nuestros abrigos colgados en los brazos abiertos de ángeles y santos, cómo íbamos a hablar de orquesta o de cabaret. Era un sitio sórdido: el piso, inclinado, estaba siempre húmedo de cerveza derramada o quién sabe, porque el w.c. daba a la pista de baile y no tenía puerta. Dios mío, dijo Gálvez una vez, haz que ninguna de ésas vaya a orinar mientras yo esté aquí. La orquesta —un pianista, un guitarrista y Desiderio— se acomodaba en un gran nicho que debió haber servido como depósito de carbón. Las mujeres, sentadas en hilera contra la pared, se aburrían esperando a los clientes. Las más solicitadas eran "la Calzón de Lata", "la Chancho en Bandeja" y "la Mea a Brincos". Las demás, con los trajes levantados hasta los muslos, las medias chorreadas, algunas con zapatos de hombre o de básquetbol, otras descalzas. Éstas justificaban —pese a la cerveza y la orina— un letrero escrito con lápiz: "No tire las colillas al suelo, las artistas se queman los pieses", colocado junto a otro que decía: "Se ruega no pegar a la orquesta." En cualquier otra parte, decía Gálvez, serían cortesanas, prostitutas, qué sé yo, pero éstas son caprichos de Goya: tal vez en este aspecto de la economía rige también la ley de la oferta y la demanda). Desiderio le dijo a la Conchesuma que no era la primera persona ni la primera vez que se atrasaba algunos días pero que lo del candado era insultante, y a la Arpía le dijo que ella no era ni su madre ni su conviviente para averiguarle su vida. La beata le dijo que no tenía por qué tolerar en su casa a un delincuente, porque si no podía confesar en qué trabajaba, seguramente era porque, y que había que cuidarse que a lo mejor era un criminal de guerra nazi que recibía oro de Moscú después de haberse escapado de un campo de concentración. Gálvez le dijo entonces a la Arpía que si no creía en Dios era precisamente porque no podía concebir que concediera indiscriminadamente el don de la palabra, a ella por ejemplo, y no sólo a los que lo merecieran por tener algo que decir. La Arpía exigió a la Conchesumadre (pobre, después de todo no era tan como la beata y murió de tuberculosis y de cáncer, pero cuando

la velaron en la gran mesa del comedor y hubo que retirar apresuradamente el cadáver a la mañana siguiente cuando los pensionistas comenzaron a impacientarse por el desayuno porque iban a llegar tarde a su trabajo, la Arpía dijo que la habían matado las contrariedades que le habían causado Gálvez y Desiderio) que les hiciera desocupar inmediatamente las dos piezas. A Desiderio tuvimos que ayudarlo en la que fue solamente la primera de una serie de mudanzas que duró algunos años, pues decidió estudiar en serio para ver si entraba un día en eso que llamaban Sinfónica, pero ningún vecino toleraba su instrumento. Por qué no se me habrá ocurrido más bien el piano, decía. Por suerte para los amigos, dijo el Ríspido, ya tenemos bastante con tus periódicos. Al fin encontró esa habitación en una casita en las afueras de la ciudad.

Si hubiera existido y hubiese muerto y hubiera una postvida sería lindo que estuviera allí ahora, esperando otras noticias, cambiándole el resultado a la guerra, como quien le va pegando esparadrapos al destino. Pero tú, el poderoso tú, el autor, no eres tan todopoderoso que digamos, e incluso si quisieras ya no puedes hacer que Desiderio exista, aunque lo merezca más que tus amantes y tus intelectuales y tus niñitos de mierda, porque no te es dable alterar la historia, ni siquiera en un libro, y no puedes hacer que "el-que-se-supone-que-no-está", esté. Además, nadie te obliga a darle un rostro, una vida a cada nombre que pasa por estas páginas. Por tanto, prescindes de Desiderio: A) porque después de haber cumplido su trabajo de tramoyista resulta superfluo; B) porque el encuentro ya no tendrá lugar nunca más en una cama. Será, pues, en otro sitio, un café (Pero ¿estás loco? ¿Y si me ven? ¿Crees que porque tú has olvidado, la gente olvida?) o en un cine como Gálvez, en la última fila del mezzanine, en el rincón de la derecha, y ella entrando cuando las luces estén apagadas, o sea que él no podrá ver el envejecimiento de Rosana en el descenso de los pechos o el ablandamiento del vientre sino acariciándole las arrugas del cuello o besándole la dentadura postiza, y esa sonrisa hecha de nerviosidad por la inminencia, la última oportunidad otoñocrepuscular de vivir su aventura ahora que los años le van cayendo a una, fíjate que ya soy abuela, shshsh, silencio, o en un parque, imposible, entonces en casa de alguna amiga, pero quién que no fuera a comprometerla, ¿y nuevamente los primeros pasos a la misma clandestinidad? y la alegría de verte porque desde que

supe que venías no podía pensar en nada sino en este momento, le dirá ella, creyendo que todo tiene que volver a ser otra vez de nuevo como antes, y él pensando ¿era esto lo que amé? ¿esto? ¿amé? ¿cuál de los dos cambió o ambos? ¿ningún hombre entra dos veces en la misma, etcétera? Y al entrar, "la femme qui est dans mon lit n'a plus vingt ans depuis longtemps". Y él, ¿desde cuándo no tiene veinte años? Creo que en el fondo no nos amamos nunca, querrá decirle él, cada uno trataba de huir de su propio infierno y fuimos a caer en ese paraíso desesperado. Yo sí te amaba, como una loca. Yo, en cambio, cuando nos veo de lejos tengo vergüenza de lo que fuimos, porque de qué amor podemos hablar, si sólo tuvimos la mentira y el miedo con que nos ensuciábamos, esos encuentros fugaces y a escondidas en las sábanas de otro. ¿Te acuerdas, le dirá ella, que mi ilusión más grande, mi mayor deseo era pasar una noche entera contigo? Y yo, poder acariciarte las manos sobre la mesa de un restaurante, poder ir a un restaurante, y nunca pudimos, piensa decirle él ("en el concurso promovido por la Muy Ilustre Municipalidad entre las escuelas públicas de esta ciudad sobre el tema de la Navidad, el primer premio fue adjudicado al alumno Ernesto Vásquez de la Escuela Bolívar por su composición en la que pide con motivo de la tradicional fiesta hogareña que se aproxima 'una palanqueta de pan, pero entera' "), y no tuvimos sino pedazos, gotas, minutos del otro, y a eso que era error de pordioseros le llamamos amor. Tú eres para mí lo único, le dirá ella, lo único que he tenido en mi vida. No, deberá decirle él, yo fui lo único que no tenías, y ya hablamos de eso, ¿no recuerdas la última vez?

IV. Rosana no se levantó a poner el disco, no se había desvestido, porque lloraba, y no quiso el beso que él buscaba, aunque más que a whisky debía saber a sal. Pero el deseo no siempre entiende esas cosas, se enquista y actúa por su cuenta y es difícil comprenderlo. A veces, cargado de sufrimiento el semen, puede verter en ella el uno con el otro, llenarla, y luego quedar como limpio de dolor, vacío de angustia, diciéndose que todo no era sino cuestión de higiene. Pero ahí están las comprobaciones, la despedida que se acerca, el llanto. Por eso a veces, cuando acaban de hacer el amor –"Y a mí qué carajo me importa que sea un anglicismo o un galicismo, dijo Gálvez, si no hay un solo hispanismo que no fuera zoológico o médico o vulgar, y,

sobre todo, si el amor se va haciendo cada vez que se hace el amor y aun así no siempre queda hecho"–, resta esa tristeza ya sin violencia, esa languidez desesperada que no hace sino prolongar un estado presexual de no-suicidio. Él tenía su cabeza entre los pechos de ella. Yo habría querido que ésta hubiera sido mi almohada para siempre, le dijo. Yo esperaré a que vuelvas, dijo ella. Cuando regrese todo será distinto, dijo él, o tal vez tú puedas ir y nos juntamos allá, pero sabiendo que todo eso era falso, pero metiéndole la mano suavemente entre las piernas, tocando sus ligas, la franja carnal sobre las medias acariciando los vellos de esa axila húmeda. Pero su llanto era tenaz e iba mal con su sensualidad abierta como la de una judía, y Rosana se vengaba de antemano, negándose a que la llenara de él y de su dolor compartido, porque ¿y cuando él no esté para descargarla de su resentimiento, de su amargura de sometida, de ese mal aliento a fracaso que tiene el que se queda solo? Te enamorarás de otra, ya verás, y no tendrás necesidad de mí. Pero ahora tenía necesidad, como las otras veces, esa necesidad sexual de outsiders, agravada por la proximidad de la huida o por ese rostro lloroso y dolorido que en algo se parece al que suele tener en el momento en que se diría que le duele el gozo y ella suele retenerlo con los brazos y las piernas furiosas para que no dejara de hacerle doler, para que no saliera de ella, pero sin atreverte a decirlo como lo dirían Miller o Burroughs, no por pudor sino por esa hipocresía de señora con sombrero de nuestra literatura y de nuestros lectores: "No soy un crítico literario pero estimo que este libro es una historia familiar y que, por el carácter de los personajes principales, debe ser un libro limpio y no lo es. Es folclórico y autóctono y hay que señalar que difícilmente se podría escribir algo más bonito. Sin embargo, creo que esta obra no puede ponerse en las manos de las mujeres. . . Esta obra es exclusivamente para hombres. Los críticos europeos solamente han mirado en una dirección: el mercado de los países adelantados y preparados para leer esta clase de libros, países en los cuales las personas, por su elevada cultura, consideran algunos capítulos como una cosa natural dentro de cualquier obra y no les causa ningún impacto. Pero aquí, donde la cultura es pobrísima, la cosa es totalmente distinta en un 90 por ciento. La obra no es para una biblioteca familiar, ya que los

¿Me puedes decir por qué el tiempo se gasta tan rápido cuando estamos juntos? dijo Bichito. Porque lo consumimos entre dos: lo mismo sucede con el café y los cigarrillos.

niños, las damas y muchas otras personas que la leyeran no se sentirían bien. Es una obra para lectores seleccionados, pero si consideramos que el pueblo es esencialmente cristiano, quizás la difusión del libro se dificultará, porque el material de algunos capítulos daría lugar a críticas severas. El ejemplar que ha llegado a mis manos lo conservo en mi oficina porque no me atrevo a llevarlo a mi casa. Debo decir, para terminar, que estoy de acuerdo con la censura de España que, por varias veces, impidió la impresión de esta obra." Esto sólo bastaría para irse, pero ella no lo comprendería. Será difícil sintigo, le dijo él, porque no hay otra sino tú. No hay otra, no me hagas reír: dices que me quieres pero te vas, para ti siempre ha habido cosas más importantes que yo. Y si me quedara, de qué serviría si de todos modos no quieres vivir conmigo. Tú sabes que no es que no quiero sino que no puedo, sabes que él no me daría el divorcio ni muerto, que nunca admitiría que su matrimonio ha fracasado, que ha perdido su mujer, sabes que no puedo dejarle a mi hija sola con él. Y sintiendo que la mano comenzaba a tranquilizarla porque comenzaba a inquietarla en la región del sur, aunque tenía la sospecha de que lo que fue ceremonial se iba convirtiendo en estrategia, ella sonrió para decirle: Si te quedaras tendríamos lo que tenemos, por lo menos. Él retiró la caricia, sintiendo cómo se le deshilachaba el deseo, diciéndole: Sí, esto: camas prestadas, llanto, reproches, esperar cuatro días sin salir por acaso puedas llamar al teléfono, quince días para vernos, vernos para herirnos, y saber que el Cretino te estará manoseando en la noche: francamente, es una aberración. No me vengas ahora con pretextos, dijo ella, porque sabes que no es así. Él a veces no sabe si sabe, porque nunca se está celoso del marido, pero duda porque también le es necesario no creer para acostumbrarse a esperar lo peor y no temer por falta de imaginación. Eso sí, sabe que es injusto: cuando la huelga sexual de Rosana enfurecía al Cretino, él, que no se sentía tacaño con su tesorotrasero ni hambriento en el intermitente banquete bicorpóreo, le sugería, trataba de convencerla, le pedía que para no empeorar la situación lo aplacara de vez en cuando. Unas migajas de amor, dijo ella tristemente y a él le pareció que una expresión como ésa era suficiente para hacer que se ame menos o se deje de amar, o esas otras, pechos turgentes, garganta ebúrnea, desdén olímpico, orgullo satánico, madrecita santa, o palabras como deletéreo, cerúleo, plúmbeo, empero, futura-

ble, sublime, munificente. Porque sin amor, dijo él, aquello no pasaba de ser un ridículo frotamiento que no le hería y, además, dijo, la huelga de Lisístrata tenía como objetivo la paz, un asunto de Estado, y no un estado de guerra permanente, y se sintió pedante con su inútil alusión aristofánica que ella dejó pasar por piedad para con ambos. Rosana no pareció querer ser ni tan lúcida ni tan generosa ni tan cínica como él, y se negó a las migajas. No vas a creerme, le había contado la primera vez, pero cuando nos casamos él también era virgen, y estoy segura de que después nunca ha estado con otra, no por fidelidad, porque yo no cuento, sino porque para él las mujeres son sucias o cholas o enfermas. Tal vez es muy hábil para hacértelo creer, le había dicho él. O muy tímido, le había dicho ella, pero tiene verdadero pavor por las enfermedades venéreas. Sus tíos deben haber conocido varias, había dicho él, y hasta su padre. Pero esa tarde le dijo: Mira, si tú te decidieras y nos atreviéramos tal vez podríamos ser felices. Cómo, le preguntó Rosana besándole la oreja, si estoy cercada por todas partes. Porque tú no quieres renunciar a nada, le dijo él retirándose bajo el efecto anafrodisiaco del rencor, quieres conservar tu casa, tu hacienda, tus sirvientes, tu automóvil, tu círculo de ociosidad y de prestigio, es decir, tu marido, y todo ello con el noble pretexto de tu hija, porque tú no te casaste con un hombre sino con la burguesía, y es de ella de quien no puedes separarte. Eres injusto, le dijo Rosana, sabes bien que nada de eso, salvo mi hija, me pertenece, que todo lo demás es de él. Es tuyo, te compró con eso, dijo él, y le pagas con obediencia y cobardía. Francamente, no sé cómo puedes, le dijo Rosana, tú eres el cobarde que dice que me quiere pero que se va y me deja como si todo lo que hicimos juntos lo hubiera hecho yo sola. Vente conmigo entonces. Sí, ése es tu chantaje, y tú ¿por qué no te quedas? tú sabes que eres lo único que tengo, pero, claro, eso no te importa. No, le dijo él, yo soy lo único que te faltaba y querías tener, y no te importé nunca. Y se puso a beber, sin dejar el vaso, a fumar en silencio, leyendo o como si, un periódico de veinte años atrás, para no escuchar todo lo que sabía de memoria, el monodiálogo de ayer de hace una semana de hace un mes (sin saber que ya no lo oiría más) esta calientabraguetas que tarda demasiado en llorar lavarse pintarse vestirse largarse demasiado en devolverme a mi soledad que no es tan mala al fin de cuentas por lo menos se está más tranquilo sin arrecharse y todo para nada una grandísima

Habría podido telefonear al Cretino, como todas las semanas, y hacerse invitar a pasar el domingo en su casa puesto que no sospechaba nada: cómo iba él a imaginar que su mujer, la suya, propia, de él, pudiera ni siquiera remotamente, y entonces esa estupidización generalizada del domingo p.m. ("¿Alguna vez hiciste o escuchaste una reflexión inteligente un domingo por la tarde, aun sin haber bebido el sábado?" preguntaba Gálvez) encontraría un ambiente ideal después del almuerzo en la oprobiosa compañía del marido sobrante ("Para mí, *el otro* es él, no tú" le había dicho Rosana sin advertir que se delataba, ignorando la pobre que ya desde Marx se sabe que las ideas no existen separadas del lenguaje: para su clase, "el otro", "la otra" designan, con toneladas de desprecio, a una persona extraña y extranjera –apartheid del destino–, intrusa en un mundo que no le pertenece y en el cual sólo los otros tienen el derecho de amar; el pueblo suele llamarlos con palabras que expresan una situación de amor o forma de existencia: "amante", "querida", "moza", "conviviente") y la banalidad de sus frases, "vos sabes que no tengo tiempo para literaturas ni pendejadas de ésas" (y era verdad: las dos únicas concesiones que hizo en su vida fue colocar en el cuarto de Divina, bajo vidrio y con marco el ¿poema? *Si,* de Rudyard Kipling, y de haber salido de una reunión diciendo "Buenas noches señoras, buenas noches dignísimas señoras" que, después de todo, recuerda una frase del acto IV, escena V, del *Hamlet*), sobre cuestiones agropecuarias que para él, en compensación, eran como la literatura para el Cretino, y también con dos excepciones: el cólera aviar y la fiebre aftosa, o sobre la farra ministerial o bancaria de anoche o, cuando más, en la cumbre de lo trascendental, "no sé qué puedes encontrarle de bueno a El año pasado en Marienbad como no sea para dártelas de intelectual, lo que es yo en las películas francesas me duermo", con las repetidas entradas inoportunas de la crispante Divina en escena, "no encuentro mi muñeca dormilona mamá", "ven hazme tocar el piano mamá",

"no quiero que salgas esta noche mamá", y unos tragos, muchos mismo, desde temprano, para no estar a las 5 de la tarde en condiciones de recibir la visita puntual de sus fantasmas dominicales ("Tú tienes suerte, le dijo el Fakir, los míos en cambio vienen cada día"), algunos tangos o boleros porque Rosana no se atrevía a poner un disco de Ornette Coleman ("Ése es mi retrato, ¿sabes?" le dijo una vez oyendo *Lonely Woman*), Oscar Peterson, Charles Mingus o Thelonious Monk comprados como quien peca, entrando al almacén de música como a la habitación de Desiderio, "esta cojuda, será por consejo tuyo, metida a oír música de iglesia o de jazz que no nos ha gustado nunca", y todo ello traería tácitamente un comienzo de reconciliación, sin tener que esperar a que Rosana lo llamara cuando se hubiera desenojado, en lugar de perder las primeras medias horas de una próxima tarde todavía no prevista en lamentaciones de calidad pseudoliteraria, para ti no fui sino un juguete que un niño tira cuando se cansa, en aclaraciones, yo no dije eso, sí dijiste, explicaciones, cómo fuiste capaz, perdonamé, Gálvez había dicho: "No es verdad que las mujeres engañen al marido con su mejor amigo, lo que sucede es que se dan modos para que el amante llegue a ser su amigo íntimo a fin de poder verse los fines de semana", pero no era precisamente su caso puesto que: 1°] se conocían desde la escuela; 2°] porque lo conocía, no era realmente su amigo, y 3°] frecuentaba la casa mucho antes de "la primera vez no te quería ¿sabes?", sino que de pronto halló que él no era tan moderno ni tan europeo que digamos, que no podía seguir soportando esa comedia semanal sucia de una triple mentira: a] el Cretino, con los ojos opacados por un pus de trago y de semen acumulado desde la huelga de Rosana, se ponía a bailar con ella después de haber enrollado la alfombra, y le acariciaba la loma de la cadera o se sentaba a su lado y le levantaba ligeramente el borde de la falda para pasarle una mano intrusa por las rodillas a fin de que todos, y sobre todo él, vieran que huelga o no huelga seguía siendo el marido carajo; b] él aprovechaba ese gesto para mirar lo que de esas piernas quedaba visible, recordando cuando toda ella era lamida por sus ojos ("me hacen cosquillas tus pestañas") pero indignándole esa mano ajena, extraña y extranjera, y sin atreverse a bailar por miedo a que por apretarla demasiado se le viera el deseo; c] Rosana trataba de encontrar una sonrisa que la situara permanentemente en el límite justo de la puerta del hogar, más bien

hacia adentro, y lo miraba de reojo entre desaprensiva, culpable e inocente a fin de que él comprendiera que "lo hace por despecho, por herirte, porque tú sabes que soy tuya, y cuando se han ido las visitas y tú te vas no se atreve a tocarme porque no me dejo", y entonces advirtió que el fin de semana sería tan vacío que lo devoraría: cuando un hombre se empareja le dedica a esa mujer todo su tiempo libre, o, mejor dicho, el tiempo libre de ella, faltando a sus cursos, el rector le había llamado la atención por sus repetidas ausencias que ponían en peligro su puesto, y Rosana que prefería a veces ir a la peluquería, "es por ti que me arreglo", y el resto del tiempo al recuerdo que es la antípoda del cuerpo, al desasosiego, a la casiangustia, rechazando a los seres y las cosas que no han estado en contacto con ella, y cuando está solo, es decir desmujerado, vuelve los ojos a las cosas y los seres y éstos se desquitan, ya no están o están ocupados, lo rechazan resentidos, como a un poeta, de modo que el fin de semana probablemente no le ofrecería más soluciones que la anestesia boba de 120 minutos de una mala función de cine, dejarse caer esta noche por "El Murcielagario" donde le pondrían mala cara porque hacía mucho que no había vuelto y los amigos medían la amistad por la frecuencia con que se emborrachaban juntos, es decir que los seres y las cosas etc., o visitar mañana a Gálvez y hacerle el mal regalo de su desánimo, sin escucharle nada de lo que pudiera decirle sobre literatura o política, con la cabeza en otra parte, entre los pechos o las piernas de ella, de modo que decidió ir a la playa y descender masoquistamente hasta las últimas consecuencias de la soledad, recordando la mañana en que él le ofreció hace ¿cuánto? la felicidad que estaba "allá, en la otra orilla", además en el Casino siempre hay una mujer, generalmente una norteamericana, dispuesta, porque aun cuando sabe que el llanto de Rosana es sólo un fantasma mensual que se desvanece con las primeras caricias tras sus lágrimas esta vez pudiera ser que no, y metió en un maletín el pantalón de baño, dos camisas, dos calzoncillos, dos pares de calcetines, el tubo de dentífrico, el cepillo de dientes, dos pañuelos, la Phillipshave, la After Shave Lotion, uno de los *Enigmas* de Patrick Quentin y fue a ver al portero, le dio un billete de, para que hiciera una limpieza a fondo de su habitación que hacía tiempo que no, le dijo que volvería el martes a las, y partió al aeropuerto.

SU HORÓSCOPO PARA HOY

Aries (21 de marzo-20 de abril)

Corazón: Relaciones afectivas interesantes, animadas y llenas de promesas. Relaciones amistosas intensas, mayor aprecio en la sociedad. Novedades afectivas si su corazón está disponible. Discusiones sin consecuencias en la familia. Acuerdo perfecto con Capricornio.
Salud: Fuerza vulnerable. Tensión, riesgos de imprudencia.
Vida social: Excelentes perspectivas, posibilidades de cambiar, de mejorar y, al mismo tiempo, de consolidar su situación. Siga siempre su intuición sobre todo si debe elegir o tomar una decisión. Soluciones materiales.
Mi consejo: No se deje desanimar por pequeñas contrariedades momentáneas. Muéstrese más comprensiva hacia los demás que la apreciarán mejor y estarán dispuestos a ayudarla.

gladyscita alfonsito cómo están pasen adelante acabo de telefonearles creyendo que ya no vendrían – perdónanos fabián pero nos acostamos a las cinco – cuando no les vi esta mañana en misa ya me supuse que han de haber estado – sí hijo menos mal que podemos ir a la de la tarde – tuvimos una fiesta donde los – mamacita papacito qué sorpresa estaba arriba arreglándome y les oí – qués pues mijita no sabrías que estábamos invitados – les juro que no fabián no me había dicho nada – para nosotros también fue sorpresa sobre todo porque hace tanto que no nos – han de querer un aperitivo para el chuchaque ¿no? – ah no fabián nada de trago mejor pasemos nomás a la mesa porque lo que es hambre – pero claro vengan pasen – mamacita aquí a mi lado – por favor alfonsito usted acá – yo quiero al lado de mi abuelita – no moleste divina usted en su puesto de siempre – ¿y qué tal estuvo la – déjale nomás mijita a mi guagua a mi lado – bastante divertida hijo pero a mi edad el hígado se resiente – hum anoche no parecías acordarte del hígado porque duro le diste a la botella – por suerte le dije a la chola que haga una comida sana gladyscita – ay qué bueno es estar a los tiempos en familia porque ustedes bastante farristas se han vuelto – vean quién habla acaso que nosotros anoche – ¿y siguen viviendo todavía en el mismo departamento de la? – sí hija y yo no me

explico si no es por tacañería porque con lo que él gana bien podrían – no alfonsito hace años que no los vemos medio resentidos creo que andan – un poquito de sopa mamacita – bueno mijita pero medioplato nomás – yo no quiero sopa mamá – caramba divina no empieces a fastidiar – mi guagua linda siempre igualita – siempre malcriada querrá decir – ¿y quién la malcría carajo? – tú pues que le toleras todo – lo que pasa es que mi nietita tiene personalidad – así se ha de hacer respetar cuando sea grande ve rosana pásame el ají – nosotros también no creas les hemos visto a los tiempos – si vieras cómo ha envejecido la pobre – ahí dándole que dándole alfonsito – cuando me acuerdo cómo era la liria antes de que tú – el trabajo pues alfonsito el trabajo – vos sabes mijita que a mí no me gusta meterme en lo que no me importa pero no pude aguantarme y tuve que decirle – cómo se le ocurre alfonso si el promedio de una holstein – lo peor es que era el mismo que se puso para el matrimonio de la – ¿uno verde con encajes? – ése ése siempre ha sido medio chabacana y aunque la mona se vista de seda – por eso mismo te digo hijo que las ordeñadoras mecánicas – vos sabes que no se podían ver desde que el marido – yo creo que por ahí vamos en producción con la avelina – no mijita gracias me encanta la langosta pero tú sabes – caramba divina espere que le sirvan – pruebe un poquito aunque sea gladyscita como es hervida no le ha de hacer – no sino que con la devaluación de la moneda y la política que se está poniendo – cose bien la chulla ésa no cobra caro y viene a la casa para la prueba – ni más faltara que una tenga que ir donde ella –divina estás haciendo todo un asco – yo creo que vamos a una dictadura – las reumas han de ser me dijo el doctor – qué me va a decir a mí alfonso yo sé por qué le digo – no sé hijo a mí me han dicho gentes que están comprometidas – uy si los doctores de ahora no saben nada no sé qué es lo que aprenden en la universidad – comunismo gladyscita comunismo eso es lo que aprenden – a propósito ¿no saben la última? – si tenemos el gobierno por el mango papá estuvo ayer en una reunión con los ministros y me dijo que el ejército – diz que se van a divorciar – no te creo – a mí no me gustan los chismes mijita y menos por teléfono pero esta mañana hablamos largo y entonces – ¿no ve gladyscita? ahí está la obra de los comunistas ateos – menos mal que el estado mayor se mantiene – yo siempre he sostenido que la familia es la célula de la – caramba divina cuándo va a aprender a comer como la

gente – ¿y cómo quieres que coma el pollo pedazo de estúpida si no es con la mano? – cálmate fabián no es para tanto – como te iba diciendo creo que la charo está otra vez encinta – y esta vez parece que no le puede achacar al marido – no seas tan deslenguado alfonso – ve rosana pásame la sal – y cómo así no han tenido invitados ahora porque con ustedes ya no hay cómo contar los domingos – y ustedes ¿no serán pues invitados? – gracias fabián tú siempre tan amable – divina por favor – el ministro le avisó a papá unos días antes del decreto y ni tonto ni perezoso saqué los dólares al extranjero – no hijo no me sirvas más – pruebe aunque sólo sea una copa alfonsito éste es francés – qué le pasa mamacita si es mayor que yo verá cuando estábamos en el colegio de la providencia – lo que es yo con mano de hierro le tengo a la peonada para que no me vengan con – divina ¿cómo se le ocurre echarle mostaza al queique? – todos los chicos hacen travesuras mijita – ahora que se lo coma a ver si le gusta – no seas tan severa hija – es que alguien tiene que educarla papá – no te vendrás a hacer la pedagoga ¿no? todavía no me he muerto – ya van a comenzar otra vez – ustedes sí que son – no sé qué le pasa a mi mujer que le ha dado últimamente contra la guagua – bueno bueno no se pongan así – es que las iras que ésta me hace tener – carajo fabián he comido como alquilado – después te andas quejando – y vos vieja cuando te quejas de tus reumas – ele bonito ¿culpa mía será que llueva? – tomemos el café en el salón si le parece mamacita – gládyscita alfonsito vengan – a mí ya sabes mijita sin azúcar – claro sin azúcar pero te comiste un pedazo de torta más grande que qué – y yo acaso que me estoy fijando en el coñac que le hechas al café – ya ves lo que son las mujeres comparar un buen coñac con un pedazo de torta – no mijita nada más bien voy a subir arriba a descansar un ratito – lo que es yo voy a echar una siestita pero aquí mismo sentado – ¿le molesta la música alfonsito? – no fabián en absoluto no te preocupes – porque si quiere papacito le pongo más despacio – no hija el problema es más bien para ustedes que no van a oír nada porque mi mujer dice que sé roncar – ya voy a decirle a la chola que le saque a la guagua a jugar en el jardín para que no le haga bulla – no te preocupes hijo si vieras el sue

(No, no es por ahí la cosa, diría Gálvez. Sabes que ese trozo de domingo debería –deberá– ser tratado de otra manera. Eviden-

temente, no se puede emplear el mismo estilo ni la misma técnica para expresar las reflexiones de un hombre solo, e intelectual por añadidura, y una conversación, más aun si se trata de tres imbéciles y una mediocrizada ["Ya ni siquiera me acuerdo qué eran las cotiledóneas" le dijo Rosana. "Y el azul marino, le dijo él, ¿te acuerdas qué era el azul marino?" "No, tampoco" "La fortaleza coja. Tú misma se lo enseñaste a Gálvez cuando aún eras Ana Rosa"] y quienes no logran entenderlo hablan de "falta de unidad", como si la unidad fuera forzosa, como si todas las situaciones fueran uniformes, como si no hubiera fracturas en nuestra torpe realidad. Tu problema es otro. Sucede, como se sabe, que la verdad de la novela está compuesta de signos y de símbolos diferentes a los del mundo, y lo olvidaste, caíste en esa tendencia que se señalaba a los novelistas contemporáneos de Gide, de interpretar como si fueran *objetos* (por oposición a *sujetos*) a los personajes que no te atraen, que ni siquiera son personajes sino personas, a las que pintas en lugar de interpretar. O sea que se trata, más que de la "falta de objetividad" de que te acusan, de un exceso de objetivismo, y ya no se puede ser objetivo, porque todos los valores de la burguesía son falsos. Alguien ha dicho que Proust se deja invadir por los objetos en lugar de golpearse contra ellos como Joyce. Otro alguien, que Balzac ha observado más el mobiliario que los caracteres. Pero a ti las cosas te preocupan poco, casi nada, y acabas de darte cuenta de que los únicos objetos de tu libro son esos "personajes:" signo de tu época en la que las cosas gobiernan y han cosificado al hombre, y como si fueran objetos, describes a esas personas sin traducirlas al lenguaje novelístico. Cuando, mientras escribías a desgano estas últimas páginas, te decías que tú no eres Valéry pero que podías decir, honestamente, como Monsieur Teste "La bêtise n'est pas mon fort", tenías conciencia de la estupidez de esa conversación, pero de qué otra manera podían hablar esas personas reunidas para comer. La crisis de los valores es una crisis del lenguaje y qué valores existen o subsisten en esa pequeña burguesía nuestra, más pequeña que burguesa, tan falta de tradición, es decir, de cultura, y tan falta de autênticidad que, aun cuando hayan poseído siempre el dinero, siempre piensan y actúan como nuevos ricos y se expresan, por lo mismo, con una caricatura de lenguaje que no es el de su clase y tampoco es del pueblo. Personajes chatos (no en el sentido que les daba Forster, los

que están dados desde el comienzo, en oposición a los personajes redondos que se desarrollan a lo largo del libro), sin espesor ni profundidad, desprovistos de esa tercera dimensión que es donde se forman la conciencia y el lenguaje. En el caso de los indios de Licán pensaste detenerte a reflexionar en el desgarramiento de los seres puestos a comunicarse con una expresión no adquirida, porque no la necesitaron en su minúsculo universo propio, ya hecho pedazos; pero al tratarse de los comensales de ese domingo, es preciso hablar de una expresión degradada que corresponde a su existencia. Claro que la observación de Cioram puede aplicarse a todo el lenguaje, incluso al literario, pero no puedes resistir a la necesidad de reproducirla aquí, porque explica en parte tu renuncia a seguir relatando la escena: "La miseria de la expresión, que es la miseria del espíritu, se manifiesta en la indigencia de las palabras: los atributos merced a los cuales determinamos las cosas y las sensaciones yacen finalmente ante nosotros como carroñas verbales." O sea que la poesía, guambritos, es muy difícil. Pero tu error, además, radica en un problema de realización estética: has reconstruido en todos sus detalles —"el detalle es atroz"— conversaciones textuales de esos mamarrachos del folklore pseudocapitalista, tan mamarrachos e inauténticos que se consideran nobles, y que escuchaste hace mucho porque, por razones de higiene, hace mucho que construiste tu vida lejos de ellos, y confundiste, como cualquier aficionado, exactitud con realidad: igual habría dado servirte de una grabadora, y esto no es un reportaje tampoco. Ahora te justificas diciéndote que no te interesa, que no tienes por qué ser caritativo con esa gente y presentarla como personajes, que expresarla con un lenguaje de símbolos y de signos literarios sería hacerle ya un gran favor, y este libro está dictado también por el odio, y mandas a la mierda la impersonalidad del relato, la norma de que el autor no opine a través de sus personajes, porque hay también muchos maricones que para no tomar partido se valen de la diversidad de opiniones que se equilibran en su novela, y te metes a opinar abiertamente sobre las cosas y las personas para no identificarte con ellas, porque tu expericonciencia es distinta. Lo malo está en que el realismo no es el arte y no siempre es la realidad, y viceversa: cuando Jorge Sanjinés nos presenta en sus películas la comunidad indígena, con su primitivismo, sus supersticiones, su decoro, resulta real, humana y artísticamente; pero cuando

con la misma técnica nos muestra al rastacuero y su discurso de elogio a los Cuerpos de Paz en Bolivia, y a la mujer del médico que habla en inglés con sus hijos, y a los cetrinos burócratas con corbata que esperan un autobús frente a un edificio que imita malamente en el altiplano la Ópera de París, creemos asistir a una caricatura avergonzadora, y aun para nosotros que sabemos que ésa es también la realidad de cada día de nuestros países, resulta poco convincente. Parodia de ricos, parodia de personajes, parodia de arquitectura, parodia de lenguaje: ésa es la verdad que trasladada fielmente al arte parece exageración de mala fe o artificio desmesurado. Porque mientras más te interese la verdad menos te interesará la fotografía de la realidad, ya que ella no es ni realidad ni arte. Y tienes que escoger entre arte y realismo, y optas por el primero, precisamente por tu asqueado rechazo de esa sociedad a la que no quieres pertenecer. Pero la transcribiste con fotografías y sientes el mal olor de las carroñas verbales y humanas y sabes que no podrás seguir empleándolas, ni siquiera con la excusa de que reflejan una clase social, una mentalidad, una actitud, puesto que de todos modos pasan por tu subjetividad. El problema está, como dice Zeraffa, en hacer que lo novelístico no se evada de una realidad cuya vida compleja, por el contrario, tiene que expresar, pero que no quede encerrado en esa realidad. Y tú te quedaste, como con candado, dentro de esas páginas "tomadas de la vida". De todos modos, por ahora las dejarás como están, y tampoco tienes la certeza de que vayas a cambiarlas algún día para engañar al probable lector, porque esas páginas dieron origen a estas dudas que son más importantes que tu texto, porque lo que interesa es el camino con sus tropiezos y no la llegada, cómo se va haciendo dolorosamente el libro y no la obra concluida sin una sola tachadura. También en este sentido habría que entender, forzándola un poco, la definición según la cual la obra literaria debe ser movimiento y no reposo. Y esto vale también para el lector: lograr la obra en la que deba poner atención a cada frase, a cada palabra, como en un poema, sin las vastas planicies que se leen mecánicamente en un restaurante o en el *metro* y de las que no se recuerda nada sin que ello perjudique a la "acción" o a la idea general del libro, sino que actúe, que participe, que discuta, que se plantee dudas aunque nadie las resuelva. Se acabó la novela como remedio para el aburrimiento o para pasar el tiempo: el escritor no es un payaso ni una

niñera, no se despelleja ni arriesga la cornada sólo para hacer dormir a los demás. Y tienes que continuar, como un torero, hasta que uno de los dos caiga muerto —tú o este capítulo— esa escena del domingo "a las cinco de la tarde", oír lo que dice ese cuarteto de monigotes ["La gente grande, decía Ana Rosa, parece caricaturas de gente"] pero sin olvidar que tanto el contenido como la forma de una novela "tienen por límite la noción misma de arte". ¿Podrás?)

sino que debe haberse enojado por lo de la otra tarde a menos que éste le haya dicho que no porque no sé cuándo habrá invitado a papá y mamá y qué será lo que se propone qué estará haciendo a estas horas tal vez en el cine pero no le gusta la matiné seguramente donde galo ah si estuviera aquí aunque cada vez hemos dicho que nunca más que es una tortu (—En qué piensas, ve, imbécil) una tortura en qué piensas lo único que faltaba es que le diga en qué pienso dueño de mis pensamientos también que es lo único mío que tengo y él porque él es mío pero no lo estaré tal (—Di algo, pedazo de estúpida, por qué te quedas ahí callada) vez perdiendo no lo iré a perder con mis cosas qué tonta haberle hecho esa escena (—No empieces, Fabián, por favor) sólo porque insiste en que nos vayamos (—No empieces, qué. —A fastidiarme) pero es que a veces le tengo rabia por querer irse dejándome sola aquí con este (—Parecería que te molesta que haya invitado a tus papás) ya empieza después tendré que (—Yo no he dicho nada) aguantarle la borrachera y sus insultos (—Ni falta que hace, basta verte la cara que pones) algo debe de estar tramando esa nerviosidad si no deja el vaso ni un momento de alborotarse los pelos del bigote (—No es que me moleste sino que me extraña, cuando yo he querido invitarles tú te opones. —Porque siempre hemos tenido gente y debes admitir que tus viejos son bien aguafiestas. —Te ruego, Fabián, papá puede oírte. —Qué va, si el viejo está roncando) bruto y grosero de mirarme como si quisiera descubrir algo a veces quisiera que sí deunavez porque ya qué me puede importar si hasta me tengo pena de mí misma pensar en lo que pudo haber sido mi vida pero qué otra solución (—No te esperabas esta sorpresa, ¿no?) me queda sí sorpresa pero en otro sentido no como tú crees creí que pese al enojo vendría que le invitarías como los otros domingos cuando él no está me digo aunque sea verlo de lejos sin tocarle y cuando está y la otra

tarde yo sí tenía ganas pero él no quiso andaba como de malgenio y una también tiene su digni (—Ya verás la otra. —La otra qué. —La otra sorpresa) ya me decía que anda tramando algo a menos que sea una de sus majaderías de borracho con éste nunca se sabe cómo todo es tan distinto con él (—¿Me oíste?) hasta el sabor del whisky y tan lindo esa vez que me sirvió y me dijo despacito aunque creo que nadie nos oía perdóname el vaso ordinario porque aquí claro no podíamos (—Contesta, pendeja) boca a boca (—Por lo menos delante de papá no seas tan grosero. —Y a mí qué mierda me importa que me oiga) te juro que ya estoy harta harta pero qué puedo hacer él insiste pero es como si no quisiera realmente como si lo hiciera por compromiso (—Lo que pasa es que ya estás medio borracho. —¿Y a vos te cuesta?) como para quedar bien y reprocharme a mí no querer irme y al fin de cuentas qué le falta aquí por qué no puede quedarse si ya ha viajado otras veces y seguir como estamos (—Por lo menos no escupas en la alfombra) si supieras el asco que te tengo el odio la repugnancia si no fuera por mi pobre divina yo creo que cuando alguien quiere a alguien debe comprender que uno quiera a los suyos pero él no entiende eso y no le quiere a mijita nunca me ha propuesto (—En mi casa hago) llevarla (. . . lo que me da la gana. —Pero yo no tengo por qué aguantarte) y dice que es un pretexto mío (—Ah, ¿no? ¿Y qué piensas hacer?) pero no es un pretexto sino que me remordería la conciencia al fin y al cabo una es madre aunque es como un miedo (—¿Irte, tal vez?) por qué no quién sabe al fin y al cabo si le propongo irme pero con mijita pero éste con su papá y sus influencias me haría traer con la policía aunque si pudiéramos irnos lejos a una isla de grecia como dice él pero en qué va a trabajar de qué vamos a vivir yo creo que él también tiene miedo por eso dice no soportaría verte triste o de mal humor y preguntarte qué tienes y que me contestes nada y saber que estás pensando en todo lo que dejaste por mí y yo con ganas de decirle no sólo por ti por mí misma por eso creo que es un pretexto para irse solo no sé cuánta plata tendrá si habrá ahorrado algo porque en un país extraño en la facultad de medicina de parís uno puede vender por adelantado su cadáver por treinta francos dice riéndose* y una aventura de (—Contesta,

* Rosana no está enterada, porque no lee el *Herald Tribune*, de que el bioquímico W.D. Noteboom tiene incluso mejores noticias. El valor químico del cuerpo humano era hasta hace poco de 98 centavos de dólar. Pero esta cifra está aumentando: a los precios en el

carajo, te estoy hablando) si tuviera una profesión porque de qué va a servirle la historia del ecuador claro que idiomas sí sabe si supieras cornudo que cada vez que me diriges la palabra (—Si sigues así, Fabián, no me quedará mas remedio) que la isla de grecia dios mío qué difícil tomar una decisión aunque perderlo dejarle ir es también decidir (—No me quedará más remedio, no me quedará más remedio, pendeja, con perros te he de hacer agarrar) será la comodidad como dice él pero qué me importa lo que tengo si vivo en un infierno estoy segura de que no es los sacrificios sino el escándalo y mamá y todo por qué no podrá una dormirse y despertarse en otro país con él al lado y sin miedo (—Sí, con perros, carajo) mira la canción de sinatra qué raro que éste la haya puesto siempre la bailábamos y mientras me decía despacito en la oreja eso me pasa a mí I am a fool of want you yo le sentía poco a poco cómo le crecía y yo también en seguida como con fiebre me parecía que me ponía colorada o que se me iba a mojar la falda que todo el mundo se iba a dar cuenta y me retiraba al disimulo de él aunque eso le resentía después subía al baño a mojarme la cara (—¿Y a dónde te has de ir, a ver?) a grecia pedazo de estúpido a europa lejos a dondequiera con tal de no volver a verte con tal de (—Déjame en paz, ¿quieres?) ojalá no esté solo él que odia tanto los domingos por eso convi (—¿Y si no me da la gana? —No sé de qué hablas. —Si no me da la gana de dejarte en paz, carajo) esta bestia y la que me espera cuando mamá y papá se vayan porque esto parece que recién empieza podría irme con ellos cómo no voy a odiar yo también los domingos todos los días sin él menos mal que este imbécil se va mañana a la hacienda mañana podré verlo a él él me compensa de éste por él lo aguanto una tarde con él verlo a él me da fuerzas pero cuando se vaya qué voy a hacer si me quedo con éste condenada para siempre hasta que la muerte nos separe dios mío perdóname pero hay veces en que quisiera verlo muerto verme libre de una vez por todas si vuelvo a poner sinatra seguro que me dice algo que inventa cualquier cosa porque está buscando pelea que yo le conteste para decir que yo también (—Yo también voy a acostarme un rato) hasta a la cama le tengo asco de sólo pensar que un tiempo pude (—Macanudo,

mercado de los productos químicos, dice la revista *Chemical and Engineering News*, el cuerpo de un ser humano adulto vale 3.50 dólares. El Dr. Noteboom, de la Universidad de Missouri, reprocha a la citada revista haber olvidado el suero sanguíneo que sube, aproximadamente, hasta 650 dólares por pieza.

voy a despertarle al viejo y así aclaramos arriba las cosas entre todos. —¿Qué cosas? —Ah, ésa es la otra sorpresa. —Mejor cállate con tus tonterías) en la cama de la guagua para que mamá y tan idiota esta discusión en voz baja (—Aquí la que tiene que callarse eres vos. —Qué diablos mismo quieres, al fin y al cabo. Si me quedo callada me insultas) y si no le contesto si no le insulto yo también no parecerá que me siento culpable que por eso le aguanto sin responder que hay algo que (—Entonces llore, maydíar, llore si quiere, maydarlin, eso sí sabe hacer las noches, pero lárgate a llorar adentro, carajo) sí sí cornudo eso sí sé hacer las noches pero no voy a llorar ahora y no sabes por quién lloro y lo otro también sé hacer pero no sabes con quién cornudo porque si sup (—Cállate Fabián que ya baja mamá. —Qué bueno, ahora sí va a arder Roma. Venga Gladyscita —¿Durmió bien, mamacita? —Me muero, mija, por qué no me despertaron. ¿Y Alfonso sigue durmiendo? —No, vieja, pero qué bien hace descansar después de un buen almuerzo. —¿Quieren un tecito, un cafecito, mamacita, papacito? —Lo que es yo, Fabián, de buena gana me tomaría un whisky. —No, yo nada mijita, después de semejante comida) mañana lo llamaré nos veremos le besaré como loca le pediré perdón por haberle dicho cobarde haber hablado de chantaje por todo lo complicada que soy cierto es que le hago la vida difícil pero tal vez le convenza de que se quede y a lo mejor (—¿Quieren que juguemos una partida de canasta, mamacita?) si puede conseguir un departamento un poco lejos del centro pero ni así (—No, no vamos a jugar sino a hablar. Sírvase, Alfonsito).

¿Podrás? ¿Crees, como decía Flaubert, que con tus miserables palabras, con tu estilo que cojea y tu imaginación tartamuda, lograrás reproducir una mínima parte de lo que sucedió esa noche? De lo que estás seguro es de que no era la noche todavía. Debía ser algo más de las cinco porque la alemana dijo: Fabián, ¿de veras crees que debemos intervenir? Porque nos vamos a atrasar a misa. Y el Cretino: Por una vez, Gladyscita, qué importa, se trata de la felicidad de su hija. El veterinario comenzó: Mira, hijo, es tan delica. ¿Qué se traen ustedes? dijo Rosana intuyendo una conspiración (si es lo que me imagino tengo que ser fuerte negar-llorar-gritar-insultarlo-pegarle-cualquier cosa antes que admitir pero Dios no ha de querer que sea eso no es posible él no sabe nada si supiera me habría dicho

algo), pero ahí estaba la corazonada: la sorpresiva invitación al almuerzo, la nerviosidad exacerbaplacada con el trago, la provocación tenaz del monodiálogo que confluían a este momento preciso, amenazante aunque confuso. No sé cómo comenzar hijita, dijo la alemana, parece que ustedes andan medio, cómo diré, como peleados. Gajes del matrimonio, dijo el veterinario. Al grano, dijo el Cretino, al grano: tus papás saben ya que te niegas a cumplir tus deberes conyugales. ¿Y tú les has dado las quejas, y era para eso (era eso gracias Dios mío) que les has hecho venir para que intervengan (hijo de puta), maricón?, le gritó Rosana saltando hacia el hijo de puta. La alemana trató de detenerlo, pero ya el maricón le había dado una trompada. Perdóneme, Gladyscita, discúlpeme, Alfonsito, pero hay ofensas, dijo casi llorando de puro borracho. Rosana (y ellos prestándose a esto no voy a llorar no voy a llorar) se palpó con los dedos el ojo que comenzó a hinchársele (linda voy a estar con este ojo de china). Pronto, un bisté crudo, dijo la alemana. Véanle, pues, al hombre, dijo Rosana (cornudo maricón), al muy hombre, y lo abofeteó. El veterinario detuvo al Cretino diciendo Fabián cálmate, y lo llevó al sillón esquinero de la sala mientras la alemana conducía a Rosana al otro extremo del cuadrilátero. Mijita, te ruego, dijo haciendo aspavientos indecisa entre llorar e ir a la cocina a buscar el beefsteak. Divina había entrado dando alaridos y enternecía, pese a su nombre, su no saber en la violencia a qué piernas abrazarse y escondió su cabecita en la abuela. Ya, mijita, cálmese, decía la alemana dándole palmadas en el hombro a Rosana pero dirigiéndose a Divina. El hijo de puta se secó las lágrimas y los mocos y el veterinario le daba palmadas en la espalda: Cálmate, Fabián, hazlo por la guagua. Rosana (claro por la guagua a mí que me haga lo que le dé la gana pero no he de darle el gusto de que me vea llorando) se levantó y deliberadamente tardó mucho tiempo en buscar y poner el disco de Coltrane, luego regresó a su sillón y se sentó abrazando a Divina contra su pecho que ya comenzaba a temblar bajo sus pechos (no he de llorar). El Cretino se sirvió un trago y se tragó el desafío de Coltrane. Así, cada uno, callado, con sus cosas amontonadas en su asiento, la música sonando como en la pieza de al lado, era una reunión doméstica como tantas de antes, atrozmente dominical, como un domingo de Londres. ¿Quiere otro, Alfonso? dijo el Cretino después de un rato, alargándole un vaso sin mirarlo. El veterinario pareció

encontrar en el whisky la frase: Todo matrimonio tiene problemas. Pero no como éstos, dijo el Cretino. Claro, dijo Rosana llorando, éstos son problemas íntimos, privados y no tenías por qué llamar a nadie para contárselos. Mijita, dijo la alemana, después de todo somos tus padres, quién más que yo podría en éste. Y qué más querías que haga, pendeja, dijo el maricón, si no han servido de nada los ruegos ni las amenazas. Rosana, cariño, dijo la alemana, tú sabes bien que ése es el destino de todas nosotras, hay que hacer un esfuerzo, aun cuando sea un sacrificio. Parecería, vieja, que para vos también ha sido un sacrificio, trató de decir el veterinario. Ve, dijo la alemana, vos callate mejor, éstas son cosas de mujeres. Bonito me parece, dijo el veterinario mirando al Cretino que no lo miraba. Mijita linda, dijo la alemana, ustedes siempre han sido buenos cristianos, han recibido una educación, tú sabes que el sacramento del matrimonio. Por suerte para ella, dijo el Cretino, si no fuera por eso porque no soy de los que andan buscando mujeres sucias fuera de su casa ya no estaría aquí sino, y, carajo, para algo se casa uno, ¿no le parece? ¿Para eso, dijo Rosana (él lo llama hacer el amor), para los deberes conyugales? Sí, carajo, para eso. ¿Y cómo piensas obligarme (cornudo) si yo no quiero? Si no es por la obediencia, dijo el cornudo, por la fuerza, carajo. (Yo también soy como los peones dice él como una sirvienta.) ¿Me irás a violar tal vez? Véanle al fuerte, ahí está, dando las quejas a los suegros, emborrachándose para probar que es muy macho. El Cretino se levantó y se le vio la intención en el ademán, pero lo contuvo otro aullido de Divina y la alemana no sabía si taparle los ojos o los oídos con una mano mientras con la otra retenía a Rosana. Cuidado con lo que dices, mierdita, le dijo el Cretino, detenido por el veterinario, y además tengo la ley de mi parte. (Como un peón o una sirvienta.) Son caprichos pasajeros, Fabián, dijo el veterinario. ¿Pasajeros? Pregúntele a la digna de su hija cuántos meses hace que llevamos durmiendo como, como hermanos, peor, y a mí que no me venga con caprichos: si hubiera alguna razón, si fuera enfermo o estuviera encinta, vaya y pase. Es que no me da la gana, simplemente, dijo Rosana (cornudo), ¿no puedes entender eso? Yo no te estoy preguntando si tienes ganas o no, ya se sabe que eres como una refrigeradora, pedazo de imbécil. Rosana (qué duda ni qué indecisión después de todo si algo me faltaba para decidirme ya lo tengo), dijo el veterinario, hija mía, te juro que nunca me he visto

en una situación semejante, no sé cómo. Por culpa de ésta, dijo el Cretino. pedirte, pero por la armonía de tu hogar, por la felicidad de tu guagua linda, ¿no podrías? Déjame a mí, Alfonso, dijo la alemana, mijita, mi amor, piensa un poco: tienes un hogar feliz que todas las mujeres te envidian, no te falta nada, tienes una casa. De qué se puede quejar, dijo el Cretino. bien puesta, una hacienda que ya nos quisiéramos nosotros, una hija preciosa, un marido decente que se ha desvelado por ti, y cuando una se casa, tiene que dar eso en cambio, Rosanita (esto es realmente obsceno), por lo menos eso. Claro, por lo menos, dijo el cornudo, porque yo no le pido nada. Y que ha sido generoso con tus padres también, dijo el veterinario, acuérdate, Rosana (sórdido), cómo estábamos cuando. Eso digo yo, dijo el Cretino, todo se puede arreglar con un poco de buena voluntad. A ver, dijo el veterinario, hazlo por nosotros. Oíste, dijo el Cretino, por tus padres por lo menos. Sí, mijita, dijo la alemana, no te encapriches así. Tomémosnos todos un trago por la reconciliación, dijo el veterinario. Sí, dijo la alemana, hasta yo voy a tomar para que hagan las paces. Para que le perdone, querrá decir, dijo el Cretino. Está bien, dijo Rosana como volviendo fatigada de un largo viaje (la educación el sacramento la ley la hacienda el hogar los padres el precio) y mientras el Cretino servía los vasos triunfante, ella se volvió a Divina y la besó diciéndole: Ya pasó todo, mijita, ¿ve?, todos estamos riéndonos, ya nadie llora, nadie grita, váyase a jugar en su cuarto y yo he de ir después de un ratito a buscarla para comer juntas. Cuando salió la chica, Rosana (voy a pagarte cornudo) comenzó a beber lentamente su whisky, ocultando con el vaso los primeros ojales de la blusa que desabotonaba (pero será la última letra de cambio de esta compra a plazos), luego con un gesto que quería ser obsceno y que habría visto en alguna película mexicana, la pobre que se tapaba los pechos y las nalgas con las manos, comenzó a levantarse la falda (porque mañana mismo después de esta infamia), miró sucesivamente a la alemana, al veterinario y al Cretino y cuando dejó descubierto su portaligas negro preguntó resignándose: ¿Quieren que sea aquí mismo o subimos todos al dormitorio?

Había vuelto y el día era como mandado a hacer para regresar. ¿Era posible que de pronto fuera hermoso ser de aquí y estar aquí? Él, como nosotros, como todos, había dicho alguna vez o muchas veces: "Este país es una mierda", pensando en tanto hijueputismo y tanta comemierdería, en el pavorrealismo gobernante y la gallinería obediente de tanto conciudadano que se conforma con no ser sino inquilino, peatón, contribuyente, en las viejas con sombrero que engordan con los chismes del cura y los periódicos, y el harapo que se arrastra y no llega a ponerse de pie, y el montón de carne de recién nacido que no llega a niño, y el niño que envejece entre ovejas y mendigos y no llega a 2 + 2 = 4, y la borrachera siempre desdichada de las chinganas y equivocadamente agresiva en las cervecerías y los problemas viscerales que no se resuelven jamás porque también son todopoderosamente viscerales la excusa, la mentira, el robo, y saber que nunca podrás esuchar el *Wozzeck* de Alban Berg ni encontrar en una librería *Berlin Alexanderplatz,* y tanto gringo dueño de lo que dejaron de país los otros gringos, that is tantas cosas por las cuales uno quisiera irse y debiera quedarse pero se va y no piensa que aquí el cielo está más cerca de las manos y debería ser más fácil tomarlo por asalto, pero nos falta el hombre, sí, Ernesto Cardenal, el hombrecito. Cómo va a ser una mierda: ¿y el vaporcito que hace el trayecto a Posorja, y el ruido narcótico del aserradero a las dos de la tarde, y la canoa que pasa sobre la noche parda del Guayas sin hacer ruido sólo una lucecita errante, y la mula del lechero de Aláquez, y el olor a panadería de los domingos de Baños, y la primera guambrita que tuvimos y la llevábamos a la retreta de Ambato, y la primera de tantas novias que metía sus pies en el río temblando porque le acariciábamos los pechitos por encima de la chaquetilla y decía "es por el frío", y los farolitos de la calle de La Ronda, y el caldo de gallina con perejil y papas cuando comienza a pestañear la madrugada de Quito? El cielo era más azul que en Grecia, el sol bajaba intacto como en Jerusalem, el aire era más trasparente que nunca aquí mismo. El mar verdeagua empujaba sus jetas espumosas y sucesivas hasta la cuneta de la carretera que bordeaba la montaña. Era insólita esa metáfora geográfica, la cordillera al lado del océano, ambos frescos bajo el sol ecuatorial como un largo flash de magnesio. Había ido a reci-

birlo una multitud gozosa lo que en este país es casi un contrasentido. ¿Por eso tal vez era hermoso estar aquí de nuevo? Gálvez le hizo señas desde lejos y se adelantó corriendo para ser el primero en abrazarlo. Él lo estrechó contra su camisa largo rato como después de mucha ausencia, y tartamudeando del gozo contagioso y de lágrimas semiexplicables le dijo: "Yo no merezco esto, yo no he hecho nada para merecerlo." "No importa, hermanito, le dijo el Fakir, ni Velasco Ibarra ni la Virgen del Quinche lo han merecido tampoco." "Tómalo como un anticipo, le dijo Gálvez, como una deuda que pagarás un día." "Te lo prometo" dijo él, y como si hubiera sido una señal se le fueron acercando todos los amigos del Murcielagario y otros que no conocía pero que quería desde antiguamente, y habría querido decirles, pero cuando comenzó a avanzar, rodeado de amistad y de ternura, pensando en lo hermoso que sería que su cadáver también estuviera lleno de mundo un día, el gentío se abrió como las aguas del Mar Rojo al paso de ese Moisés al revés porque volvía a su Egipto, y se cerraba detrás de él, rehaciendo en sentido inverso el camino. Algunas bailarinas de la escuela de Béjart, con mallas de colores indios, danzavanzando y retirándose y cuando él pasaba junto a ellas inclinaban la cabeza como si las hubieran aplaudido. Una, la de verde, le sonreía esperándolo, apoyada con la espalda y las manos contra la montaña. Más allá, la de malla violeta, descansaba con una pierna doblada en ángulo, pura la línea del muslo y la pantorrilla a pesar de su profesión. Falcón llegó acezante, había corrido a pedirle que hiciera los decorados para la obra de teatro de Gálvez. "Qué más quisiera yo, dijo él, pero yo no sé nada de eso y no podría tenerlos listos para el estreno de mañana", y no le oyó lo que le respondía porque una bailarina anaranjada lo esperaba bajo un árbol vuelta hacia él, con los labios abiertos por la fatiga o por, y él se acercó, le tomó el rostro con ternura y la besó en la boca, simple saludo, sin amor ni deseo. Vio la sombra de un avestruz que corría por el suelo, pero era la bailarina de blanco, el cisne, que se adhirió a él prendiéndosele al cuerpo. Él la besó profundamente como metiéndose en ella, como con sed de su saliva. "¿No se pondrá celosa tu mujer?" le dijo el cisne mirando a Rosana que en algún momento, él no habría podido decir cuándo, había tanta gente que lo empujaba y abrazaba, pero estaba allí a su lado. Llevaba puestos sus anteojos oscuros y tampoco supo esta vez si era por el sol o porque había vuelto a

llorar. "No, dijo él, no creo, porque le he traído chocolates" y le extendió una caja a Rosana sin tratar de verle en los (ante)ojos si le preguntaba o le reprochaba, y sin que le importara, porque sus alumnos venían a encontrarlo, apretados, cantando, con banderas y guitarras. Potrilla, sonriendo, le puso un espejo delante de los ojos, como si se burlara, y él se vio diciéndoles: "La historia antigua termina el último día de clases; desgraciadamente, la historia moderna también: todos salen a vacaciones." Él comprendió que había envejecido, pero pudo reír cuando los alumnos coreaban con Potrilla: "También los profesores se equivocan, tiene cero, profesor." Había descubierto allí —¡fíjate que cosa!— que el hombre es humano y echó una lagrimita al enterarse. Tuvo la impresión de que reía por primera vez, de que era feliz por primera vez, porque había estado solo, como el Hombre de Punín. "En esa época, señores estudiantes, no había cementerios para hacerse compañía." Falcón volvió más rápido con la noticia: "El señor Ríspido hizo los decorados y fue un éxito." Él se sintió dichoso porque no aspiraba ya a nada, solamente a que el Ríspido estuviera allí para abrazarlo, para decirle: "Me siento tan contento como si el triunfo fuera mío, más aún, porque yo tendría miedo." Un adolescente chino le preguntó el significado de los refranes españoles que no comprendía, dijo, "tal vez porque corresponden a otra sociedad". "Sí, dijo él, la mía." "No, dijo el chinito, el pasado." Y él sonrió con tristura, por su parte de culpa. Y cuando pasando las páginas del cuaderno llegaron a "La gloria ajena quita el sueño", el adolescente dijo: "Éste sí lo entiendo porque es de ahora: quiere decir que uno no puede dormir por la alegría que le produce el triunfo de un camarada." Y él no supo si dejarlo en su error de pureza recién nacida o arriesgar a que le sonriera con piadosa dulcedumbre si le confesaba la vergüenza de que entre nosotros no se puede dormir por celos, por rencor, por envidia, y se ocupa el insomnio tramando canalladas. Y ya no pudo dormir, pero no le preocupó como otras veces: a lo lejos, las olas chocaban contra los acantilados de la madrugada.

(Hace algunas semanas tu corazoncito volvió a darte una palmada en el hombro para recordarte que estás condenado a coleccionar esas crisis que, por fortuna, son cardiacas y no corazonales, hasta que se te acabe la colección. El médico, que

debería agradecerte porque vive de tus muertes frustradas, te ha señalado, como una lista de delitos, que tienes casi todas las características que favorecen las cardiopatías: factores hereditarios, vida sedentaria, estados de ansiedad y angustia, hipertensión arterial, tabaco, colesterol. Tú le has dicho que prefieres vivir un año sin dejar de ser como eres y no cinco o diez, como un jubilado, con pantuflas y en un sillón de ruedas. ¿A qué dejar de fumar si no puedes cambiarte los padres que te dejaron este regalito? ¿Cómo dejar de escribir si no puedes, físicamente, convertirte en futbolista o leñador? Que te disminuyan el colesterol, pero quién va a curarte de la cólera por lo que sucede en el mundo [y la revolución es un remedio a largo plazo] y aún no se han inventado por desgracia y por fortuna las pastillas que te curen de la angustia de la literatura. Y aunque sabes que tú no estás más expuesto a morir esta noche o mañana o el mes próximo que un automovilista o un peatón de mala pata, tienes un remoto presentimiento de que debes darte prisa, terminar pronto este libro. No es que él vaya a justificar tu vida, ya nada podrá justificarla, sino que sería una lástima que el narrador no justifique la suya con el único acto que considera heroico o, por lo menos, útil o que tu hipotético lector—"el hipócrita, tu semejante, tu hermano"— no llegue a comprender qué diablos tiene que hacer la calavera. Cuando el médico te prescribió quince días de reposo "y sobre todo, no escriba", recordaste de golpe la definición de Musil pero habría sido infinitamente inútil decirle: Mire, doctor, escribir no es una actividad sino un estado. Y él no habría podido entender que ese estado es de mayor tensión cuando no escribes, o sea que en lugar de hacer caso de sus pendejadas, tú te recetas: "y, sobre todo, escribe". Pero Musil te sale de nuevo al paso: para justificar el hecho de no escribir cartas decía que en la fabricación de ciertos productos [pienso en el pan, en la cerámica] no se puede abrir el horno en cualquier momento. Ahora bien: o aumentas el grado de calor, lo que supone mayor tensión, ergo un posible o seguro acortamiento del tiempo que te queda para terminar y terminarte, o abres el horno sin perder un solo día, con urgencia, a riesgo de que el libro salga crudo o demasiado blando, sin la coherencia interior que corresponde a la cohesión de las moléculas de los sólidos, o carente de rigor, frustrado en la combinación de sus esmaltes. Pero no te queda otra alternativa: enciendes un cigarrillo [un poquito como si traicionaras a tu libro],

prometes cuidarte, no encolerizarte ni hacer movimientos bruscos, sonríes pensando que todo el esfuerzo que te cuesta este capítulo no servirá sino para probar que no sirve, que el libro entero no sirve para nada como no sea —igual que la cópula— para sentir después una deliciosa y fugaz sensación de vacío)

Martes

"que es la primera vez que le cuento a alguien lo que pasó ese día. Tal vez porque al escribir-te puedo mirar más serenamente las cosas, no por ese esfuerzo extraordinario del distanciamiento que propugnaba Brecht sino porque después de tanto tiempo y de tantos países tengo la medida exacta del absurdo y del ridículo que las rodearon y de que fuimos víctimas. Cuando fue a verme poco después del mediodía (nunca había ido a mi departamento, que era más bien una pieza grande y casi vacía con un minicuarto de baño donde el bidet me servía de cocinilla para el café, o sea que en cuanto abrí la puerta y la vi, medio desamparada, no sonriente y con sus anteojos que siempre eran una profecía de algo grave sucedido antes de ponérselos, supe que había tomado la decisión que venía esperando, que ya no me hablaría más de la imposibilidad de separarse de su hija ni mucho menos, como algunas veces, de su compasión por el Cretino que no merecía ni siquiera eso, porque era un teatrero infame que se ponía a llorar cuando ella le decía que no le quería) me dijo que había pasado el lunes buscándome desesperada, que ni Desiderio ni Galo pudieron darle ninguna noticia, que había pensado como una loca en algún accidente pero le aconsejaron esperar un poco antes de averiguar en los hospitales y no se atrevió a llamar a la policía (el Jefe Nacional era amigo del Cretino y yo mismo lo encontré algunas veces en su casa y, gajes de la gana de estar con ella, incluso había tomado unos tragos con él), hasta que tuvo el coraje de ir a llamar-me varias veces a esa puerta por donde yo entraba cada noche a seguir solo con mi tos y mis proyectos, a esa habitación cuyos muebles, cajones, paredes, sábanas, toallas debían estar ya llenos de mis reflexiones tenaces, por ejemplo: ninguna mujer ha arriesgado tanto la vida por encontrarse con alguien o sea que realmente me ama, cómo será pasar una noche entera con ella y

con su cuerpo sin que las seis de la tarde nos devuelva a lo que somos el uno sin el otro, claro que ninguno de los dos puede creer ya en la felicidad del matrimonio pero quizá sea posible vivir juntos sin que esa fiesta permanente y reinventada cada vez (única manera de que siga siendo amor) se deteriorara cada día entre el comedor y la cocina y tratara de rehacerse intermitentemente las noches en el dormitorio o el baño, o mis decrecientes definiciones de la verdadera felicidad: vivir con ella ←verla de dos a seis todas las tardes← por lo menos cada semana aun cuando fuera una sola tarde ←verla aunque fuese el domingo con el Cretino a su lado y rodeada de otros huevones y de las pelotudas de su círculo, y me contó, llorando "no por lo que tuve que sufrir el domingo sino por mi desesperación de ayer", cómo fue el domingo infame, la violación sugerida por la celestina de la madre y auspiciada por el pantalonudo del padre y en la que sólo faltó que actuaran como testigos presenciales, y que había dejado en su casa listas en una maleta las pocas cosas que llevaría, "sólo las que tú me has regalado, nada que le deba a él", y me pidió que fuéramos a recogerlas para largarnos, a dondequiera, ya no le importaba a dónde, pero pronto, hoy mismo, no sea que el Cretino volviera intempestivamente de la hacienda o que Divina la enterneciera e hiciera tambalear su decisión. Debería decir que me alegró el hecho de que al fin mandara al carajo ese mundo y que tuviera el valor de comenzar a vivir realmente, como si yo la naciera, pero tuve el mismo miedo que, cuando chico, me causaba tener que saltar la acequia junto al río: miedo de que fracasáramos, y ella no podía permitírselo, miedo de que una vez terminada la borrachera despertáramos con un terrible chuchaque durante el cual se quedara conmigo para siempre, pegada a mí, en la misma casa, con los mismos amigos y problemas, ya fuera por una pena similar a la que a veces sentía por el Cretino, ya porque no podría volver ¿a dónde? después de una aventura tan ridícula como las de las protagonistas de esas historias a la manera de Pitigrilli que se escapan con un agricultor guatemalteco o un enterrador paraguayo, miedo de que después de haber sido felices por partes lo que entonces concebíamos como la felicidad completa se nos fuera gastando, como sucede siempre, con esos diálogos amargos que comienzan con "ya debemos tres meses de arriendo", "y de dónde

¿Te has dado cuenta de que de quienes se casan nunca se dice que viven juntos? ¿Será tal vez porque eso se parece más bien a ir muriendo juntos?

quieres que consiga el dinero", "no tengo qué ponerme", "es por ti por quien tengo que aguantar ese trabajo", "todo lo que he sacrificado por ti" y otras grandes pequeñeces que no por ser humanas son menos sórdidas. Pero allí estaba, mirándome, húmeda, desresignada, todavía manchada por la humillación y empequeñecida por un miedo mayor que el mío. Y para darlenos ánimo, para hacer que el futuro (que ya no me parecía tan maravilloso) comenzara en ese mismo momento, mientras le explicaba que para evitar cualquier intervención del Cretino deberíamos salir del país, o sea que primero debería-mos averi guar el horario de los aviones, decidir a dónde, comprar los pasajes, fui a tomar del cajón de la cómoda, donde los tenía escondidos bajo las camisas, cerca de dos mil dólares que había reunido vendiendo mi máquina de escribir, los libros, cuadros, discos y el tocadiscos, pidiendo préstamos a algunos amigos que sabían que no les pagaría nunca y al Banco, que no lo sabía ni le interesaba puesto que había un garante, y no encontré los hermosos billetes verdes que abstractamente significaban el saqueo de nuestros países por la voracidad extranjera pero que en mis manos eran sólo símbolo de viaje. Idiotamente pensé que los habría cambiado de lugar sin darme cuenta y comencé a buscar el dinero, como un imbécil que en el momento decisivo de su vida se pone a arreglar y desarreglar cajones. En mi habitación sólo faltaban los dólares y un frasco de perfume que había comprado porque el jueves era su cumpleaños. Inmediatamente supe que era el portero, a quien le había dejado el sábado la llave, pero seguía buscando en todos los sitios posibles de ese pequeño mundo que habitaba y muchas veces volví a revolver las camisas, a desabotonarlas, como quien no quiere convencerse de una muerte y sacude los hombros del cadáver, le abre los ojos por la fuerza, le abofetea y hasta le dice Dí algo. Le dije que recuperaría el dinero (no sabía en ese momento cómo) y que nos iríamos al día siguiente (tampoco estaba muy seguro). Tal vez se me veía el miedo del que hablaba antes porque ella no me creyó: dijo que le parecía excesiva coincidencia que me hubieran robado el día mismo en que ella había definido su destino (no fue ese día el robo sino entre el sábado y el lunes), dijo que le extrañaba que yo fuera capaz de guardar el dinero bajo el colchón como las viejas (fue bajo las camisas), que por qué diablos no lo tenía en el Banco (porque ella me hizo saber porque lo supo por el marido quien lo supo por su

padre que lo supo por el Ministro que en pocos días se establecería el control de divisas y yo pensaba ¿y si resulta el viaje?), que nunca le había dicho que tenía ese dinero (había muchas cosas de las que nunca le había dicho nada y ella compartía sonriendo mi definición de que el amor era aquello que sucedía entre dos personas que no hablan sino de eso), dijo que todo no era sino una mentira y un pretexto para evadir mi responsabilidad cuando, después de haberle calentado durante años los oídos con promesas y proyectos, había que adoptar decisiones. Dijo que no le sorprendía porque ya se había dado cuenta de que era un cobarde y que el hecho de tener los dólares en mi casa probaba que estaba resuelto a irme en cualquier momento sin siquiera decírselo y dejándola sola y algo más que no oí porque salí dando un portazo a buscar al portero, al hijueputa que me robaba no un dinero sino toda una posibilidad, quizás la única, de cambiar, no el mundo, sino la vida, es decir mi-nuestra vida, de largarme de esa mierda cotidiana en la que sólo ella me retenía, de recomenzar para comenzar a ser lo que habría debido ser y nunca pude, por mi culpa, es cierto, pero también y tal vez más por culpa de los otros. Le rompí el alma a patadas pero negó hasta el final: el final quiere decir la policía. Al hacer la denuncia no me interesaba que le aplicaran el peso de la ley, como decían los Esdrújulos, sino que le arrancaran de cualquier manera eso que ya no eran simplemente unos billetes sino grandes ciudades con museos y teatros o aldeas de las islas de Grecia con olor a pan y vino: de cualquier manera, Rosana sólo para mí, porque entonces ya no tenía miedo sino urgencia de ella. Lo torturaron y es la única vez que no he sentido ni solidaridad ni indignación ante los métodos de la persuasión oficial. Y el hábil hijo de puta dijo que era inocente, pero que una señora había ido el lunes a buscarme, que seguramente ella tenía otra llave. Para la imponderable lógica policial, el frasco de perfume era un indicio que volvía verosímil la culpabilidad de una mujer. Dije no saber de nadie que me hubiera buscado la víspera, pero el carajo agregó que ese mismo día esa señora había ido a verme y que estuvo largo rato conmigo. Me sometieron a un amable interrogatorio, insistiendo en que no se trataba ya de un caso particular sino que incumbía a la seguridad pública y otras huevadas por el estilo. Pronto entreví las consecuencias que podía tener el incidente, dije que daba por terminado el asunto y que retiraba la denuncia, lo cual no hizo sino

intrigarlos más. Tuve que rogarles que pusieran en libertad al portero y que no volvieran a ocuparse del asunto. Lo pusieron en libertad, a él, pero a mí comenzaron a vigilarme: debieron darse cuenta de que si me negaba encarnizadamente a admitir la presencia de una mujer en mi casa, debía tratarse de alguien importante y de algo más importante: el temor al escándalo podría rendir mucho dinero, y ya se sabe que los sueldos de la policía, etc. Desde el día siguiente vi la figura inconfundible de un pesquisa frente a la puerta de casa, pero yo estaba entrenado en burlar la vigilancia de un marido y mucho más fácil me resultaría evadir al pobre comemierda que esos días iba a ganarse la vida esperando que Rosana fuera a visitarme. A la noche pensé que, como de costumbre, podríamos volver a vernos donde Desiderio y la llamé al teléfono para proponérselo y advertirle que no viniera por ningún motivo a mi casa. Me contestó con una sola frase que era una pregunta: "Y tú, pedazo de maricón, ¿pudiste imaginar que volvería a verte en mi vida?", y cortó. No pude volver a llamarla: debía esperar a que pasaran algunos días y se serenara y no sabía cuándo volvería el Cretino y además para qué. No podía acusarla de nada, ni siquiera de no haberme creído: todo le daba la razón. No sé cuánto tiempo habrá esperado el pesquisa a una mujer que no vería nunca y que yo no volví a ver. No sé si cuando regrese, tal vez, aunque ya se nos habrán ido estos años en los que estábamos seguros de que seríamos felices. Me he dicho a menudo que fui cobarde, que debía haberme quedado, aunque no sé muy bien para hacer qué. Después leí que en el mundo hay situaciones y no estados: supongo que eso significa que son transitorias, mudables, pero la nuestra se volvía permanente y sin solución. Por eso decidí venir. Quizás ahora comprendas (porque las mejores conversaciones con mis amigos tienen lugar cuando ellos no están) que no tenías razón de indignarte tanto cuando me preguntaste: "Pero qué mierda quieres hacer entonces en la vida", y yo te respondí sinceramente: "Nada." Porque en el fondo acaso no soy sino un personaje que no llega a concluir su destino y que tampoco

Así fueron las cosas, y hasta hay testigos. Pero qué tiene que hacer la verdad de los hechos con la verdad de la literatura. Porque si esto no es un reportaje grabado, tampoco es una historia. "Parece cosa de novela" suele decirse hablando de esas situaciones absurdas o patéticas, y en reuniones, por fortuna distantes y borrosas como pesadillas antiguas, frecuentemente te encontró una vieja insatisfecha y trabada o un ex senador que no fue reelegido y al que no le dieron un cargo público, que te dijeron: "Mi vida ha sido una novela, usted debería escribirla, voy a contársela", con lo cual te jodían el resto de la noche y te entristecía, no la inutilidad de esas vidas sino esa pobre opinión que se tiene de la novela. Esas "coincidencias del destino" existen, a veces nosotros mismos hemos sido víctimas suyas (a condición de que creamos en el destino en lugar de decirnos que en el mundo hay demasiada gente cuyas decisiones y proyectos se oponen a los nuestros, y ganan), pero por el solo hecho de que sucedan no constituyen material de la literatura. Desde la *Odisea* hasta *Cien años de soledad,* en las novelas de Jonathan Swift y Paul Feval, lo insólito se vuelve verdadero y real, desde adentro, o sea desde el interior de la obra. En cambio, la verosimilitud (exterior) de un arriero fulminado por un rayo en una noche de tormenta, o un tipo al que le roban su dinero cuando va a escaparse con una mujer casada, no es elemento de relato. "Ni todo lo que se ha dicho ni todo lo que ha sucedido" decía Henry James al explicar la imposibilidad de hacer una síntesis de un individuo, debiendo el autor basarse simplemente en algunos indicios. Arnold Bennet afirmaba en otro siglo que "la novela tiene como finalidad la creación de personajes y nada más", pero para su mala suerte la novela ha ido rechazando al personaje, tal como la pintura abandonó el retrato o, en el mejor de los casos, lo ha ido quebrando, deshaciendo, disgregándolo en diversos planos y, al igual que la pintura, ha perdido su servilismo al tema. Y si tú, porque en nuestros países no podemos permitirnos todavía ciertos juegos del intelecto (¿cómo iba Sartre a leer en Guinea los libros de Robbe-Grillet?) tienes que seguir atado a la intriga y a los personajes, busca por lo menos otras situaciones, que sean

novelescas y no "de novela", que interpreten en lugar de reflejar un espacio social, el tiempo psicológico, la condición de los seres, el absurdo cotidiano, el heroísmo (raro) casimente cotidiano, recuerda que "mientras la vida no propone sino *datos,* la novela es una obra de *conocimiento*", y crea tus personajes, mira los diversos yos a través de tu yo, déjalos que actúen como personajes olvidando lo que hicieron o les sucedió como personas, y asume así la realidad de tu libro, es decir la aventura siempre inconclusa de tu propia conciencia: esa honestidad sin la cual sería mejor que el escritor se buscara un cargo público. O sea que volvemos al martes, al renglón donde él dice: fui a tomar del cajón de la cómoda, donde los tenía escondidos bajo las camisas, cerca de dos mil dólares que había reunido vendiendo mi máquina de escribir, libros, cuadros, discos y el tocadiscos, pidiendo préstamos a amigos que sabían que no les pagaría nunca y al Banco, que no lo sabía ni le interesaba porque había un garante. Allí estaban los hermosos billetes verdes que abstractamente significaban el saqueo de nuestros países por la voracidad extranjera pero que en mis manos eran sólo símbolo de viaje. Inmediatamente pensé que a fin de ganar tiempo lo mejor sería irnos a Europa (¿Grecia, después de tanto?) donde no se necesita visa (nosotros, los latinoamericanos, sospechamos mucho de nuestros "hermanos continentales"). Entonces le pregunté si había llevado su pasaporte. Pero no tenía pasaporte, la única vez que había salido del país fue a Miami en luna de miel, y era el Cretino quien lo tenía con la indicación "Viaja acompañado de su esposa" y las dos fotografías. Cuando comencé: "Pero no se te ocurrió pensar", me dijo: "Eres tú el que debía pensar, ése es tu oficio, ¿no?", pero no había pensado, hablábamos mucho de amarnos, de ser felices en Grecia, de recuperar los años perdidos, discutíamos y nos resentíamos porque "te noto algo cambiado" o "no me quieres como yo", pero nunca hablamos de las cosas, digo de las concretas, los pasajes, el dinero, los pasaportes, ni siquiera recordé —y ése sí es mi oficio— que en ese país la mujer casada es "relativamente incapaz" y que necesita una autorización escrita del marido para viajar al exterior. Ella dijo que le parecía excesiva coincidencia que recordara todos esos requisitos precisamente en el momento en que había definido su destino, que le extrañaba que después de haber preparado tanto mi viaje no pensara en que

¿No será esa esponjita de amor que tienes en lugar del corazón? dijo Bichito

ella necesitaba los mismos documentos que yo, que todo no era sino una mentira y un pretexto para evadir mi responsabilidad cuando, después de haberle calentado los oídos con promesas y proyectos, había que adoptar decisiones. Dijo que no le sorprendía porque ya se había dado cuenta de que era un cobarde y que el hecho de que tuviera en regla mis papeles y los dólares en mi casa probaba que estaba resuelto a irme en cualquier momento sin siquiera decírselo y dejándola sola y algo más que no oí porque salió dando un portazo. Esa noche pensé que, como de costumbre, podríamos volver a vernos donde Desiderio hasta encontrar alguna solución a esa situación nuestra de un hombre que ya no podía quedarse y de una mujer que no podía irse, personajes a la inversa de una novela policial de William Irish, y la llamé al teléfono para proponérselo. Me contestó con una sola frase que era una pregunta: "Y tú, pedazo de estúpido, ¿pudiste imaginar que volvería a verte en mi vida?", y cortó. No pude volver a llamarla: debía esperar unos días a fin de que estuviera más serena y no sabía cuándo volvería el Cretino y además para qué: no podía acusarla de nada, ni siquiera de sus sospechas, y no me consoló tampoco decirme que ese país era una mierda, porque hay cuestiones mucho más graves y urgentes, verdaderas infamias jerarquizadas, que revisar la legislación sobre el matrimonio. Y no volví a verla. No sé si cuando regrese, tal vez, aunque ya se nos habrán ido estos años. Me he dicho a menudo que fui cobarde, que debí haberme quedado aun cuando fuera para habernos ido a enterrar en una aldea (yo que ya no toleraba la capital) donde no llamáramos la atención de nadie, donde no nos encontrara el Jefe Nacional de Policía, de donde no la hiciera volver el Cretino. Pero qué sentido habría tenido, en lugar de nuestras tardes clandestinas, una vida clandestina de perseguido, no siquiera por una voluntariosa actividad revolucionaria sino por no tener derecho de querer a quien quería, cuando ya lo-los demás me interesaban poco. Por eso decidí venir, a sabiendas de que no por cambiar de espacio físico se cambia, forzosamente, de sociedad inhumana, que no por dejar una exterioridad geográfica o gregaria te deshaces de tu conciencia, de ese equipaje que viaja contigo y que no puedes olvidar en ninguna estación y que, por el contrario, se va llenando de recuerdos gastados y con agujeros como calcetines o camisas viejas que no te animaste a tirar. Quizás ahora comprendas que no tenías razón, etc.

Si fuera posible que impusieras tu voluntad a tus personajes, mejor dicho, si ellos estuvieran realmente decididos a imponer en tu libro su aventura del amor adulto, cabría otra solución, aunque inesperada: el divorcio. Como comprenderás, dijo él en "El Murcielagario", el Cretino no es un tipo al que uno pueda decirle: Mira, Rosana y yo nos amamos, son cosas que pasan a veces contra la voluntad de uno, no es preciso encontrar un culpable, quisiéramos que nos dejes en libertad para irnos; por eso, dado su modo de ser, ella dice que "no le daría el divorcio ni muerto". Aunque el Cretino no consentiría el divorcio por razones de orgullo de propietario, dijo Gálvez, no hay que olvidar que se trata de un personaje típico, poseído de ese pintoresco sentido del honor que nada tiene que ver con la canallada y la injusticia sociales en que participa sino que parecería que está ubicado en la entrepierna de la esposa. Supongamos que descubre el adulterio y consienta en divorciarse "por su honor hecho pedazos", repudiando a su mujer. Podría hacerle llegar una carta anónima, dijo él. Por qué anónima, dijo Gálvez, si se trata de una solución para ustedes yo puedo escribirla o ir a decírselo personalmente. El Ríspido, que los había escuchado sonriendo de lado, dijo: Verán, piara de intelectuales, les voy a explicar cómo son las cosas legales de la burguesía: el proceso de adulterio es sumamente largo y complicado. De conformidad con la ley, se necesita una prueba del hecho, o sea, en primer lugar, que la pareja adúltera realice el acto sexual en presencia de testigos dispuestos a declarar, en tu caso yo ya no sé si es en favor o en contra. Según el Derecho Penal (porque éste no es un asunto civil sino criminal), no constituye prueba el hecho de haber sido vistos desnudos o no, él sobre ella o viceversa (en eso el orden de los factores tampoco altera el producto), sino que también es menester probar que hubo penetración para lo cual hay que pasar un hilo templado entre los cuerpos y si, al llegar a la altura del sexo haciendo un esfuerzo moderado el hilo se arranca (también constituiría prueba el grito de dolor del adúltero), sólo entonces el delito queda comprobado y se puede proceder legalmente. Ahora bien: conociéndote, me parece difícil que vos estés dispuesto a hacer una performance en público: aun en el supuesto de que venzas tus prejuicios, dado que somos un país subdesarrollado donde no existe el amor en grupo, la presencia de testigos puede ser contraproducente y todo el trabajo para

convencerte habría sido en vano. Tal vez pueda ensayarse previamente con un tratamiento psicológico intenso, como el del parto sin dolor, pero requeriría también algún tiempo adicional. En cuanto a ella, pese a su buena familia, sería más simple, porque las mujeres son más exhibicionistas que los hombres: la prueba está en la desproporción de sexos de los que se dedican al striptease. Por ese lado, me preocuparía menos. Una vez superado el problema del asentimiento de los participantes, se convoca al Juez del Crimen y al Secretario del Juzgado correspondiente y se redacta un acta más o menos en los términos siguientes: "En Quito, capital de la República del Ecuador, a los tantos días del año de gracia de mil novecientos tantos, el suscrito Juez del Crimen, revestido de la autoridad que le confiere su cargo, se constituye, en compañía del Secretario del Juzgado, cuya competencia queda demostrada en folios de tantos a tantos vuelta, en el local domiciliario del cómplice que responde al nombre de Desiderio, ubicado en las calles tales y cuales de esta ciudad, para realizar, como de Ley se requiere, el debido peritaje demostrativo de la existencia de adulterio, según denuncia legal del señor Fabián Golmés por intermedio de su apoderado legal el Dr. N.N., cuya personería jurídica ha comprobado mediante poder extendido en esta ciudad en fecha tal y en los siguientes términos (siguen siete folios). Juramentados que fueron los técnicos peritos del Servicio de Investigación Criminal de esta Provincia e informados que fueron de las responsabilidades de su cometido, quienes declaran conocer y estar debidamente instruidos de la materia del peritaje (siguen cuatro folios), ante mí se hicieron las pruebas, que de Ley se requieren, de la idoneidad del instrumento que se empleará para proporcionar la evidencia requerida. El artefacto está constituido por un hilo de acero, de calibre cero cero dieciséis, según notación japonesa, información proporcionada por el señor ingeniero X.Y.Z. quien, bajo juramento como se encuentra, dice conocer bien las características del mencionado material, por lo cual se ha requerido su presencia como experto nombrado por este Juzgado, consideración hecha de que se harán las pruebas físicas y fehacientes de la calidad del artefacto. Procédese a la medición del hilo, el cual tiene dos metros quince centímetros de longitud, la cual los peritos del Servicio de Investigación Criminal declaran ser suficiente por cuanto permite completa fijación en las manos

en el momento de la constatación del delito y da lugar para cubrir todo el lecho sobre el cual se realizará el acto. Se procede a la antedicha prueba de la resistencia física del susodicho hilo, para lo cual se enrolla el tantas veces mencionado artefacto, con una vuelta de trescientos sesenta grados en torno al dedo índice de un indio ladrón de gallinas que se ha traído para el efecto, y habiendo los peritos tensado el hilo se consiguió rebanar completamente el dedo sin que el material empleado muestre huellas de daño, deterioro o lastimadura, con lo cual queda sentado que el material a emplearse es idóneo y puede calificarse de apto para el efecto de constatar si la sindicada (siguen setenticinco folios). La acusada toma posesión del lugar, adoptando posición supina, con las piernas separadas en ángulo de treinta y ocho grados quince minutos y medio partiendo de la bisectriz que pasa por la línea imaginaria que une el centro del ómbligo con el eje de la nariz a cada lado, medición efectuada con una plantilla marca Keuffel y Esser. El Dr. N.N., poderhabiente del denunciante, solicita en nombre de su poderdante que se amplíe en unos diez grados más, por lo menos, el ángulo de separación de las extremidades inferiores de la acusada, lo cual por ser de competencia del suscrito y pertinente al caso se concede como recurso legal. Constatada que fue por los peritos la capacidad del acusado para realizar el acto, se procede a ordenar la comprobación del delito (siguen cincuentidós folios). El acusado pide dejar constancia de que seguirá juicio verbal sumario al denunciante y a su apoderado, en forma solidaria, por la amputación de que ha sido víctima, lo cual, dice, no estaba dentro de las especificaciones y requerimientos que se le habían comunicado. Dice, además, que como el daño anatómico fue causado con anterioridad a la consumación total del acto, éste puede ser calificado como no existente sino como mera intención, toda vez que según los artículos tantos y tantos del Código Penal, mientras no se finiquite el acto no puede ser imputado como (y siguen muchas páginas más)". Creo que es por eso, agregó el Ríspido, que desde 1905 en que se estableció el divorcio en el país, jamás ha habido una sentencia por adulterio, y creo que no tendrías ninguna gana de que te castren antes de poder irte con ella, ¿no es cierto? (Pero, después de todo, qué importa si es por razones de dinero, de estado legal o de estupidez de la justicia, que un hombre y una mujer que se aman o creen que pueden ser felices

emparejados, no pueden estar juntos. El hecho de donde parte la acción novelesca es ése: esa imposibilidad, esa ausencia, cada uno de los personajes descuartizado entre una sociedad opresiva y sus convencionalismos y un querer ser, algo como un vacío que debe llenar el autor. La intriga, esa parte convencional de la novela, sólo es un pretexto para lo otro, un trampolín a lo esencial, la forma o estructura novelesca donde se debería poder prescindir de los personajes y de la intriga para entrar en la literatura. "Escribir algo y no sobre algo" decía Joyce. O sea que puedes suprimir tranquilamente este capítulo, aunque el lector se quede sin saber por qué Rosana no se fue con él ["El mundo sólo es inexplicable cuando se lo cuenta" dice Roland Barthes]. Al fin y al cabo, esto tampoco es un periódico y el lector no debe buscar aquí, como en una crónica, el dato concreto, los antecedentes, las causas de una situación, el desenlace. La gran tentación de la novela policial sin solución del enigma, como la vida a veces, como Kafka.)

El Cuico andaba lloroso: su padre se había vuelto a casar. El cura lo miraba con un océano mayor de asco que a nosotros, por el divorcio; nosotros con un poco de miedo, por la madrastra. La imaginábamos como en los cuentos, angulosa y bruja, por eso no le preguntamos nada y hasta comenzamos a esquivarlo al contagioso. Una tarde vino a buscarme, acezante, como si hubiera corrido por dentro.

—Ven verás.

Cruzamos, asustado yo también sin saber por qué, la calle y al entrar me hizo sshh con el dedo, poniéndose en cuclillas sobre las piedras y los huesos amarillos del zaguán para que yo alcanzara a ver por la cerradura de una puerta azul. Habían cerrado la ventana también, y estaba oscuro, pero una raya de sol abría una hendija en una pierna larga y dura que colgaba fuera de la cama. Echábamos un aliento espeso, caliente y sucio, como una sangre gaseosa, y yo trataba de ver más pero era imposible aunque mi ojo giraba desesperado limando la órbita de ese ojo de hierro en la madera. Medio arrepentido, medio celoso, se incorporó y me sacó nuevamente a la calle.

—Ésa es mi madrastra.

Creo que en ese momento acabábamos de crecer,

(Estados Unidos imponía al general Somoza en Nicaragua)

a la mujer de Putifar le habían crecido monstruosamente las piernas y los pechos y yo no me había dado cuenta. El jueves vino en la noche a recostarse a mi lado, entristecida y húmeda, y con su boca de ganosa y los ojos cerrados comenzó a tocarme y a tocarme con nombres que sólo esa vez fueron diminutivos y me enseñó a besar con besos de cuerpo entero, pero tuve miedo de entrar en su cuarto oscuro, todo era tan grande, al comienzo reía como si jugáramos o como loca, y después se puso furiosa.

—Vos también eres como José —dijo—: tonto.

Y se fue con su aburrimiento y su tristeza y su gordura a la retreta y se iba a ver pasar el tren y se iba a misa y al cine y

regresó después de un tiempo con un hijo que alguien le había hecho un domingo. Cuando volví a ver en la calle a la madrastra del Cuico sentí esa vergüenza de cuando uno está en medio del público y le salen gallos a la cantante. Me pareció que no tenía nada de madrastra y hasta creo que era hermosa, porque trataba de verle a través de la ropa ese muslo de luz. Una noche [era la estación de las lluvias, o sea que tu hermana Nilda tenía que abrirle a su novio la puerta del zaguán y allí se besaban furiosos y desesperados como si lloraran para poder consolarse de arriba abajo con las manos, y yo imaginaba la tempestad que sacudiría a mi barquito, que alguna rama pudiera desgarrarle una vela o quedar detenido en una roca, pero en seguida lo veía avanzar, pequeñito y solitario, zarandeado por el viento, huyéndole los peces desprevenidos, y al día siguiente el sol haría más diáfana su travesía escoltado de pájaros, y aunque no tenía idea de por dónde iría, en la escuela tuvimos que rehacer nuestra hoya sobre una placa de madera, cordilleras de corcho, rocas de papel podrido, valles de musgo, ríos de tinta azul, y entonces seguía con mi índice sucio el largo camino que debería recorrer, sin poder detenerse ni regresar, como el destino,

(como Orellana con sus cincuenta y siete hombres, primero por el Pastaza, luego dos meses por el Napo hasta entrar en el Amazonas, para después de ocho más llegar al Atlántico)

para llegar al mar, todo el mar que le faltaba para llegar al mundo: el mundo siempre está al otro lado del mar] yo tenía los ojos prendidos en tu puerta, tú estarías dormida o conversando con los colores, cuando volvió a verme el Cuico. Edipo de barrio, había visto la respuesta al gran enigma. Nos lo habíamos planteado tantas veces a la salida de clases y lo habíamos resuelto así: Verás, un día cierran la puerta y la ventana del cuarto de tu mamá, no te dejan entrar porque es cosa de mayores, alguien sale y vuelve a entrar apurado llevando agua caliente, se ve que adentro todo está oscuro, después se oye llorar a un chico y te dicen que tienes un ñaño, igual que en las películas: se besan se hace oscuro y ya ha nacido el chico. Sólo que, como en mi casa nunca hubo besos, no podía comprender por qué se nace. Pero esa noche, asustado por su descubrimiento, el Cuico me lo entregó, deshaciéndose del cadáver.

—No ha sabido ser así como decíamos, vos no sabes lo que hacen los casados, y yo ya sé. Verás.

Nilda era en ese momento la única mujer de la tierra, iba a casarse pronto, ¿para hacer eso que me estaba diciendo el Cuico cuyas palabras "hacerse la paja adentro de la mujer", "en lugar de la mano es ella la que se mueve", me parecía que las iba inventando en ese momento, exagerando lo que veíamos en el zaguán del frente, mintiendo? Era imposible imaginar a Nilda y su novio en la ocupación zonza de un grotesco animal doble y jadeante, y sobre todo, para qué. Tuve asco del Cuico, y miedo, me pareció repugnante el recuerdo súbito, confuso, sinrazonado de cuando, mientras me llevaba en sus espaldas, me dijo "Bajate un poco Cojito".

(¿Fue hacia esa época cuando el Cuico comenzó a decir que él era el enamorado de Ana Rosa a la que llamaba "Melcochita"? Creíamos que sería por el color del pelo pero él dijo No, es por la forma en que menea el culito. Estábamos en el recreo y Gálvez se dio modos para largarle un puñetazo que lo rozó apenas. Golmés, que nunca se metía con nosotros, intervino como si fuera con él la cosa diciendo A la salida se dan de puñetes y la guambra es del que gane. Esperamos nerviosos la hora de salida, no entendimos bien lo que era el grado del cuadrante del meridiano terrestre que habían venido a medir desde Francia, y a las cinco fuimos casi toda la clase al solar, medio amariconados como si todos hubiéramos tenido que pelear. El Cuico creyó que la cosa iba a ser fácil, pero Viviña entró corriendo en la herrería y sacó dos sillas, las colocó frente a frente, puso en una a Gálvez y en la otra le hizo sentar al Cuico y le amarró las piernas, Hay que ser legales, dijo. De una sola trompada Gálvez lo hizo caer con silla y todo y con el labio roto. Basta, dijo Golmés, ya salió la primera sangre. Mientras lo desataba Viviña le dijo al Cuico ¿Vos no sabías que el Cojito desde que era chico se trepaba a puro pulso al balcón por una soga? Así qué gracia, dijo el Cuico. Ya pasó, hagamos las paces, le dijo Gálvez, pero no vuelvas a hablar de Ana Rosa ni a llamarla Melcochita, y le extendió la mano y esa vez fue el Cuico el que lo cargó hasta su casa.)

—Cómo puedes —le dije.

—Lo vi, te lo juro hermano.

Cuando a la mañana siguiente lo contó en el recreo, se me quitó el asco y el miedo, porque era de día, porque estába-

mos muchos y porque nos reíamos. Aquello era sencillamente increíble y estaba, además, la experiencia; todos sabíamos, más o menos, lo que hacen los casados: discutir por dinero, pelear por nombres de mujeres que no habíamos oído antes, chismear con los vecinos, llorar las mamás, castigar los papás. Pero eso, hazme el favor. El Cuico, harto de nuestra incredulidad, furioso por nuestra ignorancia, gritó la frase que lo perdió definitivamente:

—Yo lo hice.

—Mentiroso —le dije—, anoche me dijiste que lo habías visto.

Los demás se ensañaron:

—Con quién.

—Sí, a ver, con quién.

—Qué se siente.

—Dónde está tu hijo.

—Mentiroso.

—Le voy a avisar al Padre Palacios que tienes pensamientos cochinos.

—Y yo qué culpa tengo de mis pensamientos.

—Dios ve todo hasta endentro de tu cabeza.

—Sí, y que te haces la paja.

—A ver si le confiesas eso al cura.

El Cuico, impotente y rabioso, se fue apartando de nosotros, vencido por la razón de la mayoría, abjurando de su verdad —la ley de la caída de los cuerpos, la composición de los movimientos y el principio de la inercia— por pavor a la Inquisición: la vara de álamo, la regla metálica, el calabozo, diciéndonos:

—Broma no más era, para ver qué cara ponen.

Miedo al dolor, me digo.

("Yo, de setenta años de edad, hijo del difunto Vicenti Galilei, comparecido personalmente en juicio ante este tribunal, y puesto de rodillas ante vosotros, los Eminentísimos y Reverendísimos señores Cardenales, Inquisidores Generales de la República cristiana universal respecto de materias de herejía, y atendido a que me he hecho vehementemente sospechoso de herejía por haber sostenido y creído que el Sol está en el centro del mundo e inmóvil y que la Tierra no está en el centro del Universo y que se mueve, maldigo y detesto los arriba mencionados errores y herejías, y juro para lo sucesivo nunca más decir

ni afirmar de palabra ni por escrito cosa alguna que vaya contra lo que la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana cree, predica y enseña, antes por el contrario, juro denunciar cualquier hereje o persona sospechosa de herejía al juez eclesiástico del punto en que me halle".)

El cura le dio como a hijo o como a violín prestado: el Cuico sangraba por la nariz y por la boca. Yo me sentí culpable, los demás no sé. Poco después, expulsado de la escuela, todavía con las marcas de la regla en las mejillas y los brazos, me dijo: —Te juro Cojito que es cierto.

(Eppur si muove. "Pero hay razones para creer la vieja anécdota según la cual Galileo estaba observando los movimientos del rabo de un perro amigo que por error había penetrado en el Santo Oficio de la Iglesia".)

Yo estaba observando, porque seguían las lluvias, a tu hermana apretada al cuerpo de su novio que movía despacito el rabo y aunque alteraban la monotonía de mi casa con el correr de las mujeres que colocaban ollas en el suelo para recoger el ruido desacompasado de las goteras, y la monotonía de la calle con los charcos donde se formaban círculos concéntricos de luz turbia con estrellitas, *Tarde o temprano su radio será un Phillips,* me odié por ser chico y más al novio por ser grande: entonces la edad no era sino un problema de estatura. Y ya no era solamente yo sino también mi cuerpo quien quería estar contigo, bien apegados como los adultos, ya no sólo mirándote sino tocarte con un dedo miedolento, igual que las flores. Y en lugar de querer que tú fueras tu hermana, yo quería ser su novio, y sentirle los dedos de ella en mi pelo cerdoso, reteniéndome como si ella quisiera que no me retirara nunca de su boca en el zaguán. Y quería que nunca dejara de llover y comencé a creer lo que me había dicho el Cuico, y me fastidiaba tu madre, la alemana, que ya no me dejaba quedarme contigo sino que comenzó a mandarme las tardes con el peón a traer el caballo que durante el día pastaba en la quinta que tu tío tenía junto al río.

Claro, yo sé que, precisamente porque el objeto fundamental de una novela es la conciencia, la tarea de un novelista consiste en participar en la vida de sus personajes, y no en convertirse en historiador de la persona. Pero, ante todo, yo no soy un novelista sino un personaje más, y qué puedo hacer si ellos (los personajes) deciden de golpe volverse historiadores, quizás porque este país es una sola calle y todos nos conocemos, y en esta página van a comenzar a inventar hechos (como los historiadores) que debo acatar y que me conciernen porque les incumben (yo, acostumbrado a comenzar las cosas —capítulos, regímenes dietéticos, proyectos para dejar de fumar, búsqueda de un departamento— los lunes o el 1°. de cada mes o, cuando es posible, el 1°. de cada año), que sucedieron hace tiempo y cuya verdad no me interesa comprobar, porque me importa un pito saber si Ricardo III hizo asesinar a los hijos de Eduardo para apoderarse del reino, tanto trabajo con las pobres criaturas para ofrecerlo después por un caballo, o si doña Manuela Cañizares era una dama patriota o una patriota no muy dama, si el párroco de "El Sagrario" le arrendaba realmente sus habitaciones y a qué actividad estaba destinado ese refugio secreto "al que se llegaba por una trampa que se abría en el piso, convenientemente disimulada con una alfombra," o si el cura Castelo realmente había ido a participar en la conspiración o si lo sorprendieron con una moza o una Hija de María antes de que pudiera huir, o si don Juan Salinas estuvo presente desde el comienzo de la conjuración del 9 de agosto o si tuvieron que despertarlo en su cama a las diez de la noche, para que firme el Acta: "Nos, los infrascritos diputados del pueblo, atendidas las presentes circunstancias críticas de la nación, declaramos solemnemente haber cesado en sus funciones los actuales magistrados de la capital y sus provincias", mandando temporalmente al carajo a las autoridades españolas y formando una Junta Soberana de Gobierno (*Nota del autor*: esto sucedió exactamente 51 semanas antes de la escena en que Quiroga es ajusticiado en presencia de sus dos hijas que usted, estimada lectora, seguramente pasó por alto, quizá porque no era sino

una frase en medio de otras), o si es cierto por ejemplo que

—¿Que cómo fue? Verán, guambras, yo les voy a contar todito. Cada vez que pasaba un día y se acercaba el casorio todo comenzóastar patas parriba en su casa (la de ella) yacada rato llegaban unas señoras adefesiosas que hablablaban y le llamaban (a ella) para decirle cómo has crecido hijamía o qué linda sestá poniendo la guagua. Siera de tarde, las adefesiosas con perritos tomaban té, siera de noche las adefesiosas con sombreros unacopita-de-mistela-no-más. Unas señoritas medio guapetonas le hacían chistes (no a ella, a la hermana) y las viejas le guiñaban el ojo (a la hermana, no a ella). A la salida delescuela iban también unas guambritas a jugar con ella quentonces le dejaba botado en el jardín y una vez me dijo (él) que le había dicho (ella) andate questoy con amigas. Esa tarde que la costurera con la boca llena dealfileres le prendía el vestido de novia, blanco nomás comoespejo, que se probaba (la hermana) y las alaraquientas ayqué-lujo ay-qué-maravilla, y le dijo (ella) yo también voy a tener un vestido lindo yo también voy a casarme un poquito, sólo porquiba a llevar la cola, no supo (él) si ponerse contento porque claro con quién siba a casar (ella) sino con él, o si ponerse triste porque tuvo (él, no ella) la corazonada de que noibastar con ella en la ceremonia o boda que llaman, ques lo más importante del matrimonio, igual quel terno negro en los velorios. Su mamá (de ella) entrabaysalía nerviosa como alocada con los preparativos y las visitas y una vez cro que tropezó (la mamá) con él que se había arrastrado hastelcorredor porque me dijo (él, no la mamá) que le había dicho (la mamá de ella) estos días tamos muy ocupadas hijo vendrás lotra semana, y que sehabía sentido (él) como questaba demás en su casa (la de ella, de la mamá de ella).

—Retrospectivamente sobrante —dijo Gálvez, retrospectivamente, muchos años después en "La Colonia Penal"—, como cuando estás a solas con alguien que se pone a leer como si se ausentara en un barco, casi siempre sin despedirse, y tú lo ves alejarse cabeceando en las ondas de la palabrería.

—Y vuelta comenzaron las tardes a la salida delescuela cuando ya no quería que le llevealacasa de ella sino a la suya (de él) para poder verle (a ella) cuando entraba y salía ya medio como desconocida, como de otros, con ganas (él) de volver a tratarle de usted, y para desquitarse de ella que había sido

malamiga y de la mamá (de ella) que le había dicho (a él, no a ella) volverás lotra semana hijo, y de la hermana que en buenas cuentas tenía toda la culpa porque se casaba parahacer las cochinadas que decía el Cuico y para desquitarse del novio que se la robaba (a la hermana) para llevarle a vivir en su hacienda (del novio) como si le matara (el novio a la hermana), negocio concluido que decía mi viejo, consiguió un buen porvenir como decía la mamá (de él), colorín colorado dijo él, así, de pura venganza volvió a la hojalatería.

¿Es que estaba ya entonces venida a menos su familia (la de ella), de capa caída, es decir empobreciéndose, y ese matrimonio venía a apuntalar la tambaleante situación que debe haber vuelto a tambalear porque casaron también a la otra hija? ¿O es que, a juzgar por las noches de la ventana y el zaguán, Nilda lo amaba realmente? ¿Amaba? ¿Realmente? "Se me ocurre una reflexión inmoral, que es al mismo tiempo una corrección de estilo. Creo haber dicho en el capítulo XIV que Marcela moría de amores por Javier. No moría, vivía. Vivir no es lo mismo que morir; así lo aseguran todos los joyeros de este mundo, gente muy al tanto de la gramática." (Machado de Assis, *Memorias póstumas de Blas Cubas*)

—Creo que entonces comprendí —decía Gálvez—, porque había crecido o sea sufrido, que uno pudiera suicidarse con las dulzainas: por primera vez esa tristeza corrosiva de nuestra música se iba volviendo líquida para adaptarse a la forma del dolor de turno. Y supe, ya entonces, que su odio (de la alemana, de todos ellos) no era al hojalatero ni a su oficio, sino a la clase, a la calaña, a la ralea: por eso iba también a la carpintería y a la talabartería, "como si no tuviera casa" decía mi vieja, "la hojalatería, vaya y pase, pero los talabarteros ya es el colmo" (creo que se enteró de que tenían casi todos los libros de Vargas Vila, cuyas cubiertas pornográficas ocultaban la verborrea antimilitarista y anticlerical del único escritor verdaderamente popular de nuestro continente). No me acuerdo bien del carpintero, creo que era italiano, lo que me impresionó es que era albino y nunca me habló ni se fijó en mí, no se fijaba en nadie, tal vez porque tenía las pestañas blancas que es como no tener pestañas, o por la pigmentación de la retina que no veía bien y se dedicaba a pegar el oído a las herramientas, como si ellas le repitieran cantos o cosas de su aldea. En

cambio, los talabarteros eran del color del cuero, hechos del mismo material que trabajaban, versiones cholas, y más prosaicas tal vez, del alfarero de Omar Khayyam. Hacia el atardecer cerraban la puerta del taller, y comíamos sándwiches de queso, aplanchados, dulce de leche. Uno tocaba la guitarra y los otros dos cantaban pasillos de cuyas palabras me iba apropiando, por eso me hacían más daño que las dulzainas, sufriendo adicionalmente, casi artificialmente, superando las aspiraciones del autor. Me sentaban sobre una montura recién terminada o que estaban repujando, sobre un caballete de madera, y aunque los pies no me llegaban jamás a los estribos, tenía una sensación de poderío por el solo hecho de estar a horcajadas sobre el armatoste, la misma que debe sentir el sargentón montado, y a veces hasta me olvidaba de ella. Pero ahí estaban los pasillos para recordármela, y yo era la encarnación de todos los fracasos, de la tenacidad inútil, de la incomprensible soledad. No hay amor feliz en nuestras canciones porque no lo hay en nuestra tierra. Y dentro de la pobreza de sus temas, porque creo que sólo son cuatro: el lugar natal único en el mundo por su belleza, la madrecita santa generalmente cantada por un huérfano, ven muerte anhelada, y, sobre todo, ingrata por qué te fuiste, duele comprobar que el pueblo no canta su cólera: ¿será que no la hay en nuestra tierra? "No sufra, me decían, la que se casa es la hermana", sonriendo con el paternalismo de los adultos que tienen ya una costra de tiempo sobre el dolor. No hablo del olvido: cuando he vuelto a ver a la ex Reina de Saba, vieja y llena de hijos, se me ocurre que el tiempo ha pasado sólo para ella. Y para Romy Schneider, desde luego: yo ya no era lo que se dice un adolescente cuando vi una sola película de ella, que debe haber tenido entonces unos diez años, una majadería, tal vez *Sissi, Emperatriz de Austria.* Ahora, cuando la he vuelto a ver con sus ojos sexuales y sus nalgas latifundias, es como si yo me hubiera quedado esperándola a que creciera para poder desearla. Y no podía explicarle (a los talabarteros, no a la Schneider) que mi sufrimiento era también o, sobre todo, por su matrimonio (el de la Reina, no el de la Emperatriz). Ellos comentaban, como todo el barrio, como la ciudad entera el acontecimiento que iba a producirse, pero no eran ellos los culpables de esa espera

sórdida sino los que habían dado publicidad a una especie de cópula arracimada, colectiva, como cuando se anunciaba la llegada del circo o cuando se esperaba el match entre Joe Louis y Max Schmeling. Viviña me había enseñado ya a amar a Carlos Gardel y a odiar a Velasco Ibarra, pero su ídolo (de Viviña, no del que sabemos) era Joe Louis, y estaba (Viviña) tan seguro de su victoria (no la electoral del que sabemos sino la pugilística del otro) que hasta tenía (Viviña) (Joe Louis) razones técnicas para predecirla.

—Verá, niña, ahora que me acuerdo, a mí francamente me molestó su macanudez (de usted) cuando le dijo (usted) cómo seteocurre que gane qué-me-vas-a-decir-a-mí, porque no le interesaban (a usted) los deportes, de juegos no sabía (usted) nada fuera de la macateta, la rayuela, la candelita y el matantirutirulá, y de box ni una ñarra sino que repetía (usted) lo que ha de haber dicho su papá o sus amigos (de su papá) y le dolió (a él) dedeveras, porque el Golmés y su grupo (del Golmés) eran los únicos que estaban en favor de Esmelin. Cuando le preguntó (él) por qué no quería (usted) que Joe Louis fuera campeón, le dijo (usted) porques negro, y apostaron (ustedes) dos riales y también apostaron (los Golmeses) dos riales con él. A la mañana siguiente de la pelea fui a buscarle (a él) tempranito para saber el resultado porque tenía (usted) radio y los pedióricos no llegaban sino de tarde. Salió (usted) medio de malgenio nomás, aunque puede que haiga sido el sueño o el frío, y comostábamos esperándole (a usted) él y yo en lasquina cuando se acercó dijo (usted) ganó Esmelin yo gané. Yo sentí, puchas, como simihubieran dado en la cara el nocaut y él ha dehaber sentido entre las piernas mis iras. Le pagó (él a usted) lapuesta y nos fuimos (yo y él) callados nomás hasta lescuela donde entró (él) con la malanoticia. Los compañeros (de él) se le habían burlado uh atrasado de noticias, no sabrías que ganó el negro.

—Debieron pasar muchos años —dijo Gálvez— antes de que pudiera (yo) advertir el símbolo, que desgraciadamente hasta ahora no ha pasado de símbolo a realidad, de que estaba cargado el puñetazo del descendiente de esclavos contra la mandíbula del ario, pero nos alegramos (Viviña y yo) precisamente por eso, porque era negro. Y sentí vergüenza (por ella) ante Viviña que reía feliz porque era también suya (de Viviña, no de ella) esa victoria.

—Esa tarde él no quisoir a su casa (de ella) aunque esoerantes

de los ajetreos. Con unas furias repetía (él) lo que había dicho su mamá (de él, no de ella) con lo que van a gastar en una noche pudiéramos comer todounaño si dizqué hastalagua mineral han hecho traer de Francia. Pero se le notaba (no a la mamá, sino a él) que le golpiaban los chismes que él mismo hacía, como una carambola de tres bandas o un retruco. Fuera de él, les juro que fue como día de fiesta en el barrio. Criados indios o aindiados a los quehabían hecho lavar la cara dos veces y peinados como si fueran a casarse (los criados, no ellos), con ropas recién lavadas y remendadas para que no se vean los rotos ese día, bajaban de todas las calles hasta su casa (de ella) con un río de relojes de pared y de mesa, lámparas, jarrones, adornos, todo brillando, cosas de plata, de porcelana, de cristal-de-venecia, veme-y-no-me-toques, en fuentes de espejo amarradas con una cinta blanca anchota. Por la misma ventana donde había visto (él) tanto baboseo y su manoseo (de la hermana con el novio) sin pensar que eso siempre va a parar en esto, se veía su cuarto (de la hermana) lleno de mesas y sillas donde seiban amontonando los regalos y seiban amontonando los curiosos que decían ele y ahura qué se van a hacer con siete planchas, ya llegó el otro juego de té como cinco tienen ya, en qué comedor entrarán tantas vajillas. Sus criados (de ellos, no de los curiosos) sudaban grueso acarriando y desenrollando rodapieses y alfombras en las veredas desde la puerta de su casa (de ella) dando la vuelta toda la cuadra de Miseria Velásquez virando por Crucecita Quebrada hasta liglesia. Yo tenía ganas de ver cómoes andar en alfombras, pero unos chapas de la policía municipal vinieron a espantar a los guambras y los patalsuelo para que no pisen, como si se fueran a desdorar (las alfombras). A la hora en que otros días, otros sábados mismo, hubiera podido (yo) llevarle (a él) a su casa (de ella) y hubiera podido (él) estar jugando en el jardín o en su cuarto (de ella) hablando de sus cosas (de ellos) comenzaron a llegar la parentela y los invitados, a pieses, en autos, en parejas. Las mujeres emperifolladas llenaron la sala, los otros cuartos que también eran sala, el patio, el jardín, o sea que los hombres se quedaban ellos sí pisando y fumando yensuciando los rodapieses antesdehora. A cada lado de la puerta de calle de la casa (de ella) seiban reuniendo los curiosos y hasta se trepaban a las ventanas denfrente y a los postes de la luz. Cosa de las siete salieron las señoras, se agarraron del brazo de sus maridos (de las señoras, una de cadauno) y comenzaron a avanzar despa-

cio, como orgullosos no sé de qué pero también medio serios como si fueran a un entierro, con frácseses, esmóquines, pantalones de fantasía y los parientes pobres con el terno negro de los domingos. La cabeza de la procesión yahabía doblado la esquina, cuando salieron su familia (la de ella, la de él nuestaba invitada) que habían estado tan alegres preparando todo y ahora se ponían tristes y su papá (de ambas) le llevaba del brazo a ella (a la hermana), más linda quiotras veces, como brillando, bien mosquimuerta después de las noches del zaguán, con un ramo grande nardos cro que son, mirando parabajo el suelo, y atrás de ella (de la hermana), ella, con un ramo chiquitito, novianiña dijo el Galo, pero a mí más me pareció quiba hacer la primera comunión y con un niño que no conocía (yo) (él), llevando la cola del traje de ella (de la hermana), tan larga que ya había (la hermana) pasado la panadería, el hotel Imperial, la botica, la casa del Cuico y hasta la esquina de Viento Muerto, y ellos (el papá de ella con la hermana de ella y ella con el niño) estaban todavía en la puerta de calle. Los hombres hacían bromas esta noches nochebuena, un cristo más yuna virgen menos, será pues virgen. Nuestras hermanas y primas estaban ahí sin medias, nuestras mamases con pañolón y manta, boquiabiertas viendo el vestido de la novia, los mamarrachos de las invitadas, los sombreros que decían son el último grito. Él había pasado la tarde frota que frota con gasolina el uniforme azulmarino de lescuela porque su mamá (la de él) y la María Diabla habían salido y la mujer de Putifar no le quiso limpiar niaplanchar el terno dizqué porque se había cogido (él) un poco de su brillantina (de ella) porque tenía (él) el pelo cerdoso. La cosa era avanzar por mediacalle bien cerquita de ella, o sea al último de todos, pero la gente sehabía amontonado junto a las veredas y no se veía ni a los grandes. Ahí fue que corrimos a la iglesia para verles llegar, pero los curiosos estaban ahí desde hacía horas guardando puesto para ver mejor, pero yo me metí entre las piernas de los que gritaban no arrempujen y nos pusimos en primera fila. El novio dizque estaba ya esperando adentro con su mamá (del novio). Primero fueron llegando los parientitos que dejaban nomás pasar sin verles siquiera, y al entrar en liglesia se separaban, las mujeres a los bancos de la derecha los hombres a lizquierda, pero cuando asomaron las primeras parejas elegantes y comenzó a sonar el órgano, melodio dijo el Galo, la gente se puso a empujar, ahí llega, ahí viene, qué linda, metiendo

cadauno la cabeza entre las cabezas yensuciando las alfombras

—. . .con los pies de todos los días de los pobres. Me sucede a veces pasar por una iglesia encaramado en los hombros de Falcón de Aláquez, y recordar cuando encaramado sobre Viviña pude ver la estatua plateada de la Reina de Saba que se acercaba y que, por paradoja, se alejaba para siempre de mi ocupación nocturna, de mi espectáculo inquietante, película prohibida para menores de edad. "Yo creo que vos estás enamorado más bien de la mayor" me dijo Viviña. Quién sabe, ahora ya es difícil. Posiblemente ella (la Reina) significó para mí lo que el retrato de Séfora, tal como la pintó Boticelli, representó para Swann en su amor por la demimondaine Odette de Crecy. (Tú nunca has oído hablar de ellos, Ana Rosa, pero no importa: los cuatro existen todavía y con una vida más real que la tuya. Lo que importa es que yo estaba descuartizado, sin saber cómo, entre tú y tu hermana, entre mi edad y el amor y el deseo y otros asuntos de mayores, entre mi pequeñez y la insolencia tuya, de ustedes, los dueños de la ciudad, lo cual hacía que mi ilusión, mis proyectos informes —¿los tenía?—, un sueño tal vez, parecieran impostura.)

—Y ahí fue cuando pasó la cosa. Un ratitito antes de que lleguen la novia y su papá (el de la novia) avanzaba una pareja de viejos nomás, tíos o tíos abuelos o tíos políticos o tíos en segundo grado que saben tener ellos. La vieja chuchumeca que casi no podía ver por culpa del sombrero grandote que se había metido, al pasar al lado de nosotros le dijo (a él) toma hijo, y con las puntas de los dedos del guante negro como con asco le puso un rial en la mano que embobado no sé por qué tenía (él)

—. . .inexplicable, absurda, torpe, oracularmente extendida. Al viscoso contacto de limosna de la moneda, recuerdo que me revolví, Viviña era el caballo que corcoveaba pero yo era la cabeza desbocada, sin freno en la lengua, y lanzándosela (la moneda) a la cara le grité: "Métase su limosna en el culo, vieja una gran puta." La aspaventera gritó socorro, pidió auxilio, iba a desmayarse como corresponde en tales circunstancias, su marido buscaba el incidente que no había visto ni oído, llamó al policía que miraba entre las rejas del parque, su padre (el de la Reina, no el del marido de la vieja ni de la vieja ni del policía) debe haberse arrepentido de haberme invitado a su casa cre-

yendo que era un buen chico, su madre (la de la Reina, no la del padre) se habrá dicho ¿No les dije que no podía esperarse nada bueno si anda metido en la hojalatería y con los talabarteros?, tú debes haber tenido el púrpura hasta en los ojos, la gente se amontonaba sobre el incidente como sobre un accidente, pero al mismo tiempo había que abrir paso a la novia que esperaba, inmóvil, ausente, mirando lo que quedaba visible de las flores de lana y de los pájaros muertos de todos los colores en las alfombras, humillada como si de pronto le hubiera aparecido en el traje bajo el vientre una mancha de sangre o de semen, pero el buen Viviña se había escabullido veloz entre la confusión, los gritos, los grupos y la noche y corrió, como sólo sabría correr después Falcón de Aláquez cuando también nos seguía la policía en las manifestaciones y, "porsiaca, Galo", me guardó toda la noche en la herrería, junto a la fragua, tibiecita.

Y como ya no pudo (él) volver jamás a su casa (de ella) ni acercársele en la calle, tampoco puedo hacerlo yo, yo que no sé las cosas sino por intermedio de los personajes. O sea que Ana Rosa termina aquí como si muriera a tiempo (¿a quién se refería Gálvez cuando escribió: "Volvemos a seguir estando solos cuando duermo: tú con tus gusanos, yo con mis sueños?" He olvidado preguntarle), mejor dicho se detiene hasta cuando crezca, como Romy Schneider, y reaparezca ya malformada por la vida (la vida son los demás), por su clase (la burguesía son los otros), casada ya con el Cretino (y con su clase, la de ella, la de él, matrimonio endogámico xenófobo). Ese vacío de ¿diez? ¿doce? años puede llenarlo el lector: al fin y al cabo, se sabe que los personajes son creación suya más que del escritor. Que él ponga entonces (el lector) en ese largo paréntesis, como los de Faulkner, en esas páginas en blanco de su hibernación como personaje, lo que le dé la gana (al lector, no al personaje). Después de todo, si es coherente, no son muchas las variantes que puede escoger: existe ese determinismo de clase como un caldo en el que proliferan las bacterias y que pocos son capaces de abandonar, esa alienación de la sociedad que sin necesidad de recurrir a la magia negra pone a sus miembros a su servicio, como si les vaciara de su memoria y de su voluntad, ese condicionamiento a la comodidad y la costumbre, que trataba de explicarle (yo) a Rosángela cuando a los trece años de edad

lloraba (ella) pidiéndome que no cambiara el destino de Ana Rosa tal como el Cretino le cambió el nombre. Como si no hubiera sido, precisamente, ése su destino, desde el útero de la alemana, ya que no se decidió a cambiarlo por otro. Como si el dinero fuera inofensivo. Como si yo pudiera decidir sobre la vida de estas sombras que pasan desangrándose.

Por lo demás, entre la última página que escribiste y que acabas de releer suprimiéndole algunos signos de puntuación que se te habían deslizado, cambiándole frases y tachando párrafos, y lo que acaso vayas a escribir ahora, han pasado algunas semanas en las que te sentías desideado, que es a lo que se llama desgana de escribir o, como decía el otro, "hay siglos en los que uno no está para nada", buscando algún amigo para no leer mientras comes en un restaurante o alguna amiga para no pensar en tu libro antes de dormir, porque sigues dudando de esto y de ti y te vuelves a preguntar qué objeto tiene tu tenacidad. Pero hoy has encontrado en Brecht que "en una sociedad como la nuestra, cuyas bases se encuentran en un proceso de transformación revolucionaria, las viejas formas incapacitan a la literatura para influir en la configuración de nuevos modos de vida", lo cual te ha consolado, te ratifica en tu vieja guerra, pero no tienes certeza alguna de que esto que estás haciendo sea una forma nueva, y ante esta otra frase "se necesita del arte para hacer humanamente practicable lo que es políticamente justo", te ha dado ganas de seguir empecinándote, pero no estás muy seguro de que lo que estás escribiendo sea realmente arte o simplemente tu máximo esfuerzo por ser lúcido, que es la etapa superior de la desesperación. Y en un momento de optimismo y de honestidad sientes que de todos modos alguien vendrá mañana, después, algún día, pasará como por sobre una montaña de calaveras sobre ti y tus papeles y los papeles de los otros, de todos los que como tú hicieron algo sin haber hecho nada, y llegará como en una carrera de relevos a la meta a donde habrías querido llegar.

¿Vas a sacar los libros de la cama esta noche? dijo Bichito, zalamera, después de haber llorado, porque ¿sabes? no veo cómo podríamos amarnos en la estantería.

Hace algunas semanas ibas a contar cómo era la buhardilla de Gálvez ("Irene, corazón: Hace un año desde anteayer, cuando la vi en casa de su hermana y me acompañó a la escalera. Usted tenía en los ojos esa mirada que sólo tienen las mujeres que aman. Hoy ha venido la mocosita a decirme que está con gripe y me pregunto si me equivoco y era una mirada de fiebre. ¿Sabe

usted que la medicina ha evolucionado mucho en los últimos años, sobre todo en materia de gripe? Prométame que se está cuidando y que, cuando esté mejor, vendrá a conocer este sitio que sólo usted puede llenar de ternura, el sitio donde trato de ser mejor aunque a veces tenga esa expresión de Pato Donald que usted me reprocha sin pensar que es su testarudez la que la causa con esa terquedad de virgen, por desgracia no loca, sino triste. Olvidaba decirle que si el hombre pudiera morir de desesperación, esto sería hace tiempo un sepulcro bien aireado, lleno de libros y de silencio"). Pero igual que cuando consultas un diccionario, fuiste hallando palabras que no recordabas (porfioso, incandescente, sapolín, ipecacuana) o que ignorabas (fisalia, limbélula, lucernaria, renila, nectalia, sanderia, pennatula, perifila, sertularia) o que no existen y tienes que inventarlas (serestar, desfatalizar, gigantizado) para tu realidad distinta, así como los esquimales tienen doce para significar nieve, o definiciones que ignorabas ("ninfas: labios pequeños de la vulva"), en frases que habías anotado ("La novela debe ser como una película, hecha de imágenes vagas e impresisas, y no como una serie de fotografías", "Toda mujer es una interrupción") y te fuiste quedando en otras ilustraciones (la de los corales, la de los barcos, la de las mariposas). O la estampa atroz de aquellas semanas: el gobierno había disuelto otros dos sindicatos, que reclamaban aumentos de salarios a las empresas norteamericanas. Hacia las seis salieron los demás sindicatos, salimos los demás pueblo o casi, a protestar: es lo único que hemos hecho siempre y que seguimos haciendo otras veces. Igual que el Diputado: "Señor Presidente, dejo sentada mi más enérgica protesta." Y la protesta se queda allí, sentada, y el señor Presidente y el Honorable Diputado van a sus asuntos. Nosotros íbamos riendo y cantando, porque los problemas individuales caen en la multitud como gotas de llovizna en un charco: forman círculos que se juntan, se ensanchan, se deshacen, así como el rostro personal y consuetudinario de cada uno desaparece para formar la muchedumbre que tiene un solo rostro de masa dinámica y activa, es decir una voluntad. Claro que hay excepciones: "Señor Director: En el relato de los sucesos acaecidos ayer y que publica en la edición de hoy el diario de su digna dirección, se habla de 'una heroica mujer de nuestro pueblo que arriesgó su vida, tratando de detener a los caballos de la policía, en defensa de la Constitución'. Yo soy esa mujer, señor Direc-

tor. Agradezco esas palabras amables, pero son injustas. No hubo heroísmo en mi actitud y no pensé defender ninguna Constitución. Alguien me hizo ver que ella no nos sirve para nada puesto que no nos protege de la dictadura, que es mentirosa, porque no somos un país soberano, no somos iguales ante la ley, es falso que el Estado garantiza la vida de sus ciudadanos (basta ver lo sucedido ayer), no somos ni siquiera ciudadanos. Sucede, simplemente, señor Director, que quería morir sin tener que hacerlo yo misma y no puedo. Creí que entonces iría a ser más fácil, que no se notaría y que acaso valdría la pena. Yo, que no he sido capaz ni de retener a un hombre, ¿cómo iba a pretender detener los caballos? Sé que éstos son problemas que no interesan a los demás, que a nadie pueden preocuparle los motivos de cada uno y que los cronistas sólo ven los resultados para eso que se llama información objetiva, creo. Por ejemplo: 'El vietcong bombardeó salvajemente un puesto de avanzada de los rangers cerca de Saigón', y ni el reportero ni usted nos dicen por qué. Pero a pesar del pudor a que obligan estos asuntos íntimos, he considerado deshonesto quedarme callada como si mereciera el elogio, y que sería una complicidad con una estafa que se cometería más contra los muertos de ayer que contra los lectores del diario de hoy. Pero la estupidez de ese crimen me ha llenado de una decisión inmensa de vivir por lo cual puedo asegurar a usted, señor Director, que la próxima vez —¡hay tantas!— sí voy a hacerlo, por razones de odio y de dignidad, ya no de cobardía. Digamos, pues, que se trata de la crónica sobre un hecho futuro, del cual su diario habrá tenido la primicia. Le saluda atentamente 'la heroica mujer de nuestro pueblo', Maestra de la Escuela Municipal Anexa No. 5, Cédula de identidad No. 251.997." La carta no se publicó nunca porque clausuraron el periódico el mismo día en que fue escrita, pero Gálvez la conservaba en un sobre junto a otra, suya, rota en cuatro pedazos, que le había sido devuelta. Es todo lo que queda de nosotros, dijo y logré leer, juntándolos, algunas frases: "más normal que usted porque la sexualidad es más importante que las pier—", "sejo leer los manuales de amor de la antigua China que las madres ponían en el ajuar de sus hijas la víspera de", "el libro de Groddeck: le servirá a algún hombre que acaso tenga más suerte que yo y, sobre todo, a usted". Pero, como estaba diciendo, nos reunimos en la plaza ya crepuscular. Tuve la impresión de que tomaban posesión de la ciudad los millares de

desterrados, trasterrados o enterrados, expulsados de ella desde antes de la madre: una reconquista que no iba a durar sino pocas horas. Para mí era, antes que nada, la primera prueba de que no estábamos del todo muertos todavía, de que aún no habían podido hacernos callar para siempre. Por eso, a pesar de la cólera, estábamos alegres. Si hasta Potrilla —la vi llegar mezclada a los trabajadores textiles, satisfecha su urgencia de acción, y me sonrió de lejos y me hizo un saludo agitando una banderola que le envolvió la melena, como un gesto de perdón por mi desencanto ya habitual y de complicidad por mi presencia en la manifestación— estaba alegre. (Potrilla, tan deseable con sus calcetines blancos, pero tan adolescente que daba miedo, tan alumna además y, como si no bastara, tan enamorada. Alguna vez cenamos juntos los tres, cuando comenzaron sus amores de novia interrumpida. La vi riendo y cantando, haciéndome olvidar el rostro de mocosita llorona con que vino a verme el jueves anterior, a su regreso de Alausí ". . . estaba como quebrado pero por dentro acaso un poco enfermo de urgencia porque las cosas afuera se habían detenido   yo estaba arrimada a él en medio de los presos y ese olor de orines o de chicha o de poncho que suda   había muchos indios mirándole como si nunca le hubieran conocido a la intemperie   el olor era también por la rabia y la sangre   estaban juntos hombres y mujeres heridos porque cada día los sacan por grupos para torturarles su ración diaria para que digan cómo habían aprendido a protestar cuándo quién les enseñó porque antes era diferente   había uno con el ojo vacío es decir sin ojo con el que me veía furioso pero sin quejarse   no hablaban y le miraban resentidos menos una india que oíamos llorando ella sola el funeral de un hijo muerto en los brazos y todos apretados porque siempre han sido así como costal de quinua dijo uno y porque no hay sino una celda en la cárcel de la aldea   me alegré como si hubiera necesitado justificación para apegarme a él y sin embargo me parecía que no estaba muy junto que se me iba   me daba vergüenza de los indios por haberle llevado cigarrillos porque a ellos nadie les visita está toda la familia presa y no les dan comida porque están acostumbrados a no comer toda la vida   yo sé que él sabe más que yo yo le aprendí la verdad sólo queriéndole y mirándole los ojos y le quería cuando era más varón y me contaba cómo iba a ser la vida como si él ya hubiera estado allá y se acordara con nostalgia

y me tocaba a mí repetirle sus palabras que le había creído pero ahora necesitaba creerle por los dos porque me parecía que se estaba olvidando de que nadie ni los militares pueden decir hasta aquí no más llegó la historia   él me oía no como a mí sino como acordándose de un eco   nunca le había visto tan desolada el alma tan enflaquecida y le tocaba la cara para volver a conocerle y le sentí bajo las manos la cólera en las muelas

tenía miedo de dejarle y me quedé toda la noche para no perderme ni una palabra ni una respiración oyéndole en el pecho   dijo estos generales carajo no son sino un accidente una perrada más en el camino lo que duele es ver que no vale la pena el esfuerzo que nadie vale la pena hemos vivido equivocados hablando del pueblo como de la madre como si en ellos nunca hubiera mancha creyendo en él y uno va preguntando cuánto no come a qué se agarra y se decide a luchar aunque uno muera con tal de que no le maten poco a poco y él tan contento yendo al cine y al fútbol como si no hubiera sucedido nada haciendo chistes en lugar de actuar dejándose embaucar por el patrón el cura los periódicos   contentos le pregunté señalándole a los indios que se dormían en la misma posición en que habían sufrido   bueno dijo no hablo de ellos pero nadie hace nada quiero decir los que pueden por ejemplo dónde están los compañeros los dirigentes   presos le dije   no dijo no es eso muchos congresos muchos viajes mucha ideología mucho tiempo en el café mucha esperanza y la revolución no es esperanza sino decisión   nadie puede hablar ni hacer nada ahora le dije   no dijo debe haber algo más otras veces en otras circunstancias se ha gritado boca a boca con las ametralladoras dónde están los universitarios dónde están los obreros los partidos dónde se han escondido tanto por qué se quedan tan callados siento como si no hubiera nacido aquí como si no tuviera patria porque si ellos no quieren luchar a dónde pertenezco entonces   me hacía dudar a mí también no sé por qué puede llevarme de la mano tan pronto a la ilusión o a la caída pero le dije quiere decir entonces que ya ganaron que ya puedes salir pues no vas a hacer nada tampoco sino a portarte bien   casi no le podía ver los ojos no porque estuviera oscuro sino porque estaban muy abajo allá abajo en las ojeras y si usted le hubiera visto el temblor del frío y el sudor como bajo un aguacero   entonces yo pensaba que a veces somos injustos a veces no se puede pedir que se siga de pie no porque

ya no sostengan las rodillas sino porque se está trizado por adentro pienso que el público en los toros grita acércate más acércate más hasta el fracaso pero es muy difícil cuando se ama de modo que no era muy sincera sino que me daba pena como si él estuviera vacío o estuviera desnudo y tuviera que llenarle y cubrirle aunque fuera con palabras porque la fe es eso no más palabras sobre lo que no ha sucedido todavía   yo nunca le conocí sino el amor y la revolución es decir idéntico por los cuatro lados y ahora me parecía un torero solitario en una plaza sin público y así no se puede ni siquiera morir por eso le dije los camaradas están organizándose en las ciudades están creciendo limpios de antes hoy son tan puros que te renacerían y el pueblo es como siempre la sola maravilla inagotable cierto que tiene sus cosas pero uno se reconcilia después con él como contigo
él movía la cabeza tronchada igual que cuando se ponía celoso y testarudo   decía en el fondo potrilla uno combate por puro pesimismo hay tantos padecimientos espantosos en la vida que uno se dedica a cambiar lo que no es inevitable para que no todo fuera tan espantoso pero si los demás aman sus sogas si se dejan patear sin decir nada como si se acostumbraran para qué voy yo a meterme a redentor en sus asuntos   entonces le mentí hablándole de paros huelgas manifestaciones lucha en las calles escritura en la pared hojas sueltas porque él sabía que no había habido nada de eso tal vez por la sorpresa   hacia la medianoche cambió sin motivo y volvió a ser el dios joven de palabras como puñetazos me dio nombres y direcciones que me hacía repetir en voz baja hasta que yo las aprendiera de memoria como si hubiera vivido en ellas   dijo potrilla todo sigue su curso como el río y ha de estallar la represa no importa cuánto demore arrastrando toda esta basura los malnacidos los famosos compañeros tímidos los certificados de perdón y de buena conducta por eso mañana debemos acordarnos muy bien de quiénes siguieron siendo nosotros hasta el último
después dijo es que esto tarda mucho y tengo apuro   no sé si hablaba del país o de nosotros porque íbamos a casarnos en estas vacaciones y yo le besaba los ojos aunque era de noche y la india seguía no llorando sino teniendo al muertito como si estuviera vivo cantándole y yo le tocaba la cara porque ya no había luz y le decía que esto no puede durar nunca y que yo le esperaría hasta que salga de la sombra pero no es un hombre para convencer lo que una tiene delante sino un montón de

odio entre la ropa yo sé que él no será destruido que es más fuerte que el absurdo que cada día seguirá enfureciéndose y a pesar de cuanto duda yo sé que saldrá como un ventarrón contra la dictadura pero me le han machacado la ternura dijo que no volverá a estudiar que no le queda tiempo sino para matar que eso es lo que aprendió cuando desde ese pozo oía las botas ensuciando los patios de la universidad con su ruido de cuadra y se acordó de lo que solía decirme que yo iba a estudiar todo el año con un niño adentro que nacería justo para los exámenes porque los cursos tardan en hacerse lo mismo que el hijo ahora las cosas del amor son más difíciles yo sé que hay asuntos más urgentes pero no para mí y como el policía se atrevió conmigo cuando salía y no pude contenerme y le insulté ya no me dejará verlo y no tendrá quién le lleve un libro cigarrillos mentiras y si no puedo volver quién va a hacerle acuerdo de sí mismo quién le va a cuidar ahora que necesita que le den como cucharadas de mañana contra el desánimo y sobre todo si no hay quien le invente que ha habido acciones del descontento que no existe él va a caerse otra vez se me va a desmoronar nuevamente y quiere ver al pueblo actuando pero con la sangre no se le reconoce el rostro y quiere oírle gritar pero cómo si le tienen la boca con esparadrapos sobre todo porque ahí si usted viera cómo le miran los indios como niños decepcionados creen que todo lo que él hacía para que se organizaran y no se dejen seguir tratando como a sombras de animal como a enyugados hubiera sido trampa o mentira entonces es cuando me alegro de que lo tengan preso junto a ellos pero a él no le han marcado la espalda a latigazos ni le han vaciado un ojo triste ni le han quebrado los dedos ni le han metido fierros bajo las uñas ni le han matado a nadie no sé si me entiende profesor es por él por él mismo contra su soledad que quisiera que le maltrataran pero sólo un poquito y cuando ya esté repuesto pero no es eso tampoco lo que quiero decir el pobre estaba tan abandonado de todos los indios a los que quería ayudar y medio desprotegido como si hubiera sido pequeñito como un niñito mío o como el niño ya inútil de la india y quisiera que no me necesite aunque para eso tenga que no quererme que no sienta amargura ni frío ni amor ni desilusión porque eso hace más difícil ser dura hasta que los demás se cansen y que no le hicieran sufrir estas cosas ahora que sufre la debilidad de los otros de los que no están presos de los

Potrilla cantaba, gritaba y saltaba: ya no tendría que mentir.
Pronto oímos ese ruido conocido del galope que se acerca a nosotros cada vez que estamos juntos y que uno nunca sabe si es el ejército o es la policía,
conocido desde cuando éramos niños: echábamos a rodar nuestras bolas de vidrio, burbujas de jabón, sobre el asfalto,
desde cuando éramos muchachos: templábamos cordeles de vereda a vereda
y le pedíamos perdón a la parte noble del animal porque en la esquina veíamos caer a la bestia bajo la bestia:
el monigote autoritario que a veces hasta habla,
sucia de espuma y de orina su autoridad dudosa y sórdida,
su ojo miedolento abierto como un gargajo entre la majada familiar y la sangre familiar y ajena
mirando desde el suelo, con el asombro de la primera vez, la estatura cotidiana del humano, gigante pequeñito.
Pero esa tarde ya éramos adultos o sea que nos tomó desprevenidos.
Nadie supo cómo comenzó, porque siempre comienza cuando cantamos la canción nacional con la cual delatamos nuestra ralea,
porque la cantamos sin ser día de fiesta patria con desfiles,
porque el industrial, el banquero, el importador, el exportador, el hacendado nunca la cantan, no son la multitud, no están en la multitud y es preciso el coro,
y porque ella nos pertenece, nos ha acompañado en nuestras batallas civiles, es la canción de nuestras derrotas,
por eso sólo la cantan los niños y los trabajadores, los únicos que creen todavía en ella aun sin pensar en sus palabras.
Así supieron que éramos los diferentes, los indeseables: los que cantan el himno nacional y van a pie.
(Caballito azul de la infancia, tibia estatua entre las piernas y horizonte de crin
con el cual en los cuentos se ganaba la mano de la princesa.
En sus lomos, un niño, visitante del caballo, invitado al caballo.
Un indio puso las manos para que pueda alcanzar a los estribos y porque ésa es su obligación aun con el amo,
y va tirando a bestia y amo por las bridas, caballo al paso, indio al paso, amo al paso: pero yo sólo soy un amigo del hijo

del amo: los caballos son caros: no los tienen sino el ejército, la polícia, sus amos.

Visto desde arriba el indio no existe, montón de ser aplastado por el sombrero y el ala de su silencio,

desde arriba es más pequeño el perro que lo acompaña, minúsculo el hueso hambriento,

niña la vieja que juega con su maíz en la puerta de la choza de la tarde,

más pequeña —supongo— la patria con sus piojos.

El que va en la montura se emborracha de poderío y viento y se equivoca y no descuenta el pedestal del caballo para medir su verdaderabsurda nada de jinete:

así entró el Conquistador, centauro de presidio, con Santiago y Dios al anca y pólvora y gonorrea en las alforjas,

y desde allí mató al sedentario, asustándolo al caer o al desmontarse desdoblándose en las bisagras de las ingles,

y el relincho fue la primera coz extranjera en el vientre del pobre.

Fácil le fue cambiar después la armadura por zamarros y el arcabuz por foete

y recorrer al trote los linderos del país que se apropiaba recogiendo del suelo gabelas, diezmos, primicias de frutos y doncellas

y dejó en el aterrado corazón del perseguido

dos latigazos como una cruz, para que crea.

Llamó a su mayordomo, lo sentó en el rocín más flaco, en el de arnés más triste, le puso una gorra sobre la cerda y diez sucres en el bolsillo, le dio un sable a cambio de su alma

y lo soltó junto a los perros a cuidarle la hacienda

y dejar la huella de los cascos y del sable en el pecho de la gleba.

Pero el sargento le robó una yegua: le había limpiado tantas veces las patas de excrementos

que trepó como caudillo a la montura

y con yegua y todo se encaramó al gobierno

lanzando a la pobre bestia contra el hombre que solía hablar del pueblo

odiándolo por eso y porque lo miraba ya con asco

por esa enfermedad que empezaba a apestarle en la historia,

por esa sota turbia con que le hacían trampa en su propia baraja:

el gorila encima de la albarda.)

Apenas había anochecido y ya estábamos acarreando nuestros muertos consabidos, muertos de las manifestaciones desarmadas, cadáveres antes de hora porque siempre reciben el disparo en el momento en que parecen preguntar "Por qué" y se quedan con la atroz curiosidad abierta en la boca para siempre. Y nadie quiso detener su automóvil: la muerte, sobre todo la que viene de arriba, es asunto oficial, de mal agüero: ensucia, deja manchas, ficha. Por eso los llevamos en camiones y a la espalda. Su cabecita me golpeaba el hombro como una palmada. No podía mirarla y la llamaba Potrilla, Potrilla —qué bruto, en voz muy baja— para saber si vivía. Habría debido gritarle o sacudirla para que no se me durmiera. En el hospital los carabineros no permitían entrar sino a los heridos. Pero Potrilla me había dejado en la ropa su sangre y anduve con un orgullo triste, como si llevara una bandera.

Me sentí un poco viudo. Fui al diario a buscar a Gálvez, pero no estaba: lo habían convocado a una reunión de urgencia. Pasé la noche allí, tratando de ayudar, de ser útil por una vez, respondiendo al teléfono por lo menos: voces de locos querían saber si el que no había ido a cenar o a dormir figuraba en la lista de heridos, de presos o de muertos. Con el dedo aún manchado de esa sangre que no quise lavar, y con miedo a la respuesta, recorría las columnas terriblemente largas y espantosamente incompletas, dando la esperanza "aún no hemos recibido las listas oficiales" o, furioso contra los vivos, dictando la sentencia: "Muerto", pensando que esas eran las preguntas de todas las noches de América, colgando inmediatamente el auricular para no oír el llanto o las carajeadas, porque yo era de pronto la voz culpable, ese Dios de pacotilla que decidía de otros destinos. Cerca de la madrugada tuve que escapar con los linotipistas: las tropas comenzaban a rodear el edificio y a cercar la manzana y ya era imposible volver a "La Colonia Penal". Entré en un café donde trasnochadores y madrugadores se encontraban en su desencuentro, en una mesa alguien había olvidado un periódico de la tarde fatídica, que no tenía ninguna noticia todavía, como si aún fuera ayer, como si estuviéramos todos vivos, retrocediendo de golpe hasta el momento en que desfilábamos, Potrilla cantaba y reía, o más temprano aún, hasta el mediodía, o hasta antes, un antes de mucho antes, pidiendo un whisky, otro, otro. Estaba completa la jorga del Murcielagario. Sus dignas esposas. Un compañero costarricense y otro chileno. Si los encuentran

con nosotros, agentes del comunismo internacional. Para colmo, un miembro del Comité Central del Partido. Brutos, el Secretario General de la Administración viene aquí y ya no queda trago. Recoger los restos de los vasos, añadirle agua mineral y hielo. Rechoncho, bestia, blancuzco, como de celuloide. Como la Administración. Vamos a tomar un trago en mi casa. ¿Qué pasaba? Con tal de beber, dondequiera y con quienquiera. "Si sólo nos reunimos entre nosotros nunca haremos conocer nuestra línea." "Los contactos personales son importantes." "No hay que ser sectarios." Seamos francos: vamos porque tiene whisky. Automóviles, taxis, cerca de una dirección imprecisa, hasta que llegue el anfitrión. ¿Aquí? O es una broma pesada o nos jodimos. La Oficina Nacional de Seguridad, como si no la conociera bien. No se asusten, es en el cuarto piso. Riéndose. Esperando desgajados en la escalera, en el frío de la noche del patio hasta que abra. Un alarido de dolor en la planta baja o tal vez en el sótano. Y una pestilencia súbita. El Ríspido, cubierto de mierda: Vengo a decir que no voy a poder venir. Al bajar del taxi se había caído en una alcantarilla. El único que se dio cuenta de que faltaba era el dirigente del Comité Central. Había regresado a buscarlo, vio los manotazos que daba tratando de salir al aire. Qué pasó, te caíste. No, cojudo, aquí vivo. El departamento del Secretario, como retroceder a otro siglo de otro país. Cortinas de terciopelo de un rojo de vejamen. Muebles "estilo Luis XV" dizqué. Huevadas de porcelana que llaman bibelots. Cosas doradas. Un cuadro del Corazón de Jesús, tamaño supernatural. Encantada, qué sorpresa, no faltaría más. Con una camisa de dormir transparente. Sírvanse un whiskisito. El Telefunken desentona en ese siglo. También sería absurdo un cuarteto de cuerda. Y dale al rock y al mambo, frente al Cristo inmenso que mira al cielo con una lagrimita en el ojo izquierdo. Con su permiso, su Ilustrísima. Entre dos discos, el alarido de abajo. Algún torturado. ¿Ratero o estudiante? También oirá esa música como otra tortura. Entre dos whiskies, ¿también está bailando ahora? ¿Aumenta el volumen para que no se oiga lo de abajo? No, debe haber estado muy ocupado esta noche: el estilo es la bestia. Según el comunicado, en todos los periódicos de la mañana, como es natural en un país que se precia, el Gobierno había debelado una conspiración extremista que pretendía sumir al país en el caos y otras boludeces por el estilo. Me dije que debería llamar a Rosana y de paso a mamá, que estarían

inquietas. Y, como en cualquier país etcétera, comenzó la sórdida cronología de presos, de torturados, de fugitivos, cobardes y delatadores. Queríamos hacer algo, no sé qué, pero hacer. Gritar por nuestros cadáveres, por el cadáver de nuestra fe en nosotros mismos también, aun cuando no fuera sino defender lo poco que quedaba de Constitución, porque algo es algo, ¿no te parece? Pero los dirigentes nos dijeron que no debíamos caer en la provocación que nos tendía el gobierno, que era preciso mantener la serenidad y el orden hasta las elecciones, que era fijo que íbamos a ganar. Nuestro candidato también dejó sentada su protesta. (Ganamos un Presidente elegido por los humildes, o sea elegido también por nuestros muertos. Ganamos algunos asientos en el Congreso. Seis meses después, el Presidente disolvió el Congreso y recomenzó el terror, con saña, contra quienes habíamos votado por él, tal vez para suprimir a los testigos de sus promesas, acreedores fastidiosos. El Gobierno —o sea él— disolvió las organizaciones sindicales y populares, nos puso fuera de la ley, estableció campos de concentración, aprendió modernos sistemas de tortura, obtuvo los préstamos que le negaba Estados Unidos. Algunos nos pusimos del lado de donde soplaba el huracán. En cuanto a los otros se portan bien. Ya se sabe que el lumpen se opone a las trasformaciones.) Grupos de estudiantes que no querían esperar, que estaban hartos de la contabilidad sospechosa de las urnas, que no podían envejecer de golpe para aceptar las soluciones tímidas que nos proponían los dirigentes, que seguían indignados por su Universidad ocupada por las botas, realizaron todo el día manifestaciones en las calles que habían amanecido apestando a caballos y a tropa. Con sus resúmenes de filosofía, con sus cuadernos de matemáticas o sus libros de medicina trataban de parar el golpe del sable o del disparo. A algunos les ha quedado la cicatriz en la frente como sello de autenticación en el diploma de su licenciatura en historia de la patria.

De boca en boca se anunció para el día siguiente, a las diez de la mañana, el sepelio de las víctimas. Fui al hospital a preguntar cómo seguía Potrilla, pero me dijeron que estaba en la morgue; fui a la morgue, me dijeron que la habían llevado a su casa; fui a su casa, allí no sabían exactamente: los estudiantes querían hacer el velorio en la Universidad pero el ejército se oponía, tal vez en el local de la Confederación de Trabajadores; fui a la CTE, pero los mismos uniformes lo habían prohibido; alguien

me dijo que en el Sindicato de Trabajadores Textiles. Allí estaban todos los ataúdes juntos, solidarios, pequeño sindicato ya en huelga para siempre a pesar de las amenazas del gobierno. No quise preguntar cuál era ella. Incluso mientras los miraba detenidamente, quise no convencerme, pese al tamaño de su caja, de que estaba allí clavada irremediablemente. Su sangre ya se había ennegrecido en mi manga, como una franja de luto. (Aquí podría escribir, por ejemplo: el odio me sacudía el corazón, como un campanario, y no me dejaba respirar. Tenía ganas de llorar años enteros, llorar años enteros, llorar años enteros. Pero, al mismo tiempo, Potrilla era ese motivo que me hacía falta para seguir viviendo todos los días, más aún, supe para qué había nacido. Y toda la noche, sin apartar la vista del ataúd más pequeño y angosto, me supieron acres, como un pecado, las palabras que me había guardado para decírtelas alguna tarde, cuando hubieras crecido, cuando te hubieras desenamorado, o cuando ya no me hubieras inspirado toda esa ternura tanta que hacía imposible amarte. Pero aquí interviene mi famosa frialdad: yo soy para los demás el animal inhumano y cerebral, ése que por dárselas de lúcido oculta sus sentimientos. Y a quién carajo le importan. Y si es verdad, seguramente se trata de una reacción natural y saludable a ese idiota patetismo nacional: el del cura cuando describe a su grey el infierno, el del caudillo demagogo cuando nos mete el dedo diciéndonos qué es lo que quiere el pueblo, el de las plañideras de todos los velorios cuando enumeran los platos que le gustaban al difunto. "Tira las ortigas al saco de cuero de la austeridad/ y reza sentado sobre una alfombra de carne./ No tardará en llegar el tiempo del remordimiento./ No te lamentes ahora sobre un ataúd cerrado." Y sin embargo se me escapan algunas gotitas saladas por los ojos, pero nuevamente digo simplemente que allí estaba clavada irremediablemente.)

Después anduve por los cafés que aún quedaban abiertos, por los parques, porque sí, por despecho. Alguien, algún borracho más lúcido que yo, sobrio, gritó a lo lejos "Abajo la dictadura". Entré en un zaguán de juegos: tiro al blanco, el aro en la botella, fútbol mecánico, tiro al pato. Me distraje probando mi puntería, imaginando policías y generales. La trigueña que atendía el negocio, bostezando, me sonrió. Iba a cerrar, ya no había más clientes que yo a esa hora.

Me desperté de un salto: era más de mediodía. Ya habría

terminado el entierro, ya habrían desfilado todos los justos, ya se habrían pronunciado todos los discursos de venganza y cólera, ya se habría llorado con los puños levantados. A esa hora Potrilla estaría ya detrás de una lápida en un hueco del muro, en esos horrorosos anaqueles de cadáveres que son nuestros cementerios y comenzando a llenarse ya de olvido. Vi la hostil, la barata pieza de hotel, desconocida, igual, de nadie. Volví a mirar el reloj, con su precisión estúpida e implacable. Todo había sucedido sinmigo, todo sucede siempre en mi ausencia como si no hubiera nacido todavía. Vi a la trigueña dormida boquiabierta: tenía en el hombro una gran mancha blanca, como si fuera el único sitio limpio de un cuerpo asqueroso. Me dio asco. Lloré. Era como si el Presidente de la Asociación Escuela de Agronomía me hubiera confiado a Potrilla mientras estuviera preso y yo la hubiera dejado esperando toda la eternidad por revolcarme con una cualquiera. También se puede ser canalla por soledad, por sueño, por fatiga. Me di asco. Lloré.

Quería lavarme las dos noches, la pesadilla del pánico, la sangre, los restos del semen y fui a casa de Gálvez. Encontré a Falcón desesperado: Galo había sido herido en el vientre al salir de su reunión (¿cómo se abrió camino la bala para no tocar al caballo?). "Estaba furioso con los camaradas que habían dicho que hay que mantener una espera como un compás, dijo, y como si dedeveras estuviera montado en un caballo, se agarró a mi cuello con una sola mano y con la otra se dio vuelta señalando las ventanas apagadas de las casas gritando hasta hacerse ronco: las dos han dado y sereno, dormid tranquilos, burgueses, aquí no pasará nada. Después se rió de una forma que nunca le había oído antes: daba miedo. Ahí fue cuando no sé de dónde le llegó la bala." Estaba en el hospital con la señora Emma, y me habían estado buscando para una transfusión de sangre. Corrí, a pie y en auto, para llegar a tiempo y poder ayudarme a prolongar su breve biografía. Había soldados en la puerta del hos-

PRÓLOGO

Si juntara todos los momentos en que estuvimos juntos, seguramente no sumarían mucho más de un mes. No vivíamos en la misma ciudad y, lo que es más grave, él era ya lo que fue y yo apenas comenzaba a ser lo que no he sido. Me llevaron a él su pasión por la justicia y mi deslumbramiento por la literatura que entonces era como decir el mundo. Amé al Grupo de Guayaquil que me hizo conocer al montuvio compatriota y al cholo compatriota que no conocía aún y en sus relatos escuchaba no sólo el resoplido ronco de la protesta sino que hasta me parecía oír el chapoteo del agua de la ría, que era como decir el mar, que no había visto aún. Desde el comienzo, Joaquín Gallegos Lara fue para mí un maestro, más que de literatura, de hombría: su coraje de varón volvía automáticamente impúdica la exhibición de nuestros dolorcitos. De la Cuadra lo llamó "el suscitador", aunque me parece que no se dio cuenta exacta de todo lo que Joaco podía suscitar. Lo conocí cuando estaba descuartizado entre su disciplina de militante y su vocación por la verdad. En esa época —y en la nuestra, ¿no?— la verdad que no venía de fuera o que no era aprobada por mayoría de votos, constituía delito. Joaquín era el delincuente, porque opuso su certeza ideológica y su tenaz honestidad revolucionaria a la infantil creencia de que por un acuerdo tácito entre las partes podría suspenderse durante la guerra antifascista la lucha de clases. Entonces lo dejaron solo, porque iba contra la "línea" y se trató de hacer que nos apartáramos del renegado. Pocos fuimos los que, tal vez por nuestra juventud, no le tuvimos miedo a la lepra de la verdad que, desgraciadamente, no es muy contagiosa: basta ver a dónde fueron a parar muchos de los que éramos jóvenes. Fue necesario que Jacques Duclos dijera lo mismo que venía diciendo Joaco para que los demás se pusieran a pensar, lo cual, en su caso, ha sido siempre repetir. Pero esa otra lepra peor, la soledad, lo iba cubriendo, a él, que siempre estuvo en mitad de la multitud, recibiendo con ella los golpes de la policía y del orden. Le quedaron pocos camaradas leales y, como a

todos, aún menos amigos. La mujer que él amó y que ¿lo amó? ya no estaba, prácticamente nunca estuvo en esa relación ecuatorianísima hecha de temor a los demás, de pavor al sexo, de miedo a los inútiles encuentros a escondidas. Su "caballo", Falcón de Aláquez, se le desbocó, como tanto compatriota, por el alcohol, por la necesidad de dinero y la mentira. Se quedó, pues, por vez primera, profundamente solo y, por segunda vez, sin piernas.

Cuando me llegó a Chile su ejemplar de *Las cruces sobre el agua*, con una dedicatoria excesivamente generosa, ya había muerto. Pensé que esas líneas estaban destinadas, como una carta, al yo que debía ser y que me obligaban a esforzarme para serlo. Pensé que se me había muerto el hombre más íntegro que conocí en mi país, o sea que se hallaba a medio camino entre la realidad y el símbolo. Y comencé a buscar la huella de sus pasos —es un decir— por casi todas las personas en que estuvo. Volví a su casa y ya he contado en otra ocasión que encontré su habitación tal como la había dejado antes de que lo metieran, a la fuerza, para que cupiera, en un ataúd hecho a la medida de los demás. Encontré a sus "amigos" tal como ellos eran cuando lo dejaron: a-aquel que lo toreó con su abrigo como capa, cuando el centauro Joaco-Falcón arremetió contra él y contra las razones viscosas de su amistad; a aquel que no teniendo argumentos ideológicos válidos para luchar contra el furor dialéctico de Joaquín y su honestidad política, fue suficientemente cobarde para llamarlo "gusarapo de albañal". Encontré los originales que dejó inéditos y que me entregó su madre. Sus verdaderos amigos me permitieron consultar su correspondencia. Falcón me habló de esa otra mitad de su cuerpo, ya perdida, con la ternura y el humor mezclados que se encuentran en la gente de nuestro pueblo. Me enteré por su médico de su anatomía ciega y de su espantosa dolencia final. Tuve en mis manos sus libros, sus anotaciones, las cuentas de sus deudas, sus cartas de amor y de ruptura, enteras o despedazadas en algún momento de recaída en animal sentimental.

Pero mientras me dedicaba a recomponer una vida, pegándole los pedazos que encontraba, se me fue convirtiendo en una biografía que debí romper antes de comenzar a escribirla. Era la época en que, mal discípulo de Joaquín, creía que las consideraciones personales estaban por encima de la verdad. Con qué derecho, me preguntaba, podía señalar con el dedo la deslealtad

y la infamia, si el único testigo-víctima no estaba ya allí para probar la acusación. Era la época en que, semiaprendiz de Joaquín, trataba de ser generoso: con qué derecho podía convertirme en el oráculo de Delfos y hacer que hombres y mujeres cayeran en la trampa de su propio pasado, cuando ya habían construido junto con su casa una vida de ciudadanos respetables. Y de todo eso no quedó sino una profunda sensación de asco o, como diría Galo Gálvez, "the rest was not silence sino mierda".

Hoy día, casi treinta años después de su muerte, el que fue maestro, luego fantasma, posteriormente símbolo, se me ha vuelto personaje de un libro contra el cual combato cada día, que me opone resistencia, que no se deja decir, lo cual es una manera de llamar a mi torpeza con palabras tomadas en préstamo a Gálvez. En este libro que, fácil es advertirlo, no es una biografía pero tampoco una invención, él está, en casi todas sus páginas, aunque ha cambiado mucho. Ahora me resulta imposible separar al él que fue del él en que se me ha convertido. Por ejemplo, pertenece a otra época: no lucha contra la ingenuidad de suspender la lucha de clases sino contra esa otra ingenuidad de la coexistencia pacífica entre el agresor y las víctimas. Su generación es otra: no aquella que creó en el país la inquietud por los cambios fundamentales para trasformar al hombre y que nos dejó la única literatura de la que puede enorgullecerse el Ecuador, sino mi generación, la de los que hasta ahora no hemos hecho nada, ni siquiera literatura. No propugna el realismo sino la verdad de la realidad, que es otra cosa. Ya ha escrito el libro que *tenía* que escribir y que los demás esperaban, ahora escribe lo que *quiere* y que nadie espera. Pero en lo más profundo de sí mismo el personaje sigue de cerca a su modelo: es generoso cuando todo, desde la vida hasta la perrada del destino (y ya he dicho que el destino son los demás) fueron crueles con él hasta el punto de que, como decía Benjamín Carrión, acaso es el único hombre entre nosotros que pudo haber tenido el derecho a ser malo. ¿Por qué precisamente él como personaje? Porque, en fin de cuentas, todos tenemos las piernas más o menos rotas por la comodidad, atadas por la costumbre, deformadas por el temor, inválidas por la complicidad con un sistema que rechazamos en nuestros momentos de lucidez pero al que nos sometemos cada día: quizá de allí nos venga esta culpabilidad de clase a la que solemos llamar, literariamente, angustia. Pero, en cam-

bio, ese personaje me era indispensable para sobrevir: sólo la integridad de Joaquín, aun con sus maravillosos excesos de pasión (¿fue acaso algo más que un prodigioso adolescente duradero?), podía darme el contrapeso, la bocanada de aire, de esperanza y decisión, cuando cada día se comprueba su definición, espantosa por justa: "El Ecuador es un país donde toda felicidad que tenemos se la quitamos a alguien y donde aspirar a ser feliz es una canallada." Quienes fueron sus compañeros de generación y sus amigos reales podrán contar anécdotas de su vida, historias en las que aparezca, pese a todo, de cuerpo entero. Quienes saben en qué consiste la crítica podrán situar su obra —acaso menos grande que el autor— en el contexto de la literatura nacional o continental. Eso es lo que interesa a la gente. Lo otro no tiene interés sino para mí: cuando digo que para mí es personaje de un libro significa mucho más: me plantea problemas, me impone la búsqueda de una técnica, me obliga a apropiarme de frases que no dijo, se me ha ido formando (ya está dicho) un poco como Frankenstein, con órganos, lenguajes y actitudes que pertenecieron a él y también a otras personas, reales o imaginadas y (está dicho ya), como Frankenstein, llegó el día en que se me escapó de las manos y ahora actúa por su cuenta, pero yo asumo la responsabilidad de sus actos y de sus palabras y por razones de oficio, no de vanidad, tengo que admitir que sea la mejor representación del yo que cree y, de ninguna manera, del yo que he sido. No es un problema de curriculum sino de actitud. Lo que haya de bueno en él será lo que realmente perteneció a Joaquín. Por eso, aun cuando fracasara en el intento, no podría traicionarlo. Porque ya no es él, sino otro: resumen incompleto de otros otros.

Debo decir que no le he pagado todavía —y creo que ya no podré hacerlo— la deuda inmensa, puesto que no he llegado a merecer aquella dedicatoria. Y ni siquiera en la ficción de este libro pude ser generoso con él: ya dije, y no por disculparme, que él hace lo que quiere en estas páginas. Por ejemplo, no he podido lograr que viajara —él, que amaba las ciudades en las que nunca estuvo— y no pude darle un sillón de ruedas. No porque ésa haya sido la realidad, no porque ese detalle contribuya a expresar la situación económica de un hombre de una clase determinada en un país determinado (por lo demás, creo que Araceli Gilbert le ofreció uno, llevándoselo de la clínica de su padre, pero no podía pasar a través de las angostas puertas de

su casa), y ni siquiera porque me haga falta la presencia de Falcón de Aláquez para poder sonreír de vez en cuando, sino porque Joaco-Gálvez no quiere. Seguramente en un libro sobre el fracaso de nuestro país como república, el fracaso de su partido como guía de un pueblo que no tiene patria, el fracaso de la literatura como arma y como literatura, es decir, el lento y largo fracaso de uno mismo, me es indispensable ese personaje de tragedia griega que consiguió en medio del trópico lo insólito: ser héroe cada día en una sociedad que no tiene nada de heroico. Acaso la única manera de definirlo cabalmente sea lograr que el personaje por el cual estoy vivo todavía no se me muera en la última página, no se me muera nunca, exactamente como Joaquín.

J.E.A.

pital, vigilando que no escapara la presa lastimada. La señora Emma desgranaba rosario tras rosario junto a su cabecera. Cuando entré, la monja retiraba la cámara de oxígeno con una cara profesional de asunto concluido.

Desde esta cama angosta, muy junto a la suya, miro la sábana sucia sobre su pecho, si sube, si baja, para medirle la vida. Podría ser el rostro de un viejo combatiente, tallado por la lluvia y los minerales en alguna piedra pálida, pero tiene los ojos cerrados. Entonces no es sino un hombre acostado, sin armas ni herramientas, indefensa caricatura crispada del niño que fue alguna vez. Yo estoy unido a él, además, por un tubo de goma: el absurdo torrente de la sangre que me vino quién sabe de qué remoto abuelo (¿el Hombre de Punín, Galo?) sale de la juntura interior del codo, entra por una incisión en el brazo suyo a irrigar órganos machacados, a golpear su corazón lleno de huellas como una puerta a la que se ha llamado mucho desde adentro, y va a derramarse sobre el asfalto por los dos huecos que le abrirá algún día, nuevamente, la tropa. Hay un olor a cloroformo o éter, o tal vez con la sangre se me va mi fuerza, entran en él mis dolores y recuerdos como han entrado en mí, sin necesidad de tubo, su dolor y su memoria, pero lo cierto es que me contagia su sueño espeso, parecido a ese dulce cansancio post actum que se parece a la tranquilidad/ A ver, despierte, haga un esfuerzo/ Hago un esfuerzo y abro los ojos, pero el cura está inclinado sobre él, le mueve la cabeza como a un títere grande, mientras la monja le mete almohadas bajo el cuerpo/ El cura le sacude un hombro, los dos hombros, le abofetea con ambas manos/ Él está sentado en el primer asiento, junto a la puerta de la clase, y lo vio venir/ El cura es pequeño, delgado, lívido/ Es verde de puro pálido/ Tiene siempre apretadas las mandíbulas, mordiéndose la saliva, y el rostro como de palo/ Avanza a largos pasos frenado por la sotana negra, mirando al suelo, pegado a las paredes/ No camina: se escurre/ Cuando lo encontrábamos en la calle las tardes de asueto, dábamos vuelta, corríamos para que no nos viera/ Entonces, con la voz despedazada y la mirada agónica, alcanzó a prevenirnos con un grito: "El Padre Director"/ Pero no hay nada que hacer, no se puede escapar, no se puede no haber nacido o haber ido a otra escuela/ El cura lo golpea en las mejillas, en las orejas, lo levanta del pelo, lo empuja a puntapiés al corredor donde va, rodando, a golpearse contra la baranda/ La monja le pone otra almohada

bajo la cabeza y así parece un muñeco doblado/ El cura le sopla en la cara para despertarlo/ También, como los soldados, teme que se le vaya a escapar/ Gálvez entreabre los ojos, sin sobresalto, porque no hay nadie, y se entreduerme con una mosca en los labios/ El cura se pasea por la sala, camina con la cabeza baja como si leyera el breviario, pero es a nosotros a quienes está mirando/ Nunca se sabe a quién le tocará hoy día el golpe, siempre estamos temblando, sin saber por qué, desde el momento en que entra, todo se vuelve culpa/ Respiramos con pavor, en espera de que la sangre no golpee con demasiado ruido el tambor de las sienes, simulando concentrarnos en los garabatos que hemos escrito en los cuadernos/ No hay motivo, no hay anuncio, sino que en el silencio tembloroso se abre el alarido, como una mancha oral, y no podemos dar vuelta la cabeza para mirar/ Hay que adivinar por el grito loco quién fue la víctima esta vez/ El ruido —dolor y ruido de la bofetada, del puñetazo en la espalda, del coscorrón, el ruido de ese lápiz grueso azul y rojo que él mantiene escondido en su puño y asomando la punta en ambos cabos y que clava furioso en nuestra nuca– se siente por adentro/Todo es puro azar, como la muerte o la lotería, sólo que también le toca a uno y no únicamente a los demás/ Entonces el cura se va, piadosamente, rezando su breviario o con las manos juntas sobre el pecho, echando una última mirada a la cabeza que sigue sonando o a los ojos que lo miran desde un rencor antiguo desde la almohada sucia/ ¿Me ve? pregunta ¿Sabe en dónde está?/ Gálvez mueve los labios/ Parece que le duele mucho/ Yo no alcanzo a oír nada, no puedo levantarme e ir a su lado, a ayudarlo a levantarse, por temor a que el cura me golpee a mí también, me patee como a él en el suelo/ Maricones, eso somos todos, sin levantar la mirada del cuaderno/ La monja le pone una compresa fría en la frente, más bien sobre los ojos, para que vea/ El cura vuelve a sacudirlo/ Tiene que ser en plena conciencia, dice, ¿me oye?/ Un poco de agua, dice él/ Estamos casi a la cabeza de la cola, ya mismo vamos a tomar agua, pero nos empujan, nos atropellan, caemos, hay manos alargagolpeansuperponiéndose sin brazos ni dueño para alcanzar el jarro que quedó lleno antes de que sonara la campana/ No puede, dice la monja y le pasa un algodón húmedo por los labios/ Hace calor, por el sol, por el polvo del patio, por la tarde/ Al otro lado del muro está la sombra azul de los árboles cargados de manzanas y duraznos de la huerta del cura/ El

viento está detrás de la puerta/ Está prohibido abrirla y hasta mirar por las hendiduras/ Poniéndose en puntas de pie, se puede ver al fondo un muro de eucaliptos y de álamos/ De algunos compañeros grandes se decía que "habían entrado" en la huerta, y yo admiraba, viendo su catadura de bandoleros, su violación de la ley, su irrespeto rebelde/ Después me enteré/ Hijo mío no tenemos mucho tiempo, dice el cura, Dios en su infinita misericordia ha querido que tus faltas/ No sé/ Pudiera ser que a veces fueran graves o era simplemente un día de mal humor del señor Pinto, lo cierto es que nos mandaba a "hablar" con el Director/ El cura ¿sabía?, ¿adivinaba?, pero apenas uno aparecía en la puerta, él arremetía ya con todas sus patas, todo su cuerpo, todo el odio que nos tenía, hecho de masturbación y venganza/ Dónde andaría entonces el viejo Freud para que explique, porque no nos da tiempo, no tenemos idioma para intentar la justificación y prometer no volver a hacerlo, mientras el borde metálico de la regla nos deja en los brazos y en las nalgas unas líneas azules que se ensanchan mañana/ te sean perdonadas/ O había que ir a la huerta a escoger uno mismo la vara con que iba a medirnos/ De allí nació una botánica especial para uso de los condenados/ Sabíamos que la rama de manzano es preferible, pero el cura nos pegaba doblemente porque no hay que destruir los árboles frutales/ La rama de eucalipto es más gruesa y deja un cardenal profundo, casi en el hueso/ La de álamo es más flexible y por eso golpea una superficie mayor de la piel/ Pero hay que volver pronto/ no tenemos mucho tiempo hijo mío/ y había que resolver la duda casi por instinto o por despecho, y el mocoso lloriqueante o altivo regresaba por el patio arrancando las últimas hojas, presintiendo o recordando el silbido fugaz de la rama blandida y la duradera cicatriz en los muslos/ La señora Emma lo acaricia llorando cuando Gálvez hace un esfuerzo, doblándose penosamente, tomándose el vientre con las manos/ Se equivocó de muerto, dice lentamente como en otro idioma, yo no lo mandé llamar/ Pero es mi deber, dice el cura, y el deber de tu santa madre. Vas a presentarte a tu Creador quien en su infinita bondad/ No es cloroformo sino nardos/ En el sueño de la capilla el cura habla de la gracia, de la pureza, de la bondad infinita/ Dice que estaremos sentados toda la eternidad mirándole la cara a Dios/ Le salen las palabras por la rajadura de la boca y no le quedan bien, como si fueran prestadas o robadas, o monedas

que se mellaran en su mordisco permanente/ Yo estoy, a veces, a punto de creerle, pero le veo las manos vengativas con el lápiz bicolor, el verdor de la epidermis, esto es mi infancia, le oigo los pasos, se acercan por detrás, viene a mí, yo sé, tal vez me vio que estaba cabeceando, me golpeará de un momento a otro en la espalda o la cabeza/ Déjeme en paz, le dice Gálvez al cura, déjeme por lo menos morir en paz/ La monja se santigua profesionalmente horrorizada/ Haz un esfuerzo, dice el cura, recuerda tus pecados. El Señor/ Vos qué dices, ¿será pecado haber tenido sueños sucios?/ Claro/ Pero no es mi culpa/ Más qué/ ¿Y haber querido que se muera el cura?/ Qué bruto/ ¿Vos no has querido?/ Sí, también/ Si se hubiera muerto en lugar del Nacho pobrecito/ Hurgándonos las pequeñas culpas de la pequeña alma con un palo, buscándonos pecados a toda costa, oscuros tréboles raros, entre matorrales de irresponsabilidad y descuido/ Cuando nos preparamos para la primera comunión envejecemos, aprendemos lo que hacen los adultos/ A paso lento vamos a nuestras casas, torturándonos, yo me saco afuera, como un bolsillo, y caen migajas de mentiras, restos de desobediencia, polvo de crueldades innecesarias y pequeñas envidias, pero eso no basta para una buena confesión, son pecados veniales, le tengo miedo al cura, a su reproche, a su furia porque no soy ni siquiera capaz de pecar mortalmente, fijo que va a creer que le oculto mis pecados grandes, gordos, contentándolo apenas con pobres indicios de mi verdadera maldad/ Ah si hubiera sido el Velasteguí, si tuviera un sacrilegio como el suyo para poder hacer un buen acto de contrición/ Entonces busco, católicamente, el pecado, estoy rodeado de un muro de pecado, cada ser que conozco es un candidato a la condenación del mismo modo como en cada cliente de la botica, por una fácil y errónea profecía, se encuentra un candidato a la muerte inmediata/ Y no hallé cosa en que poner los ojos que no tuviera la marca del infierno / Comienza como un simple arrepentirse, luego son ya los trabajos forzados del mal, después la actitud de sospecha del gendarme hasta parar en el espionaje, la calumnia y la delación del confesonario/ Esta oportunidad para que te arrepientas, dice el cura/ Han comenzado a decir en la escuela que mi padre además era masón/ No sé qué es pero debe ser muy grave: siento que la última sílaba me queda sonando como una campana, que la acusación se hereda: comienza a apestar mi filiación de hijo del réprobo, pobre espantapájaros de aldea, bisabuelo

histórico de apristas y bolcheviques/ Y si busco sentirme culpable es porque me siento brazo de la justicia, forzándome el arrepentimiento, esforzándome por llorar de arrepentimiento, llegado el gran día del arrepentimiento/ Acúsome padre de haber visto una mujer desnuda/ Por la rejilla tenebrosa sale la voz terrible, la de la clase y de la capilla, de los insultos, apagada en la pregunta sórdida/ ¿En qué circunstancias? ¿Cuántas veces?/ Una no más, estaba con papá/ Cuando voy a sentir una chispita de arrepentimiento por la mentira y por el pobre viejo, al que los demás lo hicieron masón y yo lo hacía asqueroso, el cura ya me absuelve/ El odio lo fatiga, le sube desde el vientre perforado en esa aproximación a la muerte como a una ciudad cuya población ya ha comenzado a salir a su encuentro/ Aunque Gálvez no lo mira, el cura tiene las manos juntas sobre el pecho: la señora Emma y la monja bastan como público/ La mosca se pasea por la frente y se enreda las patas en las cejas/ Misericordia, porque te rebelaste contra el Señor y lo ofendiste, como Luzbel te levantaste contra su Poder, pero aún te queda tiempo/ Gálvez hace un gesto de fastidio que no ahuyenta a la mosca/ No me joda más padre, dice/ Da vuelta la cabeza y se queda mirándome/ Parece asombro lo que hay entre la palidez y la barba de dos días, sin saber qué hago yo allí, pero el tubo de goma se lo explica/ Le sonrío solidario, como si recordáramos juntos aquella ocasión en que me dijo Corre que la policía está dando palo, y yo le dije Yo no siento nada y él Claro el que los siente soy yo, riendo como si no le hubieran dolido/ Hace un esfuerzo para pasar la lengua por los labios, la monja le pone el algodón húmedo sobre la boca, y él lo muerde con furor/ No los enumeres, basta con que repitas conmigo: Perdóname, Señor, todas mis culpas con que te ofendí y ofendí a mis semejantes, para que mi alma sea digna de/ Gálvez abre los ojos/ La mosca vuela perezosa y se posa en una mejilla/ Él se queda mirando una mancha oscura en la pared y yo veo allí, con él, en miniatura, la plaza, la tarde, el asesinato por todos lados, los caídos/ Veo que el rencor le da más fuerza que mi sangre y me alegra que pueda indignarse: odia, luego existe/ Que ellos se arrepientan carajo de sus crímenes y usted también, dice/ Hijito, por favor, Galito, hazlo por mí, dice la señora Emma acariciándole el rostro/ Usted también déjeme en paz mamá, dice él/ Ah, dice el cura mirando la mosca, nadie conoce los designios de la Divina/ Los crímenes, dice Gálvez/ El cura levanta el brazo

terrible con la rama de eucalipto en la punta/ La manga negra resbala hasta el codo, y el antebrazo es apenas más grueso que la rama/ Es increíble que pueda golpear con tanta fuerza tantas veces/ ¿Quién rompió el vidrio? pregunta/ Desde la primera bofetada respondo No sé no sé, como un tartamudo/ No sé, dice Gálvez/ Al primer puñetazo me salió un hilo de sangre del labio/ Debe ser por ese anillo grande, cuadrado, dorado, con letras entrelazadas y filudas, que el sargento limpia en la palma de la mano izquierda cada vez que me golpea/ ¿Quién puso la bomba? pregunta, sonriendo como si lo supiera, echándose hacia atrás la gorra, transpirando, desabotonándose el cuello/No sé, digo/ El cura se va/ Son las cinco de la tarde, se van todos los compañeros, y el portero me arrastra al calabozo, y yo grito como los cerdos del lunes, mi pánico, mi desesperación, resistiendo con todo el cuerpo, aferrándome con los pies al suelo, como los asnos en día de feria, suplicando perdón/ El Jacinto no podía hacer nada: obedecía, cumplía sus obligaciones, defendía su cargo, así ha sido siempre/ Hasta los niños de seis años saben que en el calabozo se aparece el diablo y trata de llevárselo a uno, y lo abofetean las almas en pena, y al extender los brazos para apartarlas las manos tocan huesos de esqueletos/ Eso se sabe, los alumnos mayores que han estado allí varias veces lo juran con orgullo/ El calabozo queda junto a las piezas de adobe del portero/ Tiene un metro cuadrado de tierra húmeda y una tiniebla inmensurable/ En el centro exacto del cuadrado hay un hueco pestilente donde se han ido acumulando heces y orina/ Cierro los ojos como si fueran puños para no ver, porque soy un niño todavía: los Estados Unidos acaban de imponer en Guatemala al dictador José Ubico/ Me consuelan los pequeños ruidos de afuera: el viento en la huerta del cura, un chorro de agua en el grifo, la voz del portero: la maravillosa comprobación de la presencia humana en esa tiniebla sólida, de los ruidos naturales en ese pavor por lo sobrenatural que va a llegar/ No tenía muchos momentos o compañías agradables que recordar, por eso me distraje pensando en el castigo que mamá me impondría por llegar tarde a casa, tal vez recé para poder volver a casa en lugar de ir al infierno/ De las cuatro paredes de la celda infantil sólo podía apoyarme con confianza en la puerta que el Jacinto cerró con candado por fuera/ Cualquier cosa que viniera, estaba seguro, vendría por las otras tres o por arriba/ Cuando me atreví a abrir lentamente los ojos, busqué, tocando con las pestañas la

madera, como un ciego de las manos, una rajadura, una hilácha de luz/ Oí la voz del portero que le decía a alguien, porque debe haber tenido mujer, hijos, no sé, Me voy al correo/ Entonces me sentí definitivamente desamparado y lloré/ Ahora es difícil separar, poner fechas, orden a las cosas, número a las páginas, podría equivocarme, podría mentir/Yo salí hace treintimás años de ese calabozo, los Estados Unidos bloquean Cuba todavía y extendieron la guerra de Vietnam a Laos y Camboya, y he vuelto intermitentemente a muchas celdas similares, y eso ha sido más largo que aquellas dos horas de eternidad/ No tenía por entonces una idea abstracta de los muertos/ Pensé que tal vez serían mis fantasmas conocidos, familiares, los que me mostrarían su esqueleto: Nacho, la gorda de la escalera, tal vez papá/ Aunque quizás podía tener alguna influencia, ciertos hilos de relación más o menos cordial, los temía: tal vez los muertos también se olvidan fácilmente de nosotros, desquitándose de nuestro olvido, o se vuelven agresivos, sin razón, como una enamorada/ Cuando se abrió la puerta y ya estaba oscuro afuera, seguí temblando todavía/ Pero qué hermoso era el ruido de las grandes llaves golpeándose contra el candado, qué hermoso ese hombronazo indio que reía de mi miedo y me entregaba un sánduche de queso/ Me abracé a él, a sus piernas, y con su poncho que olía a humo de ramas me sequé los ojos/ Qué limpio era el viento de las siete de la noche, qué triunfo volver del infierno a la ciudad, orgulloso de saber que la vida continuaba como todos los días, inclusive la mía, sensación de victorioso y no de ex presidiario/ Comprendí entonces que tácitamente entraba a formar parte de la secta de los que habían ido al calabozo y aseguraban haber visto al diablo y a los muertos, porque si no qué gracia tendría regresar al día siguiente a la escuela intacto/ Sólo mucho después comprendí que no había salido indemne: estaba dañado por el rencor: había comenzado otra vez a crecer/ Y fui, triunfal, corriendo por las calles, sin temer ya ningún castigo en lo sucesivo: el arma secreta del cura había caído en desprestigio, ya no le quedaban sino sus modestas varas de álamo y la regla medio torcida, su palidez de masturbador como una cáscara sobre las mandíbulas cerradas, y otra vez el infierno no es sino un calabozo de un metro cuadrado y una tiniebla inmensurable/ Contesta carajo, grita el cura, ¿quién puso la bomba?/ Debe ser, más bien, el sargento, porque el cura murió hace mucho en el terremoto/ Hace frío en las

paredes y el piso de cemento/ A lo lejos, en algún sitio, la Banda Municipal ensaya un pasillo, como si fuera otro instrumento de tortura: ya hemos pasado por las oficinas de investigaciones, la embajada, la cárcel, el destierro/ Como en ese cuadro del infierno que nos llevaban a mirar los jesuitas —tridentes, ayes de pintura prolongados como los adioses, plomo derretido pasando por un embudo a una boca, serpientes y látigos enroscados al cuerpo—, los látigos y otros instrumentos primitivos, sogas, el potro manchado de mucha sangre antigua, el cuero rompiéndose, dejando aparecer la crin, los alambres para colgar por los pulgares los cuerpos que habían incitado a la huelga, los alambres para cerrar el circuito eléctrico en los testículos, foco brutal que trepida y no se enciende, y ese aparato negro que metía una cuchillita debajo de las uñas por no decir quién levantó a los campesinos y aquel otro para quebrar las muñecas con una inscripción MADE IN USA. PAT. 01289224, DETROIT, y la luz del reflector en los ojos, y el pasillo de tantas noches de bailes populares, de tantos partidos de fútbol, de la retreta cuando la llevaba a ella de la mano, respirando aromas, diciéndole "Te he estado queriendo pese a todo", inunda el cubo de cemento hasta la altura de un hombre con los brazos levantados, como un rescate racial para ese Atahualpa pequeñito, una tortura racial de cuatro siglos, en medio del pajonal y el granizo de la noche, acaso era peor que los instrumentos de castigo, porque llegaba más adentro, y uno se quita el saco, hunde en él la cabeza, se tapa los oídos pero el pasillo se le mete por las costuras, el lamento melancólico atraviesa los ojales, se emposa en los bolsillos, llenos de sangre los botones por haber regresado de Cuba/ "Te he estado amando pese a todos"/ No puedo más, dice él casi gritando y tapándose los oídos y ahuyentando sin querer la mosca que regresa testaruda/ Son impenetrables, dice el cura, la voluntad de Dios se cumple por muchísimos caminos y no le toca al hombre/ Me cago en la voluntad de Dios, dice Gálvez y se da vuelta hacía mí para no mirar/ Hijito, te suplico, dice la señora Emma, te lo ruego como si fuera mi última voluntad/ Lárguese, le dice Gálvez al cura con un bramido terriblemente indefenso y cansado/ El cura levanta los ojos de la mosca, se tapa las orejas con las manos pero ya ha oído las palabras, de modo que más bien se diría que las retiene adentro para que no salgan/ Bienhecho/ Hasta en el momento de morir blasfemas, desgraciado, le dice, el infierno será tu

morada por toda la eternidad/ Ya estuve, dice Gálvez, lárguese/ El cura comienza a querer irse, se sacude la sotana como si pusiera en orden lo que pasa, y hace un último esfuerzo/ Haré que te dejen podrir en la cárcel, dice/ La señora Emma se arrodilla ante el cura como ante una imagen, llorando y suplicando/ Lárguese, hijo de una gran puta, grita Gálvez retorciéndose y mordiendo la almohada/ Cuando el cura salió seguido de la señora Emma que imploraba perdón para su hijo, el odio y la fatiga se le fueron borrando bajo la barba dejándole solamente las señales de la edad, la vejez del dolor y la crispación del dolor reciente, y mientras yo le secaba la traspiración de la frente y le humedecía la sequedad de los labios, alguien golpeó muy débilmente a la puerta y con temor a abrirla, casi por la juntura, se metió un homúnculo tímido, calvo, pequeñito, vestido de negro, con un paraguas flaco.

Perdonen, dijo sonriendo, pero como vi salir al padrecito.

Se acercó a la cama con una ligera inclinación a modo de saludo.

En nombre de la Empresa de Pompas Fúnebres "La Paz Eterna" me permito desearle una pronta mejoría, dijo.

Era brutal esa insistencia en darle a manos llenas la muerte que él rechazaba como un soborno, pero Gálvez sonrió sin abrir los ojos, levantó apenas la mano como para espantar la mosca.

Gracias, le dijo.

Sin embargo, continuó el homúnculo, en caso de que suceda lo peor, Dios no lo quiera, vengo a ofrecerle nuestros servicios. Le aseguro que usted se sentirá contento.

Gálvez asintió con la cabeza, serio. El otro, ya más confiado y casi orgulloso, se me acercó y recitó de memoria y en voz baja:

Nuestra empresa dispone del mejor y más selecto surtido y sólo emplea materiales de primera calidad. Las agarraderas y el crucifijo son de plata legítima aunque, claro, se los retiran en el último momento. Pero, en cambio, la caja es de madera incorruptible forrada de terciopelo y acolchada en diferentes sedas, todo importado. Se podría decir que es un ataúd para toda la vida, con interior de cinc, plástico y aluminio y con su cristal para ver.

Calló escrutando en el rostro de él o en el mío una respuesta, un entusiasmo, algo. Yo me fui a la ventana desde donde veía a los soldados aburridos.

El homúnculo, humildeciéndose, comenzó a rogar:

A usted qué más le da y en cambio me hace un favor a mí. No sea malo, señorcito. Dígale a su familia que usted quiere que nosotros nos ocupemos de su asunto. La última voluntad siempre es sagrada. Hágame este servicio.

Dio un paso para insistir ante mí, pero se detuvo, indeciso entre la cama y la ventana.

Los agentes no ganamos sueldo, dijo sin saber a cuál de los dos mirar, sino sólo comisiones, y yo tengo cuatro hijos, vea.

Sacó del bolsillo una fotografía y se la puso ante los ojos, pero Galo parecía dormir nuevamente, y entonces vino hacia mí, con esos cuatro rostros de niños envejecidos como asustados por el fotógrafo.

El mayorcito ya está en el colegio, dijo.

Luego volvió a la cama, se inclinó como para ver de cerca el aliento trabajoso sobre la almohada. Él también parecía temer que se le escapara, como un cliente de restaurante, sin dejarle la propina que pedía, y le tocó el hombro apenas con las yemas de los dedos.

Señor, señorcito, diga que sí, a usted le da lo mismo, ¿verdad?, rogó esperando una respuesta. Señor, señor, no se duerma.

Cuando se me acercó sostenía el paraguas entre las manos, como el cura el crucifijo.

Usted que es de la familia puede ayudarme. El negocio va mal, dijo.

¿No muere la gente, acaso?

Sí, dijo, pero no en la misma proporción en que aumenta la carestía de la vida.

Ahora el gobierno les está ayudando, dije, el negocio va a marchar bien, ya verá.

Qué va, señor. Esos son muertos de tercera, y sobre los ataúdes pintados no ganamos casi nada. Además, hay mucha competencia. Fíjese, ahora mismo, ahí afuera, está el agente de la otra empresa. Él tiene conexiones con los porteros y los internos del hospital, y le avisan. También con los policías, para los casos de accidentes. Y yo soy nuevo en el oficio. Por lo demás, le aseguro que la nuestra es mejor: la otra usa madera apolillada, terciopelo nacional de mala calidad, las agarraderas no son de plata, y por un entierro de segunda cobran como por el de primera: todo depende del dolor de la familia que no está

para regatear el precio. Y me olvidaba: el otro agente es soltero.

Yo no soy de la familia, dije como culpable.

Entonces, desalentado, a pasos rápidos, casi corrió a la cama y se inclinó sobre Gálvez.

Señor, hágame esta buena acción, por mis hijitos. Yo le quedaré eternamente reconocido y rezaré por el descanso de su alma.

Y, como quien cambia de traje, quitándose la humillación y el ruego, volvió a ponerse el optimismo y la seguridad que trajo al entrar.

Le voy a dejar mi tarjeta aquí, sobre el velador.

Galo abrió los ojos y le tomó la mano casi con ternura.

Lo siento, compañero, le dijo, pero no voy a morir.

Ah caray, dijo el hombrecito y se mordió los labios. Me alegro, me alegro de que esté repuesto, ojalá viva muchos años todavía.

Pero se quedó junto a la cama, inmóvil, sin esperanza, haciendo cálculos aferrado a su paraguas de luto. Me miró acongojado, frunció las cejas, las levantó después de mirar el reloj.

Ahora perdónenme que los deje, pero se me hace tarde, dijo. Hoy no he colocado nada todavía. A veces se pierde todo el día. Pero si viene el otro, me dijo casi como en secreto, dígale que ya está contratado el entierro con "La Paz Eterna". Por favor.

En la puerta se volvió a mirar a Gálvez, sonrió como si hablara a un niño, haciéndole una advertencia con el índice.

La próxima vez no se olvide, eh.

Gálvez no sonrió. Miraba, con los ojos muy grandes, la mancha de la pared. Dio un manotazo definitivo a la mosca.

La próxima vez, dijo. Pero serán otros los muertos.

Lástima que el hombrecillo se había ido. Tuve ganas de correr y buscarlo en la pieza de al lado, junto al proyecto de cadáver del piso de arriba, y entregarle esa futura cuota de vida, para que fuera contento a dársela a sus hijos, tal vez al mayorcito, ése que ya estaba en el Colegio.

Ahora ya no tienes, como cuando comenzaste este libro, ese muro frente a tu ventana que te impedía ver (físicamente) más allá pero por el cual pasaban las ideas antes de rebotar (escritas) en la página. Ahora el muro es la página misma y no sabes cómo seguir adelante, cómo terminar tu libro. Pero, por otra parte, para qué terminarlo: en lugar de la obra inacabada, la obra inacabable, más abierta que la "obra abierta" de Umberto Eco (y como un ídem, repites agradeciéndole: "La belleza no va más allá de la superficie, de la forma, y aparece entonces como un resultado morboso del arte. El gran arte tiende sólo a la persecución de la verdad", aunque acaso haya que cambiar "verdad" por conocimiento). Y entonces, en este momento preciso, las 8 y 20 de la noche de un sábado 16 de junio, cuando querías dar un puntapié al libro y dedicarte a vivir, te distraes proponiéndote-le al lector (siempre hipotético) otras posibilidades de combinación de los materiales ya utilizados.

Por ejemplo, qué habría pasado si La Liria fuera una hacienda situada en Píntag, Guápulo, Cumbayá, Tumbaco, Puembo, Pifo, Yaruquí, Checa, Zámbiza, Calderón, Cotocollao, Nono, Nanegal, Gualea, Mindo, Perucho, San José de Minas, Quinche, Nayón o Atahualpa, y el Cretino pudiera ir a inspeccionar sus intereses y volver en pocas horas sin dejarle a Rosana esas tardes en las que aprendió lo que más pudo parecerse al amor o, por lo menos, el sexo encabritado.

Y si Rosana fuera la mujer de Gálvez, ya sin excusas católico-humano-estético-morales, ¿habría el narrador tenido su lío con ella, pese a su amistad con Galo, o la habría roto creyendo que estaban irremediablemente destinados ella a él y viceversa o se habría encamotado con Márgaramaría, siempre dispuesta, siempre abierta, ésa que no concebía el amor "sino entre dos hombres"?

Y si la acción trascurriera en Venecia, Gálvez e Irene, esos "amantes antípodas" se darían cita, no en la sala oscura de un cine, sino en una góndola con cortinas, recorriendo-besándose el Canal de la Zuecca, el Rio della Canonica, subiendo el uno en Sansevero y la otra en Sanzabragora, bajándose él en Santazas-

tina y ella en Fontego. Claro que entonces no habría en este libro ni indios ni dictadores ni esa miseria que de tanto romper la ropa abre roturas en el alma. Pero entonces, si el autor naturalista escoge un medio y allí sitúa a sus personajes (según Lukács) y si el autor realista imagina una intriga con personajes y la sitúa en un medio (según no sé quién), ¿se es inevitablemente naturalista o realista? Y tú, que no quieres ser ni lo uno ni lo otro, tú que pretendías un arteimpacto, medicinal, sobre todo para tus queridos compatriotas, ves que sigues siendo más bien enfermo que médico, y de tu libro sólo te quedará, si es que queda, su efecto terapéutico para ti y tus temas obsesivos. Por ejemplo, podrías hacer que las conversaciones continúen, hacia adelante o hacia atrás, a lo largo de todo el libro, sin interrupción, simplemente haciendo que cambiaran el lugar, la hora o la edad e incluso la ropa de los personajes.

Estaba sentado en el "Restaurant du Lac", pensando que desde allí, por la noche, sin ver la otra orilla, el lago Léman podía crear una ilusión de mar, a veces incluso se oía y se olía a mar, "como tu sexo" le dijo él, cuando ella, leyendo el periódico, le dijo: "Has visto este imponderable decreto del gobierno uruguayo: 'Por consiguiente, a partir del 1º de diciembre, los medios de información deben abstenerse de mencionar las palabras tupamaros, subversivos, terroristas, células, grupos o comandos, etc. Puede sólo. . .' " –"La palabra 'etcétera' ¿tambien?" preguntó él. –". . . sólo emplearse la terminología delincuentes, malhechores, rapiñeros o similares". —"Similares me parece la más adecuada" dijo él, sentado en la terraza del "Hotel Carrasco" desde donde se veía el mar (se negaba a llamarlo río) tomando el aperitivo con algunos escritores y profesores de la Universidad de Montevideo, cuando alguien dijo: "Pero qué lógica puede pedírsele a los coroneles griegos" y él le oyó, sentado a una mesa en el barrio de Placa, toda la calle una sola taberna, una canción melancólicamente griega que va de mesa en mesa a lo largo de callejones y escaleras, las viejecitas vestidas de negro tarareándola en los escalones de las puertas de casa, él mirando el Partenón silencioso e inturístico en la noche, iluminado por los reflectores, pensando que era un espectáculo mejor que el mar que estaba más allá, pensando qué pocos son los lugares de la tierra donde la gente no ha olvidado aún el canto, cuando ella dijo: "Acabo de oír por la radio sobre su país, un golpe o algo así" y él sentado en un café de un portal

de Guayaquil (¿por qué no habrá cafés frente a la ría que es lo más parecido al mar?), asediado por muchachitos vendedores de lo inimaginable, mientras otro, flaco como un zancudo, le lustraba los zapatos. Cuando le pagó con una moneda de un sucre le dijo que se quedara con el vuelto y le preguntó qué iba a comprarse con eso —idiota recolector de datos, pretensioso candidato a novelista—, el mocoso, mirándose el cuerpo con un desplante de torero le dijo: "¿No me ve? El ataúd."

Pero, claro, esto no tiene nada que ver con tu libro. Proust hablaba de "un baúl lleno de material situado en medio camino, que me impide pensar". Tú, en cambio, vas a hurgar en tu baúl —tu cuaderno de notas, tus recortes de revistas y periódicos— a ver qué puede salir de allí.

> "A veces pienso que la vida artística es un largo y agradable suicidio y no me duele que así sea"
>
> (De una carta de Oscar Wilde)

A la frase, o a la carta, le sobra la palabra "artística", y no es la que más te conviene. Busca, búscate otra que venga al caso.

> Según un informe de la UNE, de una población escolar de 1.200.000 niños, 240.000 quedan al margen de los sistemas educativos y otros 605.000 matriculados abandonan prematuramente los estudios por la pobreza de sus familias. La edad laboral del indio comienza a los 8 años.

Casi casi de la lactancia al trabajo agrícola, de sol a sol.

La escuela del látigo, la pedagogía de la vida que llaman, como si la vida fuera un foete (¿y no lo es?). Pero esto no sería posible si la acción de la obra transcurriera en París.

> Lo terrible de la muerte —dijo Gálvez— es que se deja de pensar, pero el desvelo es peor: hace recordar. A Gagarin tuvieron que despertarlo porque faltaban quince minutos para que el hombre efectuara su primer viaje al espacio. En cambio la pobre Marylin Monroe murió de no poder dormir. O sea que el pavor no es a lo desconocido sino a la repetición de lo vivido, quizá los latigazos de la soledad en que se recuerda el pasado.

"Hablando casi como lo haría Valéry tres siglos más tarde ('Escribir más bien con lucidez algo débil. . . que dar nacimiento, gracias a un trance y fuera de sí mismo, a una obra maestra entre las más bellas'), Scudéry escribe en 1614 que no sabe qué especie de elogio creían hacer los antiguos a ese pintor que, al no poder terminar su obra, la completó fortuitamente arrojando su esponja sobre su cuadro. . .' (pues) las operaciones del espíritu son demasiado importantes para librar su conducta al azar, y casi me agradaría más que se me acusara de haber fracasado en razón del conocimiento que de haber acertado sin reflexionar."

Casi, porque no te interesa acertar. El problema está en cómo terminar tu libro arrojando un montón de palabras sobre esta página. Y por qué no. Aun cuando fuera para preguntarte, si no escoges el medio para situar tus personajes ni los personajes para colocarlos en un medio, sino simples palabras de tu baúl, cuáles deberían ser el medio y los personajes si al arrojar tu esponja salpica astrolabio, lámpara sorda, mapa de la Atlántida, sextante, rueca, trébedes, pedazo de guardahumo, espejo que hace aguas, ábaco, caracalla, abismal, hisopo, pipa de espuma de mar, palmatoria, palimpsesto, calandria, palitroque, mazapán petrificado o cinturón de castidad. Porque en arte todo es un *close-up* aísla, separa, amplía. Una palabra en un libro puede ocupar toda la página así como la pistola del gángster o las rodillas que se entreabren de la mujer ya lista llenan a veces la pantalla.

Un obrero, por muy revolucionario que sea, no cuelga en las paredes de su casa una reproducción de un niño muerto, de una mujer enferma, de los huelguistas o de los fusilados: para eso le basta con la vida. Él también busca en el arte una evasión: paisajes, flores, una mujer desnuda: lo que no se tiene: el derecho a soñar.

Y el derecho a sonreír. Como un antídoto a tu malhumor, a tu gana de dormir y despertar en diciembre, con ligeros insomnios los fines de semana para tomarse unos tragos con alguien, buscas como un billete confundido entre las páginas de un libro, esa carta que el narrador podría llevarle a Gálvez para que enriqueciera su disparatario. "Creo que cada hombre tiene

cinco minutos de genialidad en su vida, decía Gálvez, y es entonces cuando encuentra una técnica, una forma, un sistema, un lenguaje: el filón inagotable. El problema está en que esos cinco minutos nos sorprendan lúcidos o en el trabajo." Y en lugar de preguntarte si se te acabó tu cuarto de hora —¡optimista!— o si no te llegaron todavía tus cinco minutos, escoges entre otras del mismo autor que, al parecer, encontró su filón, esta obra maestra de quien jamás oyó hablar del *camp* ni del *kitsch* y resultó ser uno de sus más altos exponentes tropicales, que tuvo quand même sus cinco minutitos:

CARTA

Guayaquil, Marzo 9 de 1.967

Señora Doña
Perla Buenaventura de Bacigalupo,
9 de Octubre Nº 1318, Teléfono 23205,
Domicilio: (Esperanza Cortés),
Presente.
Noble y obsequiosa esposa:

Indiscutiblemente, este histórico micro documento, si bien, hoy, para los interesados y profazadores, que, como esporozoarios, en colonia, invaden el recinto de Vesta, en afán, de que, de algún modo, aún cuando entes, adscríbenses circunstancias en sus corroídas y alcornocas mentes, volteando sus grupas a sus deidades, dios y diosa, venteando sus miriápodos hacia la fase de sus bienhechores, hoy vuélcanse, se pierden y se agitan en el vórtice de la confusión, y de ello, ellos planifican la industria de la producción.... ..

Dulcísima y venerada esposa, hoy, y ninguna otra vez, ponga los atributos de "Argos" en las gentes que se empeñan en que nos separemos: reflexiona: ¿habría Ud. escogido a su esposo precisamente como su enemigo mayor? ¿hizo algún hombre, si, como otra persona que yo y Ud., entregar e incorporar a la sociedad nuestros hijos. con el prurito que se va identificando, como sigue: Juan Carlos, como discípulo de Sócrates; Schuberth, para discípulo de Pitágoras; Dalton, con la genialidad, con dotes de Enrico Caruso, con capacidad de Sócrates, Hipócrates y Demócrito finalmente; de mis hijas, cada cual, con atributos femeniles, pulcros e inteligentes, para, en servicio, como élites, circunscribirses en los términos que examina y exige el siglo XX, en sus años respectivos. ..

También, yo y tú, esposa que nos pertenecemos y que convivimos con la sociedad, en los términos equiliorados que, sin previa convocatoria, circunscribimos y vivimos adscritos a las circunstancias llevadas a cuestas por Moisés, por encargo, el Decálogo del Señor, que los profazadores y detractores empeñados en la desaparición de éste jacinto de vidas honestas, debemos, conjuntamente extirparnos de aquellos, y convertirnos, si así requiere el caso, con la prudencia diáfana que como norte, es mía y tuya, reconstruyamos la verdadera atalaya de nuestra procuración.

Sutileza e ingenio ha sido la industria lucubrada de los interesados, precisamente endiosados en Plutón, en también, de adscribirses en las circunstancias que denuncia el Dante, de aquel, sin observar que, el Sujeto, precisamente, no vendría de esporozoarios, sino, en forma regular, con las circunstancias de los Médicis, de Florencia, y no de los mediocres sofisticados con la imprudencia y denuestos que se atalayan en las mentes amorfas y de mamelucos. ..

No antes, por las mismas circunstancias anotadas en los tres párrafos anteriores, me acuso, soslayé el divino precepto del matrimonio, en cierta forma, también, dejándome arrastrar por la corriente que ríos sedentarios, que arrogándose fortaleza y desconocido vado, me engañé y vifurqué cualquier sendero, que hoy, ante los ojos de la sociedad que de naturaleza le correspondo, ante mi esposa, públicamente digo: erré, le falté, etc., etc., lo que es más, desisto, pero ella y mis hijos, hacemos el círculo, la rueda, la unión; y si esa unión, ese círculo, los profazadores, los interesados, creen que objetivamente, para su bien y utilidad se han inscrito, mañana la sociedad, mis hijos, en definitiva, la gente de bien volteará sus espaldas e impondrá por los medios regulatorios, el sitial y cubil que ocuparían los profazadores industriosos...

Ante mi esposa, ante mis amigos y sociedad, muy respetuosamente.

CARLOS BACIGALUPO OJEDA,

P. D.— De los amigos espirituales, también, espero su ontingente...
Casilla Nº 4033.

Si tú pudieras lograr en tu género lo que el maestro Bacigalupo Ojeda alcanzó en el suyo. Porque esto también —y sobre todo esto— es como el Zen: se puede "ser" o "tener" Zen lavando platos o elaborando un sistema filosófico, poniendo una coma cada cuatro centímetros o sin utilizar ninguna: de lo que se trata es de hacerlo conscientemente, sin dejar nada al azar, de deshacerse de las ideas recibidas y basarse sólo en la experiencia propia y la meditación. Exactamente como en los toros. Claro que en cuanto a ideas. . .

> "Analizando las costumbres que son exponentes prácticos de las tendencias o síntesis de preponderancia de valores, logramos la aprehensión inductiva de los ideales que presiden la hegemonía en la contienda —eternamente establecida entre los factores positivos y negativos primarios o hallados en el camino del fin social. El refuerzo de los valores positivos tiene, por tanto, dos proyecciones: el propio desarrollo y la destrucción de los negativos. El bien se cultiva por el bien mismo y para la evitación del mal, que es un bien. En conclusión: inmersa la población en un ambiente apropiado para la manifestación, cultivo y desarrollo de los complejos psíquicos superiores y para la absorción de los inferiores, queda justificada la preponderancia de los productos positivos del cuerpo social

y fundamentadas la elevación y orientación vertical de su índice de relación interlocal"

("Personalidad de Estrada")

El único problema que no queda en claro —podrá decir Gálvez— es saber si el autor del editorial se refiere al ínclito varón o a la parroquia que lleva su nombre. Pero ahora comprenderás por qué, pese a todo y para asombro tuyo, prefiero de lejos un estibador analfabeto: él, por lo menos, no puede leer los periódicos y no padecerá cólicos de subliteratura.

*

Gálvez: ¿Es una obligación, una dignidad, una decencia ser feliz, en este país? ¿Por qué gran parte de nuestros insultos la integran palabras como malhadado, infeliz, desventurado, desgraciado?

*

—¿Seríamos como somos si nunca hubiéramos escuchado una obra de Bach, visto un cuadro de Goya, leído un poema de Villon?
—No, seríamos peores.
—Pero ahí tienes a nuestros indios.
—Sí, pero ahí tienes a nuestros gorilas. Entonces hazme el favor de poner la cultura entre signos de interrogación. Es sospechosa.

*

Gálvez leyendo el periódico en alta voz: Guayaquil, representado por lo más destacado de sus fuerzas vivas ("generalmente son las muertas", acota), periodísticas y sociales ("claro, éstas no son vivas"), ha rendido el fervoroso homenaje a su respaldo de su simpatía y de su inmenso afecto a Otto Arosemena Gómez, el ilustre guayaquileño, destacado político y ejemplar ciudadano ("y negociante del gas del Golfo a través de ocho tenderos, choferes, vendedoras de fritada, testaferros que al día siguiente 'cedieron sus derechos' a ADA, filial de la Phillips Petroleum Co."), con motivo de la publicación de su libro INFAMIA Y VERDAD que tantos variados y elogiosos comentarios ha tenido en la opinión pública del país ("sobre todo 'variados', porque la verdad de algunos se parece a la infamia"). Lo más valioso de nuestro puerto se dieron cita en el salón Huancavilca del HOTEL HUMBOLDT INTERNATIONAL ("no es posible que quepa allí lo más valioso, tantos lancheros, estibadores, cargadores, obreros, estudiantes") para, unidos hacer llegar a Otto Arosemena Gómez su admiración y su aprecio logrado por toda una existencia, a pesar de su juventud, ceñida al honor, al deber y a la integridad moral, conservando en esta forma la noble e hidalga tradición de sus mayo-

res ("de lo más valioso de nuestro puerto, supongo"). Invitada de manera especial, y dando mayor realce a este homenaje, asistió Lila Santos de Arosemena G. ("no faltaría más"), que vestía una creación muy chic en seda mate de color blanco perla y oro viejo que realzaban joyas en perlas, a quien acompañaban un numeroso grupo de damas del señorío guayaquileño, así como damas de nuestros más destacados ambientes culturales, intelectuales y periodísticos ("ésas no son seguramente del señorío") que en esta forma, se unieron también, esa noche al merecido homenaje tributado a Otto Arosemena Gómez, y que ponían una nota de belleza y de juvenil encanto la presencia de Fabiola y María Auxiliadora Arosemena Santos ("especialmente invitadas, imagino, pero por qué no nos dicen cómo estaban vestidas") y Otto Jr. ("y al Ottito por qué me lo dejan sin apellidos"). José Manrique Izquieta, leyendo una bellísima improvisación ("como siempre: 'aunque no he venido preparado' ") hizo destacar ("porque por sí sola no se destaca") la personalidad de Otto Arosemena Gómez, ceñida a las más severas normas del deber, de la dignidad, el honor y el decoro, honrando la más alta Autoridad de la República con ejemplar civismo, capacidad, desinterés ("¿y lo de ADA, y lo de las concesiones petroleras?") y lealtad. Visiblemente emocionado, Otto Arosemena contestó con sentidas palabras de gratitud, recalcando muchas veces ("para que le crean") que su actuación como Presidente de la República había sido en todo momento una obligación para él ("está bien que lo haya recalcado pues desde chiquito la consideró un derecho"), como ciudadano, como guayaquileño y como caballero ("tres personas distintas y un solo Otto verdadero"), aunque ello ("¿qué: la obligación, la actuación como ciudadano, como guayaquileño, como caballero?") le hubiera traído como consecuencia, en muchas ocasiones, la incomprensión y el rechazo de quienes están al margen de la rectitud moral y del civismo, viviendo aprisionados por sus pasiones innobles, las ambiciones desmesuradas y también por la ignorancia y el desconocimiento de la verdad histórica ("ya ven, guambritos, por no haber leído a Toynbee"). Aplausos de la numerosa asistencia plenos de afecto y las más emocionadas palabras de cariño para Otto Arosemena Gómez y fervoroso tributo de admiración y simpatía para la encantadora Lila y sus lindísimas hijas ("¿y para Ottito, no?") terminaron con las palabras del homenajeado ("o sea que lo hicieron callar") luego de lo cual se ofreció un espléndido buffet, en un marco de gran cordialidad y en especial de afecto, cariño y admiración para Otto, la gentilísima Lila y sus hijos. Acompañando a Lila vimos a Aída Trujillo de Ortega Moreira en un modelo europeo color blanco perla con gran borde estampado en colores modernos plisada ("¿la señora de Ortega Moreira?"), realzado por hermoso collar de perlas, Jacoba Gallardo Estrada de Febres Cordero Ribade-

neira en un vestido de georgette francés estampado muy elegante ("y muy ancho me imagino, para que entren con ella tantos nombres"), Mencha Miranda Roca de Manrique Trujillo que lucía un modelo americano muy moderno de gran escote ("puede permitírselo: tiene un apellido menos que la otra"), Silvia Santos Baquerizo de Muñoz Insúa con un modelo de seda europeo en negro y blanco, Luisa Ycaza Martínez de B. Páez en una creación estampada en seda natural verde agua que realzaba bellísimos pendentif de esmeraldas y brillantes, formando todas ellas ("¿las esmeraldas?") un grupo realmente hermoso.

Si éstos hubieran sido tus personajes habrías necesitado para la comedia accesorios que de otro modo jamás aparecerían aquí, como búcaro, canapé, pelucas, cajas de música, castañuelas, vasos de licor en un estuche en forma de carroza o de góndola, tres teclas de piano, un diapasón y un metrónomo, abanicos, floreros de Sèvres, un dedal (¿cosen ellas?), un cenicero de cartera, peineta, maniquí, cofre de joyas, un guante antiguo, bolas de naftalina, un rociador de perfume, corchos de botellas de champagne como recuerdo, cintas, flores inmortales o de papel crepé, tarjetas postales, suspiros, languideces. Porque son "más mejores" que el grupo del Cretino que, comparativamente, resultaría de cholos y el círculo de Nilda y Ana Rosa no está visto sino por dos muchachos. Ya se sabe que el solo hecho de beber un vaso de whisky revela la pertenencia a una cultura, a una civilización, a un país, a una clase social, a un grupo económico: todo el marxismo en un gesto. Pero al situar los personajes en un medio determinado, se repara poco en la delación que los objetos hacen de la persona: el rastacuerismo y la aculturación. En ese medio "guayaquileñísimo" jamás encontrarías —ni podrías introducir— un solo objeto de artesanía nacional, en tanto que las "chullitas" suspiran por un "modelo europeo", tal como hay indios descalzos y con un radio de transistores. O hallas una mazamorra del mal gusto —nacional e importado—, una especie de esperanto de la decoración de interiores.

Y, volviendo a la esponja, cómo podrías emplear palabras como sincorine, dendrofilia, alciono, pennátula, actinia, adamsia, ceríanto, astroide, peganta, lampelia, cancerina, caribdea o pleurobraquia, que amas aunque, o precisamente porque, no están en tu diccionario.

Frases para Bichito:

Tengo una gran ternura por las mujeres que has amado, como si sólo a través de ellas hubieras podido llegar a mí. Por eso no tengo celos retrospectivos.

Cuando me duermo me parece que te pierdo un poco, igual que si nos separara un viaje por mi culpa. Y cuando tengo sueño antes que tú creo que hay en eso cierta falta de solidaridad con tu trabajo o con tu insomnio.

". . . la impresión de que muchas cosas han quedado sin ser dichas. Por ejemplo, cuando me preguntaste si esto también, esta decisión, lo hacía (como te había repetido tantas veces hablando de otras cosas) en función de nosotros, de nuestro futuro compartido (no común, eso es muy común), simplemente te respondí Sí, ¡y tenía tanto que decirte! ("No trates de ganarme en fortaleza, Bichito, sería espantoso para los dos" me pedías). Perdóname haberme creído más fuerte de lo que realmente soy, pero era fuerte porque tú me querías. Pero en cuanto te vi tomar el avión tuve la certeza de que dejabas de quererme o de que no querías quererme ya. Papá dice que estoy loca, pero eso no me arregla nada. Acaso sirva sólo para que tengas presente que esta carta te escribe alguien que no es(tá) muy normal. . ."

*

La pequeña fiesta de homenaje a Gálvez por la publicación de *El hombre y los demás*.
Falcón: —Comimos como reyes, don Galo.
El Ríspido: —Basta ya de esa terminología que históricamente ni siquiera es burguesa sino aristocrática.
Gálvez: —Esta bien, está bien. En lo sucesivo diremos "comimos como Secretarios Generales" y cuando me pregunten cómo estaba Márgaramaría diré "más linda que una presidenta de koljoz".

(Cuidado Galo: las mujeres hermosas casi siempre están acompañadas de pendejos. ¿Y sabes por qué? Porque nosotros somos muy inteligentes y nos decimos Por qué va ella a fijarse en mí: yo no soy guapo como Alain Delon, ni rico como Onassis, ni famoso como Einstein. Y las dejamos pasar. En cambio, ellos no se plantean esas preguntas y se atreven y les resulta, porque eso era todo lo que las pobres buscaban: un

hombre y, en la mayoría de los casos, tanto mejor si es un poco bruto. Ya ves que de tanto ser inteligentes, los pelotudos resultamos nosotros.)

*

> Hanoi, 26 de noviembre.- Ayer se inauguró la Conferencia de Solidaridad Internacional con el Pueblo Vietnamita. Jo Van Dot, niño de 13 años, es uno de los doce Delegados de Vietnam del Sur, que caminaron tres meses para asistir a la Conferencia. Su rostro, su vientre, sus brazos y sus piernas están retorcidos por las quemaduras. Vivía en una aldea de la provincia de Ben Tre. "El 8 de julio estaba estudiando aritmética en la escuela —techo de hojas y trincheras alrededor— cuando un avión norteamericano voló sobre la aldea en misión de observación. Eran las 3 de la tarde cuando se dio la señal y todos los niños corrieron a las trincheras. Luego aparecieron otros aviones. Los adultos dijeron más tarde que arrojaron 50 bombas de napalm, dos de las cuales incendiaron la escuela y salpicaron la gasolina gelatinosa hacia las trincheras. El cuerpo de Jo pronto comenzó a arder. Saltó de la trinchera para correr a su casa. Por el camino la antorcha iba viendo a muchos compañeros morir entre alaridos. Algunos murieron no por las quemaduras sino porque los aviones yanquis regresaron a ametrallarlos. Un niño se aferró a los brazos de su padre y esto hizo que él también se incendiara. El hermano menor de Jo enloqueció y quedó sordo. En la escuela había 160 niños: 32 fueron asesinados con el maestro; casi todos los demás quedaron quemados o heridos. Un avión escogió la escuela, otros arrojaron el napalm, otros volvieron después para ametrallar a los niños que corrían."

(Yo escribo, él toma el autobús, ella hace la limpieza, conversamos, tal vez te desvistes. ¿Es posible que todo sea igual, es posible que esto sea tan consuetudinario, tan ayer, tan mañana, tan siempre? ¿Es posible que la brutalidad ya sea para nosotros tan familiar como el polvo en los muebles? ¿Quién no es culpable? ¿Quién?)

> Midland, Michigan, 20 de abril (UPI).- Un portavoz de la "Dow Chemical Company" admitió el miércoles que la compañía había comprado a fines de 1966 a la Unión Soviética 2.200 toneladas de magnesio en razón de la escasez de magnesio causada por la guerra de Vietnam.

(Pero él camina en el parque, yo tomo un café, ella se baña, conversamos, tú tal vez te desvistes. La biografía miserable del que no se atreve.)

La novela como un crucigrama.

Horizontales: hoteles – mercados – familias – ciudades –salones – países – camas – playas – cárceles – clases sociales – calles – piscinas – trenes – oficinas – bancos – iglesias – barcos – carnicerías – habitaciones – páginas – puertos – escuelas – farmacias – selvas – cementerios – ríos – cines – hospitales – prostíbulos – zaguanes – bibliotecas – tabernas – museos – urinarios

Verticales

- indios presos o al aire libre (da lo mismo)
- intelectuales
- amantes
- estudiantes
- adúlteros
- los que nunca crearon una obra maestra
- empleados
- jugadores
- huelguistas
- la que era demasiado gorda para ser feliz
- el silencio
- colegialas pervertidas
- borrachos
- dinamiteros
- enterradores
- niños tristes como adultos
- los locos
- mutilados que envían fotos de cuerpo entero
- matrimonios despellejados por la espalda
- mi antiguo profesor de filosofía, clochard de la revolución, que decía: "Los comunistas están dormidos pero yo tengo pesadillas"
- delincuentes
- el negro que en el Mercado de las Pulgas forcejeaba para que le cupiera una dentadura de diez francos
- la actriz (vieja) que guarda un trozo del telón (rojo) de un teatro demolido
- un cuadro en el que se ve una casa cuyas ventanas se abren durante el día y se iluminan por la noche para una recepción
- Hamlet como un conspirador de hoy
- la que tuvo miedo de amar porque es difícil todos los días
- Jesús representando la pasión todas las noches en un espectáculo de cabaret (idea de Chaplin)
- los que tienen aptitudes para oficios que no se han inventado todavía

- el tendero de la esquina que, oyendo hablar del Fakir, lo creyó astrólogo o adivino y quería saber, según el signo del zodiaco, cuándo moriría su mujer que era la propietaria de la abarrotería
- el adolescente que se enamoró del maniquí de una vitrina
- personajes que salen por el lomo de los libros, como por una puerta estrecha, y bajan de los estantes a un cocktail: conversación de Don Quijote con Raskolnikov sobre la muerte de las viejas prestamistas; el imposible amor entre Romeo y Madame Bovary; Edipo desafiando a Philo Vance a tratar de resolver el enigma de otra manera, sin que el detective resulte el culpable

porque qué es una situación novelesca sino el encuentro de una o más personas incrustadas en un lugar o pasando por la intersección de diversos lugares. Y, como en todos los crucigramas, un solo error puede cambiar al mismo tiempo el lugar y el personaje, y, en todo caso, la situación.

Solución a nuestro problema Nº 58

Aldea argentina habitada sólo por mujeres y niños: Quilino. (Los hombres se han ido a trabajar en las tierras que tienen agua.) La población se dedica a confeccionar portarretratos, costureros, marcos de espejos y cofres con paja de trigo y plumas. Los agricultores más cercanos les venden la paja y las plumas y las tintas de colores deben comprarlas en los boliches de los alrededores. Antiguamente el tren internacional que iba de Buenos Aires a La Paz solía detenerse en Quilino, pero ya no hace escala sino muy ocasionalmente, para dejar paso a un tren local que va en sentido contrario. La economía de la aldea depende de ese azar. La población de Quilino sale todos los días, a las 3 y 5 de la tarde, por acaso el tren se detenga, y suele regresar a las 3 y 15, pensando que tal vez mañana. Pero cuando para allí, ¿cuántos de esos objetos pueden comprar los viajeros y a cuántas de esas personas? ¿Qué sienten los demás? ¿Rencor contra la suerte: "Si hubiera estado más cerca de esa ventanilla"? ¿Envidia y odio a los otros: "Si la desgraciada de la Dolores no se me hubiera adelantado corriendo cuando llamó esa señorita"? Más o menos como nosotros, habitantes de la ciudad en busca de oportunidades. Y las niñas acariciando las plumas de colores, queriendo en el fondo —de no ser por el hambre— que nadie las comprara para guardarlas. Más o menos como los pintores pobres.

Solución a nuestro problema Nº 59

Ciudad de los Estados Unidos donde suelen establecer su cuartel general casi todos los delincuentes latinoamericanos: Miami. Enero 13: "El general Elías Wessin y Wessin declaró que será candidato en las elecciones presidenciales de la República Dominicana a donde se trasladará a continuar su lucha por la democracia." Frase célebre de Cicerón: "Hasta cuándo, carajo, Catilina." "Yo puedo decir quién es Wessin y Wessin. Me llamo Juan Francisco Febrillet Mejía. Fui por veintiún años miembro de las fuerzas armadas policiales de la República Dominicana, y durante otros tres integrante del Ejército Nacional. Miguel Ángel Báez Díaz, ex amigo íntimo de Trujillo, había tenido conocimiento del complot por intermedio de sus parientes que participaron directamente. Ramfis Trujillo lo apresó, pero fue el hermano menor de la dinastía, Radhamés, quien se hizo cargo del prisionero. Un buen día Radhamés fraguó su macabro plan. Lo ejecutó Elías Wessin y Wessin de la siguiente manera: Báez Díaz tenía un hijo que era segundo teniente del ejército. Fue hecho preso y se le dio muerte cortándole la cabeza. Parte de la carne del cadáver fue dada al cocinero de la Academia, quien la preparó como carne común guisada. Radhamés llamó a Miguel Ángel Díaz Báez y le aseguró que estaba convencido de su inocencia, que quedaba en libertad, pero antes de salir podía comer con él. Lo hizo vestir. El almuerzo fue servido. Una vez terminada la comida Radhamés preguntó a Báez Díaz cómo estaba. Báez respondió que bien. Radhamés ordenó el postre, que llegó en una gran bandeja cubierta. Cuando Báez Díaz, a una indicación de Radhamés, levantó la servilleta, encontró la cabeza de su hijo mientras Radhamés le decía: 'Y la carne que te comiste era de él'. El síncope terminó con la vida de Báez Díaz instantáneamente. El asistente de Radhamés en esta operación diabólica era Elías Wessin y Wessin, Jefe de Estado Mayor de la Junta Militar de Gobierno de la República Dominicana".

Solución a nuestro problema núm. 60 "Crucigramas cruzados"

GÁLVEZ

NARRADOR

Era una montuvia linda que miraba aburrida desde una ventana de un primer piso. Yo pasaba junto a su casa todos los días sin atreverme a quedarme mirándola. No sé por qué esa tarde me sonrió y me volví para ver si había alguien detrás. No, no, dijo, es a ti mismo, ¿por qué no lo crees? Tal vez porque es demasiado linda y porque yo no tengo suerte. Por qué no subes un rato, dijo, es a la izquierda. Putita, me dije, putita pero linda, y a cada escalón pensaba, con esa mezcla de miedo y de curiosidad de adolescente, que si el cuerpo correspondía a la cabeza iba a ser una fiesta carnal sin límites, más, desconocida.
Me esperaba en la puerta, ya ambas entreabiertas, y reía reía reía
pero le vi cierta malicia, no sé diciéndome: Ya me contaron todo

si en los ojazos o la boquísima. De modo que soy linda, me dijo, entonces entra. Y de golpe se levantó la falda hasta los muslos: fue el espectáculo espantoso de una pierna mulata y maciza junto a una pata de palo bajo un trozo de carne ennegrecida, y ella tironeándome hasta la cama. Ven, sé hombre, tú me dijiste que era linda. Y reía enloquecida. La sola idea me pareció monstruosa: sentir el roce de la madera, acariciar la madera, pero me apenaba su risa falsa. Era como si acabara de suceder el accidente, como si unos minutos antes hubiera perdido su pierna, pero sin la venganza del capitán Ahab para perseguir por todo el mundo a su ballena. No pude ser cruel largándome en seguida ni generoso acostándome con ella. Entonces comenzó a llorar despacito como para que yo no la oyera, tapándose la cara con una almohada sucia para que yo no la viera. Por estética y lástima le cubrí el palo con la sábana, como si tuviera mucho frío. Luego se calmó y fue a limpiarse los ojos en un espejo: sólo entonces me di cuenta de que cojeaba. Volvió a la cama sonriente como avergonzada, como culpable, no sé si del llanto o de la cojera.

tus amigos y hasta me pagaron: es su regalo por tus 16 años. Dí, dijo, ¿te parezco linda?, desnudándose. Era hembra como una yegua joven. Comencé a desvestirme, temblando, porque era la primera vez y porque era yo. Por suerte apagó la luz. Ven, me dijo, me gustan los virgos porque traen suerte. Yo le acaricié sin acercarme mucho, la besé, toqué por primera vez montañas de mujer. Cuando me atreví a aprender a ser hombre, orgulloso de mi virilidad, ella se encabritó colérica y con asco. Es como tener un mono encima, gritó, ahí tienes los 50 sucres, ni siquiera por 100 lo aguantaría. Y comenzó a ponerse el sostén. Yo creí comprender de golpe mi destino y me puse a llorar como no había llorado nunca. Creí que iría a estar siempre solo, que nunca tendría una mujer. Volvió a acostarse, me acarició el pelo. No llores, me dijo y no apagó la luz, ponte el pantalón y deja abierta la bragueta: si sigues mi consejo tendrás mujeres siempre. Y me besó como si me quisiera, me secó las lágrimas con la lengua, sonreía como si gozara. Cuando iba a devolverle los 50 sucres no quiso recibirlos. Ven cuando tengas ganas, dijo, y no tendrás que pagarme.

Aproveché que fue a buscar un peine y le puse disimuladamente el billete en el velador, bajo el cenicero. Luego me dediqué a peinarla con ternura, acariciándole el pelo como a una enamorada o una chiquilla muerta, y nos pusimos a hablar de todo menos de eso. Sus ilusiones eran: primerito, tener un tocadiscos y un frigidaire, después dejar el oficio. Me dijo que le perdonara y era yo quien debía ser perdonado. Me ofreció una cerveza. Dijo que yo había sabido ser tierno con ella, no como los otros que conocía, como todos los demás. Me pidió que volviera. Volví y hablamos de películas y otras cosas y seguí yendo a verla, tal vez porque ya nadie lloraba.

yo estaba en mi pieza leyendo el periódico Macará, Celica, Zapotillo, Calvas, Alamor, Mangahurco, Paletilla y otros pueblos fronterizos del sur se están muriendo de sed porque no ha llovido desde hace más de un año. Se han visto llegar a la ciudad de Loja camiones llenos de seres fantasmales —hueso y piel— que son descargados en locales escolares y alojados precariamente en sus aulas. Muchos han muerto en el doloroso éxodo por el hambre y la sed. Cirujanos que han practicado autopsias a las víctimas han encontrado en el estómago de los cadáveres tierra y hierbas, cuando Gálvez entró y dijo yo estaba en mi pieza leyendo el periódico la desesperación por el hambre debido a la sequía ha obligado a los padres de los pueblos fronterizos del sur a regalar sus hijos o cambiarlos por víveres. El trueque entre niños y comestibles fue conocido hoy aquí por despachos de prensa venidos de Celica, que incluso aseguran que los menores son llevados al otro lado de la frontera por comerciantes del vecino país, cuando Juanmanuel entró y dijo vas a tener que venir a ayudar patrón golmés nos quitó el agua; yo me asombré de asombrarme todavía dijo porque si en el sur la crueldad de la tierra es ocasional la del gamonal es permanente. cada año hemos pagado seiscientos setecientos sucres por el agua dijo nosotros construimos la acequia indios tranquilos pagábamos y ahura patrón dice agua vale mil sucres si no no hay agua y que el agua es de él dijo cómo hemos de pagar mil sucres de dónde. estaba como en nuestros libros dijo con su tiempo impersonal parado en la puerta con el sombrero en las manos y su pequeño idioma apenas suficiente para las transacciones del mercado o los inútiles reclamos de cada día pero no para sus grandes tragedias consuetudinarias. ya tenemos que trabajar por la juerza tres días en la hacienda de al lado por haber pasado por camino o haber cogido hierbita o leña del monte y ahura tenemos que vender los cuicitos las gallinitas para pagar arriendo del agua dijo. inquilinos del agua dije y era surrealismo. ¿han hablado con el camarada braulio? le dijo. patrón camarada va los jueves no más dijo y da conferencia informe que llama pero no entendimos bien medio complicado es. informe sobre qué había

dicho. que china ya no vale que cuba ya no vale dijo. y sobre los indios y sobre el agua carajo qué dijo. no dice nada dijo dice que nuay que hacer caso a compañeros que dicen que hay que levantarse dice que hay que esperar condiciones que hagamos primero solicitud dijo nosotros ca sabimos que nadie hace caso de solicitud de naturales ya hace tiempo patrón golmés dijo indios no saben escrebir comunistas han dado escrebiendo y para peor director de trabajo puesto por él mismo es dijo. y sobrino de patrón ministro dijo él. y compadre de patrón gobernador dije yo. por eso tienes que dar ayudando dijo. y qué quieres que haga yo dijo. no sé patrón dijo vos has de ver para eso sois inteligente. estaba preguntándole a mi inteligencia qué podía hacer dijo cuando añadió da escribiendo en periódico que la gente salasaca quiere tierra que den escuela que den agua que den trabajo* la gran primicia para tu periódico dije aunque al día siguiente haya aclaraciones diciendo que la información es falsa o que no ha podido ser confirmada. los pobres salasacas dijo a veces no tenemos animalitos para dar al cambio y nos quitan prendas cuando nos atrasamos en el pago eso has de dar diciendo en el periódico dijo. pero el periódico dije es parecido a la solicitud nadie lee su denuncia los comunistas les han dado escribiendo y el que lo lee ya lo sabía desde hace casi quinientos años y lo ha olvidado a eso se llama la opinión pública. y ante quién vamos a denunciar nada dijo ni con la prensa ni con la literatura puede ir uno a la comisaría a denunciar un crimen del que todos están enterados y cuando todos conocen al asesino. que es el mismo comisario dije. ven a que des hablando a los indios dijo ellos ca esperando están. hablar hablar hablar dijo eso es lo que hacen todos lo que hemos venido haciendo todos hablar palabras que ya se han gastado como el héroe y hasta el escudo nacional de tanto manosearlas como monedas. qué quieres que les diga le dijo que tengan paciencia como si yo fuera el cura de la aldea o el camarada braulio que se le parece sólo que su cielo está más cercano. no sé patrón dijo indios no quieren esperar estamos viviendo en sequía en la liria necesitamos agua para nuestras parcelitas no podemos seguir pasando lo que

* El narrador y el indio se equivocan. Gálvez ha sido despedido del periódico pese a que la Muy Ilustre Municipalidad le había otorgado un diploma "en reconocimiento a su labor periodística que ha contribuido a despertar la conciencia cívica". O precisamente por eso, dijo: al comienzo, la maquinaria y el papel venían de Estados Unidos, luego comenzaron a venir también de allá las noticias, igual que sus productos en lata, igual que las dictaduras también en serie, todo ello en beneficio de las empresas explotadoras de nuestras riquezas

estamos pasando mayordomo pegando al natural ("Los parques son territorios vedados a los indios de Riobamba. La policía guarda celosamente las entradas. Un indio cargador pisó inadvertidamente el césped de un parque. El policía, un mestizo con uniforme y gorra, le dijo: Ve, rocoto, sale del parque, da la vuelta por la vereda, es prohibido pasar por el parque cargado. Perdoná patroncito, no he sabido. Vamos a la comisaría para que pagues la multa y otra vez no pases por aquí. Ve patrón, cuánto vas a cobrar. Da cinco sucres, de no en la comisaría vas a pagar multa de diez sucres y has de quedar preso hasta que salgas mañana. Ve, patroncito, no tengo cinco sucres, te voy a dar dos sucres porque no tengo más, sólo para el pasaje para regresar. El policía es mestizo, o sea indio a medias") mayordomo negando el agüita dijo nos estamos secando los indios los animales las tierritas patrón camarada dijo que ha de volver después de quince días. cómo que quince días dijo y desde cuándo dura todo eso. más de tres semanas ya dijo dijo que jueves no puede porque tiene reunión que va a hablar primero

y de nuestros pobres, y como con las maquinarias y los productos elaborados y las noticias se exporta también una ideología, aquí tienes un ejemplo, claramente aclimatado a la mediocridad local:

"INDULAC" SOCIEDAD ANONIMA

:Sus personeros; empleados y trabajadores, unos; otros, los introductores —distribuidores, por intermedio del señor Cónsul General de los Estados Unidos de Norteamérica, en esta ciudad, presentan sus más sinceros sentimientos de pesar, ante su pueblo; que el dolor que los embarga, también lo hacen suyo propio, por la muerte del inclito varón, paladín de la democracia, en la persona de

JOHN F. KENNEDY

Presidente del país élite en el progreso, bondad y alianza de los Estados Unidos de Norteamérica. Que las cohortes de serpientes sicarias, ante la elocuencia y el bien, antepusieron lo oue tienen: veneno, cobardía; por ende, culminaron con su propósito: Eligieron la alimaña y ella lo mató...

Y esas empresas son las anunciantes, ergo deciden también sobre los colaboradores. (Después de algunos meses de desempleo consiguió el cargo de administrador de la piscina municipal. ¿Por qué no, dijo, acaso el Fakir no fue guardián de la cárcel? Además, esto me deja tiempo para escribir y me permite recordar cada día la belleza del cuerpo humano.) ¿Y qué otro periódico le publicaría ahora un artículo sobre la situación de los indios en la hacienda del Cretino?

con abogado y no sabimos qué hacer. (¿Qué hacer? Soñé grandes depósitos de agua en las colinas: pozos, estanques, cisternas, piscinas, como un arsenal, arma purísima de combate, y los indios reclamando su tierra a los patrones, reclamando su vida a los patrones, reclamando su porvenir que, por no conocerlo pero queriéndolo mejor, se asemeja a su pasado remoto, y los patrones, instalados allá abajo, en la ciudad, tomando medidas para asegurarse el porvenir que, por no conocerlo, pero intuyéndolo peor, lo imaginan como la perpetuación del presente, hasta el momento en que cansados de la espera de todos los patrones camaradas los indios abrieron las compuertas: grandes torrentadas sueltas, ríos recién nacidos que bajaban desbocados a la ciudad y la sitiaban con la amenaza de la inundación: la guerrilla del agua, el ejército del agua, el ataque inminente de la artillería del agua.) y tú sabes qué hacer dije. no sé dijo. debería aconsejarles resistir dijo que había dicho pero no puedo ir contra lo que han dicho los compañeros no puede cada uno hacer lo que quiera aunque lo crea más justo. pero la disciplina se parece cada vez más a la complicidad dije. sí dijo pero cómo decir la verdad si estamos atrapados entre dos verdades por un lado todavía no es posible intentar el esfuerzo supremo porque el heroico partido de los braulios que pretende cambiar el porvenir no es capaz de cambiar el instante pero si lo dices favoreces a los gamonales y por otro lado si afirmas que es la hora de la gran fractura histórica cometes a sabiendas un error que hemos de pagar todos. entonces vos tampoco querís ayudar dijo que le dijo mirándolo como alguien a quien se le ha muerto alguien. no es eso dijo sino que es peligroso si hay un levantamiento habrá muchas víctimas y será mi culpa. ahura también hay dijo ya han muerto algunos guaguas ("El sacristán de Columbe cobra 50 centavos por cada cuadra que los indios tengan que recorrer con el cadáver, sea cual fuere la distancia entre la casa donde se veló y el cementerio. Los 50 centavos corresponden al servicio de doblar las campanas. Para ello los indios deben detenerse al final de cada cuadra en que suenen los tañidos a muerte. Una familia indígena lleva un pequeño ataúd blanco envuelto en una sábana sucia. Desde el campanario, el ceñudo sacristán controla la marcha fúnebre mientras tañe apresuradamente las campanas. Las tañe tan repetidamente que los indios no tienen más remedio que ir primero al trote y luego a la carrera, para evitarse pagar en forma tan repetida los 50 centa-

vos. ¡Corre que ya va a tocar! gritan agitados y vuelan en su larga carrera al cementerio. . . El sacristán de Columbe es mestizo, o sea indio revestido, aculturado. . .") culpa no es tuya sino de patrones dijo yo y mis compañeros cavamos hace años la acequia y ahura nos quieren quitar nuestra única agüita dijo y ellos tienen dos aguas contando con el río y nosotros ninguna. pero vamos a ver dijo qué piensan hacer ustedes los indígenas. calló dijo y mientras callaba le vi los ojos a fondo esa mirada habitual del indio que no comprende cómo por qué no le han quitado todavía su parcela pero hasta los indios son capaces de matar y dejarse matar por la tierra y el agua al fin y al cabo por ellas se han hecho siempre las revoluciones y sólo como consecuencia por el hombre. la tierra y el agua dijo son los únicos conceptos indígenas concretos donde comienza y termina la realidad. no sé patrón dijo quizás reunión. y tú vamos a ver ustedes dije qué piensan hacer. no sé dijo quizás reunión qué más hemos hecho hasta ahora sino reuniones.

Estaba sentado al borde de mi cama, mirándose los pies que apenas le llegaban al suelo, con las piernas colgándole como si se hubieran equivocado al rehacerlo después de una catástrofe y le hubieran puesto las de otro, mirándose esos pies que nunca dejarían huella de su paso por la tierra. Lo terrible del desvelo, dijo una vez, es que enciendo la luz y me veo los pies, largamente. ¿Cómo son? le dije. Horribles, dijo, perfectos, pies que no se han utilizado nunca, como los de un niño de pocos meses; entonces amo los pies deformes de los indios, de los que caminan, pies de un cuadro realista: hallo que son hermosos. Y, sin embargo, no eran sus piernas el principal obstáculo para la acción: todos fuimos o somos alguna vez sus piernas y él estuvo siempre en todas las manifestaciones de la cólera, cuando los caballos pisoteaban nuestra esperanza, excepto la suya. Sé que es humillante, decía, pero sólo es cuestión de subdesarrollo: en otros países más adelantados se emplean tanques. Su invalidez era nuestra, de todos nosotros, ¿del pueblo?: esa pasividad de postvivo, esa espera leprosa de que las cosas cambien por milagro o por la acción de no sabemos bien quién, ese inconformismo puramente verbal que al no convertirse en acto equivale al conformismo. Peor aún, dijo Gálvez, es una pereza mórbida, un verdadero mal "de nación" como dice nuestra gente hablando de las enfermedades congénitas, mal del país, y entonces nosotros ya ni siquiera somos responsables de la sociedad en que

vivimos sino cómplices de ella. Y cuando nos reunimos para putear y carajear y mandar a la mierda el sistema, la sociedad, el gobierno, o cuando en el Murcielagario pensamos en el fondo de nosotros sin admitirlo públicamente que el trago y el sexo son una compensación o un gesto de protesta, y no hacemos nada más, absolutamente nada por los demás, recuerdo lo que Isaiah Berlin dice de Karl Marx: que sus antiguos colaboradores de Berlín le llegaron a parecer un grupo de saltimbanquis intelectuales que trataban de ocultar la confusión y la pobreza de sus ideas tras un lenguaje violento y una vida privada escandolosa, que durante toda su vida Marx detestó con la misma pasión la existencia desordenada y las actitudes teatrales, que pensaba que la vida bohemia y el desafío deliberado de los convencionalismos no eran sino manifestaciones invertidas de filisteísmo, que no hacían sino rendir homenaje a los mismos valores por la actitud exagerada de rebelión contra ellos, demostrando así una misma vulgaridad fundamental. La gana de actuar de Gálvez tenía algo de lujuria, por obsesiva y excluyente, y lo que le ataba las piernas o se las cortaba, su verdadera impotencia no era, como en nuestro caso, la comodidad, sino su disciplina. El problema está, decía, en que hablamos de revolución pero ellos hablan de Partido y, por desgracia, todavía no es lo mismo, por lo menos aquí. Mantienen una actitud de resignación y acatamiento, casi un complejo de inferioridad, como el de los negros norteamericanos antes del Black Power, como el de nuestra pequeñita clase obrera: no piensan alterar el orden sino entrar en él, no se proponen liquidar un sistema sino ser admitidos, no se trata del odio sino de la conciliación. Lo demás es pura palabrería, y tienes que tragarte sus errores y tus opiniones para que te crean honesto: lo otro sería "servir al enemigo". Al comienzo del terror militar en Indonesia, se jugaba fútbol en las plazas públicas con las cabezas de los comunistas asesinados, y a los espectadores despavoridos se les obligaba a que dieran cada uno por lo menos un puntapié: monstruoso pero eficaz sistema para suprimir la crítica y convertir a los testigos en cómplices. Así nosotros somos llamados a exponer nuestra opinión y dar también un pequeño puntapié verbal a favor o en contra, y luego tienes que callarte para siempre. Ésa es la democracia y la disciplina, y sólo puedes criticar, con ellos, a los que en realidad se sacan la madre por la revolución a miles de kilómetros de distancia. Nosotros, sentados como pontífices,

como público de circo romano, como poseedores del oráculo, tenemos todos los argumentos contra China, sabemos lo que debería hacer el Vietcong, lo que anda mal en Cuba: lo único que no sabemos es lo que pasa aquí ni cómo actuar de acuerdo con nuestra verdad y nuestra miseria: ahí están los indios que siguen sin tierra y sin agua y que tienen algo más que perder que sus cadenas: su prehistoria. En cuanto al pobre humano de la ciudad, su condición se reduce a pasar la vida pagando cosas para que los demás fabriquen cosas y tengan más cosas que él querrá comprar para parecerse a los que tienen otras cosas. Mientras tanto, nosotros tenemos ya el culo chato de tanto pasarnos la vida en sesiones. Y cuando vio que yo asentía sonriendo, estalló: Tú tampoco has hecho nada, como no sea equivocarte solo, dar la vuelta al mundo, venir a contarnos tu pobre experiencia y adoptar una actitud mujeril de decepcionado para justificar el hecho de ser un espécimen inútil de intelectual. Tú también, le pregunté, piensas eso, como cualquier dirigente del heroico partido. No, dijo, es precisamente lo contrario: ellos creen que el intelectual es un espécimen inútil de la humanidad. Aunque no te culpo, dijo como quien se reconcilia hiriéndose, yo no me he movido de aquí y estoy de acuerdo contigo. Es como cuando uno está en un tren detenido y cree avanzar, y luego se da cuenta que es el otro tren el que se pone en marcha. Pero nadie puede actuar solo, y ése es el peor castigo de la soledad. Ya hay algunos solos, y cada uno se cree el solo solo: lo importante sería unir nuestras soledades y hacer algo. Pero hay un círculo vicioso o, si prefieres, de viciosos: el heroico partido es producto de la burguesía que pretende destruir, está contagiado de su ideología y de sus hábitos, y los disidentes son producto del Partido al que se oponen y utilizan sus mismos métodos de trabajo y nosotros disentimos de los disidentes con el mismo individualismo vanidoso. Pero entonces, grité, no hay solución. Sí, dijo, humildecerse y actuar.

¿Actuar? Allí estaba, doblado, en el borde de la cama, y parecía ser, como decía Alejo Carpentier de Don Quijote, un personaje de cuatro dimensiones en un mundo que sólo tiene tres, única víctima de su propia lucidez, el único acusado por la historia y que tenía conciencia de su responsabilidad. Jesús oraba en el desierto y se le acercó el Demonio. Jesús velaba en mi pieza a donde se iba metiendo poco a poco la noche con su humo manso, y los apóstoles roncaban en la ciudad. Y he aquí

que Judas, que amaba al Señor, advirtió que la multitud se alejaba de él y no creía ya en sus milagros; entonces decidió colocarlo en la situación extrema, la del salto al abismo, para obligarlo a rebelarse y mostrarse en su verdad, poniéndolo entre el deber y el deber, crucificándolo entre dos honestidades. Hay un paseo a La Liria por Semana Santa, le dijo el Demonio, para celebrar el cumpleaños del Cretino. ¿Y después de esto piensas ir? gritó Gálvez mirándolo como un pirata al que no le faltara ningún ojo, y como si aquello lo volviera al otro culpable del problema del agua, del problema de la tierra, del problema del hombre. Sí, le dijo Judas, Rosana insiste, porque (¿Has vuelto a verla? le preguntó Gálvez, pero ¿qué te pasó? Qué sé yo, le dijo él, acaso tenga que admitir que la quiero), de lo contrario no podríamos vernos por lo menos en cinco días. Gálvez sonrió decepcionado, y como para despreciarlo se dio vuelta a mirar el trozo conocido de ciudad que se veía desde la ventana. Apreté los dientes porque él tenía razón, pero Judas no me dejaba tiempo para la rabia. ¿No quisieras ir? le dijo el Demonio, así podrías hacerle a los indios el favor que te piden. Los ojos se le reventaron con un brillo esperanzado y generoso que era ya una respuesta. ¿Cuándo? dijo. El jueves. Iremos el viernes, dijo, el jueves hay. . . reunión. Y sonrió como quien quiere hacerse perdonar la recaída en el vicio.

Son ocho, no estoy tan borracho para creer que sean cuatro y además forman un círculo, sentados en el suelo comoesnatural, y parece que fueran jueces pero de los insobornables, y yo el acusado, porque estoy demás, distante, sentado contra la puerta, tranca de la puerta porque no hay aldaba, para impedir que alguien entre. Tres indias con caras de varón, candelasoplando en cuclillas junto al fogón, preparan una agüita de canela. Huele a 10 indios reunidos que no es lo mismo que el olor de uno multiplicado por 7 + 3. Después de cuatrocientos años de silencio alguien dice trabajosamente, como si las palabras se abrieran paso a codazos a través de los siglos de frío y de humo: "No podimos esperar más", otro alguien dice: "No querimos", pero es difícil oír el resto, tienen la cabeza baja, mirándose las cosas de la memoria o adivinándose los pies: el cuerpo, puroponcho, forma un bulto familitriangular coronado por el sombrero, ilustración de un folleto de antropología "Indio durmiendo", soportes de libros vulgarfolklóricos, anuncio de una agencia de viajes "Ecuador, país de turismo", la portada de un libro de Bruno Traven *¿La rebelión de los colgados? ¿Un puente en la selva?* Una india nos sirve un canelazo. "Y ahura qué vamos a hacer" dice uno, un indio, cualquiera, El Indio: el miserable convertido por la literatura en arquetipo: él no aspiraba a tanto honor, se habría conformado con ser simplemente persona, y a veces no sé si hablan o mascan tostado, qué más han masticado toda la vida, porque no hacen ruido ni siquiera cuando hablan: su rencoroso laconismo deja caer sílabas, granitos de maíz tostado, ah mis filósofos chinos, mis lamas hindúes, mis monjes zen que me hacen avergonzar de nuestra palabrería llena de vacío. Yo sé que sobro aquí, en esta reunión, en esta tierra, en mi país de ellos que no me-les pertenece. Los habíamos sacado a patadas de la historia (esto ya lo has dicho en otro libro pero no hay otra manera de decirlo)

Bichito entró con una maleta pequeña y bajo el brazo lo que llamaba "mi cargamento de sabiduría". Ahora ya me puedo quedar, dijo, ya me separé de él. ¿Quedarte, Bichito, quieres decir para siempre? Pero ¿te has puesto a pensar: yo, con una alumna? Ella comenzó a arrancar una a una las hojas de sus cuadernos y de sus libros y a tirarlas lentamente a la chimenea, como las cartas de un naipe, como hace mucho sus slips. Si ése es el problema, dijo, no vuelvo más a clases. Prefiero ser tu alumna de otras cosas, dijo, quiero que tú me enseñes todo, dijo. Y se acostó en el suelo, bocabajo y desnuda.

para que la historia fuera el pasado, pero usted no lo sabía Mr. Eliot, no estuvo nunca aquí, por eso quiso hacernos creer que la historia *is now and England,* y por todo ello tengo una vergüenza de raza (de la de clase hablaremos otro día o años enteros). "Good night", digo y entro al coche dormitorio del tren que va de Nara a Tokio, y hay una fetidez difusa que esparcen los pies de dos alemanes, calcetines de lana y botas con clavos, símbolo de una mentalidad que viene desde cuándo, el japonés me mira con lástima como si mi raza me volviera solidario del hedor o de la estupidez del Cretino: "Estos mitayos cerdosos le tienen miedo al blanco." Tengo algo como un racismo al revés: "Catorce mil dockers de Londres realizaron ayer una manifestación para protestar por la derogación de la ley que establecía la discriminación racial (contra los negros) en el empleo y el alojamiento." Pero un racismo al revés es de todos modos un racismo al que se le da vuelta. Durante mucho tiempo amé a los negros, por ejemplo, colectiva-racial-pueblamente, sin rostro, y cuando amaba algunos rostros —Lumumba, los torturados o mutilados por los mercenarios de los colonizadores belgas, los Soledad Brothers, Angela Davis, y nuestros hermanos en Nuestro Señor el Jazz— no era por negros sino por ellos, luchadores, víctimas o creadores. Pero la vida y los viajes me han hecho renunciar a ciertas ficciones humanitarias y odiar el chantage del otro racismo: me carga el hijo de puta negro hijo de burgueses africanos, tan hijo de puta el padre como el hijo que puede permitirse estudiar en París o tener el automovil más grande de Ginebra, así como me cargan otros hijos de de cualquier color que se permiten lo mismo gracias a los mismos procedimientos de explotación, y no le tolero que me trate como si yo fuera culpable del colonialismo o del neocolonialismo en el cual él ha participado beneficiándose. "Racista" le dice a la muchacha que rechaza su acoso en la noche de París, pero si me rechaza a mí, es "porque no soy su tipo" Ahora acepto otro trago. Uno de esos negros hijos de entra en un restaurante, con una rubia abrazada a él, inmediatamente pienso que debe tratarse de una aberración sexual (de la rubia y hay que admitir que puede ser excitante) porque de otro modo cómo. Seamos francos alguna vez: no es el pelo sino el culo de la rubia, porque si es cuica la pobre, pero eso nunca lo confesamos, a menos que esté pegada como calcomanía a otro rubio. Cuántos siglos deberán pasar todavía para que uno de estos

pobres indios pueda entrar en un restaurante o tirarse a una rubia. Claro que no es indispensable y eso no figura en los cuestionarios internacionales sobre el desarrollo. Dos indios se prueban unos sombreros Stetson. Los ha traído a Londres la viuda de un misionero devorado (sic) por esos mismos aucas. Es para reírse: no es que no tengan derecho a probarse un Stetson o a conocer Trafalgar Square, sino que están fuera de lugar por ahora, parecen esos malos actores cetrinos mexicanos en películas en que hacen de aristócratas europeos, piezas sueltas que han ido a parar en un collage de Seguí: "Mirá, tengo un stock fabuloso de sombreros, de calzoncillos, de personajes, y trabajo el cuadro un poco al azar", históricamente desproporcionado, lejos de toda dimensión que no fuera surrealista. Es, precisamente, el caso de dos personajes aislados, diferentes y diferenciados, y yo me empeño en ver el arquetipo: los pobres no son sino un símbolo falso al que se han prestado o de que son víctimas: el de la supuesta misericordia inglesa (¿y la era colonialista de la gorda Victoria y de otros gordos?), o son indios falsos, metidos de contrabando en el paisaje londinense, intrusos, como yo en esta choza esta noche. Mi traje azul marino, mi corbata gris y hasta plateada (hay que ser pelotudos, realmente: todo el día con ropa de sport en la hacienda y en la noche vestirse de mamarracho sólo porque al pendejo se le ocurre celebrar su cumpleaños), mis zapatos, son en este sitio tan insólitos como los sombreros de Londres, o sea que en cuanto al encuentro de la máquina de coser y el paraguas, etc., estamos mano a mano. "No podemos seguir aguantando", "Querimos trabajo y agua", "Los maicitos se están secando", oigo con la incómoda sensación de quien escucha sin querer confidencias que no le están destinadas y un poco con el mismo aburrimiento de los mítines. Sé todo cuanto van a decir los oradores, todos los oradores dicen lo mismo que saben los asistentes, y cada uno "Patrón dijo hijueputa cómo te atrevís a amenazar", "A mí pegó puñetazo diciendo tomá para que aprendas a reclamar", se queda satisfecho, ratificado en las ideas que tenía antes de ir al mitin o frustrado por no haber aprendido nada, porque no se convence a nadie, a menos que alguien diga algo nuevo, por ejemplo "Lo ques yo creo que hay que matar al patrón". Bravo. Aplaudo de memoria y me trago de golpe el agua ardiente. Al fin, aun cuando fuera con cuatro siglos de atraso. Los indios se quitan el sombrero: la muerte de un blanco es algo serio, como

la de un amigo para Machado, pero ¿la del Cretino? Me da risa ese cojudo: ahora está durmiendo su borrachera, tan confiado en sus propiedades. "Mis indios", "mi hacienda", "mi mujer" Tan sin dudas, el imbécil. Pero la historia es lúcida incluso cuando se emborracha y ahora acaba de decidir su destino, aunque dicho así suena demasiado solemne tratándose de una mierdita como él. Más bien es una cuestión de negocios y le salió el tiro por la culata: se ha comprado esta muerte por trescientos sucres anuales, aunque eso sería no conocer la dialéctica ni por los forros: se la viene mereciendo por sus largos delitos legales y de los otros, por los suyos y los de los otros de su ralea. Claro que es para reírse. De no intervenir el destino (¿es dialéctica el destino? en este caso, ¿somos los indios y yo el destino?, ¿somos nosotros la dialéctica?) pasado mañana aparece en el periódico la cursinevitable fotografía: las gentiles damitas del pensil local sentadas en el sofá, sin saber cómo alargar la minifalda con la que creen disminuir sus añitos y sus arrugas, sin saber cómo deben cruzarse las piernas para una fotografía sin mostrar demasiado los jamones, y detrás nosotros, sonriendo, de pie, y en la mano la copa de rubio licor, y bajo los zapatos de las mujeres "El distinguido hacendado don Fabián Golmés ofreció en su propiedad de La Liria un agasajo a sus amistades y relacionados con motivo de su onomástico", pagada por él la publicación, pensando en los resentidos por no haber sido invitados, yo con vergüenza de que se me viera junto al Gobernador y al Alcalde y al Director del Banco Provincial y al Subsecretario de y otras distinguidas autoridades y otros distinguidos comerciantes y hacendados e industriales, auténticos delincuentes transnacionales y sin ortografía, yo mirando las rodillas de Rosana, la entrada a su zaguán húmedo, su sonrisa de tontorgullosa ensayada desde unos minutos antes del flash, yo con ganas de gritar o de escribir debajo del pie de clisé debajo de los pieses de las del pensil: Mentira, yo no soy amigo ni relacionado, yo estuve allí por otras razones, tal vez no habría debido, no estoy muy seguro, quizá el fin justifica estos medios, pero que no se me confunda con el lumpen de la burguesía que es el lumpen de mi país. Pero no está esa foto, no hay ese pie de clisé, el dato no aparece en la Página Social sino en la primera página: "Muere asesinado respetable hacendado de la provincia. Profunda conmoción en nuestros círculos sociales. El Gobernador, don Arístides Golmés, padre de la víctima, ha ordenado la

investigación del caso. Sospéchase mano del comunismo internacional pues no se le conocen enemigos personales siendo muy apreciado en nuestra sociedad." Ya van a ver, huevones, la mano, el aprecio, el comunismo. Pero ¿qué fue lo que dijo Rosana: "Te juro que a veces quisiera que se muera" o "Te juro que a veces quisiera que lo maten"? Oh, al fin y al cabo da lo mismo. "Yo tan" dice uno y, en seguida, "Yo tan", "Yo tan", "Yo tan", "Yo tan", "Yo tan". Yo también, pero a mí nadie me pregunta, y habría podido añadir La patrona tan, para aumentar los votos. Rosana. Ahora es demasiado tarde para nosotros: dejamos escapar los años en que hubiéramos podido tal vez. "Para cuándo". "Ahura mismo". "¿Y quién?" "Yo", "Yo", "Yo", "Yo", "Yo", "Yo", "Yo". Fuenteovejuna en el páramo, de no ser porque no hay unanimidad, hay uno que no ha dicho nada todavía, y porque de Comendador el huevón no tiene sino lo de encomendero. Las indias sirven otro turno de agua de canela con puro, sin sobresalto ni sorpresa, como si no oyeran o conocieran de antemano el oráculo. Cuando el hombre que ha estado junto a la puerta, haciendo rayas en la tierra del piso, fumando como si tampoco oyera por estar pensando en las colillas y la ceniza que tiene a sus pies o en la letra R que traza y borra y traza, oye el último "Yo" como una gotera y deja de llover y vuelve el silencio del indio y del humo, y dice "Yo", los siete y el que no ha dicho nada lo miran, pero los ídolos no parecen asombrados ni coléricos, lo miran como si no estuviera ni existiera y su sílaba fuera apenas el ruido de un cuy corriendo en un rincón, una tos, o el eco del último Yo de verdad. El que parece indio por su severidad pero no lo es porque tiene zapatos, y no bebe pero es más indio que qué porque no ha dicho nada, dice: "No, tú tienes otros motivos, y no se trata de eso".

Señor Juez, señores camaradas: a fin de explicar los motivos que tuve para realizar ese acto que usted llama crimen y ustedes califican de provocación, tendría que remontar hasta el Hombre de Punín que es, al parecer, quien comenzó toda esta historia, pero he olvidado muchas cosas anteriores al momento en que salí de entre las piernas y los gritos de mi madre, el alba de esto que soy un poco a contrapelo. Debo decir que no escogí su matriz, o sea que no escogí la clase social de la que vengo y que me reprochan, y de la que he tratado de salir por razones de estética e higiene, pero usted no me deja, señor Juez, con todas

sus leyes y costumbres, y no he podido entrar en la otra por esas costumbres y también por honestidad –perdónenme, no nací obrero ni campesino– y porque ustedes no me dejan, camaradas aduaneros de la ideología del proletariado. Así me he ido convirtiendo, sin saberlo, en un terrorista con los bolsillos llenos de cocktails molotov para los unos, y en un esbirro de la burguesía por los otros cocktails, para el resto. Me sucedió exactamente lo contrario que a Jack London, obrero que no se reconocía en el proletariado y que nunca encontró un lugar entre la burguesía. Pero tengo algunos méritos también, no crean: por ejemplo, haber tratado de deseducarme raspándome el alma de toda la mugre que los demás acumularon en ella, aunque todavía queda mucho polvo en los rincones, lo sé: a veces toma toda una vida baldear el cuarto de cachivaches de la conciencia, echar muchos de ellos, casi todos, por la ventana, aunque se siguen amontonando, no siempre por culpa de uno, pero sigo haciendo un esfuerzo y los sigo tirando, retobado. "Vivimos orgullosos de la historia de nuestra patria; la aprendimos en la escuela y hemos crecido oyendo hablar de libertad, de justicia y de derechos. Se nos enseñó a venerar desde temprano el ejemplo glorioso de nuestros héroes y nuestros mártires. . . se nos enseñó que el Titán había dicho que la libertad no se mendiga sino que se conquista con el filo del machete. . . Se nos enseñó que el 10 de octubre y el 24 de febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio porque marcan los días de la rebelión contra el yugo de la infame tiranía; se nos enseñó a querer y defender la hermosa bandera. . . y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que vivir en cadenas es vivir en oprobios y afrentas sumidos y que morir por la patria es vivir." Chasco. Esto lo dijo Fidel hace muchos años, cuando sabía que la historia iba a absolverlo, pero desgraciadamente yo no soy Fidel y nuestro caso no es el mismo de los cubanos, porque no nos enseñaron esa manera de conquistar la libertad, no aprendimos esas nociones, no fue eso lo que me-nos enseñaron desde el comienzo, sino que debía-mos estar ogullosos de mi-nuestra aldea, es decir, la patria, así, en abstracto, lo cual nos llevó no sólo a hacer burla de la patria de otros con sus luchas y sus mártires, sino también a hacer el ridículo. "Sir Bertrand Russell: usted ha hablado del nacionalismo. ¿Puede darnos un ejemplo? —Sí. Una encantadora joven ecuatoriana asistía a una reunión de las Naciones Unidas. Adoraba montar en bicicleta y le sucedió en

una ocasión que, en una pendiente muy pronunciada, perdió el control de su aparato. Podía haberse matado. Mi amigo Gilbert Murray le pregunta: '¿No tuvo miedo cuando la bicicleta rodaba cuesta abajo?' ¿Sabe lo que ella respondió?: '¡Oh, no! Me dije: ¡Acuérdate que eres una ecuatoriana!'. . . He hecho reír a todo el mundo con esta historia." A la encantadora ecuatoriana le sucedió lo que a todos: nuestro orgullo ya anda medio enclenque, apoyándose en muletas tales como: "Nuestro himno nacional es el más bello del mundo después de La Marsellesa", pero lo mismo se lo dicen a todos los niños de la tierra excepto, no faltaría más, a los de Francia, y además ni siquiera podemos cantarlo a partir del compás 14, porque no somos un pueblo de tenores, y del coro más o menos desganado que comenzó la estrofa sólo quedan dos o tres voces deshilachadas esforzándose patrióticamente hasta el final. "Nuestros paisajes son los más hermosos de la tierra", pero en todas partes hay hermosos paisajes florecidos, estériles, áridos o rocosos, y los nuestros tienen dueño, y están ensombrecidos por cadáveres sobrevivientes de una raza que dejan salir una sombra sucia de miseria como si se desdoblaran. "Nuestra historia es la más ejemplar y heroica", pero todos los pueblos tienen una historia de heroísmo, y la nuestra, pequeñita, que poco ha aportado al país y nada al mundo, no es sino pasado, es decir, que la hicieron otros (por eso seguimos cantando en nuestro himno glorias de 1809 y 1822, y además nos quedamos sin saber por qué vertieron su sangre los héroes, puesto que dadas nuestras buenas relaciones con España se suprimió la estrofa del himno en que se hablaba del "yugo que impuso la ibérica audacia") y a ellos se la robamos. La historia es también el presente, pero nosotros no le hemos añadido nada todavía, y a falta de las grandes batallas revolucionarias que no libramos, nos conformamos con el pequeño griterío de las manifestaciones o con travesuras de mocosos como la picnic-guerrilla de ese grupo de espontáneos que cuando los paracaidistas interrumpieron su desayuno, se rindieron "Así no jugamos". Es cierto que fuimos Luz de América todo un día: desde el Hombre de Punín hasta el 9 de agosto estuvimos miles de años a oscuras; desde el 11 de agosto hasta ahora, casi 160 años sin luz. Ha llegado hace tiempo la hora de establecer una fe de erratas de nuestra (pre)historia, porque aquí no ha nacido aún el ser humano: la mayoría de nuestra población es proto-humana y/porque la otra parte es deshuma-

nizada. La historia la aprendimos casi venerándola en la escuela, pero le perdimos admiración a partir de la República, cuando se nos acabaron los héroes y se nos volvió una historieta en 16 mm, porque la historia comenzó a ser entonces retratos de presidentes, vicesubhéroes infrahistóricos, hostiles, inútiles, injustos: desde el cetrino general extranjero, tatarabuelo de todos los generales que han equivocado la patria con la cuadra del cuartel, hasta el intermitente caudillo endémico, "profesión: presidente", que nunca pudo conciliar su frugalidad de esqueleto con las grandes raterías de sus áulicos, y entre los dos los nadie, los nada, los sin saber cómo, los advenedizos, salvo la rata sanguimanchada que se escabulló hace cien años por los albañales de sacristías y patíbulos para llegar hasta hoy día y vigilar la vigencia de su lema: "Carecemos de madurez para disfrutar de un bien tan preciado como lo es el de la libertad", después de haber inspirado la jarana salvaje de católicos y putas que arrancaron los testículos "Viva el Corazón de Jesús" a la otra excepción, el viejo profeta que quiso recuperar el retardo con que entrábamos al ex futuro, y arrastraron el resto por las calles y quemaron vivo "Mueran los liberales" porque aún no había comunistas. Después vinieron los nazinipofilofalangofascistas. Esos rostros cubrían cien años de arbitrariedad gamonal desde el gobierno, y en clase debíamos aprender ¿con orgullo? sus nombres y sus fechas y enumerar los hechos de su gestión administrativa. Después supimos que ésta era, más bien, prontuario. Precoces jugadores de póker, atisbábamos apenas una esquinita de la estampa que venía junto a un confite nauseabundo, para verle el número y adivinar el gobernante. Pero Reyes, Damas o Caballos, nada supieron nunca ni quisieron saber de nosotros. Y yo-nosotros, qué sabía-mos de nuestros niños compatriotas, envejecidos por la miseria como quien madruga demasiado a trabajar, y ése es el caso: pastorcillos empavorecidos por la pérdida de una oveja, limosneros insultados por las personas gordas, vendedores de chocolatines, hojas de gillette, cigarrillos sueltos, ayudantes de contrabandistas y de rateros, recolectores de algo donde hincar el diente antes que los perros o las ratas, hábiles betuneros con su cajoncito a cuestas. Los encontrábamos todos los días pero como no nos acercábamos demasiado, porque éramos los bieneducaditos adefesiosos y ellos eran sucios muertosdehambre, tardamos algún tiempo en comprender que su mirada pensativa de deste-

rrados o de delîncuentes era la verdadera obra pública de cien años de gobierno. La justicia no nos la enseñaron en la escuela el cura con su vara de álamo ni los profesores ni los compañeros con su venganza escalonada y la solidaridad no se aprendió en la familia (nos querían mucho pero resultábamos onérosos: dejaron de querernos), sino esa vez que fuimos a la otra escuela, la fiscal, la pública, la de todos, es decir de los pobres, que olía a polvo como un terremoto, a proponerles un desafío de fútbol. Cuando llegamos, en el patio había estallado una pelea y dos mocosos, que ya se odiaban con los ojos, levantaron sus puños sucios de tinta y tierra. Pero antes de que comenzaran las trompadas, uno de los espectadores-árbitros gritó "Esperen", y se puso a desatar los cordones de los zapatos de uno de los furiosos, ordenándole que se los quitara: cuando le aparecieron por las roturas de los calcetines los dedos mugrientos, señaló los pies renegridos del otro diciendo "Porque él es patalsuelo". Ahora bien, la historia, desde las figuritas de cartulina hasta hoy día, ha sido una pelea desigual y desleal, un puntapié feroz, simultáneo-sucesivo-interminable de la polaina del terrateniente, la bota del coronel, el mocasín del señorito, la zapatilla del cardenal, cayendo todos contra el infeliz al que mantienen descalzo precisamente para patearlo. Y a medida que crecíamos, de todo el orgullo histórico no nos fue quedando sino una como obligación de amar porque sí, como un hijo, con ese amor que no es ciego sino que por "patriotismo" se ha vuelto mudo. Eso nos llevó a fabricarnos, porque peor es nada, una curiosa epopeya del vencido, algo como una vanidad de nuestra miseria, como esos limosneros que exhiben gustosos su pústula o su llaga, y por la cual nos es fácil hallar justificaciones a todo aquello que debiera avergonzarnos (véase la página 115 sobre la vergüenza como principio de la revolución). Por ejemplo: la mediocridad cívica embobada oyendo a los políticos-charlatanes-de-feria, cuyo lorito saca de un cajón el papel doblado donde está escrito el destino del país para el cual ofrecen en venta pomadas milagrosas; la pasividad para recibir y contemplar cuatro siglos y medio de foetazos feudales de las ¿40? ¿20? ¿60? ¿30? familias contra cinco millones que tienen el lomo doblado; el rastacuerismo estético que construye y admira catedrales "góticas" de hormigón en el trópico y de arenisca en la sierra, "obras maestras" grecolatinas de estuco y papel plateado; la pequeñez de corazón que dicta esa como vocación

nacional para el chisme, la envidia, la calumnia. Nuestra frustrada violencia provocada por la violencia oficial y nuestro sentimiento nacional de inferioridad y de impotencia los compensamos con la actitud de matasietes del borracho y con la agresividad gratuita contra el que pasa una noche por la calle o entra en una cantina. Con la fácil teoría y práctica de la balanza, en lugar de acumular valores en nuestro platillo nos dedicamos a tratar de disminuir los del otro, por eso nunca aprendimos a amar de veras a nuestros semejantes o desemejantes, ya se trate de individuos, de civilizaciones o de pueblos. En cuanto a los individuos, bah. Pero cuántos fueron capaces de carajear por lo que se hacía contra la población de Bangladesh o de Biafra, o por las guerras de Corea y de Vietnam o por las luchas de Argelia o de Guinea. Nosotros, que usamos teléfonos, corbatas, refrigeradoras, catolicismo, máquinas de escribir, pornografía y cocacola, menospreciamos la cultura "de occidente" (verdad es que si conociéramos algo, por poco que fuera, de las de Oriente, las menospreciaríamos también, porque también hay un machismo cultural), sin comprender que al rechazarla en bloque habría que renunciar también al desarrollo de la ciencia y del arte, al marxismo y a Shakespeare, y si a más de asimilar su tecnología la mendigamos —"Atención, capitalistas del mundo, técnicos y expertos extranjeros, atención Texaco-Gulf Co., Shenandoan Co., Superior Petroleum Co., Anglo-Ecuadorian Oilfields Co., Royal Dutch Shell Co., Standard Oil of New Jersey, World Ventures (honesta en su nombre), Kirby Industries, Taylor and Associates, American Independent Oil, Tagor Exploration, Hamilton Brothers, tenemos petróleo, está en venta el petróleo, está en venta lo que nos dejaron del Oriente, está en venta la patria, a ver quién da más"— a quién echarle la culpa de que asimilemos también sus formas culturales, de qué tradición propia podemos vanagloriarnos, perdida ya la oral indígena, y si de lo que nos queda de la colonización española, no podemos enorgullecernos demasiado. Y esa vanidad, como el machismo del borracho, se basa en nuestra sospecha de que no somos tan gran cosa, y nos creemos los mejores porque no nos interesa el mundo. Hemos visto al pobre compatriota alargar la mano temblorosa para saludar en otro país, tímido pero dolido porque nos ignoran —en realidad, y no por venganza, tampoco nosotros existimos para ellos—, pedante pero con temor o vergüenza de que sepan lo que somos realmente. El

patriotismo consiste en creer que lo que está mal más allá de nuestros límites (a César lo que es de César –Fernández Moreno–: "nuestros límites ya no son sino cuestiones de límites"), está bien si sucede más acá. Pero como tampoco estamos muy convencidos de que acá esté bien, el patriotismo consiste en impedir que se enteren afuera de lo que pasa adentro. La ropita sucia hay que lavarla en casa, dicen. Pero el caso es que no se la lava. Como esas viejas solteronas que espían por la cerradura quién le mide el aceite a la vecina, y creen que por gritarlo a las cuatro orejas automáticamente pesarán más en el platillo de la moral sus sexos cubiertos de necrológicas telarañas, aquí estamos llenos de especialistas en los errores cometidos por los países que apretándose el cinturón han ido construyendo una sociedad humana. Pero véannos cómo nos volvemos justicieros payasos patrioteros y civilíticos cuando alguien se atreve no a sajar nuestro tumor nacional sino apenas a señalarlo con el dedo, cuando después de estar harto de este modo de ser aldeano y comadrero, arrastrados como animales estabulados por el sermón o el periódico que nos informan de los famosos racionamientos en otros países —cuando aquí casi la mitad de la población se muere de hambre—, alguno de nosotros dice Este país es una mierda, pero en voz alta, porque todos lo hemos dicho alguna vez o varias veces, eso sí cobardementenprivado. ¿Y la explotación demencial y soportada (recuerdo el portón de hierro del campo de concentración de Auschwitz con su inscripción salvaje: "El trabajo es la libertad"), y la injusticia que siempre encuentra nuevas posibilidades de brutalidad, y la estupidez que cada vez vuelve a caer en la vieja zancadilla de la farsa del gobierno? Bien, gracias. Pero todo eso es una mierda. Y según nuestra costumbre, siempre es otro el culpable y cada uno de nosotros el chivo o la víctima. Todos somos aquí cómplices de los culpables, y el primer paso para tomar conciencia de nuestra vergüenza y lavarle a la patria su ropita, es decirlo a gritos, armar el gran despelote, como quien pone una bomba y ni siquiera corre antes de que estalle: quizás haya una pareja joven, mejor que nosotros, que sobreviva y vuelva a poblar esta tierra que no hemos sabido merecer. Era temprano aún cuando nos dimos cuenta de que el burgués afea la especie humana: bastaba salir de la casa o de la escuela, dar vuelta la esquina, ir a la hojalatería o al mercado para que quisiéramos sacudirnos, instintivamente, lo que nos habían enseñado por la fuerza: el

ansia de propiedad, el orgullo de la propiedad, la necesidad de la propiedad. Habíamos inventado ya el psicograma de Rorschach metiendo una mosca en el tintero y aplastándola dentro de una hoja de cuaderno doblada. Ahora nos adelantábamos al doctor Barnard intentando el trasplante del corazón, buscándonos uno mejor que el que nos pusieron la familia, la escuela, la clase, el país, o por lo menos quitándole el calcetín sucio de catorce años de caminar por la envidia y el abuso. Después quisimos, románticamente, dieciseisañeramente, cambiar la vida (sin saber que Rimbaud lo había dicho), y cambiar el mundo (sin saber que Marx lo había dicho), intuyendo que las dos cosas no eran sino una (sin saber que Breton lo había dicho). La primera oportunidad de participar en una tentativa de cambio la habíamos perdido por ser demasiado chicos (¿dije ya que nacimos cuando Estados Unidos intervenía por tercera vez en Nicaragua y ocupaba militarmente el país?): acabábamos de entrar en el Colegio de los Jesuitas, en el gabinete de física había un retrato de Franco junto al de la Dolorosa, y los curas nos obligaban a comprar cada mes unos folletos con fotografías de unos mamarrachos con uniformes limpiecitos y recién planchados, como los cadetes en los días de desfile, y que morían "asesinados salvajemente por los rojos" gritando Viva Dios. Tal vez habrían podido conmovernos, al fin y al cabo todavía éramos bastante pendejos, pero tenían la *misma* cara de culirredondos maricanthropus erectus que Marcelo que se encerraba con el cura Iturralde en su celda diz que para recibir clases suplementarias, aunque era el que siempre tenía las mejores notas (el cura me sorprendió leyendo en clase de matemáticas *Los hijos del capitán Grant,* me quitó el libro y me dijo ven a verme a la salida para devolvértelo, y cerró la puerta, sonriendo, se sentó tras su escritorio, tenía una mano que se movía debajo de la sotana, deme mi libro Padre no sea malo le prometo que no volveré a leer en clase, tú me quieres como a un padre, sonriendo colorado, así se les llama ¿no? pero yo a ti no te quiero solamente como a un hijo, entonces devuélvame mi libro, qué prefieres tocarme o que te toque, sonriendo morado, yo no soy Marcelo, ajá picarón estás celoso, y quiso besarme y le di una bofetada y salí corriendo y me expulsaron del colegio) o que el caucho Calixto a quien el cura Rodríguez iba a sacar cada noche del ensayo del coro para ayudarle a buscar su abrigo que nunca encontraban y tampoco volvían. Fue en el barrio, en

la talabartería, en la herrería, en la panadería donde nos enteramos del verdadero significado de la guerra que, como todas las cosas importantes, sucedía tan lejos de nuestro país, o como el mar, tan lejos de nuestra casa oscura y rota, todo tan lejos de todo. Pero nos sirvió, eso sí, para saber que Dios era fascista y comenzar a matarlo lentamente adentro. Fue Viviña quien nos dijo pocos años después Aquí también hay Partido, y fuimos a buscarlo, maravillosa conspiración o pacto de sangre hasta la muerte, con el delicioso sobresalto de un vicio nuevo de la adolescencia. Era como ser mayor de edad de golpe, en una noche, tener la llave de la casa y del mundo, ingresar en esa secta de profetas con paciencia. Con demasiada paciencia porque, con nuestra indolencia nacional, como si toda la vida fuera un lunes largo, esperábamos a que estuvieran dadas las famosas condiciones. Profetas sentados, también, haciendo copias a máquina, redactando actas de sesiones, publicando nuestro periódico ocasional que nadie compraba ni leía porque era igual al de una semana atrás, al del mes anterior, al del otro año, y mientras la dictadura soltaba sus caballos contra nuestro pueblo, nuestro periódico publicaba un gran titular en primera página MUERA EL TRAIDOR BERIA, pegando carteles, escribiendo en las paredes "Muera el imperialismo americano" cuando nadie sabía todavía, porque no les habíamos explicado, qué era el imperialismo, organizando bailes "porque, como decía Lenin, camaradas, la plata es muy importante", participando en la mascarada de las elecciones democráticas con un candidato propio a la Presidencia de la República (o sea aceptando el sistema que ya no pretendíamos destruir), a pesar de que nuestros votos potenciales no podían votar por ser analfabetos, tapándonos nosotros mismos la boca que habría debido gritar contra la farsa, "porque, como decía Lenin, camaradas, el saludo a la bandera es importante". La revolución que ofrecíamos, vendedores ambulantes de la maravilla, como una pasta dentífrica (aunque entre los que nos escuchaban pocos eran los que querían lavarse la boca), fue quedando durante cincuenta años para después, siempre para después, para cuando las condiciones etc., política-ficción, ciencia-ficción, mitología como el cielo, utopía como el viaje a Grecia. Duante cuarenta años —yo sólo fui cómplice de diez— la vanguardia del proletariado no volvió nunca la mirada para ver dónde se había quedado el ejército, si es que había ejército: viejos artesanos que en las

procesiones se azotaban con silicios mientras sus hijas lacrimosas rogaban a los vendedores de maní, papas fritas, colas y helados y a los otros fieles que les hicieran desistir de su sangrante exhibicionismo, no sea que se nos muera en medio camino; obreros temerosos de los descuentos por los días de una huelga de éxito improbable para obtener dos sucres de aumento en su salario y a quienes jamás se les hizo comprender que más allá de los dos sucres y de cualquier salario estaba su destino histórico; indios a quienes el patrón y el cura habían enseñado a gritar Abajo comonismo entre dos bocados de piojos. Cuarenta años de sesiones de autocrítica, autocompadeciéndose, echándole la culpa a las condiciones y a la maldad de los enemigos de clase, sin ningún enfrentamiento honesto con la conciencia, ningún combate con el ángel de uno mismo, sin mirarse desde afuera y desde lejos para ser justos, como si se confesaran a gritos en el local-iglesia-de-sesiones, para después de la absolución volver al pecado de la ineficacia y en la próxima sesión Acúsome camarada. Por una mala jugada de la dialéctica, como decía Gálvez, los que se imaginaban ser dinamiteros de una sociedad tan podrida que bastaría un empujón para que se desmoronara (claro, yo sé que detrás están los Estados Unidos apuntalándola pero, coño, en fin de cuentas es contra ellos la dinamita. "Si el sol brilla solamente para la burguesía, pues bien, camaradas, apagaremos el sol", decía Trotski), eran en realidad sus representantes. Cómo iban a cambiar las condiciones si el camarada Braulio viajaba una vez por semana a dictar una conferencia a los indígenas, informe que llama, sobre la disputa entre chinos y soviéticos, ¿dónde queda el Ecuador, camarada Braulio?, y nunca vimos un obrero en el Estado Mayor de la vanguardia que lo integraban el heredero de un almacén de casimires, el heredero de una pequeña propiedad al otro lado del río, el propietario de un negocio de librería, el agente comisionista de una fábrica de chocolates, un médico, un profesor, un aprendiz de relojero, un peluquero. Yo sé que de esa clase han nacido muchos de los que han dirigido la toma del cielo por asalto, y que en otras partes hay médicos, empleados de banco, profesores, que están haciendo tambalear el ya débil andamiaje del poder burgués. Pero lo que quería decir es que aquí, durante cuarenta años, con su hígado malo y su hábil utilización de la balanza, nos han estado reprochando todos los días nuestro origen, como si el parto y no el lugar que uno

ocupa en el proceso de producción de una sociedad determinanara la clase social, a nosotros que nunca fuimos hacendados, industriales, banqueros, comerciantes ni vivimos del trabajo ajeno, plusvalía que llaman. Y los jóvenes universitarios aprendices de bolches también nos miraban por sobre el hombro de su militancia: su desprecio no era por nuestra edad, que sería más o menos justo, sino porque aunque ellos y nosotros discutíamos en el café —en distintos cafés—, la suya era una bohemia proletaria, pero la nuestra era burguesa, la de ellos revolucionaria, la nuestra intelectual. Además, nosotros trabajábamos, y eso también era burgués. Aunque no creo en la vagancia revolucionaria, en el resto tenían razón, pero al revés. Cuando Virginia Woolf dice que la literatura, en el sentido estético del término, no está hecha ni por las "clases cultivadas" ni por las "clases obreras" sino por personas que han pasado por el colegio o la universidad, la vieja pícara, buena novelista y mala ilusionista, escamotea el hecho de que las clases obreras no pueden permitirse enviar sus hijos al colegio o la universidad; o sea que, la única diferencia entre los minibolches y nosotros, radicaba en que nosotros éramos intelectuales que escribíamos y ellos intelectuales que ni siquiera leían. Cuarenta años de esa pena de no dudar, de esa tranquilidad de no romperse la cabeza ("A pensar ahora, cojudos" les dijo el Ríspido a los que escribían el periódico porque había dejado de aparecer *Por una democracia popular, por una paz duradera* de donde reproducían todos los comentarios sobre política internacional) y que no resulta de la seguridad en la historia o en uno mismo —su actitud de resentidos no es propiamente orgullo del futuro— sino de la mediocridad de quien lo tiene todo resuelto de antemano, con un fichero menos divertido que el de los psicoanalistas. Las fichas de ese cárdex que sería pintoresco si no fuera criminal, se ajustaban a la línea, no a los hechos. Y si los hechos son tenaces (eso sí dijo Lenin), las fichas lo son más. Se ha seguido matando indios porque se atreven a reclamar el pago de cuatro años de salarios o para quitarles sus tierras y construir en ellas un gran hotel de turismo, la gangrena económica del país se extiende a todos sus rincones, la patria independiente y soberana sigue siendo una colonia yanqui obediente y pobrecita, la iglesia oficial tira de la soga para llevar de nuevo la República a la caverna, ya no hay más cédula de identidad que el olor a pólvora ni más retrato de varón que el guerrillero entre las hojas, pero

las fichas dicen que no se pueden saltar las etapas, que no hay que mezclar las consignas políticas a los movimientos reivindicativos de los asalariados, que la lucha armada es un error político y táctico, porque en las condiciones actuales es posible el tránsito pacífico al socialismo. Que me den un ejemplo. (Si esto hubiera sucedido algunos años después, alguien habría podido decirle: Chile. Y él habría respondido: No, está bien, pero no es eso todavía, acaso la preparación de eso, la larga progresión a tientas para llegar a eso, aunque quién sabe, porque ¿quién tiene las armas? Pero hay un post scriptum: Estados Unidos acaba de imponer la dictadura de Pinochet en Chile, y en medio de las furias y las penas no habría sido tan miserable para decir como algunas viejas cuando a uno le cae encima la desgracia: "¿No les dije?". Porque una mañana

cuadrarse   apunten   disparen

> "por la abertura de la bragueta vio asomar un trozo de pabellón patrio"
>
> (Enrique Molina)

y comprendió que allí lo habían llevado siempre
que siempre les ha servido sólo para limpiarse
la uretra podrida los augustos
aberración zoológica
cabrones hijos de chivo en puta
nietos bisnietos tataranietos de putas
hijos y padres de cabrones
—que me perdonen las putas pobrecillas
los chivos más expiatorios esta vez que nunca
y hasta los cabrones menos cabrones que los augustos—
como sus amos locales que sacaban a desfilar a las pelotudas con abrigos de pieles y cacerolas
contra los que por fin habían tenido qué poner en sus cacerolas
como el gran amo del yes que se informa decide impone autoriza yes
sobre todo porque

> "las minas nacionalizadas por el gobierno anterior serán devueltas a las compañías extranjeras" (Boletín Informativo de la Radio) Yes

conozco bien esta fauna pero ignoro la zoología
y sólo puedo remplazarla por el recuerdo

> "chacales que el chacal rechazaría
> piedras que el cardo seco mordería escupiendo
> víboras que las víboras odiaran"
> (Pablo Neruda)

pero a mí la poesía nunca me sirvió de mucho y ahora menos
cuando se trata de estas bestias que metieron la estrella en la letrina
y la dialéctica me explica todo pero me consuela nada
cuando nos duele américa y lloramos américas de rabia
porque otra vez cuadrarse apunten disparen
caínes de mis hermanos del que me dio de comer del que me prestó su cama del que me ayudó a buscar trabajo
de todos cuantos me dieron la esperanza y hasta fueron allende la esperanza creyendo que no sería forzoso combatir
cuadrarse apunten disparen

> "Vimos personalmente el fusilamiento en tres días de 400 o 500 personas, en grupos de 30 o 40, en el Estadio Nacional donde estuvimos detenidos" (Adam and Patricia Garret)

cuadrarse apunten disparen
salvo a aquél asesinado a bayonetazos
porque no dejó de cantar mientras lo abayonetaban
y en ese gatillazo sistemático y perpetuo ¿le habrán hecho ya el favor al compatriota que desesperado porque

> "Cuando Brejnev y Chelepin prometieron el año pasado, en Moscú, a Allende su apoyo fraternal contra los complotadores de la ITT, ya habían firmado con la ITT un contrato por varios centenares de millones de dólares para el equipamiento de los aeródromos soviéticos" (*Le Nouvel Observateur*, 15 de octubre)

y porque

> "El representante de China en Santiago se entrevistó con altos funcionarios del gobierno lo cual se considera como un indicio de las relaciones que mantendrán ambos países" (*Combat*, 22 de octubre)

escribió con carbón en un muro "Paren el mundo que me quiero bajar " ?
apunten disparen ya sin siquiera cuadrarse

> "¿Y cree usted que mil muertos que se resistieron, cree que es un costo social grande, cuando somos diez millones de habitantes, es decir el 0.01 por ciento?" –General Tomás Opazo Santander (una de las bestias) al diario *La Razón* de Buenos Aires, el 20 de Septiembre

caporales cuarteleros patibularios
excrementos de qué ano prehistórico que siguen cayendo en nuestro siglo
castrenses castrados a quienes no bastaba el resoplido de los caballos para recalentar el sexo con naftalina de sus barraganas
y recurrieron al vaho fatídico mefítico metálico de los cañones
augustos cobardes augustos lynchadores augustos maricones
pero cuadrarse apunten disparen eso sí
y por las calles que amé hasta las roturas de los zapatos cruzan cadáveres con huecos de metralla
apunten disparen
y hay niños cortados a la altura del pecho
sin saber por qué porque no les enseñaron en la escuela que "no somos políticos sino profesionales" (las bestias)
profesionales del sable herederos del puñal y de la quijada con que se cometió el primer crimen
bestias de qué cuaternario del yes de qué pleistoceno
de qué plasta de placenta y vómito los augustos
las ejecuciones por "obediencia a una doctrina extranjera" (las bestias)
y el mentiroso cristianismo ¿inventado lo han los aborígenes?
y la famosa democracia hecha pedazos antes de nacer ¿los nativos?
y la momia demócratacristiana ¿los autóctonos?
porque la picana eléctrica is not made in the extranjero
las torturas não são brasileiras mais hay una elocuente y delatora predilección por los testículos de jóvenes

oh jack the ripper más justo que esta justicia
oh vampiro de düsseldorf que podría enseñarles la ternura

oh albert de salvo que al despertar no sabía que él era el
   estrangulador de boston
oh mi doctor petiot que por qué no habrá escogido a los
   augustos cuando decidió cambiar de clientela
gang de al capone que ahora estará en el cielo
jugando a la ronda con billy the kid y dillinger
traviesos alumnos de un jardín de infantes de las monjas
venid a aprender el verdadero crimen ¿lo inventaron tal vez las
   tristes ratas coterráneas?
ése que para los augustos no es doctrina extranjera sino voca-
   ción innata
de matar compatriotas porque una vez en la vida ganaron las
   elecciones
de quemar libros poemas como pétalos que nunca pudieron
   imaginar que irían a parar bajo las patas de los sargentos
pobres filosofías que nunca se ocuparon de los botudos porque
   todas las cañas no son pensantes sino solamente el hombre
cantaritos preincásicos que no saben ya en qué siglo mismo
   estamos
después de haber sobrevivido al analfabeto conquistador y en-
   comendero
mascarones de proa de viejos naufragios despedazados a patadas
   por los filibusteros de la tierra
acuartelados estabulados cuadriculados que salen a la luz por
   donde transitaba el humano
creyéndose a salvo porque saben que no hay otro infierno
y olvidan que nosotros también sabemos
y sabemos que tendremos que crearlo aquí ahora para ustedes
asquerosa equivocación de la subespecie homo
y confesión por confesión nosotros no somos profesionales sino
   políticos o sea que sabemos que

> "El modelo de sociedad que concebimos es tan opuesto al modelo de la sociedad que conocemos, que no pueden coexistir: cada uno considera al otro su enemigo"
>
> (Northrop Frye)

somos enemigos de los carniceros no sólo por las víctimas cuya
   cuenta comenzó en el setiembre maldito
sino por todos los muertos futuros del futuro
porque a partir de ahora ni siquiera un pueblo de ángeles creerá

ya en las trasformaciones legales mientras existan los carajos
que exigen legalidad sólo para alzarse sobre la montura del tanque o de la yegua
a matar matar matar porque no los mataron cuando aún era tiempo para que no mataran
sino de todos los compañeros que morirán en actos del servicio para limpiar la estrella de la bandera
en ese muererío de generales que ustedes han decretado
sin saber para cuándo sin saber que es para pronto pelotudos
(y el mal olor de las patas en las botas se siente hasta en el interior de las uvas)
ustedes que ni siquiera tendrán la consabida estatua del consabido criminal consabidamente uniformado
sobre la que se cagan las palomas con su sabiduría boba
y a donde ningún perro iría a orinar por dignidad perruna
como quien dice yo soy perro es cierto pero no tanto
esperpentos del tiro mamarrachos sin más victoria oscura
que haber invertido a culatazos los versos de la canción que canté con los humildes que me enseñaron a no querer seguir muriendo
porque de asilo contra la opresión que fue la dulce patria el puro chile
ustedes lo han convertido caballamente en la tumba de los libres
como cualquier argentina de ¿ayer? o uruguay de hoy día
como una nicaragua o un paraguay de siempre
como otra españa rota pablo
y yo que hablé de la latinoamericanización de grecia pido excusas
no fui justo no recordé que también la mierda se cuece en todas partes
por ejemplo debo hablar ahora de la indonesiación de américa
aquí está el monstruo su sístole de pus su bocanada de diarrea
el que nos llena de cólera hasta los cojones
y vuelve de golpe canallada el hecho humildemente humano
de dormir o de mirar cómo son por dentro una mujer o una naranja
cuando habría que hacer el odio a cántaros a toneladas a kilómetros
y uno comprende de pronto por qué se les cierra misericordiosamente los ojos a los muertos
es para que olviden el mal sabor de lo que vieron

apunten disparen casco fusil uniforme y alarido
porque es más fácil entrar ojiabierto en la mermelada turbia de la nada

dónde encontrar pablo para esta no canción sí desesperada
para esta carta de pésame a mí mismo
en qué idioma los carajazos las puteadas los adjetivos para nombrar esto lo único no nuevo de nuestro continente
a bofetadas puntapiés puñetazos escupitajos gritos pedos balas
pero tú no creías en eso señor de las palabras
solidario con el justo no solitario
rodeados él y tú de pueblo pueblo pero sin armas armas
ya ves cómo tu vida fue mucho más que ver la muerte ajena
y se nos metió de golpe en nuestra vida como una astilla de guitarra
tanta discusión sobre métodos estrategias tácticas
tus tenaces rencores injustos tus pardos adjetivos
y ya ves tuviste que morir tu pobre entierro los pobres compañeros precadáveres tras tu caja desafiando a la tropa
para probar que habíamos estado teniendo razón
los que aprendimos porque nos enseñaron que la violencia es el único lenguaje que comprenden
los asesinos tus asesinos
otra vez los generales traidores
otra vez tu casa muerta
esta vez ya no un plato de ojos para el obispo
sino una sopera de sangre para el almirante
apunten disparen
en este continente que no sé por qué nunca sabré por qué carajo
¿por el petróleo el azúcar el salitre dólares en bruto?
¿por el cobre que

> "En cuanto se tuvo noticia del golpe el precio aumentó en el mercado mundial" (*The Herald Tribune,* 13 de septiembre)?

tiene que seguir sufriendo con asco y hasta cuándo
la vergüenza de que vengan a abortar aquí las puercas
todo lo que les metieron los dictadores por el culo
en otros estados de sitio otros toques de queda
el estado y el sitio donde quedan todavía nuestras patrias talladas a sablazos

y creo
tengo que creer
necesito creer
me hace falta recordar y repetir

> "pero de cada casa muerta sale metal ardiendo
> pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos
> pero de cada crimen nacen balas
> que os hallarán un día el sitio
> del corazón"

para que esto no sea sólo una masturbación de la rabia
para decirme que la esperanza no fue el primer camarada fusilado en el estadio de Santiago
para sobrevivirme para poder seguir diciendo que hoy no es antes
aunque no sea todavía nuestro duro después). Por eso queríamos la acción, pero ellos se habían convertido en administradores y funcionarios de la doctrina y de la táctica. El caso más desgarrador era el de Gálvez. "Daría mi vida por la revolución, decía, aunque sé que sería después uno de los primeros fusilados." Fue necesario armarse de coraje para darnos cuenta de que la izquierda se había vuelto ambidextra. Sería imbécil decir que era contrarrevolucionaria: era simplemente la irrevolución. Entonces, desbrujulados, decidimos dar un puntapié al fichero, y pensar. Habíamos perdido todas las oportunidades para justificar nuestra vida jugándola con el destino del mundo: España sucedió muy pronto, China estuvo muy lejos, Cuba fue muy sorpresiva, Vietnam resultó muy tarde. Nadie nos llamó nunca y ahora estamos viejos. Nos queda, por fortuna, y por allí debimos haber comenzado, nuestro propio destino. Pero si ya al nacer todos somos víctimas de la sociedad en que vivimos, incluso el hijo de burgués puesto que su vida, aunque cómoda, está tan trazada de antemano como la nuestra, mientras no la cambiemos somos cómplices, incluso el proletariado. Bastante triste como destino. Está claro que no somos hombres de acción: antes de la aparición del revolucionario auténtico, en nuestra sociedad sólo han sido hombres de acción los gángsters, los militares, la policía, los deportistas. Somos los mutilados, nos falta una mitad de hombre a cada uno. Pero ustedes lo ven, con una actitud racista, sólo en el intelectual y no como una carencia —yo tengo los pies planos, soy miope, soy cardiaco—

sino como una culpa. Y el delito mayor es la literatura. Tal vez porque poco puede frente a nuestros problemas viscerales o porque parece diversión de príncipes (¿era por eso, o por la angustia que cuesta, que José de la Cuadra gritaba "Maldita sea la literatura"?): la mitad de la población no sabe leer, de la otra mitad, la mitad no lee, más de la mitad de la mitad restante apenas el periódico o *Selecciones:* prácticamente conocemos a todos nuestros lectores (quizá por ello es tan cobarde nuestra literatura: porque no se dirige a un público abstracto sino a determinados rostros, y no quiere herir ni golpear a nadie, pudiera tocarles a algunos amigos) y en lugar de imprimir un libro bien podríamos leérselo en un café. Pero en este caso, a ustedes nunca se les ocurrió hablar de las condiciones de analfabetismo, subcultura, incostumbre sino de nuestro delito, y aun antes de que la burguesía pretendiera comprar, robarse o recuperar el arte —todo el gran arte que para ustedes no sirve porque es posrealista—, ustedes se lo regalaron a la burguesía, pretendiendo que estaba creado para ella. Supongamos que fuera así (y es difícil suponerlo cuando uno piensa en el Cretino y en sus amistades y relacionados), supongamos que nosotros escribimos para el gozo o placer de la burguesía: ¿no sería más grave, en ese caso, la culpa de la clase obrera que crea algo más importante que el arte: la riqueza, la base del poder de esa burguesía? ¿Por qué los argumentos con que se la defiende no servirían para nosotros? Está bien la huelga, porque es una ruptura, una fiesta, pero está bien *Quasimodo en el campanario,* y toda obra de arte es una acción concreta contra la lógica y el gusto oficiales. Muchos de nosotros, e incluso muchos de ustedes, no vivimos la auténtica miseria ni fuimos las verdaderas víctimas de la injusticia: nos dimos cuenta de ellas en los libros, en las películas. Después nos tocó vivir y actuar, o querer actuar. Por eso, cuando el puetajoven le preguntó a Gálvez en una discusión de mesa redonda "¿Qué hace usted por la revolución?", Gálvez le dijo: "Es la misma pregunta que me hace la CIA y comprenderás que no puedo responderla en público. Pero supongamos lo más probable: Yo no hago sino literatura, es decir el mismo blablablá que tú. Pero, atención, y un poco más de respeto: yo vengo haciéndolo hace treinta años, y tú apenas pretendes comenzar". Quizá no se me entiende bien: quiero decir que es muy improbable que la opinión que ustedes tienen de mí-nosotros sea tan triste como la que yo tengo de ustedes.

Pero siento que solamente ahora voy a realizar un acto realmente válido. Yo que no tengo aptitudes ni pretensiones de dirigente, que nunca estuve ni estaré en una guerrilla, que sé que mis alumnos a pesar de estudiar la historia y a pesar de sus luchas terminarán por ser profesionales o cuadros al servicio de esta sociedad, voy a justificar-me el haber existido como un personaje de libro. Lamento, y ustedes también sin duda, que en esta historia no haya optado por el papel de Kirilov sino por el de Stavroguin (ustedes no saben de quiénes se trata pero hablando en criollo significa que no voy a matarme porque nuestra relación de fuerzas es talmente desproporcionada, que no tengo derecho a privarles a los pre-míos aun cuando fuera de uno, de este yo más bien inútil, pero que sirve para hacer bulla por lo menos), suprimiendo a esa bestia que hace más repugnante la realidad. Si paseara por todo el país al Cretino enjaulado, aceleraría el proceso de la revolución: también se es revolucionario por asco. Aunque quién sabe. Hay tantos Cretinos como el Cretino. Enjaulados o no, ahí están a la vista de todos. Y todos no hemos hecho nada para suprimirlos. Ahora, en este odio, me estorba el postamor: sería doloroso que en el gesto que voy a cumplir como una ablución (en la primera acepción de lavatorio, y no en la segunda, tercera o cuarta, de purificación), pudieran mezclarse gotas de otro odio, rencores debidos a otra solidaridad, resentimientos de otro semifracaso. Me siento un poco Dios, es decir como un novelista, sabiendo que está en mis manos terminar el capítulo sórdido del gamonal (no el del marido). Y, sin embargo, sé que no va a terminar esta noche ese capítulo de nuestra historia, que mi miniacción justiciera no va a remover la caspa del país, que los indios no van a atreverse a tomar esta noche el otro mundo: la hacienda: su cielo de ellos donde venderían sus cosechas y comprarían aperos y semillas y tendrían tierra y agua y un maestro y una escuela y medicina y arte, y dormirían en camas y comerían todos los días en mesas y platos y conocerían el sabor del pescado y las verduras y leerían libros. Ojalá que, ante todo, fueran los libros que tratan del indio para que comiencen por fin a sonreír. Porque lo que tuvieron un día no lo recuerdan y apenas es territorio de la literatura; lo que les quitan, no lo conocen, y no creo mucho en la intuición indígena, como no creo en la intuición femenina. Siento que voy a lavarme el alma, después de lo cual seguiré siendo lo que ustedes llaman un asquerosointelec-

tualpequeñoburgués, sólo porque aprendí a leer y me enseño testarudamente a escribir. Ustedes, salvo en lo de leer y escribir, también son asquerosos y pequeñoburgueses. O sea que. ¿Quién no es responsable de cuanto somos? ¿Quién no es responsable de lo que soy? Estamos hechos no sólo por la clase, la época, el país, nosotros mismos, sino también por el Partido, es decir por ustedes. Entonces, como decía Lenin, camaradas, váyanse a la mierda, porque ya ven el resultado.

(Malo, el resultado. Contra todo lo que decías al comienzo de este libro, poco a poco has ido resbalando por la trampa de la autobiografía, prestándole tu propia experiencia al narrador, como si él no tuviera la suya, identificándote con él —proyectándote, se dice ahora. Claro que al igual que los del fichero, ya tienes listas tus excusas: se debe quizá al empleo de la primera persona que vuelve fácil la contemplación del ombligo, la terca justificación buscándose culpables, y además careces de imaginación: todo lo que escribes le ha sucedido a alguien, no eres novelista sino "secretario de actas", documentalista, y como en los exámenes de la escuela le copias su vida al de al lado al mismo tiempo que le dejas al narrador copiarte la tuya, un ratito, no más, sólo un ratito.)

"Te equivocas, dice el último yo que ha estado bebiendo junto a la puerta, su muerte no arregla en nada mi vida." "Quiero decir, dice Gálvez, que tú siempre has querido matarlo." Es cierto, pero quién no, quién no ha tenido ganas de matar a tanto gamonal que se pasea por la patria como por su hacienda, a tanto hijo de puta que vive de la calumnia y de la zancadilla, a tanto dictador que no sólo nos trata a puntapiés sino que hasta habla como si tuviera derecho, quién no, aunque sólo fuera por estética, porque basta verles las caras. Los indios tienen razón, todos los indios del mundo tienen razón, yo también tengo razón. Claro, no se me considera apto para esta tarea, no estoy limpio para cumplirla, por culpa de Rosana, aunque mi odio por el Cretino viene desde la escuela, desde mucho antes, desde mi solidaridad con la causa del hombre, desde mi respeto por esa humanidad que solamente aquí no ha dicho todavía basta ni se ha puesto a andar. Pero está Rosana de por medio. Yo mismo no sé qué va a ser de nosotros, en qué fue a parar ese amor desesperado como un juego en el que nadie salió ganando. Y, sin embargo, querer ser feliz debiera ser tan importante como

querer tener agua, pero el amor es secundario si se lo compara con la agricultura. Nadie lucha por ideales abstractos: el que combate por una sociedad distinta piensa en todo lo que no se tiene, en todas las humillaciones a causa de la pobreza. Cuestión de salarios, de condiciones de trabajo y de vida. La Revolución Francesa concibió como símbolo de la "libertad, igualdad, fraternidad" la figura de una mujer desgreñada y en pantuflas que blandía una escoba, pero no produjo otro que el abarrotero sentado a una mesa bien servida, con una botella de Beaujolais en una mano y la otra entre las nalgas de la sirvienta. Tampoco hay que mezclar el amor a las consignas reivindicativas. ¿Usted creía, Pascal, que el corazón tiene razones que la razón etcétera? Eso era cierto en el tiempo de la chispa: si no, vaya a preguntarle a todos los que se han hecho un trasplante si han comenzado a querer a los padres, los hijos, la mujer o la amante del muerto en un accidente que donó sin saberlo su corazón al vivo. Hoy se ha descubierto lo que ya sabían los griegos: que todas las sublimes actividades del corazón las realiza ese órgano prosaico, y que no puede ser trasplantado, que es el hígado, que se resiente cuando se comen ciertas cosas o se bebe demasiado, que produce náuseas, vómito y cólicos, y que es responsable del mal humor y hasta de la angustia metafísica. Se acabó el idealismo corazonal: Rosana, hígado mío, te llevo en mi bilis, el porvenir hubiera podido resolverse comiendo sólo verduras, si hubiera dejado de beber habría sido fácil largarse a Grecia y olvidar al Cretino y a Divina y ser felices para siempre aunque ya ves qué poco duran todos los para siempre. Pero quién sabe, acaso todavía pueda. Me pongo de pie y aprovecho que nadie se me adelanta y la saco a bailar. "¿Te acuerdas?" dice ella, y debe sentir entre sus piernas cómo me acuerdo. "Es increíble pero desde que volviste aún no hemos podido decirnos todo" dice ella. "¿Dónde habríamos podido?" "Si hubieras querido habrías encontrado la manera." ¿Quiero? ¿Encontraría? Sé que es muy importante haber venido, después de todo es culpa mía que Gálvez, pero imagino la fiesta, la risa de Rosana, el cuerpo todavía bueno de Rosana, su voz. Los indios ya no mascan su tostado digo yo porque no parece que hablaran o quizá lo hacen en voz más baja aún, y es justo: yo no formo parte de la conspiración, no se puede haber venido a la fiesta de cumpleaños del Cretino y a la velada conspirativa de los indígenas, no se puede confiar en el que se ha tirado a la mujer del gamonal. Yo

no cuento, nunca contó ningún yo que no se hubiera confundido con los otros yos. Es el castigo a la soledad del corredor de fondo o del matador destripado en la enfermería. Quién te mandó a meterte de torero. Pero aún puedo intentar el acto desesperado, enfrentar a la bestia. "Ayúdame, ¿quieres?" me dice Rosana tratando de sostener al Cretino y subir con él las escaleras y acostarlo. Está roncando ya en su cama. "Duerme con la pistola bajo la almohada" dice, aunque creo que esto ya lo conté en otro sitio. "Ya ves que no está tan seguro de sí mismo, tiene miedo" (ídem). "Miedo a que le roben" dice ella, y trato de besarla, pero no quiere, aún no nos hemos dicho todo. Un poco antes, cuando sentí que comenzaba a achisparme y se me escapó el diablito que uno tiene embotellado, le dije al Cretino: "Tú quisieras que te robe algo para poder matarme, ¿verdad?", y le vi ese resplandor crepuscular de los ojos y esa sonrisa de marihuanero que tiene cada vez que imagina que dispara sobre alguien: un ladrón = indio. Pero yo no soy indio y no voy a quitarle nada que valga la pena, sino la·vida. ¿Disparará? y después de todo, qué diablos: es una manera de morir como cualquier otra. Oigo un murmullo: si Gálvez no estuviera aquí diría que es un rezo, o algo que corre como una agüita al fondo de una quebrada, pero no hay agua, y debe ser que siguen discutiendo si sí o si no. Yo no tengo derecho a. "Nuimporta, dice Juanmanuel acercándose a ofrecerme otra canelazo, vos sois amigo del natural." Lindo que se llamen así a sí mismos, el natural de esta tierra donde nosotros resultamos artificiales; triste que se llamen así, como quien dice hijo ilegítimo. "Yo a vos te conozco, sois amigo del compañero Galo. Yo vi cómo mataron a tu taita hace años, yo mismo di enterrando. Vendrás cuando quieras, tardecito, cuando me alce del trabajo, más que sea para que veas lo que queda." Verdad que debo haber tenido alguna vez un padre, porque en cuanto a generación espontánea. ¿Habría sido mejor, un yo mejor? Pobre viejo. Qué será lo que puede quedar de él sino esto. No me pueden hacer eso, compañeros, yo no soy el único culpable de toda mi soledad. Si no hay una guerrilla, un partido, un movimiento, algo que acabe con toda esta mierda, qué más puedo ser sino un francotirador. Antes había unas máquinas llenas de bolas de chicle de colores, uno metía una moneda y durante unos dos minutos podía manejar una grúa pequeñita tratando de agarrar un reloj, un billete, un anillo, un estilógrafo que estaban entreverados con

los chicles, y cuando pasaban los dos minutos nunca se había logrado agarrar otra cosa que tres bolitas. Algo así es el destino, a veces: con toda nuestra habilidad, nuestra inteligencia, nuestra fuerza, tratamos de alcanzar la gran hazaña, la gran obra literaria, el gran día del amor. Y me pasó como a Pessoa: "Cuando quise quitarme la máscara estaba pegada a la cara, cuando me la quité y me vi en el espejo, había envejecido", y se puede comprobar por la cantidad de tubos y de frascos —casi pongo fracasos y habría sido más justo— de remedio, y no me queda en las manos sino esas tres bolitas y ni siquiera me gusta el chicle: no me hagan eso. Parece que han terminado por ponerse de acuerdo, porque el círculo comienza a deshacerse, con lo cual se remueve el olor. Entonces me levanto, abro la puerta y corro, corro sin detenerme por el mismo camino de herradura por donde vine, para que nadie se me adelante y me deje otra vez sin saber qué hacer con esta vida, con esta gana de merecerla, esta gana de actuar cuando ya no se espera la felicidad. No reconozco muy bien el sendero pero sé que no puedo equivocarme: todos los caminos conducen esta noche a la cama del Cretino, y comienza a golpearme la sangre por dentro, nunca he sido buen corredor ni deportista, pero si me detengo a descansar puedo llegar tarde o ya no lo haría, yo mismo no sabría responderme si fue cobardía o cansancio y debo probarme que soy capaz de odiar hasta las últimas consecuencias del odio. Salto las acequias silenciosas e inútiles, ya sin más agua que el murmullo de los indios en la choza o la sombra de la noche emposada en el fondo, salto los surcos recién abiertos hace años donde los terrones forman un paisaje de luna, pero es a causa de la luna, torcida allá arriba y seca. Me siento liviano, sin ningún peso: no sé en dónde se me habrán quedado mi borrachera, mi conciencia. Pese a todo lo que decía, creo que me he equivocado (de camino, no de resolución) y no puedo descorrerlo sino desandarlo, esta vez entre las siembras, y es difícil avanzar, están altas las espigas, pronto será el jaguay, la fiesta con que los indígenas siguen celebrando la cosecha del patrón, y voy tronchándolas a zancadas, pisándolas, justicieramente, quisiera decirme, pero es que no me queda otro camino y es sólo una venganza pueril: los pondrán a recoger los granos de todos modos. Desde lejos veo las luces y un poco más cerca oigo la música desenfrenada. Cuando acostamos al Cretino comenzó el humor, porque antes "Ahora un valse para que baile papacito",

y cuando alguien puso un chachachá para bailar con Rosana, el Cretino se le acercó con un vaso en la mano y le dijo "Pareces puta barata", mientras las del pensil, con sus traseros de mujer de teniente político, la miraban con envidia y los distinguidos caballeros con un comienzo de arrechera, y sólo Rosana podía advertir mi ausencia cuando salí odiando con otro odio a los que se quedaban, mirándola, abrazándola, ¿besándola en la oreja?, frotándola con esos movimientos que parecen pertenecer más que a la sala al dormitorio o que por lo menos pueden conducir a la cama, por eso es que el Cretino que ya está medio mamado les dice entre broma y serio: "Al cabaret, mis cholos, cuando quieran bailar moderno; con mi mujer no." Es insoportable el volumen de la música, insoportables las voces estridentes, borrachas, imbéciles. Por eso, cuando entro por la cocina, no necesito ir en puntas de pies, no pongo atención alguna para que no crujan los peldaños de la escalera, no me inquieta que pueda sentirme el Cretino a quien toda esa bulla junta no ha logrado despertar, y reconozco la puerta porque es la única que está cerrada y tiene un ronquido adentro, aun antes de colocarlo, de tirarlo más bien en la cama, vi la bacenilla y miré atónito a Rosana, imaginando de golpe sus nalgas desbordando el círculo de hierro enlozado mientras él seguramente la contempla oyendo el chorro, o a él sosteniéndose con dos dedos la verga para no mear fuera del pilche, mientras ¿lo verá ella, la excitará el sórdido espectáculo, tendrá asco, es de allí que le viene el odio? porque aunque no tuviera otras razones eso sólo me bastaría para liquidarlo aun cuando fuera a patadas, por eso le aplasto el ronquido con la almohada, le aplasto el aliento, le aplasto la baba, se retuerce como una araña, da manotazos y puntapiés en el aire, y sigo apretando sus narices, oigo apenas un ruidito que sale debajo de la almohada, oigo la algazara del rock y me alegra porque sé que eso no se baila apretando a Rosana, oigo voces y chillidos "¡Que viva la peaña!", oigo a Gálvez: "No, no se trata de eliminar físicamente a un hombre porque lo remplazaría otro, su padre, uno de sus hermanos, su mujer, un nuevo propietario: se trata de liquidar económicamente a su clase." Eso yo me sé de memoria hace siglos, pero yo hablo de un castigo, de establecer el derecho a suprimir al encomendero. "Querimos agua pero también querimos." "A ustedes les da lo mismo que sea yo u otro con tal de librarse de él, alguien tiene que hacerlo, déjenme que sea yo. Ustedes

pueden hacer muchas otras cosas." "Tú estás borracho —dice Gálvez—, ni tú ni nadie. Ustedes no pueden hacer eso, compañeros, sería completamente inútil aunque sea justo." Y se ponen nuevamente a hablar en voz baja, porque yo estoy borracho. "No me hagas eso, Galo, no me hagan eso, compañeros, no me pueden hacer eso, he estado esperando tanto tiempo." "¿Y por qué has esperado hasta ahora, por qué quieres justificar tus cuestiones personales mezclándolas con esto que es grave y es sagrado? Porque no tengo grupo ni partido ni amo ni dios, soy suelto, adán, sin miedo ni destino ni eva, y debo decidir por mi cuenta. "Está bien, me voy, chao." Juanmanuel le ha hecho un rinconcito al compañero en su choza. Y cuando voy a salir: "Tomá, para el frío" dice y me da un canelazo doble, que me quema. Mejor así: aquí se queda lo que pudo haber sido mi conciencia, como Desiderio. Salgo y corro para que no se me adelante el arrepentimiento, para no darles a mis sentimientos humanitarios tiempo de tenerle lástima por su vida sobrante, tiempo de preguntarme si no habría debido primero pedirle que me devuelva mi cañón o devolverle su mujer, y como si me hiciera falta me añado decisión, lloviendo sobre mojado, recuerdo el martes el ojo de Rosana golpeado el domingo, y "qué te has creído, cojuda, que voy a rogarte que abras las piernas, soy tu marido, carajo", y el sabor ligeramente dulzón de sus ingles, e "indio hijueputa cómo te atreves a venir a reclamar", el sabor de sus tres bocas que dura en mi boca, y "el divorcio es un invento de los comunistas para destruir la sagrada célula social que es la familia", y el llanto que se le escapa despacito cuando le digo que iremos a vivir en una isla de Grecia, y "todos los negros tienen sífilis", y su pena cuando comprende que no se puede recomenzar o comenzar con Divina entre nosotrosdós, y "todos los indios son ladrones", y su sonrisa soñolienta cuando hago resbalar sus medias con mis labios. Corro, más bien dicho voy con ese trotecito indígena que fatiga menos, la carretera no está asfaltada todavía, es un tramo que acaba de abrirse para hacerla desviar y que pase por La Liria, veo a Gálvez, en hombros de Juanmanuel o de otro indio, que ha cortado camino para venir a esperarme, para vigilarme como si tuviera algún derecho sobre mis actos, pero de lejos, a causa de la luna, parece una fotografía quemada, un affiche, una aparición monstruosa en una película de miedo. Le tengo rabia, pero da una voltereta, queda colgado de una rama, no como Absalón, porque tiene el

pelo cerdoso, sino como un monito decía María Diabla. Que San Lenin te proteja, me dice con una carcajada (¿ríen los monos?), despidiéndose con la otra mano. Es como un niño, a veces, con sus travesuras. Pero no hay nadie junto al árbol, debiera ir, cargarlo, llevarlo de regreso, soy un poco responsable de su vida, pero también soy responsable de una muerte indispen: entre las dos opto por la muerte, Juanmanuel o alguno de sus hijos u otro lo llevará a la choza, yo mismo puedo volver después de. Y sigo con mi trote, liviano, con una rara sensación de ingravidez (de astronauta, bah), con una capacidad de seguir trotando años enteros como los indios. Ya no veo el árbol ni las siembras sino las dunas de la luna. Y, al frente, la casa de la hacienda, a oscuras. No puede haber terminado la fiesta tan pronto, a menos que. Claro, la choza de Juanmanuel queda lejos. ¿Se habrán acostado ya todos los invitados, en el doble sentido de dormir y de? Los perros no ladran porque ya se sabe, desde los consejos de Van Dine, que es un recurso pobrísimo para indicar que el asesino es alguien familiar a la casa. Entro, trato de no tropezar porque uno nunca sabe, en la tristeza de colillas y restos de la postfiesta, lo que dejó el caos de la borrachera, cómo quedaron las sillas y sillones, las mesas, los vasos, los zapatos, si hay cuerpos simples o cuerpos compuestos (es difícil, ya no son jóvenes), en el suelo. Lógicamente, la luna entra por las ventanas para que yo pueda ver algo sin tener que encender la luz. Veo, por ejemplo, la colección de armas del Cretino, que ocupa lo que se llama el lugar de honor en la sala y recuerdo entreverados los nombres mosquete trabuco bocarada retaco cachorrillo pero no los diferencio no entiendo nada de tiro al blanco ni de tiro al indio dijo que todos estaban cargados o sea que cualquiera puede servir pero cuál. Alargo la mano "No seas tonto, haría mucho ruido." Es Rosana, y sonríe. "Te esperaba, todos están durmiendo ya." Tiene el rostro limpio, recién lavada como recién amada, y recuerdo las tardes en que mis vellos la lavaban como una estopa de crin. Tú vienes nunca se sabe qué día extranjera y golosa y pensando en mis vellos estoy seguro preguntas has trabajado mucho y pensando en tus nalgas que me dejan después las manos ardiendo te pregunto alguien te ha visto entrar ahora quiero de nuevo ahora es antes otra vez no ha pasado nada y te toco las puntas de los dedos no como un comienzo sino como un fin finalidad porque sé que comunican con "Al fin podremos hablar" de qué hablar

de qué y para qué ya hemos hablado mucho durante esos años y cuando llegas casi no hablamos de puro beso y después de dos o tres frases cortadas por los dientes mano a la presa "Yo te he seguido queriendo pese a todo tú lo sabes" yo no sé lo único que sé es esa ostra tuya que se ha quedado entre "Yo también Rosana" "Mentiroso en cambio yo no sé cómo he podido vivir sin ti" pero ha podido como antes como siempre lo que pasa es que quiere que le demuestre y la siento sobre mis rodillas otra vez su hermoso culo más caliente aún por el trago y el baile y le lamo el cuello que es donde se retuerce "Soy feliz soy feliz ahora sí soy feliz ¿quieres un whisky"? "¿Como antes?" "Sí como antes" y te llenas la boca como con mi sexo un trago largo que me vas dando en cortos sorbos tres sorbos de whisky and saliva pero cuándo whisky and semen y giras íntegra sobre el eje de la boca y resistes pero al fin me dejas tocarte todo lo que ha seguido viviendo entre tus piernas y las abres tú sabes todo sabes que mi mano subirá por ellas pasará de la seda a la carneseda hasta el calor termonuclear de tu vulva mientras sigo besotragándote nunca has estado así Rosana es como si en todos estos años ven qué esperamos siempre hay tiempo para otras cosas pero no para amar es prohibido hay que apurarse rodemos aquí mismo en el suelo bicéfalos unicorpóreos "Después" dice y se pone de pie va a servir otro vaso grande yo no quisiera beber más tanta mezcla champagne vino whisky aguardiente whisky porque me conozco y sé que después no puedo pero aunque no pueda podría lamerte latifundia íntegra e interminable y otra vez vienes y te frotas contra-sobre mí abro tu blusa papel negro con que envuelves dos naranjas de cáscara negra que hago brotar blanquísimas mis dientes te endurecen los pezones yo sé que se te endurece también el tercer pezón escondido entre tus labios ácidosalados tragobeso besotrago y cae de tu cadera la falda chorrea por tus piernas pero no quieres sacar los pies de su charco oscuro mi boca se adhiere a tu otra boca con aliento a agua de colonia y remota orina tú me dejas electrocutándote tantear con mi lengua tu hendidura abrirse paso por el borde agridulce de tu slip que rompo a dentelladas Rosana sexo de cuerpo entero qué hiciste con el resto para que mis labios no olviden su idioma vibrátil tú tan como nunca como si fuera cierto que me hubieras esperado con los muslos cruzados para que nadie te entre y fuéramos a recuperar en una sola noche en ésta todas las noches que no tuvimos ni aquí ni en Grecia y

fueras como en las antiguas tardes a arquearte por fin tigra yegua hembra para mi hambruna mientras vertiéndome otro chorro de alcohol tú barca o árbol compruebas con tu mano sabia en eso el remo o rama y te vuelves de espaldas porque de noche no es lo mismo que de día, la luna no es mucho esta vez no te cubres las nalgas con las manos "Ven vamos" dice y subimos la escalera ¿en qué habitación duerme el Dr. Freud? ella delante yo mordibesando a cada escalón cada nalga y porque le hace cosquillas se inclina como para que la viera por dentro su noche pequeñita su casisecreto la aprieto por la cintura a dos brazos a dos manos contra lo que anda queriendo desde que vine y comienzo a desabrocharme la bragueta pero se evade con un movimiento repentino elástico y sonríe "Aquí no ven" en voz más baja porque estamos más arriba y podrían oírnos claro que será mejor en su cama me toma de la mano pero aún me queda libre la otra que va y viene de una abra a otra abra que los encuentros sísmicos no han ensanchado me conduce lazarilla lúbrica a los últimos escalones en el corredor adivino una sola puerta abierta o sea su pieza al fin podremos pasar una noche entera aunque sólo sea lo que queda de la noche por primera vez desnudos juntos los dos juntos metido el uno bien adentro del otro "Nos iremos a Grecia verás que sí" dice y me besa y desapareceyéndose al fondo del corredor a oscuras y quedo junto a la puerta que conozco porque por debajo sale el ronquido y recuerdo de pronto para qué vine. "¿Se atreverá Tchen a levantar el mosquitero?", y me atrevo, porque no hay mosquitero y porque esto no puede ser la condición humana la bestia está ahí bocarriba con la camisa abierta y la corbata hecha un trapo tal como lo dejamos hace quién sabe cuántas y le chorrea una baba de whisky agrio como si hubiera vomitado y más abajo de la camisa y los calzoncillos sus piernas lechosas en la penumbra como si los calcetines oscuros le hubieran cortado los pies si los indios pudieran verlo así desvestido no queda nada del poderoso del mamarracho fiscal del proceso de Camiri su uniforme de gala que le quedaba ajustado tanto había engordado después del último desfile pavorreales de mierda en el fondo no son sino esto caricatura pero es difícil odiarlo porque tiene los ojos cerrados es ya casi un cadáver antes de hora. En el sueño está no en la vida está en el sueño como en la

Lo que más me gusta de ti, dijo Bichito, es que desnudo sigues siendo el mismo. Ése es el único privilegio de los humildes, los otros, tienen que dejar el poder o la autoridad colgando la noche entera en una silla o un armario, y ya no sabes entonces quién es quién.

muerte y al estar despierto está como en el sueño Heráclito tal vez pero él hablaba del hombre no de esto trato de no hacer ruido contengo la respiración y sin embargo le grito "Fabián Fabián despierta" pero es largo el viaje de regreso de la borrachera "Despierta huevón" y lo incorporo muñeco testarudo para que tenga conciencia de su muerte como el cura exactamente como el cura en el hospital abre los ojos asustado "Qué pasa ah qué pasa" y trata instintivamente de meter la mano bajo la almohada pero hay otra almohada que yo aprieto furioso contra su cara mientras esquivo sus manotazos de ahogado que no comprende nada sino que se hunde en la pero es largo el viaje hacia la muerte y tengo que darles fuerza a mis brazos los indios cinco semanas sin agua cuatrocientos años sin tierra esa vez que abofeteó a Rosana sus opiniones sobre la música y hago un esfuerzo para no dejar que me venga la compasión el Cretino me dice gracias cholo porque le regalo mi cañón es pésimo en dibujo el pobre y el cura Palacios le pone buenas notas pero el señor Castro dice que es obtuso o tupido he comido en su casa también veo ya un espejo turbio de remordim no sé si en la pieza de al lado el viejo Marx oirá ese bramido que sale debajo de la almohada debajo de la tierra como si viniera del establo y que se retuerce todavía después como la araña de Calcuta el boy entra cuando la estoy aplastando me grita no puede hacer eso el nacimiento es un castigo noticia la del pendejo porque nadie es enteramente bueno y se sigue naciendo lagarto enano culebra príncipe araña hasta que ya no se necesita nacer son nuestros antepasados pero yo no puedo vivir con tu madre o con tu hermana en la misma pieza son ya dos noches que no puedo dormir esperándolas que salgan y trepen a mi cama y después de aplastada quedó recogiendo gimnasia post mortem todas sus patas todos sus pelos en un charco de baba verde si los indios no se han dejado convencer por Gálvez aunque es difícil qué chasco va a llevarse el pobre Espartaco de la indiada cuando venga a ejecutar la justicia inútil de su tribu al encontrarse con este resto de la brutalidad en lugar de la ídem lo triste no es eso sino que no me siento mejor ni justificado ni nada o sea que sigo siendoestando solo si no hubiera bebido tanto si no tuviera en mis dedos el olor de Rosanadentro ¿me estará esperando? tal vez tendría miedo no de esta noche porque me dijo "después" después de esto pienso sino de mañana pero qué mierda al fin y al cabo preso por mil preso por mil quinientos ya la veo con su

dignidad de inglesa ¿y la dignidad de la bacenilla? haciéndose la que solloza se mojará y frotará los ojos para que crean que ha llorado pensando que sin el Cretino esta vez sí y sin saber que ya el viejo Arístides "No sé quién puede haber tenido motivos para matarlo" y yo no le diré "4.000 + 2" porque no entendería nada y como no vendrá ninguna Agata Christie sino el pelotas del comisario nadie descubrirá quién fue en las almohadas no quedan huellas digitales eso se sabe "cincuenta sucres de recompensa a quien encuentre lorito. Habla: puchito papatío que se fue volando. Telf. 1272123", puchito papatío puchito papatío le echarán la culpa a los pobres indios pero no se puede apresar ni matar a 4.000 ni en Fuenteovejuna y cómo escogerán uno entre cuatromil claro que debe ser una pesadilla ya vas a ver en seguida despiertas y volverás a tener asco del Cretino vivo ganas de su mujer ¿estará despierta pensando que ya

Me despertó un ladrimugido lúgubre que venía seguramente de la cala, anunciador de desgracias, porque eso no era humano ni puramente bovino, y nunca se ha sabido que las vacas tuvieran un sentido premonitorio ni siquiera en la India. O tal vez fue la sirena. Lo cierto es que Bichito se alejaba con muelle y todo, quise gritarle "Gracias por haber nacido, Bichito", pero no me habría oído, y yo trataba de verla no como era ahora, como estaba allí, sino como había sido un año atrás, la primera vez: persona con abrigo de piel y no Bichito con blue-jeans, ajena y no profundamente ex-mía, embarazada y no lamida hasta en sus ninfas, por la misma razón por la que muchas veces me empeñé en encontrarle una fealdad, un defecto que debiera tener para aferrarme sólo a eso y limarme así las aristas de ese amor contra el cual me golpeaba inútilmente. Porque la Isima fue un día una persona que no tenía destino y vino a parar no sé cómo en este sueño. En el muelle parecía, como siempre, triste y sonreía como cuando va a morir o a despedirse o a retratarse, y el ladrimugido me impedía oírla y me quedaría para siempre sin saber lo que quería decirme, por más que trataba de verle las vocales "a-o a-a e-e" en los dientes besados tantas veces, mientras me hacía una seña desganadamente cotidiana, como si en lugar de haber tomado un barco hubiera tomado el autobús para ir a la universidad. "No soy triste sino miope". Por la miopitristería bien pudo haber sido "Adiós para siempre", pero por la burlasonrisita pudo ser "Amor para siempre" que, en fin de cuentas, son casi lo

mismo, sobre todo de lejos, excepto por la duración. Pero era parasiempremente que comenzaba a irme y era difícil creer que esa franja de agua sucia, todavía angosta, llena de astillas, papeles de sándwiches, envolturas de cigarrillos, cáscaras de fruta, hojas resucitadas de lechuga comenzara a ser el océano que iba a haber entre ella y lo no sido. Habían retirado la pasarela y aunque hubiera podido tirarme al agua y nadar hasta el muelle eso no habría arreglado las cosas: no era el mar sino ella, no era la despedida de ahora sino la que se va haciendo poco a poco, como si se hiciera el amor al revés, hasta no haberse conocido. Pero ahora hay otros mugidos coléricos, enloquecidos. El capitán —debe ser el viejo Arístides— pasa furioso a paso rápido, le oigo las espuelas, le oigo el "Carajo qué pasa en los establos", siento las botas taconeando en los tablones de las sienes. Por el tono de la carajeada y por el tranco comprendo por qué los indios le tienen miedo. Instintivamente me tapo las orejas con la almohada, me envuelvo en las sábanas para no oír las vacas ni las botas y el olor a Bichito me sube desde abajo, Bichito que se hace una pelota de calor y pelo y sueño, mientras le acaricio ese lomo de gata baudelairiana. "Son las indias, patrón, dice debe ser el mayordomo indio ranclado de su raza, no quieren ordeñar las vacas desde ayer tarde" "¿Y qué diciendo no ordeñan?" "Dizque hacen huelga por el agua", "Conque huelga, ¿no? ya van a ver esas cojudas." No sé qué verán porque abro los ojos y veo el camarote que da vueltas, los barcos se han hecho para irse dando vueltas así como la cabeza parece haber sido hecha para que duela, súbitamente es atroz, el dolor más atroz de mi antología. Arístides grita: "Que les den el agua a los indios y que las indias ordeñen las vacas. Ese pendejo de Fabián arriesgar las Holstein por trescientos sucres, es increíble." Tres indias, en cuclillas junto al fogón, preparan una agüita de canela, sin hablar, porque son indias, sin interrumpir, porque son huarmis, sin contradecir porque para eso es marido para que decida y pegue, pero sabiendo más que el camarada Braulio, más que todos los camaradas que van de la ciudad con sus soluciones abogadiles y sus huevadas legales, sabiendo que. Llaman a la puerta: "Manda a decir la niña que baje, que ya son las once y que el desayuno está servido." Por qué no habrá venido Rosana a despertarme después de lo de anoche. ¿Rosana? ¿Lo de anoche? La verdad es que no recuerdo bien sino que. Pero Bichito fue un sueño, todo ha sido un sueño, ideas todavía sin forma, acaso un proyecto de

texto con personajes. Por ejemplo, yo vine en avión y no había nadie en el aeropuerto. Pero cómo saber si estoy despierto o si sueño que despierto, si todo fue inútil o si realmente el Cretino. A menos que con dos Alka-Seltzer y cuatro aspirinas

Febrero de 1974

RECONOCIMIENTO

El autor agradece, a más de los escritores mencionados por su nombre o por sus obras, a los siguientes (por orden de entrada en el texto) sin cuya colaboración este libro habría sido otra cosa:

Samuel Beckett
Juan Montalvo
Edgar Lee Masters
Claude Roy
Max Frisch
Francisco Huerta Rendón
Alberto Moravia
Fereydoun Hoveyda
Thomas Mann
Georges Darien
Marguerite Duras
Eurípides
Compton Mackenzie
Salvador Reyes Nevares
Álvaro de Freitas
Gérard Mendel
Ricardo Güiraldes
Isaac Assimov
Constantin Fedin
Carl Einstein
Thomas Wolfe
Hermann Broch
César Vallejo
George Gamow
Carlos de la Torre Reyes
Li Yu
Francisco de Quevedo
Gaëtan Picon
Ana Seghers
Hugo Bustos